

Salustio
CONJURACIÓN DE CATILINA
GUERRA DE JUGURTA

FRAGMENTOS DE LAS
“HISTORIA”

Pseudo Salustio
CARTAS A CÉSAR
INVECTIVA CONTRA CICERÓN

Pseudo Cicerón
INVECTIVA CONTRA SALUSTIO

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

CONJURACIÓN DE CATILINA
GUERRA DE JUGURTA
FRAGMENTOS DE LAS HISTORIAS

•

CARTAS A CÉSAR

INVECTIVA CONTRA CICERÓN

•

INVECTIVA CONTRA SALUSTIO

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 246

SALUSTIO
CONJURACIÓN DE CATILINA
GUERRA DE JUGURTA
FRAGMENTOS DE LAS «HISTORIAS»

•

PSEUDO SALUSTIO
CARTAS A CÉSAR
INVECTIVA CONTRA CICERÓN

•

PSEUDO CICERÓN
INVECTIVA CONTRA SALUSTIO

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
BARTOLOMÉ SEGURA RAMOS



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JOSÉ JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JOSÉ IGNACIO GARCÍA ARMENDÁRIZ.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.
López de Hoyos, 141, 28002-Madrid.
www.editorialgredos.com

Segunda edición: noviembre de 2013.

REF: GBCC246
ISBN: 978-84-249-1879-8.
Depósito legal: M. 36.635-1997.

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. BIOGRAFÍA DE SALUSTIO

Gayo Salustio Crispo nació en Amiterno, país de los sabinos, en el 86 a. C. y murió en el 35 a. C. Estos son los datos que aporta la *Crónica* de San Jerónimo, reelaborando el *Cronicón* de Eusebio: *Sallustius Crispus scriptor historicus in Sabinis Amiterni nascitur*; año de Abraham 1931 = Olimp. 173, 3/4 = 669 de la fundación de Roma = 85 a. C. // *Sallustius diem obiit quadriennio ante Actiacum bellum*; año de Abraham 1981 = Olimp. 186, 1/2 = año 719 de la fundación de Roma = 35 a. C.

El nombre completo (los *tria nomina*) se encuentra en el *Bellum Africanum* VIII 3: *C Sallustium Crispum praetorem ad Cercinam insulam uersus... ire iubet*. Y con ayuda del *Chronicon Paschale* y los *Consularia Constantinopolitana*¹ la fecha de nacimiento se ha podido corregir en un año, pasándola del 85 al 86. Hay variantes de menor importancia respecto a las fechas². Por lo demás, los datos aportados por San Jerónimo se remontan a una obra perdida de Suetonio, *De uiris illustribus*, que contaba con una sección dedicada a los historiadores como Salustio, para cuyo caso el autor de la biografía disponía de más datos y en primer lugar de la lista del censor que exigía conocer la fecha de nacimiento de quienes integraban la misma. Suetonio, a su vez, aparte de los archivos que estaba a su alcance consultar, pudo disponer de los datos, en parte biográficos, que Quinto Asconio Pediano, comentarista del *pro Milone* de Cicerón y que trabajaba en los años cincuenta de nuestra era, sin duda suministraba en su famoso comentario.

Hasta el año 55 no se vuelve a saber nada de Salustio, y aun así lo referente a dicho año no pasa de ser conjetural y sujeto a la duda. Este año pudo ser cuestor, para lo cual contaba ya con la edad pertinente. A dicho fin necesitaba el apoyo de alguien, pues procediendo de una zona lejana de Roma y aun cuando fuese por nacimiento de los *domi nobiles*, el *cursus honorum* estaba limitado casi exclusivamente a los hombres de la ciudad y las dificultades para acceder a él eran enormes y a menudo insuperables para los *homines noui*. Para aquel año ya había en Roma veinte cuestores y diez tribunos de la plebe, y Salustio pudo muy bien ser uno de los primeros de aquel año (el 55) en que fueron cónsules Craso y Pompeyo, éste por segunda vez. La amistad con Pompeyo, tal como se manifiesta en el 52, pudo haberse originado ese año.

En el año 52 Salustio fue tribuno de la plebe. Para ese año había tres candidatos al consulado: Tito Annio Milón, apoyado por los *optimates*, y los dos candidatos de Pompeyo, Quinto Escipión Pío Mételo Nasica y Publio Plaucio Hipseo, al que también apoyaba Publio Clodio (tribuno de la plebe en el 58), y candidato él mismo a la pretura en el 52. Clodio y Milón habían organizado bandas que se enfrentaban a diario, hasta

que, el 18 de enero del año citado, la banda de Milón dio muerte a Clodio en Bovilas (actual Castelgandolfo), cerca de la Vía Apia. Asconio, pág. 31, 5-7 Stangl: *Occurrit ei circa horam nonam Clodius paulo ultro Bouillas, rediens ab Aricia (...); erat autem allocutus decuriones Aricinorum*. En el encuentro Clodio fue herido primero por el gladiador de la banda rival Birria, y los acompañantes de Clodio lo transportaron a la choza más próxima, donde fue rematado por Milón. El cadáver de Clodio fue llevado a Roma en la misma tarde de ese día y Salustio y Quinto Pompeyo Rufo, otro de los tribunos, pronunciaron un discurso³. Aparte de Quinto Pompeyo Rufo, se conocen otros tres nombres de los colegas de Salustio (no olvidemos que los tribunos de la plebe eran en esta época diez en número): Marco Celio Rufo, amigo de Cicerón (recuérdese el *pro Caelio*, del año 56), Mamilio Cumano y Tito Munacio Planeo (Bursa), a quien Horacio dedicaría más de veinte años después una oda (II 2), y quien junto a Quinto Pompeyo fue uno de los tribunos más activos, defensores de Pompeyo y Clodio y enemigos declarados de Milón y de Cicerón, que meses más tarde defendería a Milón.

Al día siguiente de la muerte de Clodio, día en que había tenido lugar la *insanissima contio* (CIC, *pro Mil.* XLV) ante la que había hablado nuestro tribuno, el cadáver de Clodio fue transportado al Foro y amortajado delante de los *Rostra*; allí, ante una multitud enorme, de la que formaba parte no sólo la plebe, sino hombres importantes asimismo, hicieron uso de la palabra Munacio Planco y Pompeyo Rufo, quienes aprovecharon la ocasión para recomendar la candidatura de sus amigos Escipión Metelo y Plaucio Hipseo. Asconio, pág. 32, 3-4 Stangl: *ibi pro contione Plancus et Pompeius, qui competitoribus Milonis studebant, invidiam Miloni fecerunt*. La multitud prendió fuego a la Curia, acto por el que tuvieron que responder más adelante los dos tribunos, viéndose libre de dicho proceso Salustio, prueba evidente de que no participó, al menos activamente, en aquella asamblea.

Hacia el veinte de enero se nombró un primer *interrex*, al que sucedieron otros, con la finalidad de convocar elecciones, pues aún no había cónsules. En vista de la situación, el 24 de febrero Pompeyo fue nombrado cónsul por tercera vez, ahora *sine collega*, y sólo dos meses más tarde asoció en el consulado a su suegro, Quinto Escipión Metelo. El cuatro de abril se inició el juicio contra Milón, con Lucio Domicio Ahenobarbo como *quaesitor*, esto es, fiscal, siendo acusadores los sobrinos de Clodio más Marco Antonio. La acusación primera a la que tenía que responder era lógicamente *de ui*, y durante los tres primeros días depusieron como testigos oculares Causinio Escolá y las *uirgines Albanae*. De 51 votos, 38 votaron en contra, entre ellos incluso Catón, y la sentencia fue dada a conocer el ocho de abril; a continuación Milón fue juzgado *de ambitu* y *de sodaliciis*. Milón se exilió a Marsella, dejando una deuda de setenta millones de sestercios.

Luego, fueron juzgados los clodianos que habían quemado la Curia, en tanto que los tribunos de la plebe Munacio Planco, Pompeyo Rufo y Salustio, clodianos a su vez y amigos de Pompeyo, gozaban de inmunidad hasta el 9 de diciembre. Cicerón acusó a Munacio Planco, quien tuvo que abandonar Roma, refugiándose junto a César, en Rávena, y convirtiéndose a partir de ese momento en un cesariano; Pompeyo Rufo, que

era amigo de Pompeyo, tuvo que marchar al exilio, en Bayas. A Salustio, en cambio, no lo juzgaron. Uno se pregunta por qué lo protegieron los acusadores, Cicerón, Hortensio, Celio y Bruto. Desde luego, en primer lugar hemos de contar con que las relaciones entre Pompeyo y César eran bastante buenas en el año 52. El primero, como asimismo Cicerón, apoyaba la *ratio absentis*, esto es, que César pudiese presentar su candidatura al consulado para el año siguiente sin estar presente en Roma. Un par de leyes promulgadas por Pompeyo, *lex de iure magistratuum* y *lex de prouinciis* facilitaron el camino a César; igualmente, el colegio de los Diez Tribunos apoyaba al conquistador de las Galias. Por su parte, Salustio había tomado posesión de su cargo de tribuno de la plebe el 10 de diciembre del 53, y el 18 de enero del 52, como hemos visto, pronunció un discurso contra Milón, recomendando la pretura de Clodio, que indudablemente recibía la ayuda de César y Pompeyo. Por otra parte, Salustio no estuvo en el mitin del 19 de enero, de donde salió la decisión de incendiar la Curia; más tarde, Salustio se reconcilió con Cicerón y Milón⁴. ¿Cuál pudo ser la razón por la que Salustio no fue juzgado? Cabe no descartar incluso alguna razón familiar, porque Cicerón era muy amigo de Gneo Salustio, tío, posiblemente, de nuestro historiador. «Sólo su cambio de actitud desde marzo del 52 puede explicar que no haya sido tenido en cuenta junto a Pompeyo Rufo y Munacio Planco. Ni la energía de Pompeyo ni la ayuda de César han salvado a Salustio, sino la oportuna colaboración con los amigos de Milón. Con pleno derecho podía hablar Salustio más tarde de la descarriada *ambitio* de sus primeros años: sus cambios políticos durante el Tribunado le hacen representante de aquellos *adulescentes* ambiciosos, para quienes el éxito personal lo significaba todo y el bien de la *res publica* poco.»⁵

Coincidiendo con la estancia de Cicerón como gobernador en Cilicia, Salustio pudo haber sido procuestor en Siria en el año 51 (*legatus pro quaestore*). La sospecha partió de Mommsen. Cicerón *Ad. fam.* II 27 responde a un Salustio (que le pide cuatrocientos mil sestercios y la recomendación ante Bibulo—del cual es procuestor, supuestamente—) con gran frialdad, lo cual hace pensar que no se trata de Gneo Salustio, el gran amigo de Cicerón, sino precisamente de nuestro historiador. Jürgen Malitz⁶ se pregunta la razón que movió a César a nombrar gobernador de la provincia *Africa Nova* precisamente a Salustio, como no fuera el hecho de haber sido procuestor en la provincia de Siria, con la experiencia que ese ejercicio daba: de no haber ocupado dicho cargo, Salustio habría sido el único de los gobernadores de César que no hubiese tenido previamente experiencia provincial.

Salustio, como cuestor en el año 55 y, en cualquier caso, como tribuno de la plebe en el 52, pertenecía por derecho propio al Senado, y de él sería expulsado en el año 50, cuando fueron nombrados censores (no los había desde el año 70) Lucio Calpurnio Pisón y el terrible Apio Claudio Pulcro. Los censores tenían por misión elaborar una lista (*nota censoria*) de aquellos senadores indignos (*maculosi senatores*) que por mala conducta debían ser expulsados del Senado. ¿Cuál fue el motivo de esta expulsión? El Pseudo-Acrón en su comentario a Horacio (*Sátiras* I 2, 47-49: «pero cuánto más segura es la mercancía en la clase segunda, la de las libertinas digo, con las que se vuelve loco

Salustio, no menos que el que comete adulterio»), da el siguiente fundamento (II pág. 22 Keller): «Pues los censores echan en cara esto a Salustio en el Senado. Entonces, él atestiguó que era cortejador, no de las matronas, sino de las libertas, y por ello fue expulsado del Senado, de lo que a su vez se disculpa en el libro de Catilina» (a saber, en el capítulo III). La fuente debe de ser una biografía de Salustio a cargo de Asconio, como se lee en el mismo comentario, combinando esta acusación con otra, la del adulterio con Fausta, hija de Sila, a la sazón esposa de Milón (II pág. 21 Keller): «Esto parece decirlo de Salustio; pues se dice que Salustio Crispo, sorprendido en adulterio con Fausta, hija de Sila, fue molido a latigazos por Annio Milón; a éste apunta T. (en vez de «Quinto») Asconio Pediano, al hablar de su vida». Para J. Malitz⁷ esta conducta sexual exuberante de parte de Salustio debió ser la razón de su expulsión por obra y gracia del censor Apio Claudio Pulcro, ya que, a juicio de este autor, a esas alturas (año 50) Salustio no era nada políticamente. «Sólo tomándonos en serio la fundamentación que propuso Apio para la nota censoria de Salustio (y no probamos buscar motivos indemostrables e improbables de corte político), se hace comprensible la intensidad de la crítica con la que los enemigos de Salustio han aludido después de la guerra civil a la distancia que media entre la vida y obra del historiador» (pág. 77).

Debemos, no obstante, matizar la opinión de este estudioso. En primer lugar, estas acusaciones afloran junto a otras aún más negativas hechas a Salustio en la *Invectiva* contra el mismo atribuida a Cicerón (5, 13 y 14). Por otra parte, Casio Dión, que refiere la expulsión de Salustio (XL 63, 4), no la atribuye a ningún tipo de inmoralidad sino que implica que el motivo fue una purga política. «La censura fue usada como un arma en la lucha de partidos, y Salustio puede haber pagado de este modo por sus actos y actitudes durante su tribunado»⁸. De modo que no veo razón para no admitir como causa determinante de la expulsión del Senado la actividad política de Salustio de años antes, ni esa motivación contradice la crítica de la posteridad basada fundamentalmente en la vida alegre del historiador. A mayor abundamiento, comentando la noticia de Aulo Gelio (XVII 18) en que Varrón denuncia el mismo adulterio de Salustio con Fausta, Malitz se empeña en descalificar a Varrón, dado que el comentario del adulterio se halla en un libro, *Pius aut de Pace*, que trata de Quinto Escipión Metelo, cónsul en el 80, contra quien Salustio había arremetido en las *Historias*. El texto de Gelio es como sigue: «Marco Varrón, hombre grave y de gran crédito en su literatura y en su vida, dice en el libro que escribió, *Pío o sobre la paz*, que Gayo Salustio, escritor de un discurso serio y severo bien conocido, en cuya *Historia* vemos que se pronuncian y ejercen encuestas de censura, sorprendido en adulterio, fue flagelado a conciencia por Annio Milón»⁹.

Salustio debió de buscar refugio junto a César, que ya operaba en el Norte de Italia y que en abril se hallaba en Roma. Hacia finales de año aparece al frente de una legión en el Ilírico, donde fracasó en su apoyo a Gayo Antonio, legado de César, que había quedado atrapado en la isla de Curicta, según Orosio (VI 15, 8). En el 47, como pretor electo, fue encargado de reprimir el amotinamiento de las legiones en Campania, que esperaban a ser embarcadas hacia África.

Al año siguiente, el 46, Salustio intervino activamente como pretor en la campaña de

África, cuidándose de los envíos para las tropas desde la isla de Cercina¹⁰. Al mismo tiempo, recuperó su escaño en el Senado. Tras la batalla de Tapso, Salustio fue recompensado con el gobierno de la recién creada provincia de *Africa Nova*, que César sacó del antiguo reino númida de Juba. Dión Casio (XLIII 9, 2; 47, 4) nos ha transmitido noticia del pillaje al que sometió a su provincia, por el cual al regresar a Roma en el 45 fue acusado *de repetundis* y sólo por mediación de César escapó indemne del proceso. Con ese dinero adquiriría un verdadero parque, los *Horti Sallustiani* o «Jardines de Salustio», que más tarde habrían de pasar a propiedad imperial, pero que pudieron llevar el nombre de su heredero de igual nombre, nieto de una hermana, al que Salustio adoptó. Los *Horti Sallustiani* estaban situados entre el Pincio y el Quirinal, y el heredero de Salustio vivió hasta el año 20 de la era cristiana, habiéndole dedicado Horacio la oda II 2.

II. OBRAS

No sabemos cómo reaccionaría Salustio a la muerte por asesinato de César en las idus de marzo del año 44. En cualquier caso, desde su vuelta de África en el 45 y el proceso *de repetundis* al que nos hemos referido más arriba, no se vuelve a saber más de un Salustio público. Posiblemente, refugiado en su palacete de los *Horti Sallustiani*—que por lo demás pudo deber su fama de exquisitez y sibaritismo no tanto al propio Salustio como a su sobrino nieto del mismo nombre, su propietario por herencia—. Cf. R. Syme¹¹: «Si el palacio y los jardines cercanos a la Puerta Colina fueron adquiridos originariamente por el procónsul de *Africa Nova* puede que hayan sido desarrollados, extendidos y vistosamente adornados por su heredero (...). Existe la posibilidad (y más que posibilidad) de que la ignorancia y la malicia hayan transferido al historiador los gustos y hábitos del ministro de Augusto». Syme hace notar, todavía, que la cuestión de los *Horti Sallustiani* sólo aparece en la *Invectiva contra Salustio*, atribuida a Cicerón, § 19—Salustio, apartado definitivamente de la política y de la acción, ambición suprema de los romanos, se dedicó a reflexionar sobre la historia del pueblo romano, y a escribir monografías de tal tema—.

Así, escribiría el *Bellum Catilinae*, el *Bellum Iugurthinum* y las *Historiae*, éstas en cinco libros, el último de los cuales inacabado por culpa de la muerte. No es fácil fijar el año de la publicación de cada una de estas tres obras. Analizando los proemios del *B. Catilinae* y del *B. Iugurthinum* se advierte que el de la segunda obra citada es más maduro y revela mayor confianza por parte del autor. Quizá se pueda ver un *terminus post quem* en *Catilina*, cuando al referirse Salustio a César y Catón lo hace en tiempo pasado (LIII 6: *fuere uiri duo*) lo que permite admitir que esta monografía fue escrita después de la muerte de César; conforme al progreso en la madurez artística y técnica del autor, a que nos hemos referido arriba, la obra sobre Jugurta sería posterior, e incluso por la acritud frente a las proscripciones cabe pensar que fuese escrita durante el segundo

triumvirato, que se constituyó en noviembre del 43. De este modo, la *Conjuración de Catilina* pudo ser escrita a finales del 42, cuando todos sus protagonistas estaban muertos (Cicerón murió en diciembre del 43). Ésta es la opinión de Syme¹²: «The conclusion is not compelling. The B. C. may have been begun in 42, and not completed before 41», siguiendo a G. Boissier¹³. A continuación vendría el *Jugurta* y para el 39 Salustio habría comenzado la redacción de su tercera obra historiográfica, las *Historiae*.

Una nota de Mommsen en su *Historia Romana* (6.^a ed., 1895) abrió la puerta para considerar a Salustio como escritor tendencioso, es decir, partidario de César y enemigo de la nobleza y de Cicerón, idea ya avanzada ciertamente por P. Benio Eugubino en su obra *In Sallustii Catilinam Comentarium*, Venecia, 1622. Así lo pretendía también C. Gerstenberg¹⁴; la idea fue desarrollada por Eduard Schwartz¹⁵. Richard Heinze extendió la opinión negativa de Schwartz a *Jugurta* también, en «Die gegenwärtigen Aufgaben der römischen Literaturgeschichte», *Neue Jahrb. f. klass. Altertum* 19 (1907). Más adelante, comenzaron a dudar de esta postura, entre otros, Gino Funaioli en su famoso artículo sobre Salustio¹⁶; y también, parcialmente, W. A. Baehrens¹⁷. Y curiosa es la actitud de Eduard Norden, que cambia de opinión de una edición a otra de su *Literaturgeschichte*: en 1912 daba por seguro a Salustio como escritor tendencioso, pero en la edición de 1927 ya presentaba a Salustio como escritor más objetivo. Importantes para un cambio radical de actitud son los artículos de Hans Drexler¹⁸, según el cual Salustio se preocuparía no sólo de un partido sino de todo un Estado; y F. Kligner¹⁹, para el que Salustio mostraría su esperanza de que César enderezase la nave del Estado, sin adoptar una actitud de defensa a ultranza. A propósito de Catilina, Ernout²⁰ afirma: unos han querido ver en ello un ataque contra la aristocracia romana y una apología de la democracia; otros una defensa de César; otros, finalmente, un panfleto contra Cicerón». Y en la pág. 17 continúa: «En realidad, si la nobleza y el Senado se presentan frecuentemente con trucos poco halagüeños, la plebe y los defensores no salen mejor librados; si el papel de Cicerón no se pone quizá suficientemente de relieve, es sin duda porque Cicerón mismo había tendido a sobrevalorarlo [...]; en cuanto a César, Salustio aleja de él toda sospecha de haberse implicado en el complot [...], y por otra parte el paralelo que establece entre Catón y César no resulta ventajoso para este último». En el capítulo sobre el juicio de Salustio acerca de sus contemporáneos, J. Malitz²¹ opina que en la síncretis, o comparación entre César y Catón, Salustio deja en suspenso la respuesta de quién es superior a quién; y de la misma manera, el autor de la monografía sobre Catilina tampoco fue un inveterado enemigo de Cicerón, sino que semejante especie se originó por haberse atribuido la *Invectiva* contra Cicerón al historiador. «Como la hipótesis de la tendenciosidad, también esta interpretación puede considerarse superada» (pág. 101). En opinión de Malitz, los juicios de Salustio sobre César, Catón, Cicerón y Craso lo muestran como historiador independiente. K. Vretska²² (pág. 257), demuestra que Salustio describe, por ejemplo, a Mario con independencia de cualquier intención tendenciosa. Para una exposición sucinta y clara de la postura alcanzada en los últimos

tiempos respecto a la actitud de Salustio por lo que hace a los *optimates* y la *plebs* y a personalidades como César, Cicerón, etc., léase a F. R. D. Goodyear²³.

1. *Conjuración de Catilina*

El nombre de esta primera obra de Salustio varía. La denominación *De Catilinae Coniuratione* o simplemente *Catilina* con la que la denominan los editores modernos no halla ningún sustento en los manuscritos. En éstos tiene por nombre: *Bellum Catilinarium*, *Liber Catilinarius*, *Bellum Catilinae*. Quintiliano parece llamar al libro *Bellum Catilinae* también, cuando dice (III 8, 9): *in bello Iugurthino et Catilinae*. Cicerón (*Ad fam.* V 12, 2) se refiere a la conspiración como mera *ciuilis coniuratio*. Por eso, J. T. Ramsey²⁴ sugiere que el propio Salustio prefirió llamar a su obra *Bellum* por llevar la contraria a Cicerón, que pretendía haber evitado una verdadera guerra con su victoriosa intervención.

Salustio disponía de numerosas y abundantes fuentes para escribir su monografía, que narra además unos hechos que él mismo vivió en plena juventud. En primer lugar, el autor contaba con la tradición oral de aquellos hechos, a los que alude en diferentes ocasiones²⁵. Personalmente, había conocido a muchos de los protagonistas de la conjuración, o, mejor, de los que intervinieron en la represión de la misma: Craso, Publio Sila, Gayo Antonio, Mesala Rufo, Lucio Calpurnio Bestia y César. Tenía a su mano también diversos documentos: las cuatro catilinas de Cicerón, más otros ocho discursos que el ex-cónsul publicó en el 60 y que habían sido pronunciados por él en el 63, año de la conjura; el discurso *In toga candida*, pronunciado días antes de las elecciones consulares del 64, a las que se presentaron el propio Cicerón, Gayo Antonio y Catilina; en dichas elecciones fueron elegidos los dos primeros, que por tanto serían los cónsules del año de la conspiración. De este discurso se nos han conservado fragmentos en el comentario de Quinto Asconio Pediano (págs. 82-94 Clark); el *pro Murena*, de noviembre del 63, y el *pro Sulla*, del año siguiente. Asimismo, Salustio podía disponer del *Catón* de Bruto, *El elogio de Catón*, de Cicerón, y el *Anticatón*, de Julio César. Aparte de este material, contaba con las *Actas* del Senado, las memorias de los hombres públicos de la época, y también cartas. En su monografía, Salustio transcribe tres cartas: la de Manlio a Marcio Rege (XXX), la de Catilina a Cátulo (XXXV) y la de Léntulo a Catilina (XLIV), de la que Cicerón (*In Cat.* III 12) ofrece otra versión.

Sobre la composición y estructura de la obra son numerosos los estudios realizados, los cuales, lógicamente, varían en los detalles. Así, K. Vretska²⁶ presenta varios intentos; el primero de ellos en la pág. 75: capítulos 1-19 = exposición; 20-36, 5 = acción ascendente o en climax; 39-55 y 56-61, primera y segunda parte de la acción descendente. En la [página 90](#) subdivide a su vez la que previamente establece como sección entre los capítulos 26 y 55:

1) defensa del Estado; 2) toma de decisión, conforme a los intereses del Estado; 3)

éxito del Estado y aplastamiento de la conjura. Por último, en la [página 100](#) da el siguiente esquema completo:

- 1-5, 8: fundamentación de la actitud personal y la elección del tema.
- 5 (§ 9)-61: la conjura propiamente dicha.
 - 5 (§ 9)-25: intención de la conjura y sus causas.
 - 5, 9-16, 3: introducción; sobre el Estado (6-13); sobre Catilina (14-16).
 - 16, 4-5: Determinación.
 - 17-25: Primera actuación.
 - 26-55: El Estado en lucha.
 - 26-36, 3: Defensa.
 - 36, 4-39, 5: Excurso central.
 - 39 (§ 6)-47: La revolución.
 - 48-55: Victoria.
 - 56-61, Muerte heroica de Catilina.

McGushin²⁷ propone su estructuración como «una división lineal de la monografía en secciones razonablemente coherentes».

Por último, Ramsey²⁸ propone también su plan de composición de la obra, que a mi juicio es más detallado y ajustado al original:

- 1-4: prefacio y justificación.
- 5-8: retrato de Catilina.
- 5 (§ 9)-13: la historia anterior de Roma (la llamada *arqueología*; cf. Tucídides).
- 14-16: corrupción de Catilina.
- 17: encuentro de los conspiradores en junio del 64.
- 18-19: la primera conspiración de Catilina (inexistente; v. *infra*).
- 20-22: otra vez el encuentro (20, 2-17: discurso de Catilina).
- 23: rumores y alarma.
- 24: elección de Cicerón.
- 25: retrato de Sempronia (fuera de lugar, v. *infra*).
- 26: derrota de Catilina en las elecciones del 63.
- 27, 1 : Manlio y otros parten hacia diferentes lugares de Italia.
- 27, 2-28, 3: actividades de los conspiradores en Roma.
- 28, 4-31, 3: actividades de Manlio en Etruria.
- 31, 4-32, 2: Catilina se marcha de Roma.
- 32, 3-34, 1: negociaciones con Manlio.
- 34, 2-36, 3: reacción del gobierno contra Catilina.
- 35: carta de Catilina a Cátulo.
- 36, 4-39, 5: reflexión sobre el estado corrupto de la sociedad romana.
- 39, (§ 6)-41: negociaciones de Léntulo con los alóbroges.
- 42: disturbios en varias regiones de las Galias e Italia.
- 43: plan de los conspiradores para incendiar Roma y realizar una matanza.

44-45: los alóbroges traicionan a los conjurados, que son arrestados.

44, 5: carta de Léntulo a Catilina.

46-48: el senado interroga a conspiradores e informadores.

49: intento de implicar a César en la conspiración.

50-53 (§ 3): debate en el Senado sobre la suerte de los conjurados que se hallan bajo custodia.

51 : discurso de César.

52, 2-36: discurso de Catón.

53 (§ 2)-54: reflexión sobre ambos hombres.

55: ejecución de los conjurados.

56-57: movimientos del ejército de Catilina.

58-61 : batalla final y discurso de Catilina (en el 58).

Como es sabido, Salustio no da fechas, excepto en una ocasión (cap. 30, 1) donde da la del 27 de octubre (*a. d. VI kal. nouembres*). Con los escasos datos aproximativos que el autor sugiere en ocasiones y por información ajena a su *Bellum Catilinae*, cabe reconstruir en forma aproximada el calendario de acciones que media entre mediados de julio del 63 y enero del 62 en que se da la batalla final, con la muerte de Catilina en Pistoya. Ramsey²⁹ da el calendario por extenso. Nosotros sólo espigamos algunas fechas significativas:

—Entre julio y octubre: Manlio reúne fuerzas en Etruria (Fésulas).

—21 de octubre: el senado concede al cónsul su senadoconsulto último para defender de daño al estado.

—27 de octubre: Manlio levanta el estandarte de la revolución en Fésulas (30, 1).

—Entre 1 y 2 de noviembre: el senado tiene conocimiento del levantamiento en Fésulas.

—Noche del 6 al 7 de noviembre: reunión de los conjurados en la casa de Marco Porcio Leca.

—8 de noviembre: reunión del Senado y primera catilinaria de Cicerón.

—Noche del 8 al 9 de noviembre: Catilina abandona Roma.

—9 de noviembre: segunda catilinaria.

—Noche del 2 al 3 de diciembre: Detención de Volturcio, un conjurado, y de los alóbroges en el puente Milvio.

—3 de diciembre: reunión del Senado en el templo de la Concordia. Cinco conspiradores sufren arresto domiciliario. Tercera catilinaria.

—4 de diciembre: reunión del Senado.

—5 de diciembre: Debate en el Senado sobre el castigo de los conjurados. Cicerón pronuncia su cuarta catilinaria. Cinco de aquéllos, cabecillas de la revolución, son ejecutados en el Tuliano, la cárcel pública de Roma.

—15 de diciembre: la noticia de la ejecución llega a los revolucionarios, acampados al norte de Fésulas.

—Principios de enero del 62: Catilina traba combate con el ejército del cónsul Gayo Antonio, a las órdenes de Petreyo, cerca de Pistoya. Muerte de Catilina y fin de la conspiración.

La *Guerra de Catilina* o *Conjuración de Catilina*, como la conocemos nosotros, es una obra plagada de defectos y errores; defectos históricos y defectos estructurales. El estudio fundamental es una obra vieja, la de C. John, «Die Entstehungsgeschichte der catilinarischen Verschwörung. Ein Beitrag zur Kritik des Sallustius»³⁰, págs. 703-704. Uno de los errores más graves que Salustio cometió desde el punto de vista histórico es el hablar de una primera conspiración de Catilina que habría tenido lugar entre el 66 y el 65 (cap. 17 y 20-22), llevado tal vez del afán de presentar a Catilina como un facineroso y un *golpista* desde el primer instante. McGushin³¹ y Ramsey³² se ocupan detenidamente del asunto. En pocas palabras, podemos decir que Catilina había sido pretor en el 68 y gobernador de África en el 67, y no pudo presentarse al consulado en el 66, como había sido su intención.

El pretexto que el cónsul Lucio Volcacio Tulo halló para impedírselo fue que tenía que responder a un juicio *de repetundis* (igual que el propio Salustio en el 45, como hemos visto más arriba). En consecuencia, junto a Gneo Calpurnio Pisón habría organizado una conspiración, en cuyos planes entraba el asesinato de numerosos senadores. Cicerón, en la primera catilinaria del 8 de noviembre del 63, afirma que Catilina fue visto delante de la Curia el 29 de diciembre del 66 armado con una espada. El mismo Cicerón alude a los orígenes remotos de la conspiración del 63 remontándose al menos a dos años antes. Sin embargo, ello es absurdo, pues Catilina siguió presentándose a las elecciones a cónsul tanto en el 65 como en el 64, y en ambas ocasiones contaba con el apoyo de gente importante, entre ellos los mismísimos Craso y César, que aspiraban a utilizarle frente al creciente poder de Pompeyo, que a la sazón se hallaba en Oriente. De la misma manera, tampoco hay razones para creer que en el verano del 64, cuando Catilina se preparaba para las elecciones a cónsul frente a Gayo Antonio y al propio Cicerón, estuviese planeando una sangrienta revolución. Precisamente, Catilina y Antonio formaban tándem frente a Cicerón. Pero éste, creando la alarma entre los electores respecto de Catilina y consiguiendo suficiente apoyo entre la nobleza, los caballeros y seguidores de Pompeyo, consiguió vencerle en los comicios. Tras las elecciones perdidas, Catilina se enfrentó a un juicio por su papel en las proscripciones de Sila y salió indemne gracias, quizá, a la ayuda de Julio César; muchos ex-cónsules, además, se presentaron para defender a Catilina. Salustio miente al ponerle al frente de una revolución aún inexistente: de hecho, entre mediados del 64 y mediados del 63, época en la que Salustio nos quiere hacer creer que ya había una revolución en marcha, no se dice una palabra de la actividad de los conspiradores, y los datos que Salustio aporta respecto a este período en los capítulos 24-26, con reclutamiento de seguidores, adquisición de armas y dinero, etc., corresponden de hecho a la segunda mitad del año 63. Sólo después de la derrota (una más) en las elecciones a cónsul del 63 es

cuando se comenzó a hablar de los preparativos de una revolución. La narración del período inmediatamente anterior a esas elecciones y la fase de incubación de la conspiración propiamente dicha son tan imprecisas que se hace difícil seguir la evolución de los acontecimientos. Antes de las elecciones hubo una reunión en casa de Catilina (quien en efecto recurría a todo tipo de soborno para ganar las elecciones), que Cicerón denomina *contio domestica* (*pro Murena* L) y que Salustio traslada al mes de noviembre, justo antes de que Catilina abandonara Roma. E igualmente, dicha *contio* pudo servir de modelo a Salustio para la reunión que él asigna al verano del 64. De todos modos, Catilina fue derrotado en esos comicios de julio del 63, siendo elegidos cónsules para el año siguiente Lucio Licinio Murena y Decio Junio Silano, momento a partir del cual Catilina se resolvió a emprender una revuelta.

Otro fallo conspicuo es el capítulo 24, 2: ahí se nos dice que Manlio se hallaba en Fésulas para preparar la guerra civil, y en el capítulo 27 se afirma que Manlio fue enviado a Fésulas, dando la impresión de que hasta el momento había estado en Roma. Otro tanto ocurre en el capítulo 25 con el episodio de Sempronia, mujer excepcional, que es descrita por extenso, como para dar la réplica a Catilina, pero sin que posteriormente tenga papel alguno en la conspiración. Cf. Barbara Weiden Boyd³³ y la afirmación de Goodyear³⁴: «En una obra planeada chapucera como conjunto, Sempronia es el peor defecto».

Para otros defectos igualmente tangibles en la obra, cf. McGushin³⁵ y Syme³⁶.

2. Guerra de Jugurta

Esta monografía debió de ser escrita por Salustio hacia el 41-40. Sus fuentes son variadas y no es fácil fijarlas con exactitud. El propio autor cita unos libros púnicos (*libri Punici, qui regis Hiempsalis dicebantur*: 17, 7) en los que supuestamente habría hallado información. Para el esqueleto de la obra pudo basarse en Sempronio Aselión o en Publio Rutilio Rufo. Pero fundamentalmente debió de recurrir a las memorias de los participantes: las de Sila, por ejemplo. Posidonio, que escribió sobre asuntos de historia romana, pudo servirle de base igualmente. Aunque se habían conservado discursos de algunos de los personajes implicados en el período que narra la Guerra de Jugurta, no parece que Salustio haya hecho uso de ellos.

En relación con cuestiones cronológicas o geográficas, las deficiencias observadas en la monografía son constantes y de envergadura, pese a que Salustio estuvo en aquella zona africana bastante tiempo. Sin embargo, cabe reconstruir algunas fechas importantes³⁷:

148 a. C.	Muerte de Masinisa.
134	Marcha de Jugurta a Numancia.
132	Regreso de Numancia.

118	Muerte de Micipsa.
112	Ataque de Jugurta a Adérbal.
111	Lucio Calpurnio Bestia, cónsul, parte para África.
110	Muerte de Masiva y renaudación de la guerra.
dic. 110	Desastre de Aulo, hermano de Espurio Albino.
109	Comienzo de la campaña del cónsul Metelo.
107	El mando pasa a Mario.
106	Marcha hacia el río Muluya.
105	Armisticio en Numidia.
104	Triunfo de Mario.

La *Guerra de Jugurta* cubre el período que media entre el 111 a. C. y el 105, y Salustio narra tanto los acontecimientos militares como las luchas políticas entre los *optimates* y la plebe, que no son sino la prosecución de esas mismas luchas desde la Secesión al Monte Sacro. Al igual que en *Catilina*, la crítica ha revelado la independencia de criterio de Salustio, que censura tanto a la nobleza como a la plebe³⁸. Por ejemplo, *Guerra de Jugurta* 4, 7: «incluso los hombres que se hacen a sí mismos y que antes acostumbraban a aventajar a la nobleza por su virtud se esfuerzan en lograr el poder y los cargos públicos con engaño y recursos de bandidos en vez de con buenas artes». De la misma manera, el juicio acerca de Metelo es ecuaníme: «aunque enemigo del partido popular, de fama no obstante inalterable y sin mancha» (43, 1). A *nobiles* y *noui* mete en el mismo saco cuando afirma repetidas veces: «que todo en Roma estaba en venta» (8, 1); «que en Roma todo estaba en venta» (20, 1); «que en Roma se vendía todo» (28, 1). Salustio reprocha a la nobleza la corrupción (*uenalitas*) y al pueblo el abandono de la libertad. Mario, en cambio, el héroe popular, no sale mejor parado en la pluma de Salustio; si a Metelo le caracteriza negativamente la *superbia* (mal común de la nobleza), a Mario, la *ambitio*. Este último demuestra principalmente odio, que a los ojos de Salustio entraña riesgo para el Estado, como el autor pone de relieve en el excursus sobre los partidos (42, 4). Acerca de un par de empresas llevadas a cabo por Mario, Salustio expresa su crítica sin reservas³⁹. La primera es la conquista de Capsa (cap. 89). Salustio afirma: «todas sus decisiones no bien planeadas eran atribuidas a su valor» (92, 2). Respecto al castillo a orillas del río Muluya, dice Salustio: «De esta manera, enderezada por el azar la temeridad de Mario, éste encontró la gloria a partir de su propia culpa» (94, 7). Salustio se esfuerza por describir la acciones de Mario en Roma y Numidia, y comprender su esencia con independencia de cualquier intención tendenciosa. En él vio un oficial virtuoso, pero como mariscal de campo cometía el error de actuar irreflexivamente, de manera que su éxito hay que atribuirlo no a su valor sino al azar: «Como hombre de Estado constituye un paradigma de político partidista, al que falta la guerra para superar todas las oposiciones⁴⁰». En esta misma línea de independencia de criterio, Vretska⁴¹ descubre la opinión de Salustio acerca del tribuno de la plebe Memmio, *uir acer et infestus potentiae nobilitatis* (27, 2). A juicio de este autor,

Memmio recomienda una lucha contra la nobleza dentro de lo permitido, porque desea un castigo sin violencia y sólo contra los *pauci* (*potentia paucorum*), no contra el Senado ni la nobleza. El tribuno Memmio fue independiente del pueblo y nunca quiso liderar un partido popular. Por el contrario, a Mételo, el cónsul de la nobleza, le reconoce cuantos méritos contrajo, trazando de él un retrato de «hombre romano de veras». Por ello Vretska⁴² afirma: Salustio ha bosquejado en su Metelo el mejor romano de su segunda monografía, pero no lo ha idealizado». La estructura de *Jugurta* es bastante más perfecta que la de *Catilina*. Thomas F. Scanlon⁴³ descubre composición anular en la campaña de Capsa y Tala (la primera, conquistada por Mario; ante la segunda se produjo un fracaso de Metelo)⁴⁴. Asimismo, se constata un cambio en la concepción histórica de *Catilina* a *Jugurta*; cf. B. Latta⁴⁵, pág. 279: «La *Conjuración de Catilina* debe significar el punto culminante en la historia de la decadencia»; y pág. 285: «hay que corroborar que con este presupuesto (el del ‘miedo al enemigo’) Salustio ha introducido un nuevo concepto de la historia de Roma, que por lo demás no se ha llevado consecuentemente a término en el *Jugurta*, antes bien ha causado contradicciones internas».

3. *Historias*

Son sin duda la obra más ambiciosa de Salustio, que sin embargo quedó inconclusa por culpa de su muerte (ni siquiera terminó el quinto libro). Debió de ser escrita entre el 39 y el 35, año en que falleció el escritor. Por lo demás, los fragmentos que quedan se refieren a los años 78 al 67, un período de doce años, sin que pueda decirse cuál era la intención del historiador, ni cuál el límite que deseaba ponerle a su obra. Presumiblemente, el historiador aspiraba a proseguir la historia que había escrito Lucio Sisena, la cual trataba también de la figura del dictador Sila (muerto en el 78, precisamente). Salustio alude en *Jugurta* a esta circunstancia (95, 2): «y puesto que los hechos nos obligan a mencionar a un hombre tan importante, me ha parecido oportuno decir unas palabras sobre el carácter y maneras del mismo; porque en ningún otro lugar voy a hablar de los hechos de Sila, y Lucio Sisenna, que los ha descrito mejor y más detalladamente que nadie entre los que contaron esta historia, se me antoja que habló de él con poca libertad de expresión». Pues bien, durante el período que media entre el 78 y el 67 tienen lugar acontecimientos como: la guerra contra Sertorio (80-72), la revuelta de Espártaco (73-71), la guerra contra los piratas (78-67), el comienzo de la tercera guerra contra Mitridates.

De estos cinco libros de las *Historias* sólo nos han llegado en su integridad cuatro discursos y dos cartas, que son⁴⁶: 1) Discurso de Marco Lépido al pueblo, en contra de Sila y en defensa de la libertad (año 79 o 78); 2) discurso de Marco Filipo en el Senado, en defensa de la *dignitas*; 3) discurso del cónsul Gayo Aurelio Cota, cónsul del 75, a propósito de la hambruna que se desató ese año motivada por los piratas y que tuvo su fiel reflejo en el año 40 con otra hambruna idéntica, motivada ahora por el bloqueo naval

de Sexto Pompeyo. Las falsas palabras de Cota son una indirecta contra la acusación de Octaviano en ese año 40 (pues en las *Historias* hay alusiones y paralelos con la época misma de Salustio⁴⁷). Salustio prosigue en las *Historias* con sus ataques contra los nobles corruptos⁴⁸; 4) discurso del tribuno Licinio Macro a la plebe (año 73), estimulándola contra la nobleza; 5) epístola de Pompeyo al Senado, en la que se queja del abandono de su ejército en España (de donde envía la misiva); y 6) epístola de Mitridates, rey del Ponto, a Ársaces, rey de Persia, pidiéndole ayuda contra los romanos (años 69-68). A propósito de estos discursos afirma Büchner⁴⁹: «Los discursos en las obras de Salustio son documentos de su pensamiento histórico». Estos discursos y cartas se conservan, junto a los discursos y cartas sacados de *Catilina* y *Jugurta*, en los *Excerpta* del manuscrito Vaticano 3864. Aparte de estos extractos completos se nos han conservado unas quinientas citas fragmentarias del resto de las *Historias*, dispersas en la obra de numerosos autores de la Antigüedad, entre ellos gramáticos, como Emilio Áspero, Valerio Probo, Nonio Marcelo; hay abundantes citas en Aulo Gelio, en Porfirión, comentarista de Horacio, y en Sacerdote; en Elio Donato, Mario Victorino, Arusiano Meso, Servio; en Carisio, Diomedes, Claudio Donato, comentarista de Virgilio, Macrobio, Marciano Capela, y gramáticos posteriores. Numerosas citas se han conservado en San Jerónimo, Julio Exuperancio y sobre todo en San Agustín, cuyo *De ciuitate Dei* muestra los fragmentos más largos. Véase la lista completa en las págs. VIII-XV del tomo II de la edición de B. Maurenbrecher⁵⁰. Naturalmente, la atribución de los fragmentos a uno u otro libro y, sobre todo, la colocación dentro de cada libro plantea problemas, en muchas ocasiones insolubles⁵¹.

4. Los proemios de estas obras

Como era costumbre en la Antigüedad, tanto en obras históricas como filosóficas o retóricas, los tres escritos de Salustio presentan un proemio (constituido en las *Historias* por los seis primeros fragmentos⁵², cuyo contenido y estructura han hecho correr ríos de tinta desde que Quintiliano dejase escrito un pasaje⁵³ en que comenta la opinión de Aristóteles⁵⁴ de que en el género epidíctico los proemios acostumbran a ser bastante libres, poniendo como ejemplos el de Isócrates y Gorgias, entre otros. Pues la interpretación y el alcance de lo manifestado por Quintiliano varía. Así, Syme⁵⁵: «Quintiliano afirma que Salustio había recurrido a prefacios que no tenían que ver con la ‘historia’. ¿Qué quiere decir el crítico? Si ‘irrelevantes para el tema’, la censura es más o menos válida. Si ‘irrelevantes para la historia’, Quintiliano *ha metido la pata*. Los prólogos arguyen y defienden el escribir historia, discretamente en la primera monografía, pero explícita y agresivamente en la segunda». El contenido de esos proemios recoge ideas tópicas en el mundo grecorromano, provenientes de la séptima carta de Platón, Tucídides, Éforo, Teopompo, etc., y que emergen en casi todos los autores de la

Antigüedad. Antonio La Penna en el artículo citado se pregunta cómo se conectan estas banalidades con la praxis histórica que sigue, y a continuación recoge la anécdota recordada por Gaston Boissier⁵⁶ que Cicerón (*Cartas a Át.* XVI 6, 4) narra: su amigo le advirtió que había puesto el mismo proemio a su *De gloria* y al libro tercero de los *Academica*, porque, afirma Cicerón: *habeo uolumen prooemiorum; ex eo eligere soleo, cum aliquod σύγγραμμα instituí*. Salustio pretende justificar su dedicación a la historia, después de sus fracasos en la política y la milicia, en una época en que además la política y la oratoria se llevaban la palma. Para él también estaba en juego el valor del *otium*.

Pero nadie como Étienne Tiffou⁵⁷ ha puesto tanto interés y esfuerzo en defender a Salustio de las acusaciones vertidas en contra de sus prólogos. En las págs. 13-35, el autor canadiense resume detalladamente el estado de la cuestión, remite a la bibliografía precedente, haciendo buen uso del tratamiento que Büchner⁵⁸ da a esta parte de las obras salustianas y cita por extenso el anónimo que nos ha transmitido un manuscrito parisino del siglo VIII, cuyo comienzo es: *principiorum ad historiam pertinentium sunt tres: de historia, de persona, de materia*. Luego, ejemplifica para cada uno de los apartados con escritores distintos: para el primer caso, Catón; para el segundo, el de persona, Salustio; para el último, Tito Livio. El análisis que Tiffou emprende de los proemios salustianos arranca del estudio de M. Rambaud⁵⁹, quien subraya la continuidad de pensamiento que existe entre el prefacio de *Catilina* y el de *Jugurta*; ambos prólogos tienen sensiblemente la misma extensión y las correspondencias entre ambos son enormemente estrechas⁶⁰. En la pág. 27 afirma el autor: «Les préfaces constituent donc un élément clé de l'oeuvre», para preguntarse a continuación acerca de su función esencial. Para llevar a cabo dicha investigación, Tiffou procede a analizar los prólogos de tres historiadores ilustres: Tucídides, Tito Livio y Tácito, entre los cuales halla semejanzas, pero escasas respecto a Salustio. El autor concluye (págs. 34-35): «Así se explica el término de Quintiliano: si los prólogos son, superficialmente, exteriores a la obra, no se les puede negar desde un punto de vista fundamental el lugar privilegiado que ocupan, so pena de perder lo esencial del mensaje de Salustio (...). En sus prólogos responde a la pregunta de si nos puede ayudar a interpretar su obra. Son exteriores al género histórico, pero se hallan profundamente integrados en el espíritu de las monografías cuya economía y originalidad determinan». También K. Vretska⁶¹ dedica varias páginas a analizar el prólogo de *Catilina* (págs. 23-28), proponiendo un modelo existente desde Hecateo de Mileto: nombre del autor con indicación de la patria; reivindicación de la veracidad; alusión a la materia; polémica contra realizaciones anteriores (pág. 23); y luego procede a establecer correspondencias estrechas y simetrías, paralelismos y antítesis innúmeras (págs. 26-27). Se podría afirmar, pues, que los proemios de Salustio son una parte importante de su obra, que en ellos vierte el escritor su actitud ante la historia y la sociedad, que mediante ellos justifica su nueva tarea (desde el 44 hasta su muerte en el 35), defendiendo su labor frente a la política y la oratoria, que eran actividades más nobles, y tratando de dotar a los hechos que narra de una fundamentación cuasi-metafísica. No parece, pues, que tales proemios sean parte

desgajable sin más de sus escritos históricos, sino que, por el contrario, iluminan la narración, y en buena medida sirven de primera entrega de la reiterada expresión de su pensamiento en cualquier ocasión, pero sobre todo en discursos y cartas.

5. Obras apócrifas de Salustio

Son tres: *Inuectiua in Ciceronem*, y dos *Epistulae ad Caesarem senem de re publica*.

La *Inuectiua in Ciceronem* aparece en los manuscritos generalmente con otros escritos de Cicerón, pero también con otros escritos de Salustio. Pertenecen a dos familias que se remontan a un arquetipo. En todos los manuscritos se adscribe la *Inuectiva* a Salustio. Un siglo más tarde de la supuesta fecha de redacción de la *Inuectiva*, el rétor Quintiliano la cita, al menos en dos ocasiones: IV 1, 68 «¿Qué? ¿No utilizó Salustio a Cicerón, el mismo contra quien se dirigía, al comienzo y de inmediato: ‘como una carga y de mala gana soportaría tus improperios, Mario Tulio?’»; IX 3, 89 «También en la personalización han creído algunos que pasa lo mismo, a saber, que existen figuras de dicción como ‘la avaricia es la madre de la crueldad’; y en Salustio, ‘Contra Cicerón’: ¡Oh, Rómulo de Arpino!». Como las palabras *et apud Sallustium* faltan en determinados manuscritos se ha dudado de ellas, para lo cual Radermacher⁶² no ve ninguna razón. De modo que Quintiliano consideraba la invectiva genuina y, además, como si Salustio la hubiese pronunciado en calidad de verdadero discurso. Quintiliano puede ser buen «conocedor», que no se deja engañar por la calidad de un Salustio, o puede equivocarse como Suetonio al atribuir el *Culex* a Virgilio. «La valoración exacta a favor o en contra de la autenticidad es tarea de la crítica moderna, cuya problemática es bien conocida» (pág. 13). Fuera de Quintiliano no hay ninguna otra referencia de la Antigüedad. Sin embargo, en el siglo XVI surgió la primera duda sobre la autenticidad (Corrado, 1537). Henri Jordan y Vogel, así como Wirz y Reitzenstein opinaron que la invectiva no era de Salustio, pero mientras los dos primeros creyeron que era de una escuela retórica tardía, los dos últimos, con absoluta independencia el uno del otro, pensaron que pertenecía a la época de Salustio, sin ser suya. Reitzenstein y Schwartz la atribuyeron a Lucio Calpurnio Pisón, en réplica al terrible *In Pisonem* ciceroniano⁶³. A partir de ese momento, partidarios y enemigos de la atribución a Salustio se han sucedido ininterrumpidamente, al menos hasta los años sesenta del presente siglo, cuando la idea de la falsedad de esta atribución comienza a abrirse paso prácticamente de una manera general.

Por su parte, las dos *Cartas a César anciano sobre el Estado* se nos han transmitido exclusivamente en el *Codex Vaticanus* 3864, una miscelánea en que se mezclan la *Guerra de las Gallas* de César, cartas de Plinio y los discursos y cartas de las dos monografías de Salustio y de sus *Historias*; a todo esto se unen aquellas cartas sin indicación de autor. Jordan vio en ellas el producto de un rétor de la época que media entre los Flavios y los Antoninos. A favor de la autoría de Salustio se alinearon

reconocidos filólogos e historiadores: Pöhlmann, E. Meyer, H. Drexler, Otto Seel, Edmar, Skard, Dahlmann, Werner Schur, Carlsson, Wilhelm Steidle, M. Geizer, K. Büchner y K. Vrestka. En contra, Carcopino, Salmon, Fraenkel. Curiosa es la postura de algunos que pretenden que, de las dos cartas, la I (supuestamente del año 46, después de la batalla de Tapso; aunque Syme⁶⁴ más bien la cree del 48—después de la batalla de Farsalia—) es genuina, y la II una imitación falsificada de la I (la II sin embargo, sería cronológicamente anterior: del 49, comienzo de la guerra civil, aunque pudiera ser del 51 o 50). En esta situación se halla H. Last⁶⁵, quien acaba expresándose de la siguiente manera (pág. 209): «He leído, según creo, todo lo que se ha publicado sobre este documento hasta 1939, y estoy no menos convencido que lo estaba en 1923⁶⁶ de que estas dos obras no salieron de la misma mano, y de que la segunda al menos no es de Salustio. El único cambio que podía hacer en lo que escribí entonces sería el de mostrar un mayor escepticismo respecto a la autenticidad de la primera». Y así M. Chouet publicó un libro⁶⁷ en 1950 en el que hace recuento de los partidarios y enemigos de la atribución de estas cartas, hallando que cuarenta y cuatro autores estaban a favor y sólo cuatro en contra (a saber, Last—en dos artículos—, Fraenkel y Salmon). Según Syme⁶⁸, faltaban algunos de los contrarios: Kurt Latte⁶⁹, Laistner⁷⁰ y Ernout⁷¹, pág. 34: «Consideradas durante mucho tiempo casi unánimemente como apócrifas (de hecho, quienes primero consideraron apócrifas las cartas—antes, pues, de H. Jordan—, fueron Carrión y Justo Lipsio—1607—), estas obritas han encontrado en los países germánicos desde hace cincuenta años resueltos partidarios de su autenticidad y, al igual que el *Catalepton* de Virgilio, han suscitado una literatura abundante, que se puede considerar desproporcionada a su importancia». Syme (pág. 321) aumenta la lista que hemos dado más arriba añadiendo nombres de ilustres desaparecidos como Norden, Kroll, Löfstedt, Funaioli, Rostagni, todos partidarios de la atribución a Salustio. Significativo es el caso del veterano editor de Salustio en la colección Teubner, Alfons Kurfess, quien editó por primera vez la *Invectiva* y las *Cartas* en 1920, pero con la particularidad de que primero ponía el nombre de Salustio entre paréntesis, luego lo aceptaba como autor de aquellas obras y al final, tras muchos años, tenía que confesar: *nunc haesito*⁷². De modo que, aparte de que algunos admiten la autenticidad de una carta y niegan la de otra, debemos igualmente tener presente que la cuestión de la *Invectiva* se puede desligar de las dos cartas.

Aunque no es este el caso de Büchner⁷³, quien al menos acepta la falsedad de la *Invectiva* de Cicerón contra Salustio («es manifiestamente una ficción retórica en nombre de Cicerón»), porque en la pág. 30 afirma con toda rotundidad: «la autenticidad de la carta y de la *Invectiva* depende estrechamente la una de la otra». Los argumentos fundamentales de este autor para aceptar la autoría de Salustio respecto a las tres obras en cuestión se pueden resumir así: 1) «Los manuscritos testimonian la autoría»; 2) La cita de Quintiliano («un crítico fino», pág. 28); 3) el hecho de que—a juicio de Büchner—Salustio fuera un partidario de Craso («Crassianer Sallust», pág. 34): «Este rasgo de la *Invectiva* revela para nosotros que es una prueba positiva de la autoría salustiana» (pág. 36); 4) Una defensa negativa de la autoría (pág. 32): «En la medida en que no se ha

aducido ninguna prueba contra la autoría de Salustio, la *Invectiva* debe valer como salustiana».

Como hemos dicho, tras Corrado, para la *Invectiva*, y Carrion y Justo Lipsio, para las cartas, Henri Jordan⁷⁴ reunió y clasificó todos los argumentos, estilísticos o históricos para demostrar el carácter apócrifo de estas obras. De este modo, denominó *Suasoriae* a las *Cartas* y *Controuersiae* a las dos *Invectivas* (incluida la de Cicerón, queremos decir). Ernout⁷⁵ recoge las razones contra la autoría de Salustio que Ronald Syme había publicado en un artículo⁷⁶: las dos *Suasoriae* serían de autores diferentes, un ejercicio de escuela de la época de los Antoninos; Ernout recoge también un argumento de Syme, en el que el ilustre historiador británico va demasiado lejos: es el manido argumento del carácter noble o no de Marco Favorino (argumento que también sigue recogiendo J. Malitz⁷⁷): ya Büchner⁷⁸ había demostrado con claridad que no es preciso deducir de este contexto donde se cita al noble que Marco Favorino lo sea o no (Mario Favorino no fue noble, y, según Syme, Salustio diría en el pasaje aludido—*Epístola* II 9, 14—, que sí lo es). Pero es en su *Sallust*, donde Sir Ronald Syme desgrana una serie de razonamientos y argumentos que resultan suficientes para disipar cualquier duda respecto a la autoría de estas obras, a saber: relación entre las dos cartas, estilo⁷⁹, anacronismos históricos, absurdos⁸⁰, cuestión de los seiscientos o trescientos senadores⁸¹, estudio de pasajes similares entre la *Invectiva* y la *Epístola* II⁸². Carl Becker⁸³ aduce el paralelismo observado entre *Invectiva* 2, 1, *uxor sacrilega ac periuriis delibuta, filia matris paelex*, y CIC, *Cluent.* LXX 199, *uxor generi, nouerca fili, filiae paelex*, y luego recuerda que Cicerón en su *Orator* del año 46 (el *pro Cluentio* es del año 66) recoge la misma frase para mostrar la madurez de su estilo; entonces Becker reflexiona: si la *Invectiva* se había publicado sería imposible para Cicerón recurrir a un giro que se ha empleado contra él; si no se había publicado, ¿cómo coincidieron ambos en resaltar la misma frase? Sin embargo, como Cicerón era muy leído en las escuelas retóricas, cualquier imitador hábil pudo recoger de ahí la frase⁸⁴. El mismo autor termina su estudio indicando que no se puede afirmar que las dos cartas sean del mismo autor, que en cualquier caso el autor o autores eran hábiles y cultos, y, por último, que tales cuestiones nada tienen que ver con la investigación de Salustio: «en vez de en este *Sallustio minore* la investigación de Salustio debe detenerse solamente en las tres obras históricas»⁸⁵. Igualmente Erich Koestermann⁸⁶ afirma: «Las dos cartas difícilmente son otra cosa que creación retórica de un imitador (muy dotado, por lo demás)», y remite a R. Syme⁸⁷. Pöschl⁸⁸ dice: «Yo, por el contrario, me he debido decidir a dejar sin tocar las tantas veces discutidas *Cartas* e *Invectiva* respecto a su autenticidad porque, junto a Eduard Fraenkel, Ronald Syme y muchos otros, no las considero auténticas».

Jürgen Malitz⁸⁹ aporta también su granito de arena, realzando la vieja propuesta de Hugh Last⁹⁰ de que la epístola II (que no olvidemos es anterior, siquiera sea en *época dramática*, a la I) es un «desarrollo retórico» de la I; a su juicio, esta opinión es difícil de contradecir; también pone de relieve el autor la absolución que quienquiera que escribiese

la epístola II hace de Sila, lo cual resulta incomprensible (*Epíst.* II 4, 1). Respecto a la II, Malitz⁹¹ razona como sigue: el hombre expulsado del senado *probrí gratia* no podría escribirle a César una carta abierta en la que la condena del lujo no dejaba de ser esencial; por otra parte, en el año 50 nadie podía predecir qué iba a resultar de la inesperada explosión de la guerra civil. No obstante, sigue dudando de la I. Por su parte, E. Tiffou⁹² también hace su contribución al tema. En la pág. 10 afirma: «Nosotros creemos por razones subjetivas en el carácter apócrifo de las *Cartas a César*»; pero continúa expresando sus dudas, pues también entre el *Diálogo de los oradores* y el resto de obras de Tácito hay diferencias estilísticas importantes. McGushin⁹³ resume la situación recopilando los partidarios de una y otra tendencia: los alemanes por lo común son defensores de la autenticidad, los británicos, en cambio, enemigos. Por ello, McGushin, siguiendo a Syme, concluye: «Su refutación de los argumentos a favor de la autenticidad, basada en criterios tales como la lengua y estilo, personalidad del autor y contexto histórico, es plenamente convincente». Goodyear⁹⁴ lo tiene muy claro: «Prueba del vivo interés que Salustio provocó la proporcionan tres escritos espurios, todos confeccionados en las escuelas de retórica una generación o dos después. La *Invectiva contra Cicerón*, como su pieza gemela contra Salustio atribuida a Cicerón, es una tosca imitación, pensada para hacer reír a los muchachos de la escuela, pero las *Cartas a César anciano sobre el Estado* son obras bastante consumadas. El autor (o autores) hace un intento tolerable, aunque imperfecto, de captar el estilo histórico de Salustio, olvidando que nadie con el mínimo gusto habría usado este estilo en sus cartas. Las *Epístolas* tienen un interés limitado como fuentes para conocer el pensamiento político de los primeros tiempos del principado y contienen algunas máximas expresadas directamente sobre el arte de gobernar, todavía citadas ocasionalmente, pero por lo demás sólo son dignas de usarse como ejercicios de imitación. De modo sorprendente, algunos filólogos de fama las han considerado auténticas». Ramsey⁹⁵: «Las dos *Epistulae ad Caesarem* (...) parecen ser el producto de las escuelas imperiales de retórica». L. D. Reynolds⁹⁶ dice, después de referirse a los discursos y cartas de las obras genuinas de Salustio conservadas en el Vaticano 3864: «A los cuales el mismo u otro añadió las cartas falsas dirigidas a César»; en la pág. XX, nota 2: «Todavía ahora hay quienes atribuyen a Salustio estos documentos, o al menos el primero—pues éste da menos que sospechar—».

Fraenkel llegó a decir que cuanto más «históricas» y «salustianas» resultasen las cartas y la *Invectiva* tanto más posibilidades hay de que no sean de él, tensando la idea de la imitación hasta el máximo. En primer lugar, imaginar una *Invectiva* contra Cicerón en el 54, cuando Salustio acababa si acaso de terminar la cuestura (año 55; v. supra), invectiva que realmente sería un discurso pronunciado en el Senado contra el prestigioso orador, es algo absolutamente descabellado; si además, dicha invectiva no es sino un panfleto repleto de insultos y exabruptos, la sola idea resulta demencial. Por otra parte, la existencia de invectivas de esta naturaleza (*In Pisonem*, de Cicerón; *Anticato*, de César, etc.) no autoriza ni mucho menos a atribuir un libelo de dicha naturaleza a quien por lo

demás aún no era escritor ni fue nunca gran orador, y sí se puede sugerir la creencia de que semejante discurso fuera un ejercicio de imitación en las escuelas de retórica, tan en boga en Roma. La atribución a un hombre como Lucio Calpurnio Pisón, si bien indemostrable, no es rechazable en sí. En segundo lugar, viniendo a las *Epístolas*, hay que tener presente que de haber sido de Salustio nos hubiéramos encontrado en ellas un Salustio *avant la lettre*, cosa en la que se ha insistido más de una vez⁹⁷; es más, un historiador que escribiría, *antes de afilar su estilo* (a partir del 44 hasta el 35), exactamente como lo haría posteriormente, cuando, desembarazado de ambiciones políticas, se entregaría tranquilamente a su nueva labor de escritor. Pero no es esa la razón principal para negar la atribución de semejantes escritos a Salustio; sobre los muchos argumentos aducidos por los enemigos de la autenticidad de estas obras, hay que añadir lo siguiente: las cartas revelan, de un lado, unas dotes de vaticinio considerables; de otro, contienen consejos a César y propuestas que realmente se hicieron realidad con posterioridad, y, sobre todo, yo me pregunto quién era Salustio para permitirse en el año 51, 50 o 49 (y también en el 46 o 48, según Syme) dirigirse a César con semejante desparpajo, como si fuese un importante consejero áulico, siendo así que Salustio, durante toda su vida y sobre todo a lo largo de aquellos años, no fue absolutamente nadie, a no ser un paniaguado de César. Cartas abiertas de tal nivel político hubieran resultado pasables, si acaso, en la pluma de intelectuales prestigiosos de la época (entre los cuales seguro que no se contaba Salustio), como Polión, Catón, Cicerón, Bruto, Tito Pomponio Ático, Varrón, y ello independientemente de su proclividad o enemistad con el futuro dictador. Creo que por otra parte hubiera sido un caso único que de hecho nadie se hubiese atrevido a escribir semejantes cartas a todo un César: en el campo de la escuela de retórica, empero, donde se realizaban ejercicios todos los días sobre presupuestos varios, es donde estas imitaciones hallaban terreno abonado. Ahí, y sólo ahí, debemos buscar el origen de estos tres escritos que tantos quebraderos de cabeza han ocasionado en la filología latina.

6. Características de la obra de Salustio

Salustio escribe sus monografías (y sin duda las *Historias*, por lo que podemos juzgar) en forma dramática. En el caso de *Catilina*, la primera de todas, comete graves fallos estructurales (sin entrar en los defectos históricos, a algunos de los cuales nos hemos referido más arriba, y en los que volveremos a insistir en las notas); en cambio, en *Jugurta* logra la perfección técnica por estructura, progresión, correspondencias y desenlace: una tragedia griega, como *Medea* podría ilustrar muy bien la composición apasionante y maravillosa de aquella obra. Por otra parte, en tanto *Catilina* no parece sino escrito para ilustrar las tesis que expone su autor en el proemio de la misma obra, así como en el de *Jugurta* (proemio este que, según Tiffou⁹⁸, serviría de colofón a la primera monografía, más que de introducción a la segunda) ésta cobraría, a mi juicio, más independencia respecto de sus obsesiones morales y filosóficas. La opinión del

mismo estudioso canadiense respecto al pesimismo de nuestro autor se extrema al pretender que el historiador romano fue acentuando ese pesimismo natural desde *Catilina* a las *Historias*, especificando además que hay un claro contraste entre sus proemios, exultantes de optimismo y de fe, y los relatos históricos, que contradicen con los hechos aquellas ilusiones. Por último, digamos todavía en este apartado que uno de los mayores aciertos de Salustio fue su penetración psicológica, tanto individual como colectiva; de donde derivaría su capacidad de retratista: Catilina, Catón, César, Sempronio, Jugurta, Metelo, Mario, Memmio, etc.⁹⁹.

Salustio es el creador de la historiografía latina. Antes de él sólo había en Roma *narratores rerum* (CIC, *Del orador* II 54), la historia se reducía a una *annalium confectio* (ibídem II 51), cuyas principales pretensiones eran la brevedad y el pormenor. Mas de esa tradición recogió Salustio rasgos sobresalientes de su estilo, como la *breuitas*, para no ir más lejos (QUINT., IV 2, 25). Historiadores anteriores a Salustio, como Catón, Fabio Píctor, Pisón, no podían significar mucho para él; tampoco escritores de memorias, como Rutilio o Sila. Más significativos para su estilo y gusto fueron Licinio Macro (muerto en el 66) y Cornelio Sisenna (muerto en el 67). Al margen de la influencia de estos historiadores romanos, el método y forma de escribir de Salustio recibieron el toque definitivo de un historiador griego, Tucídides. También el estilo de este último tiene rasgos poéticos, rapidez e *inconcinnitas*¹⁰⁰. Debemos pensar que la tan cacareada *breuitas* salustiana resulta ser así por contraposición con Cicerón (al que Quintiliano veneraba, como es sabido); cf. la caracterización de esta *breuitas* (unida además a la *uelocitas*, que igualmente se le atribuye desde Quintiliano, X 1, 101-102) en Ramsey¹⁰¹. Para la relación entre Tucídides y Salustio, cf. H. Patzer¹⁰², quien enumera los autores griegos que han podido influir en el escritor latino: Polibio, Posidonio y muy especialmente Tucídides (al margen de Platón, *República* VIII y *Epístola* VII), y P. Perrochat¹⁰³. Sin salirnos de Roma, debemos hacer hincapié en la enorme influencia que Catón ejerció sobre Salustio, quien halló en el estilo sobrio y conciso del primer historiador romano la forja donde desarrollar el suyo propio en la lengua latina. El mismo Cicerón¹⁰⁴ recomienda que para un estilo sencillo habría que imitar al autor de los *Orígenes*.

Por lo demás, digamos que las discusiones, tantas y variadas, acerca de la interpretación de Salustio y sus intenciones, provienen en buena medida, como siempre que de un escritor desaparecido se trata, de que la escritura carece de expresividad; lógicamente, el tono y la gesticulación facial no están presentes, y, por tanto, es muy difícil hacer cábalas sobre la voluntad del escritor: en el contexto social de la lengua hablada el tono declara sin ambigüedad posible aquella voluntad.

7. Pervivencia de Salustio y su obra

La primera influencia quizá se pueda detectar en Horacio, *Epodo* XVI¹⁰⁵, donde el

poeta propone un viaje fuera del mundo conocido a las islas de los Bienaventurados: igual que Sertorio, cuyo anhelo es escapar de la guerra y la tiranía, yéndose a aquellas islas (SAL., *Hist.* I 100 ss. M.; cf. PLUT., *Sertorio* 8-9). También en Virgilio, *Geórg.* III, donde se describe la epidemia del ganado, puede haber un eco de *Historias* I 43 M. Sobre todo, el eco aflora en el libro VIII de la *Eneida*, a propósito del escudo de Eneas. Suetonio¹⁰⁶ cuenta de Leneo, liberto de Pompeyo: «Sentía tan gran cariño hacia la memoria de su patrono que hizo trizas al historiador Salustio en una sátira muy dura, por haber descrito a aquél como hombre de una linda cara, pero de carácter vergonzoso, y le llamó libertino, tragón, caradura, borracho de tasca, un monstruo por su vida y sus escritos, y, sobre todo, ladrón, por completo inhábil, de las viejas palabras de Catón». Asinio Polión censuraba al historiador¹⁰⁷: «Asinio Polión, en el libro en el que censura la escritura de Salustio, por hallarse empapada de excesiva afectación de palabras antiguas...»

El propio Suetonio nos transmite en la *Vida de los Césares, Augusto* 86, 3: «¿Y tú dudas si debes imitar a Annio Cimbrio o a Veranio Flaco¹⁰⁸, en forma que recurras al vocabulario que Salustio Crispo entresacó de los *Orígenes* de Catón?». Quintiliano (VIII 3, 29) nos transcribe un epigrama contra Salustio: «Salustio es atacado en un epigrama no menos conocido: ‘Y tú, Salustio, buen ladrón de palabras del viejo Catón, / escritor de la historia de Jugurta’». Tito Livio desaprobaba a los oradores que recurrían a «palabras viejas y polvorientas»¹⁰⁹. El mismo Quintiliano dice de Salustio¹¹⁰: «Sea la frase de Tucídides siguiente¹¹¹: *deinai gàr hai eupraxíai synkrypsai kai syskiásai tà hekástōn hamartēmata* [pues los éxitos son oportunos para encubrir y disfrazar los fallos de cada cual] (de hecho el texto dice: *hai gàr eupraxíai deinai synkrýpsai kai syskiásai tás hamartías tôn anthrōpōn eisín* [pues los éxitos son oportunos para encubrir y disfrazar los errores de los hombres]), traducida por Salustio (*Historias* I 55, 24 M.) como: ‘Los éxitos sirven maravillosamente para disimular los fracasos’. Siendo la brevedad o concisión una virtud principal de Tucídides, Salustio lo superó en ella, y le dio un varapalo en su mismo acuartelamiento, pues de la frase de Salustio no se puede quitar nada sin detrimento del sentido. Sin embargo, Tito Livio fue tan injusto con Salustio que echó en cara a éste que había estropeado la frase al traducirla». Pompeyo Trogo, según Justino (XXXVIII 3, 11), «censura en Livio y Salustio el haber sobrepasado los límites de la historia a fuerza de intercalar en sus obras discursos directos, en lugar de usar el estilo indirecto».

Quintiliano (II 5, 19): «Salustio es mayor historiador que Livio; pero para entender a aquél se necesitaba haber hecho progresos ya». *Ibid.* X 3, 7: «Pero volvamos al juicio y retomemos la facilidad sospechosa. Según sabemos, Salustio escribía así y por su propia obra se hace manifiesto el esfuerzo». *Ibid.* IV 2, 25: «También hay que evitar aquella concisión de Salustio—si bien en él pasa por virtud—y ese estilo abrupto». *Ibid.* X 1, 32: «De modo que, según he dicho, tampoco esa concisión de Salustio, aunque nada pueda haber más perfecto que ella para un oído libre y erudito, pero si se trata de un crítico ocupado por distintos pensamientos y a veces un poco erudito...». *Ibid.* X 1, 102, elogio

«esa rapidez inmortal de Salustio». *Ibid.* X 1, 101: «Y no temería contraponer a Salustio con Tucídides». Igualmente, en X 1, 102, asiente al parecer de Servilio Noniano, quien consideraba a Tito Livio y Salustio *pares magis quam similes* («equivalentes más bien que semejantes»).

Séneca el Retórico, *Suasoriae* VI 21: «Cada vez que los historiadores narran la muerte de algún hombre importante se da cuenta, por lo general, del conjunto de su vida, y se hace, por así decir, una alabanza fúnebre. Esto lo hizo un par de veces Tucídides, y Salustio recurrió a ello en muy pocas personalidades, mas el bueno de Tito Livio se lo colgaba a todos los señores ilustres, y los historiadores subsiguientes hicieron esto con mayor profusión aún». Séneca el Filósofo, *Epíst.* XIX 5 (114), 17-18: «Mientras Salustio estaba en boga hacían furor las frases recortadas y las palabras que desaparecían antes de lo esperado, así como una concisión oscura. Lucio Arruncio [cónsul en 22 a. C], individuo de rara frugalidad que escribió unas historias de la Guerra Púnica, era salustiano y tomó acomodo de su estilo. Lo que en Salustio había sido raro, se hizo en él frecuente y continuo casi, y no sin razón, porque el primero caía en este rasgo de estilo, pero el otro lo andaba buscando»¹¹².

Marcial, XVI 191, 1-2, dice de él: «Éste será, a juicio de los señores entendidos, el primero en la historia romana, Salustio». Tácito afirma¹¹³: «Salustio, el más floreciente de los historiadores de Roma». Frontón¹¹⁴: «Has traducido magníficamente las sentencias, y ésta que he recibido hoy, casi perfectamente, como que se podría poner en un libro de Salustio». *Ibid.* IV 3, pág. 62 Nab.: «Gayo Salustio, imitador reiterativo de Marco Porcio—Catón—». Aulo Gelio¹¹⁵: «La elegancia de Salustio en el discurso y el prurito de acuñar y renovar las palabras le causó desde luego mucha impopularidad, y numerosos individuos de talento más notable intentaron censurarle y discutirle la mayor parte». Granio Liciniano¹¹⁶: «Escriben que a Salustio hay que leerlo no como historiador sino como orador. Pues censura su época, reprende las malas acciones, inserta discursos, pone en censo lugares, montes, ríos, y sitios amenos y cultivados de este tipo, y los compara en su exposición».

Ecos de Salustio o referencias a él continúan en autores como Orosio, Julio Exuperancio, Amiano Marcelino, Macrobio, Arusiano Mesio, Servio. De autores cristianos, Lactancio, San Hilario de Poitiers, San Jerónimo, San Agustín, Sidonio Apolinar, Ennodio, San Gregorio de Tours, San Isidoro, San Julián de Toledo, Álvaro de Córdoba. En el s. IX y siguientes hay reminiscencias e imitaciones en diversos autores medievales¹¹⁷. En el siglo XIV comienzan las versiones a las lenguas romances: la italiana de Fray Bartolommeo de S. Concordio; al español, las siguientes¹¹⁸: del arcediano de Toledo, Vasco Ramírez de Guzmán; en 1493, versión de la *Conjuración*, de Francisco Vidal de Noya; versión de *Jugurta*, por Vasco de Guzmán. Edición de Salustio en Valencia, 1475 (anónima); de Carrión, Amberes, 1573, con los fragmentos de las *Historias*; en Amsterdam, 1742, por Pedro Chacón y Luis Carrión; en el siglo XVIII, de Minelli, en Madrid. Nuevas traducciones españolas: Manuel Sueiro¹¹⁹; infante don

Gabriel¹²⁰, Millares Cario¹²¹; Marín Peña y A. Pariente¹²²; Joaquín García Álvarez¹²³; Manuel Díaz y Díaz¹²⁴; S. Mariner Bigorra¹²⁵; J. I. Ciruelo¹²⁶ y J. Torrens Béjar¹²⁷.

8. Transmisión del texto

No hay menos de quinientos manuscritos de Salustio. El texto actual comenzó a ser fijado por Rudolf Dietsch (Leipzig, 1859) y H. Jordan (Berlín, 1866); fundamental fue el trabajo de A.W. Ahlberg¹²⁸, quien en 1919 publicó la *editio maior*, en la colección Teubner. Los manuscritos de Salustio se suelen dividir en dos clases, la de los «mútilos» y la de los «íntegros». Los primeros son aquellos que presentan una laguna importante en el *Bellum lugurthinum* (desde 103, 2 *quinque delegit*, hasta 112, 3 *et ratam*); los segundos son los que han rellenado la laguna con la primera mano, de forma que no se podía descubrir la falta. A juicio de Reynolds¹²⁹, la división no es demasiado importante, porque todos los códices, tanto mútilos como íntegros, proceden de la misma fuente, y los íntegros suplieron la laguna de cualquier parte: quizá a fines del siglo x (pues ningún íntegro es inferior a este siglo, siendo así que mútilos los hay del IX, además) había algún manuscrito hoy perdido que tenía un texto más completo de Salustio. El editor cuyo texto seguimos esencialmente, Reynolds, selecciona los siguientes nueve manuscritos de entre los mútilos, que son los códices más importantes de las monografías de Salustio¹³⁰:

- P Parisino latino 16024, del siglo IX, copiado en Francia. En este mismo siglo pudo haber alguna relación entre este manuscrito y el Vaticano 3864, del que será cuestión más abajo.
- A Parisino latino 16025, de mediados del siglo IX, escrito en Francia.
- B Basilense AN. IV. II, del siglo XI, copiado en el Sur de Alemania.
- C Parisino latino 6085, del siglo XI, copiado en Francia; el discurso del rey Boco ante Sila ha sido agregado al final de la obra por la misma mano.
- N Vaticano Palatino latino 889, del siglo x.
- K Vaticano Palatino latino 887, copiado al parecer en Alemania.
- H Berolinense, códice filípico 1902, del siglo XI, escrito en el Sur de Alemania.
- D Parisino latino 10195, de finales del siglo x.
- F Hauniense Fabriciano 25 2.º, del siglo XI, escrito en el Norte de Francia o en Bélgica.

Véase el *stemma* de estos códices en Reynolds, *Sallusti...*, pág. XI.

De los íntegros, el mismo autor selecciona los siguientes¹³¹:

- s Lipsiano Rep. I 2.º 4, del siglo XI, copiado en Alemania, otrora propiedad de San Juan de Magdeburgo.

- C Parisino latino 6085. Véase *supra*.
- b Alba-Juliense Batianiano III.79, del siglo XI, escrito en Francia.
- r Remense 1329, del siglo XI.
- F Hauniense Fabriciano 25 2.º. Véase *supra*.
- R Vaticano latino 3325, del siglo x, escrito al parecer en el Norte de Francia.
- H Berolinense, códice filípico 1902. Véase *supra*.
- Q Parisino latino 5748, de finales del siglo x y de origen incierto.
- D Parisino latino 10195. Véase *supra*.

Para la relación entre estos dos grupos de códices, véase además PABÓN, *Salustio...*, pág. LII ss.

Para las cartas y discursos de *Catilina*, *Jugurta* e *Historias*, amén de las *Epistulae ad Caesarem senem de re publica*, contamos todavía con un florilegio (que contiene además obras de César y Plinio el Joven):

- V Vaticano latino 3864, del siglo IX.

De esta manera, para determinadas partes de la obra de Salustio contamos con dos fuentes distintas, sin que se pueda dilucidar cuál de las dos es la más pura.

Todavía se pueden añadir cuatro fragmentos de papiro:

- Π₁ Londinense P. Ant. 154, de los siglos IV o v.
- Π₂ Berolinense lat. 4.º 914, del siglo iv.
- Π₃ Florentino Laur. P.S.I. 110, del siglo v.
- Π₄ Oxoniense Bodleyano Lat. class, e. 20 (P), del siglo v, el más importante de todos con diferencia, que contiene un trozo de *Catilina* VI 1-7.

La *Invectiva* contra Cicerón (y la *Invectiva* contra Salustio) se nos han transmitido separadamente, en no menos de doscientos manuscritos, normalmente unidas a textos de Salustio y Cicerón, a partir del siglo x. Alguno de estos códices son los siguientes¹³²:

- A Güelferbitano Gudiano latino 335, del siglo XI.
- F Florentino Laurenciano 50.45, del siglo X.
- K Londinense Harleyano 2682, del siglo XI.
- T Monacense latino 19472, del siglo XII.
- C Parisino Latino 11127, de finales del siglo X.

Véase *stemma* en Reynolds, *Sallusti...*, pág. XXIII.

Ediciones del texto de Salustio:

- A. W. AHLBERG, *C. Sallustius Crispus, Catilina, Iugurtha, orationes et epistulae excerptae de historiis*, Leipzig, Teubner, 1919.
- L. CARRIÓN, Amberes, 1573.
- P. CIACCONIUS, Leiden, 1594.
- L. CONSTANS, *Salluste, conjuration de Catiline, guerre de Jugurtha, discours et lettres tirées des histoires, suivies de la lettre et du discours à César*, Paris, 1881.
- A. M. COOK, *C. Sallusti Crispi Bellum Catilinae*, Londres, 1884.
- R. DIETSCH, *Gai Sallusti Crispi quae supersunt*, 4.^a ed., Leipzig, 1876.
- A. ERNOUT, *Salluste: Catilina, Jugurtha, Fragments des Histoires*, Paris, Les Belles Lettres, 1947.
- , *Pseudo-Salluste, Lettres a César: Invectives*, Paris, Les Belles Lettres, 1962.
- E. W. FABRI, Nuremberg, 1845.
- R. FUNARI, *Sallusti Crispi Historiarum Fragmenta*, Amsterdam, 1994.
- F. D. GERLACH, *C. Sallusti Crispi Catilinam, Iugurtham, Historiarum reliquias*, Basilea, 1831.
- J. GRUTERUS, Frankfurt, 1607.
- S. HAVERKAMP, *C. Crispi Sallustii quae extant*, Amsterdam, 1742.
- J. HELLEGOUARC'H, Paris, 1972.
- R. JACOBS, H. WIRZ, A. KURFESS, *C. Sallusti Crispi de coniuratione Catilinae liber, orationes et epistulae excerptae*, Berlín, 1922.
- H. JORDAN, *C. Sallusti Crispi Catilina, Jugurtha, Historiarum reliquiae potiores, incerti rhetoris suasoriae ad Caes. s. de re publi. Accedunt incerti rhetoris inuectivae Tullii et Sallustii personis tributae*, Berlín, 1866.
- F. FRITZ, Leipzig, 1828-1853.
- A. KURFESS, *C. Sallusti Crispi Catilina, Iugurtha, Fragmenta ampliora*, 3.^a ed., Leipzig, Teubner, 1957.
- B. MAURENBRECHER, *C. Sallusti Crispi Historiarum Reliquiae*, Leipzig, 1891-1893.
- P. MCGUSHIN, *C. Sallustius Crispus, Bellum Catilinae*, Leiden, 1977.
- J. M. PABÓN, *Salustio, Catilina y Jugurta*, 2 vols., Barcelona, Alma Mater, 1954-1956 (= *Salustio, Conjuración de Catilina*, 2.^a ed., Madrid, C.S.I.C., 1991; *Salustio, Guerra de Jugurta*, 3.^a ed., Madrid, C.S.I.C., 1991).
- J. T. RAMSEY, *Sallust's Bellum Catilinae*, Chico, California, 1984.
- L. D. REYNOLDS, *C. Sallusti Crispi Catilina, Iugurtha, Historiarum Fragmenta Selecta, Appendix Sallustiana*, Oxford, 1991.
- KARL VRETSKA, *Sallust, Invektive und Episteln*, Heidelberg, 1961.
- , *C. Sallustius Crispus, de coniuratione Catilinae*, Heidelberg, 1976.

Muchas de estas ediciones del texto, total o parcial, de Salustio, van acompañadas de comentario y en algunos casos de traducción.

9. *La traducción*

La presente traducción se basa en el texto editado por L. D. Reynolds¹³³. Las pocas discrepancias con dicho texto se especifican a continuación:

	TEXTO DE REYNOLDS	TEXTO ELEGIDO
CATILINA		
1, 3	[<i>esse</i>]	<i>esse</i> (PABÓN)
10, 2	<i>otium diuitiae</i>	<i>otium diuitiaeque</i> (RAMSEY)
14, 2	[<i>impudicus adulter ganeo</i>]	<i>impudicus adulter ganeo</i>
20, 2	<i>atque eo dictitare fecisse</i>	<i>idque eo fecisse</i> (RAMSEY)
53, 5	<i>sicuti †effeta parentum†</i>	<i>sicuti esset effeta partu</i> (KURFESS, PABÓN)
59, 2	<i>rupe aspera</i>	<i>rupem asperam</i> (ERNOUT, PABÓN)
JUGURTA		
10, 1	[<i>liberis</i>]	<i>liberis</i>
12, 3	<i>sua</i>	<i>suam</i>
38, 2	[<i>ita delicta occultiora fore</i>]	<i>ita delicta occultiora fore</i>
41, 1	<i>partium [popularium] et [senatores] factionum</i>	<i>partium popularium et factionum</i> (PABÓN)
53, 7	[<i>aduentare</i>]	<i>aduentarent</i>
HISTORIAS		
I 13	<i>omniumque</i>	<i>omnium</i> (MAURENBRECHER)
I 55, 20	<i>audeas</i>	<i>audeat</i> (MAURENBRECHER)
I 88	<i>ductu eius <manu>que patrata</i>	<i>ductu eius patrata</i>
II 93	<i>fidem</i>	<i>fide</i> (HAULER)
IV 26	< <i>et humilioris</i> >	<i>mollioris</i>

Durante los últimos cuarenta años el Salustio español que hemos conocido es el del Prof. J. M. Pabón. Sería impropio pretender ponderar a estas alturas la figura del eminente filólogo; ni que decir tiene que su traducción de Salustio, que es lo que ahora nos interesa, raya con la perfección. La clase de español, empero, que el ilustre latinista empleó para trasladar a nuestra lengua al romano Salustio es para nuestro gusto algo caído en desuso. No parece una absurda pretensión que ahora aspiremos a leer a Salustio en el español actual. Eso es sencillamente lo que nos hemos propuesto hacer. Si a ello se añade que el Salustio del profesor Pabón era un Salustio bastante incompleto (faltan en aquél las *Historias* y las obras espurias) se comprenderá que había sonado la hora justamente de ofrecer a todo Salustio en el español de la época, que es lo que hemos intentado hacer para la Biblioteca Clásica Gredos.

Sevilla, enero de 1997

-
- ¹ Editados por MOMMSEN, *MGH auct. ant. IX chron. min.* I (1892).
- ² P. MCGUSHIN, *C. Sallustius Crispus, Bellum Catilinae*, Leiden, 1977, pág. 1.
- ³ ASCONIO, *ibid.*: *sunt autem contionati eo die, ut ex Actis apparet, C. Sallustius et Q. Pompeius, utriusque et inimici Milonis et satis inquieti.*
- ⁴ ASCONIO, pág. 35, 1-3 STANGL: *postea Pompeius et Sallustius in suspitione fuerunt redisse in gratiam cum Milone ac Cicerone.*
- ⁵ JÜRGEN MALITZ, *Ambitio mala: Studien zur politischen Biographie des Sallust*, Bonn, 1975, pág. 62.
- ⁶ J. MALITZ, *Ambitio* pág. 71.
- ⁷ *Ambitio ...*, págs. 76-77.
- ⁸ MCGUSHIN, *Bellum...*, pág. 4.
- ⁹ Cf. MALITZ, *Ambitio ...*, págs. 12-16.
- ¹⁰ *Bell. Africanum* VIII 3, 34 1-3.
- ¹¹ R. SYME, *Sallust*, Berkeley-Los Angeles, 1964, pág. 283.
- ¹² *Sallust*, pág. 128.
- ¹³ GASTON BOISSIER, *La conjuration de Catilina*, 5.^a ed., París, 1905.
- ¹⁴ C. GERSTENBERG, *Ist Sallust ein Parteischriftsteller?*, Berlín, 1893.
- ¹⁵ EDUARD SCHWARTZ, «Die Berichte über die catilinarische Verschwörung», *Hermes* 32 (1897), 554-608.
- ¹⁶ *RE* I A 2 (1920), cols. 1913-1955.
- ¹⁷ W. A. BAEHERENS, «Sallust als Historiker, Politiker und Tendenz-Schriftsteller», *Neue Wege zur Antike* I 4 (1926), 35-82.
- ¹⁸ HANS DREXLER, «Sallust», *Neue Jahrbücher* 4 (1928), 390-399 (= *Sallust*, ed., V.

PÖSCHL, 2.^a ed., Heidelberg, 1981 [=1970], págs. 30-44).

¹⁹ F. KLIGNER, «Über die Einleitung der Historien Sallusts», *Hermes* 63 (1928), 165-192 (= PÖSCHL, *Sallust*, págs. 1-30)

²⁰ A. ERNOUT, *Salluste: Catilina, Jugurtha, Fragments des Histoires*, Paris, Les Belles Lettres, 1947, pág. 16.

²¹ *Ambitio*..., págs. 97-105.

²² KARL VRETSKA, «Studien zu Sallusts *Bellum Iugurthinum*», en V. PÖLSCH, *Sallust*, págs. 224-295 (= *Studien zu Sallusts Bellum Iugurthinum*, Viena, 1955, págs. 85-134; 146-158).

²³ En E. J. KENNEY, W. V. CLAUSEN (eds.), *The Cambridge History of Classical Literature*, II: *Latin Literature*, Cambridge, University Press, 1982, págs. 274-275 = *Historia de la literatura clásica*, II: *Literatura latina* [trad. ELENA BOMBÍN], Madrid, Gredos, 1989, págs. 308-309.

²⁴ J. T. RAMSEY, *Sallust's Bellum Catilinae*, Chico, California, 1984, pág. 5, n. 9.

²⁵ B. C. XIV 7; XVII 7; XIX 4, XXII 1; XLVIII 7.

²⁶ K. VRETSKA, «Der Aufbau des *Bellum Catilinae*», en V. PÖSCHL, *Sallust*, págs. 74-101 (= *Hermes* 72 (1937), 202-222).

²⁷ MCGUSHIN, *Bellum*..., págs. 11-12.

²⁸ *Sallust's* ..., págs. 22-23.

²⁹ *Sallust's*..., págs. 19-21.

³⁰ *Jahr. klass. Phil. Suppl.* 8 (1875-76), 701-819.

³¹ *Bellum*..., págs. 298-301.

³² *Sallusts's*..., págs. 237-239.

³³ B. WEIDEN BOYD, «Virtus effeminata and Sallust's Sempronia», *Trans. Amer. Journal Phil.* 117(1987), 183-201.

³⁴ KENNEY, *Latin Literatur'e*..., pág. 275.

³⁵ *Bellum*..., págs. 296 ss.

³⁶ *Sallust*, págs. 69-81.

³⁷ Véase G. M. PAUL, *A historical commentary on Sallust's Bellum Iugurthinum*, Liverpool, 1984, pág. XXIII.

³⁸ Cf. P. ZANCAN, «Prolegomeni alla Giugurtina I», *Atti Ist. Ven.* 102 (1942-3), 637-665 (=«Prolegomena zu Sallusts *Bellum Iugurthinum*», PÖSCHL, *Sallust*, págs. 121-154), quien declara falsa la creencia de que Salustio ataca a la nobleza y describe el comienzo de los *homines noui (et repentini*: Cicerón).

³⁹ Cf. KARL VRETSKA, *Studien*...

⁴⁰ VRETSKA, *Studien*..., pág. 271.

⁴¹ VRETSKA, *Studien*..., pág. 224.

- ⁴² *Studien...*, pág. 241.
- ⁴³ T. F. SCANLON, «Textual geography in Sallust's the war with Jugurtha», *Ramus* 17 (1988), 138-175.
- ⁴⁴ Cf. pág. 145.
- ⁴⁵ BERND LATTA, «Der Wandel in Sallusts Geschichtsauffassung von *BC* zu *BI*», *Maia* XL (1988), 271-288.
- ⁴⁶ J. M. PABÓN, *Gayo Salustio Crispo, Catilina y Jugurta*, vol. I, Barcelona, C.S.I.C., 1954, pág. XXI, y K. BÜCHNER, «Die Reden und die Briefe», *Sallust*, Heidelberg, 1960, págs. 204-243.
- ⁴⁷ Cf. GERHARD PERL, «Die Rede Cottas in Sallusts Historien», *Philologus* 109, 1-2, (1965), 75-82.
- ⁴⁸ Cf. PERL, *Rede...*, pág. 82: «De modo que Salustio hace el retrato de un político quizá bienintencionado, pero inhábil y corrupto, de los círculos de la alta nobleza, que coloca su propia posición de poder por encima del bien del Estado».
- ⁴⁹ *Sallust*, pág. 243.
- ⁵⁰ B. MAURENBRECHER, *C. Sallusti Crispi Historiarum Reliquiae*, vol. II, Leipzig, 1893.
- ⁵¹ Cf. ANTONIO LA PENNA, «Per la ricostruzione delle *Historiae* di Sallustio», *St. Ital. di Fil. Clas.* 25 (1963), 5-68; O. PECERE, «SU alcuni frammenti delle *Historiae* di Sallustio», *St. Ital. di Fil. Clas.* 41 (1969), 61-80, y del mismo, «Note sui frammenti di Sallustio», *St. Ital. di Fil. Clas.* 50 (1978), 131-160.
- ⁵² ANTONIO LA PENNA, «Die Bedeutung der Proömien Sallusts», en V. PÖSCHL, *Sallust*, págs. 296-324 (= «Il significato dei proemi Sallustiani», *Maia* 11 [1959], 23-43).
- ⁵³ III 8, 8-9: *C. Sallustius in bello Iugurthino et Catilinae nihil ad historiam pertinentibus principiis orsus est.*
- ⁵⁴ Expresada en *Retórica* III 14.
- ⁵⁵ *Sallust*, pág. 241.
- ⁵⁶ G. BOISSIER, «Les prologues de Salluste», *Journal des Savants* I (1903), 59.
- ⁵⁷ É. TIFFOU, *Essai sur le pensée morale de Salluste à la lumière de ses prologues*, Montreal, 1974.
- ⁵⁸ *Sallust*, págs. 93-130.
- ⁵⁹ M. RAMBAUD, «Les prologues de Salluste et la démonstration morale dans son oeuvre», *REL* 24 (1946), 115-130.
- ⁶⁰ Cf. las tablas de dichas correspondencias en TIFFOU, *Essai...*, págs. 21-23.
- ⁶¹ K. VRETSKA, *C. Sallustius Crispus, de coniuratione Catilinae*, Heidelberg, 1976.
- ⁶² K. VRETSKA, *Sallust, Invektive und Episteln*, vol I, Heidelberg, 1961, pág. 13.
- ⁶³ K. VRETSKA, *Invektive...*, pág. 14.
- ⁶⁴ *Sallust*, pág. 322.

- ⁶⁵ HUGH LAST, «Sallust und Caesar im *Bellum Catilinae*», en V. PÖSCHL, *Sallust*, págs. 206-223 (= «Sallust and Caesar in the *B. C.*», *Mélanges Marouzeau*, Paris, 1948, 355-369).
- ⁶⁶ Se refiere a su artículo «On the Sallustian Suasoriae», *Class. Quar.* 17 (1923), págs. 87-100 y 151-162.
- ⁶⁷ M. CHOUET, *Les lettres de Salluste à César*, Paris, 1950.
- ⁶⁸ *Sallust*, pág. 321.
- ⁶⁹ K. LATTE, *Sallust*, Leipzig, 1935.
- ⁷⁰ M. L. W. LAITSNER, *The greater Roman Historians*, III: *Sallust*, Berkeley-Los Angeles, 1947.
- ⁷¹ A. ERNOUT, *Salluste...*, págs. 33-36.
- ⁷² Véase SYME, *Sallust*, pág. 321 n. 35, y A. ERNOUT, *Pseudo-Salluste, Lettres a César. Invectives* [en plural, porque amén de la supuesta *Invectiva* de Salustio contra Cicerón también se nos ha transmitido otra supuesta *Invectiva* de Cicerón contra Salustio, la cual, obviamente, en una relación de obras de Salustio no viene al caso], París, Les Belles Lettres, 1962, pág. 9.
- ⁷³ *Sallust*, págs. 20-88.
- ⁷⁴ H. JORDAN, *De Suasoriis ad Caesarem senem de re publica*, Berlín, 1867.
- ⁷⁵ ERNOUT, *Pseudo-Salluste...*, págs. 12 ss.
- ⁷⁶ R. SYME, «Pseudo-Sallust», *Mus. Helv.* 15 (1958), 46-55.
- ⁷⁷ *Ambitio...*, pág. 107.
- ⁷⁸ *Sallust*, pág. 389, n. 37.
- ⁷⁹ SYME, *Sallust*, págs. 327, 331, 334.
- ⁸⁰ SYME, *Sallust*, pág. 341
- ⁸¹ SYME, *Sallust*, pág. 344.
- ⁸² SYME, *Sallust*, págs. 348-349.
- ⁸³ C. BECKER, «Sallust», *Aufs. und Nied, der Röm. Welt* I 3 (1973), págs. 720-754.
- ⁸⁴ BECKER, *Aufs.*, pág. 745.
- ⁸⁵ BECKER, *Aufs.*, pág. 754.
- ⁸⁶ E. KOESTERMANN, «Das Problem der römischen Dekadenz in Sallust und Tacitus», *Aufs. und Nied, der Rom. Welt* I 3 (1973), pág. 788.
- ⁸⁷ *Sallust*.
- ⁸⁸ *Sallust*, pág. VIII.
- ⁸⁹ *Ambitio...*, págs. 106-108.
- ⁹⁰ LAST, *Sallust und Caesar...*, pág. 106.
- ⁹¹ *Ambitio...*, pág. 107.
- ⁹² *Essai...*, págs. 7-10.

- ⁹³ MCGUSHIN, *Bellum...*, págs. 5-6.
- ⁹⁴ KENNEY, *Latin Literature...*, pág. 269 (= pág. 303 de la ed. esp.).
- ⁹⁵ *Sallust's...*, pág. 6.
- ⁹⁶ L. D. REYNOLDS, *C Sallusti Crispí Catilina, Iugurtha, Historiarum Fragmenta Selecta, Appendix Sallustiana*, Oxford, 1991, pág. XVII.
- ⁹⁷ El propio Syme (*Sallust*) se pregunta cómo habría sido Salustio antes de sus obras históricas, y corrobora la curiosidad que dicha pregunta suscita en cualquier investigador.
- ⁹⁸ TIFFOU, *Essai...*, pág. 580.
- ⁹⁹ Cf. PABÓN, *Salustio...*, pág. XXVII.
- ¹⁰⁰ MCGUSHIN, *Bellum*, págs. 14-21.
- ¹⁰¹ *Sallust's...*, pág. 12.
- ¹⁰² HARALD PATZER, «Sallust und Thukydides», *Neue Jahrbücher* 4 (1941), 124-136.
- ¹⁰³ P. PERROCHAT, *Les modèles grecs de Salluste*, Paris, 1949.
- ¹⁰⁴ CIC, *Brutus* LXV ss.
- ¹⁰⁵ Cf. SYME, *Sallust*, pág. 284.
- ¹⁰⁶ *De grammaticis et rhetoribus* XV, pág. 112 REIFFERSCHIEDT.
- ¹⁰⁷ *Ibid.* X, pág. 108.
- ¹⁰⁸ A saber, escritores contemporáneos de tendencias arcaizantes.
- ¹⁰⁹ SÉN., *Controu.* IX 2, 26.
- ¹¹⁰ *Ibid.*, IX 1, 13-14.
- ¹¹¹ En realidad, se trata de un discurso de DEMÓSTENES, XI, pág. 155 R. 13.
- ¹¹² Cf. SYME, *Sallust*, pág. 292 y n. 83.
- ¹¹³ *Anales* III 30
- ¹¹⁴ *Epist. ad M. Caes.* III 11, pág. 48 NAB.
- ¹¹⁵ IV 15, 1
- ¹¹⁶ XXXVI, pág. 43 BONN.
- ¹¹⁷ PABÓN, *Salustio...*, págs. XL-XLI.
- ¹¹⁸ PABÓN, *Salustio...*, págs. XLII ss.
- ¹¹⁹ Amberes, 1615.
- ¹²⁰ Madrid, 1772.
- ¹²¹ Méjico, 1945.
- ¹²² Madrid, 1950.
- ¹²³ *Guerra de Jugurta*, Madrid, Gredos, 1971.
- ¹²⁴ *Conjuración de Catilina*, 4.^a ed., Madrid, 1969.

- 125 *La conjuración de Catilina*, Madrid, UNED, 1974.
- 126 *Conjuración de Catilina*, Barcelona, Bosch, 1974.
- 127 *La guerra de Yugurta. La conjuración de Catilina*, Madrid, Sarpe, 1985.
- 128 A. W. AHLBERG, *Prolegomena in Sallustium*, Goteburgo, 1911.
- 129 *Sallusti.*, págs. VI-VII.
- 130 PABÓN, *Salustio...*, pág. XLVIII.
- 131 REYNOLDS, *Sallusti...*, pág. XIII.
- 132 REYNOLDS, *Sallasti...*, págs. XXI-XXII.
- 133 REYNOLDS, *Sallusti.*

BIBLIOGRAFÍA

A) Repertorios bibliográficos sobre Salustio y su obra:

- C. CAVALLO, P. FEDELI, A. GIARDINA (eds.), *Lo spazio letterario della Roma antica*, V: *Cronologia e Bibliografia della Letteratura Latina*, Roma, 1989, 325-333.
- N. CRINITI, *Bibliografia catilinaria*, Milán, 1971.
- A. D. LEEMAN, *A systematical Bibliography of Sallust (1879-1964)*, 2.^a ed., Leiden, 1965.
- C. NEUMEISTER, «Neue Tendenzen und Ergebnisse der Sallustforschung (1961-1981)», *Gymnasium* 13 (1986), 51-68.
- L. DI SALVO, «Studi sulle *Historiae* di Sallustio 1969-1982», *Boll di Studi Lat.* 13 (1983), 40-58.

B) Bibliografía general:

- F. AHLHEID, «Oratorical strategy in Sallust's letter of Mithridates reconsidered», *Mnemosyne* 41, 1-2 (1988), 67-92.
- L. ALHEIT, «Charakterdarstellung bei Sallust», *Neue Jahrbücher* 43 (1919), 17-54.
- W. ALLEN JR., «In defense of Catilina», *Clas. Jour.* 34 (1938), 70-85.
- , «Sallust's political career», *St. in Phil.* 51 (1954), 1-14.
- W. AVENARIUS, «Sallust und der rhetorische Schulunterricht», *Rendiconti dell 'Istituto Lombardo* 89-90 (1956), 343-352.
- , «Die griechischen Vorbilder des Sallust», *Symb. Osl.* 33 (1957), 48-86.
- W. A. BÄHRENS, «Sallust als Historiker, Politiker und Tendenzschriftsteller», *Neue Wege zur Antike* I 4 (1926), 35-82.
- K. BAUHOFFER, *Die Komposition der Historien Sallusts*, Múnich, 1935 (tesis doctoral).
- C. BECKER, «Sallust», *Aufs. und Nied. der Röm. Welt* I 3 (1973), págs. 720-754.
- P. BENIO EUGUBINO, *In Sallustii Catilinam Commentarius*, Venecia, 1622.
- A. W. BENNETT, *Index uerborum Sallustianus*, Hildesheim-Nueva York, G. Olms, 1970.
- E. BICKERMANN, «La lettre de Mithridate dans les *Histoires* de Salluste», *Rev. des Ét. hat.* 24 (1946), 131-151.
- B. BISCHOFF-H. BLOCH, «Das Wiener Fragment der *Historiae* des Sallust», *Wiener St.* 13 (1979), 116-129.
- G. BOISSIER, «Les prologues de Salluste», *Journal des Savants* 1 (1903), 59-66.
- , *La conjuration de Catilina*, 5.^a ed., Paris, 1905.
- E. BOLAFFI, «I proemi delle monografie di Sallustio», *Athenaeum* 16(1938), 128-157.
- , *Sallustio e la sua fortuna nei secoli*, Roma, 1949.
- D. E. BOSSELAAR, *Quomodo Sallustius historiam belli Iugurthini conscripserit*,

- Utrecht, 1915 (tesis doctoral).
- K. BRINGMANN, «Zum Parteienexkurs in Sallusts *Bellum Iugurthinum*», *Rhein. Museum* 117, 1-2 (1974), 95-103.
- P. A. BRUNT, «The conspiracy of Catilina», *History Today* 13 (1963), 14-21.
- K. BÜCHNER, *Der Aufbau von Sallusts B. I.*, Wiesbaden, 1953, con un apéndice sobre la composición de *Catilina* en págs. 98-104.
- , *Sallust*, 2.^a ed., Heidelberg, 1982 (=1960).
- , «Sallustio: artista o storico?», *Gior. Ital. di Fil.* 21 (1969), 73-86.
- I. CALEVO, *Il problema della tendenziosità di Sallustio*, Udine, 1940.
- L. CANFORA, *Su Lucio Mario e la carriera di Sallustio*, Bari, 1968.
- , «Il programma di Sallustio», *Belfagor* (1972), 137-148.
- , «Crispus Sallustius autore delle Suasorie ad Caesarem senem», *Index* 8 (1980), 25-32.
- J. CARCOPINO, *La basilique Pythagoricienne de la Porte Majeure*, Paris, 1927.
- , *Sylla ou la monarchie manquée*, Paris, 1931.
- C. CARLSSON, *Eine Denkschrift an Cäsar über den Staat*, Lund, 1936.
- E. CASTORINA, «Sul proemio delle *Historiae* di Sallustio», *St. Urb.* 49(1975), 355-366.
- E. CESAREO, *Le orazioni nell'opera di Sallustio*, Palermo, 1938.
- M. CHOUET, *Les lettres de Salluste à César*, Paris, 1950.
- G. CIPRIANI, *Sallustio e l'immaginario: per una biografia eroica di Giugurta*, Bari, 1988.
- J. I. CIRUELO, *Sallustius Crispus, Apèndix (Fragments i obres espúries)*, Barcelona, 1974.
- W. CLAUSEN, «Notes on Sallust's *Historiae*», *Am. Jour. of Phil* 68 (1947), 293-301.
- B. COMPAGNO, «Gloria nelle epistole ad Caesarem e nelle monografie di Sallustio», en A. BUTTITA *et alii* (eds.), *Studi di filologia classica in onore di Giusto Monaco*, Palermo, 1991, págs. 869-877.
- F. CONLEY DUANE, «The stages of Rome's decline in Sallust's historical theory», *Hermes* 109 (1981), 379-382.
- G. D'ANNA, «Sali. Cat. 37-39 e lug. 41-42, l'evoluzione ideologica», *Riv. di Cult. Clas. e Med.* 20 (1979), 811-834.
- G. DIETZ, *Sallusts Briefe an Caesar*, Friburgo, 1956 (tesis doctoral).
- A. DIHLE, «Zu den *Epistolae ad Caesarem senem*», *Mus. Helv.* 11 (1954), 126-130.
- H. DREXLER, «Sallust», *Neue Jahrbücher* 4 (1928), 390-399 (= V. PÖSCHL (ed.), *Sallust*, 2.^a ed., Heidelberg, 1981 (=1970), págs. 30-44).
- , *Die catilinarische Verschwörung*, Darmstadt, 1976.
- O. S. DUE, «La position politique de Salluste», *Clas. et Med.* 34 (1983), 113-139.
- D. C. EARL, «Political terminology in *Epistula ad Caesarem II*», *Mus. Helv.* 16 (1959), 152-158.
- , *The political thought of Sallust*, Cambridge, 1961.
- , «The early career of Sallust», *Historia* 15 (1966), 302-311.
- , «Prologue-form in ancient historiography», *Aufs. und Nied. der Röm. Welt* I 2

- (1972), págs. 842-856.
- B. EDMAR, *Studien zu den Epistulae ad Caesarem senem de re publica*, Lund, 1931.
- F. EGERMANN, *Die Prooemien zu den Werken des Sallust*, Viena, 1932.
- S. L. FIGHIERA, *La lingua e la grammatica de C. Crispo Salustio*, Savona, 1896.
- D. FLACH, «Die Vorrede zu Sallusts Historien in neuer Rekonstruktion», *Philologus* 117 (1973), 76-86.
- P. FRASSINETTI, *Sallustio*, Turin, 1963.
- P. FRASSINETTI, LUCIA DI SALVO, *Opere di C. Sallustio Crispo*, Turin, UTET, 1991.
- K. VON FRITZ, «Sallust and the attitude of the Roman nobility at the time of the wars against Iugurtha 112-105 B.C.», *Trans. Amer. Journal Phil* 74 (1943), 134-168 (= PÖSCHL, *Sallust*, págs. 155-205).
- G. FUNAIOLI, «Sallustius», *RE I A 2* (1920), cols. 1913-1955.
- H. A. GÄRTNER, «Erzählungsformen bei Sallust», *Historia* 35 (1986), 449-473.
- O. GEBHARDT, *Sallust als politiker Publizist während de Bürgerkrieges. Zwei offene Briefe an Cäsar*, Halle, 1920.
- M. GELZER, *Einleitung zu Sallust*, Heidelberg, 1949.
- C. GERSTENBERG, *Ist Sallust ein Parteischriststeller?*, Berlin, 1893.
- F. GIANCOTTI, «Struttura del *Catilina* di Sallustio», *Sic. Gymn.* 20 (1967), 145-208.
- , «Struttura del *Bellum Iugurthinum* di Sallustio. Proposta di una soluzione diversa dalle precedenti», *Athenaeum* 46 (1968), 80-101, 193-215.
- F. R. D. GOODYEAR, «Sallust», en E. J. KENNEY Y W. V. CLAUSEN (eds.), *The Cambridge History of Classical Literature, II: Latin Literature*, Cambridge, University Press, 1982, págs. 268-280 = *Historia de la literatura clásica, II: Literatura latina* [trad. ELENA BOMBÍN], Madrid, Gredos, 1989, págs. 302-314.
- E. S. GRUEN, «Notes on the first catilinarian conspiracy», *Clas. Phil* 64(1969), 20-24.
- A. GUERRINI, «A re publica procul. Il disegno compositivo dell'introduzione al *de Catilinae coniuratione*», *Riv. Cult. Clas. Med.* 19(1977), 423-443.
- K. HELDMANN, *Sallust über die römische Weltherrschaft*, Stuttgart, 1993.
- B. HESSEN, *Der historische Infinitiv im Wandel der Darstellungstechnik Sallusts*, Francfort, 1984.
- E. HÖHNE, *Die Geschichte des Sallusttextes im Altertum*, München, 1927.
- A. HOLBORN-BETTMANN, *De Sallustii Epistulis ad Caesarem senem de re publica*, Berlin, 1926 (tesis doctoral).
- G. JACHMANN, «Die Invektive gegen Cicero», *Miscell Acad. Berol* 1950, 235-ss.
- F. KLINGNER, «Über die Einleitung der Historien Sallusts», *Hermes* 63 (1928), 165-192 (PÖSCHL, *Sallust*, págs. 1-30).
- A. KLINZ, «Sallust als Geschichtsdenker», *Gymnasium* 85 (1978), 511-526.
- E. KOESTERMANN, «Das Problem der römischen Dekadenz in Sallust und Tacitus», *Aufs. und Nied. der röm. Welt I* 3 (1973), págs. 781-810.
- , *Das Bellum Iugurthinum*, Heidelberg, 1977 (con comentario).
- W. KROLL, «Die Sprache des Sallust», *Glotta* 15 (1927), 280-305.
- M. L. W. LAISTNER, *The greater Roman Historians, III: Sallust*, Berkeley-Los Angeles,

- 1947.
- A. LAMBERT, *Sallust*, Múnich, 1991 (trad. con inclusión de los fragmentos).
- F. LÄMLI, «Sallusts Stellung zu Cato, Cäsar, Cicero», *Mus. Helv.* 3 (1946), 94-117.
- A. LA PENNA, «Die Bedeutung der Proömien Sallusts», *Maia* 11 (1959), 23-43 (= PÖSCHL, *Sallust*, págs. 296-324).
- , «Per la ricostruzione delle *Historiae* di Sallustio», *St. Ital. di Fil. Clas.* 25 (1963), 5-68.
- , *Sallustio e la «rivoluzione» romana*, Milán, 1968.
- BERND LATTA, «Der Wandel in Sallusts Geschichtsauffassung von *BC* zu *BI*», *Maia* XI (1988), 271-288.
- , «Sallusts Einstellung zu den Gracchen im Spiegel des sog. Parteienexkurses», *Maia* 40 (1990), 29-40.
- K. LATTE, *Sallust*, Leipzig, 1935.
- HUGH LAST, «On the Suasoriae of Sallust», *Class. Quar.* 17 (1923), 87-100; 151-162.
- , «Sallust und Caesar im *Bellum Catilinae*», en PÖSCHL, *Sallust*, págs. 206-223 (= «Sallust and Caesar in the *B.C.*», *Mélanges Marouzeau*, Paris, 1948, 355-369).
- C. LAUCKNER, *Die künstlerischen und politischen Ziele der Monographie Sallusts über den Iugurthinischen Krieg*, Leipzig, 1911 (tesis doctoral).
- A. D. LEEMAN, *Aufbau und Absicht von Sallusts Bellum Iugurthinum*, Amsterdam, 1957.
- R. LIBORIUS, *Sallusts philosophische Quellen*, Greifswald, 1944 (tesis doctoral).
- E. MALCOVATI, *C. Sallustio Crispo, de Catilinae coniuratione*, Turin, 1940.
- JÜRGEN MALITZ, *Ambitio mala: Studien zur politischen Biographie des Sallust*, Bonn, 1975.
- P. MCGUSHIN, *C. Sallustius Crispus, Bellum Catilinae*, Leiden, 1977.
- , *Sallust, The Histories*, vol. I, Oxford, Clarendon Press, 1992; vol. II, Oxford, Clarendon Press, 1994.
- E. MEYER, *Caesar's Monarchie und das Principat des Pompeius*, Stuttgart-Berlin, 1918.
- R. G. M. NISBET, «The invectiva in Ciceronem and epistula secunda of Pseudo-Sallust», *Jour. of Rom. St.* 48 (1958), 30-32.
- E. NORDEN, *Die römischen Literatur*, 2.^a ed., Leipzig, 1912.
- L. OLIVIERI SANGIACOMO, *Sallustio*, Florencia, 1954.
- R. ONIGA, «La composizione nominale in Sallustio», *Lexis* 5-6 (1990), 147-196.
- H. OPPERMAN, «Das heutige Sallustbild», *Neue Jahrbücher* 11 (1935), 47-53.
- V. PALADINI, *Sallustio, aspetti della figura, del pensiero, dell'arte*, Milán-Mesina, 1948.
- S. PAYZERHIELM-THOMAS, «The prologues of Sallust», *Sym. Osl* 15-16(1936), 140-162.
- E. PARATORE, *Sallustio*, Roma, 1973.
- E. PASOLI, *Le Historiae e le opere minori di Sallustio*, Bolonia, 1964.
- H. PATZER, «Sallust und Thukydides», *Neue Jahrbücher* 4 (1941), 124-136 (= PÖSCHL, *Sallust*, págs. 102-120).
- G. M. PAUL, *A historical commentary on Sallust's Bellum Iugurthinum*, Liverpool, 1984.

- , «Sallust», en T. A. DOREY (ed.), *Latin Historians*, Londres, 1966.
- O. PECERE, «Note sui frammenti di Sallustio», *St. Ital. di Fil. Clas.* 50(1978), 131-160.
- , «Su alcuni frammenti delle *Historiae* di Sallustio», *St. Ital. di Fil. Class.* 41 (1969), 61-80.
- GERHARD PERL, «Die Rede Cottas in Sallust Historien», *Philologus* 109(1965), 75-82.
- , «Die Rede Cottas in Sallust Historien», *Philologus* 111 (1967), 137-141.
- P. PERROCHAT, *Les modèles grecs de Salluste*, Paris, 1949.
- GIANNA PETRONE, «Per la ricostruzione del proemio delle *Historiae* di Sallustio», *Pan* 4 (1976), 59-67.
- R. VON PÖHLMANN, *Zur Geschichte der antiken Publicistik*, München, 1904.
- V. PÖSCHL, *Grundwerte römischer Staatsgesinnung in den Geschichtswerken des Sallust*, Berlin, 1940.
- (ed.), *Sallust*, 2.^a ed., Heidelberg, 1981 (=1970).
- M. RAMBAUD, «Les prologues de Salluste et la démonstration morale dans son oeuvre», *REL* 24 (1946), 115-130.
- , «Lucius Munatius Plancus officier de César», *Mélanges Jérôme Carcopino*, Paris, 1966, págs. 787-801.
- L. D. REYNOLDS, «The lacuna in Sallust's Iugurtha», *Rev. des Hist. des Text.* 14-15 (1984-1985), 59-69.
- W. RICHTER, «Der Manierismus des Sallust und die Sprache der römischen Historiographie», *Aufs. und Nied. der Röm. Welt* I 3 (1973), págs. 755-780.
- G. DE SANCTIS, «Sallustio e la guerra giugurtina», en *Problemi di storia antica*, Bari, 1932, págs. 187-214.
- T. F. SCANLON, *The influence of Thucydides in Sallust*, Univ. de Columbo, 1978 (tesis doctoral).
- , *Spes frustrata: a reading of Sallustius*, Heidelberg, 1987.
- , «Textual geography in Sallust's the war with Jugurtha», *Ramus* 17 (1988), 138-175.
- D. R. SHACKLETON BAILEY, «Sallustiana», *Mnemosyne* 34 (1981), 351-356.
- W. SCHMID, «Die Komposition der Invektive gegen Cicero», *Hermes* 91 (1963), 159-178.
- , *Frühschriften Sallusts im Horizont des Gesamtwerkes*, Neustadt-Aisch, 1993.
- H. SCHNORR VON CAROLSFELD, *Über die Reden und Briefe bei Sallust*, Leipzig, 1888.
- W. SCHUR, *Sallust als Historiker*, Stuttgart, 1934.
- E. SCHWARTZ, «Die Berichte über die catilinarische Verschwörung», *Hermes* 32 (1897), 554-608.
- , «Pseudo-Sallusts Invektive gegen Cicero», *Hermes* 33 (1898), 87-108.
- O. SEEL, *Sallust von den Briefen ad Caesarem zur Coniuratio Catilinae*, Leipzig, 1930.
- , *Die Invektive gegen Cicero*, Leipzig, 1943.
- E. SKARD, «Sallust als Politiker», *Sym. Osl.* 9 (1930), 69-95.
- , «Studien zur Sprache der *Epistulae ad Caesarem senem*», *Sym. Osl.* 10 (1932), 61-98.
- , «Zur sprachliche Entwicklung des Sallust», *Sym. Osl.* 39 (1964), 13-36.

- , «Sallust, Geschichtsschreiber oder Parteipublicist», *Sym. Osl.* 47(1972), 70-78.
- H. SMITH, «Factio: factiosus and nobilitas in Sallust», *Clas. et Med.* 29(1972), 187-196.
- G. SOMMARIVA, «*Ora manusque uendere*: fortuna di un motivo sallustiano», *Atene e Roma* 25 (1990), 26-29.
- W. STEIDLE, *Sallusts historische Monographien*, Wiesbaden, 1958.
- L. STOCK, *Die Geschichtsauffassung bei Thukydides und Sallust*, Friburgo de Brisgovia, 1946 (tesis doctoral).
- R. SYME, *The Roman revolution*, Oxford, 1939.
- , *Sallust*, Berkeley-Los Angeles, 1964.
- L. R. TAYLOR, *Party Politics in the age of Caesar*, Berkeley-Los Angeles, 1949.
- E. TIFFOU, *Essai sur la pensée morale de Salluste à la lumière de ses prologues*, Monreal, 1974.
- , «Salluste et la fortuna», *Phoenix* 31 (1977), 349-360.
- D. TIMPE, «Herrschaftsidee und Klientelstaatspolitik in Sallusts *Bellum Iugurthinum*», *Hermes* 90 (1962), 334-375.
- R. ULLMANN, *La technique des discours dans Salluste, Tite-Live et Tacite*, Oslo, 1927.
- S. L. UTTSCHENKO, *Der Weltanschaulich-politische Kampf in Rom am Vorabend des Sturzes der Republik*, Berlin, 1956.
- J. VOGT, *Cicero und Sallust über die catilinarische Verschwörung*, Francfort del Meno, 1938 (reimpr. Darmstadt, 1966).
- KARL VRETSKA, «Der Aufbau des *Bellum Catilinae*», *Hermes* 72 (1937), 202-222 (= PÖSCHL, *Sallust*, págs. 74-101).
- , «Studien zu Sallusts *Bellum Iugurthinum*», en V. PÖSCHL, *Sallust*, págs. 224-295 (= *Studien zu Sallusts Bellum Iugurthinum*, Viena, 1955, págs. 85-134; 146-158).
- C. WAGNER, *De Sallustii prooemiorum fontibus*, Leipzig, 1910 (tesis doctoral).
- B. WEIDEN BOYD, «Virtus effeminata and Sallust's Sempronia», *Trans. Amer. Journal Phil* 117 (1987), 183-201.
- L. WOHLER, «Zur Abfassungszeit der Monographien Sallusts», *Phil Wochenschrift* 48 (1928), cols. 1242-1247.
- PAOLA ZANCAN, «Prolegomeni alla Giugurtina I», *Atti Ist. Ven.* 102 (1942-3), 637-665 (= «Prolegomena zu Sallusts *Bellum Iugurthinum*», en V. PÖSCHL, *Sallust*, págs. 121-154).
- R. ZIMMERMANN, *Der Sallusttext im Altertum*, München, 1929.

CONJURACIÓN DE CATILINA

Todos los hombres¹ que se afanan por ser más que los [1] otros seres es bueno que se esfuercen por todos los medios para no pasar la vida en silencio, como las bestias, que la naturaleza creó inclinadas y esclavas del estómago. Toda [2] nuestra fuerza, por otra parte, radica en el espíritu y en el cuerpo. El espíritu lo usamos más propiamente para mandar, el cuerpo para obedecer. El uno nos es común con los dioses, el otro con los animales. Por lo cual a mí me parece que [3] es mejor buscar la gloria con el recurso de la inteligencia que con el de la fuerza, y puesto que la vida de que gozamos es en sí misma breve, hacer que el recuerdo de nosotros sea lo más largo posible. Pues la gloria de las riquezas y de [4] la belleza es lábil y quebradiza, la virtud la poseemos con lustre y para siempre.

Ahora bien, durante largo tiempo se discutió mucho entre [5] los hombres si las acciones militares resultan más de la fuerza física o de las virtudes del espíritu. Pues antes de empezar hay que deliberar, y una vez deliberado hay que actuar inmediatamente. Así que ambas cosas, precarias por sí mismas, necesitan el concurso una de la otra.

[2] De modo que al comienzo los reyes² (pues éste fue en la tierra el primer término para designar el poder) ejercían de manera contrapuesta, una parte, la inteligencia, los otros, el cuerpo. También entonces la vida de los hombres se desarrollaba [2] sin ambiciones: a cada cual satisfacía lo suyo. Pero cuando Ciro en Asia, los lacedemonios y atenienses en Grecia, comenzaron a someter ciudades y naciones, a tener por causa de guerra el prurito de dominar, a considerar la gloria máxima el máximo imperio, entonces, por fin, con la experiencia de los hechos se demostró que en la guerra lo que [3] más puede es la inteligencia. Conque si las virtudes espirituales de reyes y gobernantes tuviesen el mismo valor en la paz que en la guerra, los asuntos humanos se mantendrían más equilibrados y constantes, y no veríamos trastocarse [4] una cosa con otra ni cambiarse y confundirse todo. Pues un imperio se retiene fácilmente con las mismas artes con las [5] que se consiguió al principio. Pero cuando hacen acto de presencia la pereza en lugar del esfuerzo, el descontrol y la arrogancia en lugar de la autodisciplina y la equidad, junto [6] con las costumbres cambia la fortuna. De ese modo, el poder pasa siempre del menos bueno al mejor.

[7] Cuanto los hombres aran, navegan, edifican³, todo, depende [8] de la energía humana. Pero muchos mortales, entregados al estómago y al sueño, sin enseñanza ni cultura pasan la vida como viajeros en tierra extraña; para los cuales en verdad, en contra de la naturaleza, el cuerpo les ha valido de placer, el alma, de carga⁴. Yo estimo la vida de esta gente igual que su muerte, puesto que de ambas se guarda silencio. Pero es que verdaderamente a mí me parece que vive al [9] cabo y goza de su aliento vital el que, absorto en alguna ocupación, busca que hablen de un hecho preclaro suyo o una buena actividad. Pero en medio de tantas cosas la naturaleza muestra un camino a uno y otro a otro.

Hermoso es obrar bien por la república⁵, hablar bien [3] también tiene su mérito. Cabe ser famoso en la paz o en la guerra. Se alaba a muchos por haber escrito los hechos

de otros. A mí, en particular, aunque en modo alguno la gloria [2] que acompaña al escritor es la misma de la que al autor de los hechos, se me antoja con todo especialmente arduo escribir historia. En primer lugar, porque hay que igualar hechos con palabras; luego, debido a que la mayoría considera que hablas con malquerencia y envidia al censurar determinadas faltas; y cuando narras la enorme bizarría y gloria de los valientes, lo que cada cual considera fácil de hacer para sí lo acepta ecuanímente, lo que cae por encima de sus posibilidades lo considera inventado y falso.

Pero cuando yo era jovencito⁶, al comienzo, como la [3] mayoría, me dejé llevar con pasión a la política, y en ella me pasaron muchos lances adversos. Pues en lugar de vergüenza, desprendimiento y mérito personal, imperaban la [4] osadía, el soborno y la avaricia. Y si bien mi espíritu, desacostumbrado a las malas conductas, rechazaba tales vicios, con todo, en medio de tamaños desafueros mi frágil edad [5] estaba prisionera y corrompida por la ambición. Y siendo así que disentía de las malas costumbres de los otros, el ansia por un cargo público me atormentaba con idéntica maledicencia [4] y envidia que a los demás. De manera que cuando mi espíritu descansó de las muchas miserias y peligros y resolví pasar el resto de mi vida lejos de la política, no fueron mis planes malgastar un buen descanso en la inactividad y la desidia, ni tampoco pasarme la vida aplicado a cultivar [2] un campo o a cazar, menesteres de esclavos, sino que, volviendo al mismo punto donde una mala ambición me había apartado de mi propósito y mi interés, determiné escribir la historia del pueblo romano selectivamente, según que un período u otro se me antojasen dignos de recuerdo; sobre todo porque tenía el ánimo libre de esperanzas, temores o partidismos políticos.

[3] De modo que voy a despachar con brevedad lo más verídicamente [4] que pueda la conjuración de Catilina; pues yo considero este hecho particularmente digno de recuerdo por [5] lo insólito de la criminal acción y del peligro. Sobre la catadura moral de este sujeto tengo que explicar unos detalles antes de comenzar la narración.

[5] Lucio Catilina⁷, nacido de linaje noble, poseía gran fuerza física y espiritual, pero su carácter era perverso y depravado. [2] Desde su adolescencia resultábanle gratas las guerras intestinas⁸, las muertes, los saqueos, la discordia civil; y en ello ejercitó su juventud. Su cuerpo soportaba la falta de comida, [3] el frío, el insomnio, por encima de lo que uno pueda creer. Espíritu audaz, taimado, versátil, fingidor y disimulador [4] de cuanto quería, codicioso de lo ajeno, pródigo con lo propio, inflamado de pasiones. Bastante elocuencia; sabiduría, [5] escasa. Su vasto espíritu siempre anhelaba lo desmesurado, lo increíble, lo demasiado alto. Tras la dictadura de [6] Lucio Sila⁹ le había entrado a este hombre un deseo imperioso de conquistar el Estado y no le importaban un comino los medios para conseguirlo, con tal de hacerse con el poder omnímodo. Su terrible ánimo se agitaba más de día en día [7] por la penuria de la situación familiar y la mala conciencia de sus crímenes, cosas ambas que llevaba en aumento con las trazas que he descrito más arriba. Le estimulaban además [8] las costumbres corruptas de la Ciudad, las cuales desgarraban dos lacras pésimas y antitéticas, el derroche y la avaricia.

El asunto mismo parece invitar, puesto que las circunstancias [9] nos han traído al

recuerdo las costumbres de la Ciudad, a buscar atrás y exponer, brevemente las instituciones de los antepasados en la paz y en la guerra, de qué manera manejaron el Estado y cuán grande lo dejaron, cómo poco a poco, de hermosísimo y óptimo, cambió y se hizo el peor y el más vergonzoso.

[6] La ciudad de Roma¹⁰, según tengo yo entendido, la fundaron y la poseyeron al principio los troyanos, que erraban fugitivos sin sede cierta al mando de Eneas, y junto con ellos los aborígenes, raza de hombres agreste, sin leyes, sin jerarquía, [2] libre y sin trabas. Una vez que estos pueblos se juntaron dentro de las mismas murallas, con ser de desigual origen, de diferente lengua y vivir cada cual con sus costumbres, resulta increíble al contarlo lo fácilmente que se fusionaron. En tan poco tiempo la multitud heterogénea y vagabunda quedó convertida [3] por la concordia en una sociedad organizada. Pero una vez que su estado aumentó en ciudadanos, costumbres y territorio, y daba la impresión de ser bastante próspera y bastante poderosa, como acontece por lo común con las cosas mortales, de la [4] opulencia nació la envidia. Así que reyes y pueblos vecinos la ponían a prueba con la guerra; pocos de sus amigos le prestaban auxilio: pues los demás, paralizados de miedo, se alejaban [5] del peligro. Ahora bien, los romanos, alerta en el interior como en campaña, actuaban rápido, se preparaban, los unos animaban a los otros, salían al encuentro de los enemigos, protegían con las armas libertad, patria y parentela. Más adelante, una vez que habían rechazado el peligro con su coraje, llevaban auxilio a aliados y amigos y se granjeaban amistades haciendo [6] favores más que recibéndolos. Tenían un poder, poder con nombre de rey, legal. Unos individuos elegidos, cuyo cuerpo debilitaban los años, cuya inteligencia era vigorosa por su sabiduría, deliberaban de consuno sobre el Estado; estos señores, bien por la edad, bien por el parecido de la tarea, se llamaban [7] padres. Más adelante, cuando el poder real que al comienzo había existido para garantizar la libertad y fortalecer el Estado se trocó en arrogancia y tiranía, dando un giro al régimen, se dieron un gobierno anual y un par de gobernantes por año. De este modo consideraban que el espíritu humano muy poco podía insolentarse a causa de la libertad excesiva.

Pero por aquel tiempo comenzó cada cual a darse más a [7] valer y a lucir más en público sus facultades. Pues para los reyes los buenos son más sospechosos que los malos y el mérito ajeno les resulta siempre temible.

Pero es increíble cuando se cuenta cuánto creció la ciudad [3] en poco tiempo, una vez alcanzada la libertad: tan gran deseo de gloria la había invadido. Para empezar, la juventud, tan [4] pronto como toleraba la guerra, aprendía con ejercicios en el campamento el arte militar y hallaba más gusto en las brillantes armas y en los caballos de batalla que en ramerías y festines. De este modo, para hombres así no había esfuerzo desacostumbrado, [5] ni lugar alguno escarpado o inaccesible, ni enemigo armado temible: el coraje lo había vencido todo. Al contrario, [6] entre ellos mismos había máxima porfía por la gloria. Cada uno se daba prisa por herir al enemigo, por subir un muro, por ser observado mientras perpetraba tal hazaña; esto es lo que consideraban riquezas, esto, buena fama y gran nobleza. Estaban ávidos de alabanzas, eran liberales con el dinero; aspiraban a una enorme gloria, a una riqueza honrosa. Podría [7] contar en

qué lugares derrotó el pueblo romano con un pequeño puñado vastas tropas enemigas, qué ciudades, defendidas por la naturaleza, conquistó en la lucha, si tal pretensión no me llevase demasiado lejos de mi propósito.

Pero sin duda alguna la Fortuna¹¹ es reina y señora en [8] todas las cosas; ella celebra y oscurece todo por capricho más [2] que por la verdad. Las hazañas de los atenienses, a mi modo de ver, fueron asaz amplias y magníficas, pero algún tanto [3] inferiores no obstante a lo que cuenta la tradición. Mas, comoquiera que allí surgieron historiadores enormemente inteligentes, los hechos de los atenienses se celebran en el mundo [4] entero como los más grandes. Así, la valía de los protagonistas es considerada en la medida en que preclaros talentos [5] fueron capaces de ensalzarla con palabras. En cambio el pueblo romano nunca dispuso de tal posibilidad, porque los más dotados eran también los más activos. Nadie ejercitaba su talento olvidándose del cuerpo. Los mejores hombres preferían actuar a hablar, así como que sus buenas acciones fuesen elogiadas por otros a contar ellos mismos las de los demás.

[9] De esta manera, se cultivaban las buenas costumbres en paz y en guerra. La concordia era máxima, la avaricia, mínima; el derecho y el bien cobraban vigor entre ellos, más [2] que por la fuerza de las leyes, por la propia naturaleza. Polémicas, discordias, enemistades, con los enemigos las ejercían; los ciudadanos porfiaban con los ciudadanos en las buenas cualidades. En los sacrificios a los dioses eran generosos; de puertas adentro, ahorrativos; con los amigos, leales. [3] Con estas dos cualidades, audacia en la guerra, equidad cuando sobrevenía la paz, sacaban adelante al Estado y a sí [4] mismos. De ambas actitudes tengo yo por máxima prueba el que en la guerra tomaron providencia más veces contra aquellos que contrariando las órdenes habían combatido al enemigo y que al recibir orden de retirada tardaron en salir de la batalla que contra los que se habían atrevido a abandonar [5] las banderas y a ceder su puesto al ser arrollados; y, por su parte, en la paz, el que ejercían el poder con favores mejor que con intimidación, y cuando recibían una injusticia preferían perdonar a perseguirla.

Pero cuando el Estado creció por el esfuerzo y la justicia, [10] grandes reyes fueron sojuzgados en la guerra, gentes salvajes y vastos pueblos sometidos por la fuerza, y Cartago, rival del imperio romano, pereció de raíz, y quedaban libres todos los mares y tierras, la Fortuna empezó a mostrarse cruel y a trastocarlo todo¹². Para hombres que habían soportado [2] fácilmente fatigas, riesgos, situaciones comprometidas y difíciles, el no hacer nada y las riquezas, deseables en otro momento, resultaron una carga y una calamidad. Así que [3] primero creció el ansia de riquezas, luego, de poder; ello fue el pasto, por así decirlo, de todos los males. Pues la avaricia [4] minó la lealtad, la probidad y las restantes buenas cualidades; en su lugar, enseñó la arrogancia, la crueldad, enseñó a despreciar a los dioses, a considerarlo todo venal. La ambición [5] obligó a muchos mortales a hacerse falsos, a tener una cosa encerrada en el pecho y otra preparada en la lengua, a valorar amistades y enemistades no por sí mismas, sino por interés, a tener buena cara más que buen natural. Estos defectos [6] crecían lentamente al principio y a veces eran castigados; más adelante, cuando se produjo una invasión contagiosa, como si fuera una peste, la ciudad cambió, el poder se convirtió de muy justo y excelente en cruel

e intolerable.

Pero al principio la ambición acuciaba más el espíritu de [11] los hombres que la avaricia, ambición que pese a ser un vicio estaba más cerca de la virtud. Pues gloria, cargos públicos, [2] poder, el valioso y el inepto los ansían para sí por igual, sólo que el primero sigue el camino de la verdad, y el segundo, como le faltan las buenas cualidades, compite mediante [3] engaños y falacias. La avaricia tiene por móvil el dinero, del que nadie en su sano juicio siente deseo. Ella, como empapapada de horrible veneno, arruina el cuerpo y el espíritu varonil, es siempre ilimitada e insaciable, no se reduce [4] ni con la abundancia ni con la escasez. Pero desde que, conseguido el poder público por las armas, Lucio Sila dio mal resultado tras unos buenos comienzos, todo el mundo robaba, saqueaba; el uno deseaba una casa, el otro, unos predios; y los vencedores no mostraban ni mesura ni moderación, y ejecutaban horribles y crueles acciones contra los ciudadanos. [5] A ello se añadía que, para hacer más leal a sí el ejército que había capitaneado en Asia, Lucio Sila lo había tratado contra las normas ancestrales condescendentemente y con demasiadas consideraciones. Con la inactividad, lugares amenos y voluptuosos habían relajado fácilmente el bravo espíritu [6] militar¹³. Allí se acostumbró por primera vez el ejército del pueblo romano al burdel, a beber, a admirar estatuas, cuadros de pintura y vasos cincelados, a robarlos a particulares y a la propiedad del Estado, a saquear los templos, a [7] mancillar todo lo sacro y lo profano. De modo que, una vez que lograron la victoria, estos soldados no dejaron ni rastro a los vencidos. Como que la prosperidad estropea hasta al [8] espíritu de los juiciosos: ¿iban a ser ellos con sus costumbres corrompidas comedidos en la victoria?

[12] Desde que las riquezas comenzaron a servir de honra, y gloria, poder e influencia las acompañaban, la virtud se embotaba, la pobreza era considerada un oprobio, la honestidad empezó a tenerse por mala fe. De esta manera, por culpa [2] de las riquezas, invadieron a la juventud la frivolidad, la avaricia y el engreimiento: robaban, gastaban, valoraban en poco lo propio, anhelaban lo ajeno, la decencia, el pudor, lo divino y lo humano indistintamente, nada les merecía consideración ni moderación. Merece la pena, cuando se han [3] visto casas y villas construidas a modo de ciudades, visitar los templos de los dioses que nuestros antepasados, hombres tan religiosos, edificaron. Ciertamente, ellos decoraban [4] los santuarios de los dioses con su piedad, las casas propias, con su gloria, y no les quitaban a los vencidos nada excepto la facultad de hacerles daño. Muy al contrario, éstos, los [5] más indignos de los hombres, cometiendo un crimen monstruoso, arrebatan a los aliados todo cuanto los vencedores, hombres tan valerosos, les habían dejado, como si cometer injusticia fuese en definitiva hacer uso del poder.

Pues, ¿para qué contar lo que a nadie sino a quienes lo vieron [13] resulta creíble, que muchos particulares han rebajado montes, han rellenado mares? A mí se me antoja que a estos individuos [2] las riquezas les han servido de capricho, porque se apresuraban a derrochar vergonzosamente las que tenían la posibilidad de poseer con honradez. Pero es que había entrado un afán no [3] menor de sexo, crápula y demás refinamientos: los hombres se sometían como mujeres, las mujeres exponían su honra a

los cuatro vientos; para alimentarse escudriñaban todo en la tierra y en el mar; dormían antes de tener deseo de sueño, no aguardaban a tener hambre o sed ni frío o cansancio, sino que por vicio anticipaban todas estas necesidades. Este comportamiento [4] incitaba al crimen a la juventud cuando faltaban los bienes de familia. El espíritu imbuido de malas artes no se privaba [5] fácilmente de placeres; de ahí que se entregase más profusamente y por todos los medios a ganar dinero y a gastarlo.

[14] En ciudad tan grande y tan corrompida, Catilina (cosa que era muy fácil de hacer) tenía a su alrededor un batallón de todas las infamias y crímenes, como una guardia de [2] corps. Pues cualquier sinvergüenza, calavera o jugador que hubiera disipado la fortuna paterna en el juego, la buena comida o el sexo, y el que había contraído grandes deudas [3] para hacer frente a su deshonor o su crimen, todos los parricidas de cualquier procedencia, sacrilegos o convictos en juicios, o por sus hechos temerosos de un juicio, aquéllos además a los que alimentaba su mano con la sangre de sus conciudadanos, o la lengua con falso testimonio, todos en fin, a quienes torturaba un deshonor, la escasez o la mala conciencia, éstos eran los íntimos de Catilina y sus amigos. [4] Pues también si alguien libre de culpa venía a topar con su amistad, con el trato cotidiano y las tentaciones se hacía [5] fácilmente igual y semejante a los demás. Pero buscaba sobre todo la amistad con los jóvenes; el espíritu todavía moldeable y flexible de éstos, los hacía fácil presa de sus artimañas. [6] Pues según la afición que en cada cual prendía por su edad, a unos ofrecía rameras, a otros compraba perros y caballos, y, en fin, no ahorra gastos ni mostraba mesura [7] con tal de tenerlos sujetos y leales a su persona. Sé que hay algunos que pensaban que la juventud que frecuentaba la casa de Catilina dejó mucho que desear en punto a honra y pudor; pero semejante rumor tomaba fuerza, más que porque nadie lo hubiese demostrado, por otras cosas.

[15] Para empezar, ya de joven había tenido Catilina muchas relaciones inconfesables¹⁴: con una muchacha de la nobleza¹⁵, con una sacerdotisa de Vesta; y otros atentados por el estilo a la ley humana y divina. Finalmente, encaprichado [2] del amor de Aurelia Orestila¹⁶, de quien ninguna persona decente alabó nunca otra cosa a no ser su belleza, comoquiera que ella dudaba en casarse con él por temor a un hijo ya adulto que él tenía, se acepta como seguro que dio muerte a su hijo y dejó la casa libre para la criminal boda. Este [3] hecho precisamente me parece a mí haber sido la causa primordial de acelerar su crimen. Porque un espíritu impuro, [4] enemigo de los dioses y de los hombres, no se podía calmar ni despierto ni dormido: a tal punto la mala conciencia asolaba su mente enfebrecida. En consecuencia, tenía un color [5] exangüe, los ojos terribles, y su paso era ora acelerado, ora lento; en una palabra, en su aspecto y en su cara se traslucía la locura.

Mas a la juventud, que, como dijimos arriba, había seducido [16] de muchas maneras, le enseñaba malas acciones. De [2] entre ellos, ponía a disposición testigos y signatarios falsos; les enseñaba a no valorar la palabra de honor, sus fortunas, los riesgos de un juicio; más adelante, cuando había destruido su buen nombre y su dignidad, les exigía otras cosas más graves. Si de momento no concurría motivo de hacer mal, [3] no dejaba de acosar y degollar a inocentes igual que a culpables. A buen seguro, para que las

manos y el espíritu no se embotaran, prefería ser perverso y cruel gratuitamente.

Confiado en estos amigos y aliados y dado asimismo [4] que en todas partes eran grandes las deudas¹⁷ y que la mayoría de los soldados de Sila, que habían sido demasiado generosos con lo propio, se acordaban de los saqueos y de la vieja victoria y anhelaban vehementemente la guerra civil, [5] Catilina tomó la determinación de aplastar el Estado. En Italia no había ejército alguno; Gneo Pompeyo hacía la guerra en los confines de las tierras; en su aspiración al consulado abrigaba por su parte grandes esperanzas; el senado no se hallaba en absoluto alerta; la situación general era segura y tranquila: ahora bien, esto precisamente venía como anillo al dedo a Catilina.

[17] De manera que hacia el uno de junio del consulado de Lucio César y Gayo Fígulo se pone a entrevistarse primero con cada uno; a unos los animaba, a otros los ponía a prueba; hacíales ver la fuerza propia, la imprevisión del estado, [2] las grandes recompensas de la conjuración. Cuando sondeó convenientemente lo que quería, convoca a todos los que [3] tenían mayor necesidad y más audacia¹⁸. A la reunión acudieron: de la clase senatorial, Publio Léntulo Sura, Publio Autronio, Lucio Casio Longino, Gayo Cetego, Publio y Servio Sila, hijos de Servio, Lucio Vargunteyo, Quinto Annio, Marco Porcio Leca, Lucio Bestia, Quinto Curio; del orden [4] ecuestre, Marco Fulvio Nobílior, Lucio Estatilio, Publio Gabinio Capitón, Gayo Cornelio; amén de éstos, muchos de las colonias y municipios, nobles en sus localidades. Había además [5] muchos nobles partícipes de este plan un tanto clandestinamente, a los que animaba más la esperanza de ejercer el poder que la falta de recursos u otra necesidad. Por lo demás, [6] la mayoría de los jóvenes, pero especialmente los nobles, favorecía los proyectos de Catilina. Quienes tenían la posibilidad de vivir en paz por todo lo grande o cómodamente, preferían la incertidumbre a la seguridad, la guerra a la paz.

Hubo también en aquella época quienes creyeron que [7] Marco Licinio Craso no había sido desconocedor de este proyecto: como Gneo Pompeyo, al que odiaba, estaba al frente de un gran ejército, habría querido que se formase contra su prepotencia un núcleo de poder fuese de quien fuese, confiando al mismo tiempo en que, si la conjuración salía adelante, él sería fácilmente su jefe.

Pero antes también conjuraron unos pocos contra el Estado, [18] entre los cuales estuvo Catilina¹⁹. Voy a hablar de esta [2] conjuración en los términos más exactos posible. En el consulado de Lucio Tulo y Manió Lépido²⁰, los cónsules electos, Publio Autronio y Publio Sila²¹, habían sido juzgados conforme a las leyes de corrupción electoral²², y castigados. [3] Poco más tarde, Catilina, reo de concusión²³, se había visto impedido de aspirar al consulado²⁴ por no haber podido presentar [4] su candidatura dentro del plazo legal. Había uno por entonces, Gneo Pisón²⁵, joven noble, de extremada audacia, sin dinero e intrigante, a quien estimulaban a revolucionar [5] el Estado su falta de medios y su mala conducta. Catilina y Autronio proyectaban, después de que le dio a conocer su plan a éste hacia el cinco de diciembre, asesinar a los cónsules Lucio Cota y Lucio Torcuato en el Capitolio el primero de enero²⁶, hacerse ambos con las insignias

consulares y enviar a Pisón²⁷ con un ejército para el control de las dos Españas. Descubierta su plan, pospusieron de nuevo el proyecto [6] de asesinato para el cinco de febrero. A esas alturas maquinaban [7] la muerte no sólo de los cónsules, sino de gran parte de los senadores. Y si Catilina no se hubiera precipitado [8] a dar la señal a sus cómplices delante de la Curia, aquel día se hubiese cometido el peor de los crímenes desde la fundación de la ciudad de Roma. Dado que aún no se habían reunido los suficientes hombres armados, esta circunstancia abortó el plan.

Posteriormente, Pisón, que era cuestor, fue enviado a la [19] España citerior como propretor²⁸ con el apoyo de Craso, porque éste sabía que aquél era enemigo declarado de Gneo Pompeyo²⁹. Y tampoco el senado le había asignado la provincia [2] con desagrado, puesto que deseaba mantener apartada del Estado a una persona non grata, y al mismo tiempo debido a que muchas personas de bien veían una garantía en él, y ya por entonces la prepotencia de Pompeyo era temible. Mas este Pisón fue muerto en la provincia durante una [3] marcha por los jinetes hispanos que llevaba en el ejército. Hay quienes afirman que los bárbaros no pudieron soportar [4] [5] sus órdenes injustas, soberbias y crueles; otros, por el contrario, que aquellos jinetes, antiguos y leales clientes de Gneo Pompeyo³⁰, habían atacado a Pisón por deseo de aquél: jamás los hispanos habían cometido un crimen semejante, sino que habían tolerado con anterioridad muchos mandatos duros. Por mi parte, dejaré la cuestión sin decidir. Sobre la [6] primera conjuración baste con lo dicho.

[20] Cuando Catilina comprueba que se han reunido todos los que enumeré poco antes, aunque con frecuencia había tratado de muchas cosas con cada uno de ellos, no obstante, creyendo que haría al caso dirigirles la palabra y arengarlos a todos juntos, retírase a una parte escondida de la casa y allí, alejados toda clase de testigos, les dio el siguiente discurso³¹:

[2] «Si yo no conociera bien vuestro valor y lealtad, en vano se nos habría presentado esta oportunidad; inútil hubiera sido nuestra gran esperanza, inútilmente hubiera estado el poder al alcance de las manos, ni yo me embarcaría en lo incierto en detrimento de lo seguro en compañía de cobardes [3] y hombres hueros. Mas dado que en muchas y trascendentes ocasiones he sabido de vosotros que sois valientes y leales conmigo, es por ello por lo que mi ánimo ha osado emprender la acción más grande y hermosa, y a la vez porque he comprendido que lo que es bueno o malo para mí lo es igualmente para vosotros. Pues querer lo mismo y no querer [4] lo mismo, esto es al cabo firme amistad.

Pero lo que yo he ideado en mi cabeza ya lo oísteis todos [5] antes por separado. Por lo demás, cada día se me enciende [6] más el ánimo cuando considero cuál va a ser la condición de nuestra vida si no reivindicamos nosotros mismos nuestra libertad. Pues desde que el estado vino a parar en la [7] ley y arbitrio de unos pocos poderosos, sin cesar tenían ellos de tributarios a reyes y tetrarcas, y pueblos y naciones les rendían tributo; todos los demás, honrados y gente de bien, nobles o menos nobles, éramos masa sin influencia ni autoridad³², subordinados a unos a los que, si la república estuviese

sana, les íbamos a servir de espanto. De modo que toda [8] influencia, poder, cargos o riquezas se hallan en sus manos o donde ellos quieren. A nosotros nos han dejado las condenas, los fracasos, los juicios, la miseria.

¿Hasta cuándo vais a tolerar esto, hombres esforzados? [9] ¿No es preferible morir con arrojo a perder con vilipendio una vida mísera y deshonrosa, siendo en ella el juguete de la altanería ajena? Pero es que en realidad, alabados sean los dioses y [10] por la fe de los hombres, tenemos la victoria en la mano: pleno es el vigor de nuestra juventud, valeroso nuestro espíritu; a ellos en cambio los años y las riquezas les han envejecido todo. Solamente hay que empezar, la acción facilitará el resto. Y es que a decir verdad, ¿qué mortal que tenga los redaños de un [11] hombre puede aguantar que a ellos les sobren riquezas para tirarlas en edificar en el mar y en allanar montes y que a nosotros en cambio no nos llegue el patrimonio familiar ni siquiera para lo necesario? ¿Que ellos unan dos o más casas y que nosotros no tengamos un hogar para la familia en ninguna parte? [12] Cuando compran cuadros, estatuas, objetos cincelados, derriban una casa reciente para edificar otra, tiran en fin y malgastan el dinero por todos los medios, no son capaces con todo, en [13] el colmo de sus caprichos, de agotar sus riquezas. Nosotros, en cambio, tenemos escasez en casa, en la calle deudas; mal nos va el presente, mucho más ingrato es el porvenir. En fin, ¿qué nos queda sino el mísero aliento vital?

[14] ¿Por qué no despertáis, pues? Mirad, ahí está la libertad que tantas veces habéis deseado; y además a la vista están [15] las riquezas, la dignidad, la gloria. La fortuna ha propuesto todas estas recompensas para los vencedores. De exhortación os sirven más que mi discurso la situación, el momento, los riesgos, la penuria, el magnífico botín de la guerra. [16] Podéis servir de mí como general o como soldado: en cuerpo [17] y alma estaré a vuestro lado. Esto mismo, espero, haré junto con vosotros cuando sea cónsul, a no ser que por ventura me falle el instinto y estéis dispuestos a ser esclavos más que a mandar.»

[21] Después de oír estas palabras aquellos hombres que abundaban en toda clase de males y que en cambio no tenían cosa ni esperanza alguna buena, aun cuando a ellos atacar lo establecido antojábaseles un gran premio, no obstante la mayoría pidió que les aclarase en qué condiciones se iba a hacer la guerra, a qué beneficios aspiraban gracias a las armas, de qué apoyos o esperanzas de los mismos disponían [2] en cada punto. Entonces, Catilina les prometía la cancelación de las deudas³³, la proscripción de los ricos, les prometía magistraturas, sacerdocios, saqueos y todo lo demás que acarrea la guerra y el capricho de los vencedores. Además, en la España citerior estaba Pisón y en Mauritania [3] con un ejército Publio Sítio Nucérino³⁴, cómplices de su proyecto; aspiraba al consulado Gayo Antonio³⁵, que esperaba fuese su colega, hombre amigo suyo y agobiado por toda clase de necesidades; junto con él cuando fuese cónsul daría comienzo a su actuación. A todo esto cubría de improperios [4] a todas las personas de bien; a cada uno de los suyos, llamándolo por su nombre, lo elogiaba. Al uno le recordaba su pobreza, al otro su codicia, a varios otros sus peligros y su ignominia, a muchos la victoria de Sila y el botín que les había supuesto la misma. Cuando vio los ánimos de todos [5] exaltados, recomendándoles que tuvieran en cuenta su candidatura,

disolvió la reunión.

Hubo en aquel tiempo quienes afirmaron que, después [22] del discurso, al invitar al juramento a los cómplices de su crimen, Catilina hizo circular en copas sangre humana mezclada con vino; que una vez que todos hubieron bebido de [2] ella después del juramento y la maldición, como acostumbra a hacerse en los sacrificios solemnes, desveló su plan, y que obró así para estrechar los lazos de fidelidad entre ellos al hacer partícipes a unos y otros de tamaña felonía. Algunos [3] estimaban que éstas y muchas cosas más habían sido inventadas por quienes creían mitigar la impopularidad que más tarde se originó contra Cicerón con la atrocidad del crimen de quienes habían sido castigados por éste. Para mí este asunto no está suficientemente documentado para la gravedad que reviste.

[23] Mas en esta conjuración³⁶ estuvo Quinto Curio, de origen no humilde, cubierto de infamias y crímenes, a quien [2] los censores³⁷ habían expulsado del senado por disoluto. La vanidad de este hombre no era menor que su audacia. Le importaba muy poco no callar lo que había oído ni ocultar [3] sus propios crímenes, así como lo que decía o hacía. Este individuo mantenía con Fulvia³⁸, mujer de la alta sociedad, una antigua relación de estupro. Comoquiera que fuese menos grato para ella porque debido a la falta de medios no podía hacerle regalos, de la noche a la mañana comenzó a alardear y a prometerle montes y mares, a amenazarle a veces con la espada si no seguía a sus órdenes, y por último a [4] actuar con más violencia de la que acostumbraba. Pero he aquí que Fulvia, al conocer la razón de la insolencia de Curio, no mantuvo oculto semejante peligro para el Estado, sino que, excepto el nombre del informante, contó a muchos lo que había oído³⁹, y el modo como lo había oído, de la conjuración de Catilina. Esto fue principalmente lo que impulsó [5] el interés de la gente a conceder el consulado a Marco Tulio Cicerón. Pues con anterioridad buena parte de la nobleza [6] vacilaba por recelo, creyendo que la institución del consulado casi se contaminaba si lo alcanzaba un recién llegado, por singular que fuese. Mas cuando llegó el peligro, recelo y arrogancia pasaron a segundo término.

De manera que, celebradas las elecciones, se nombra consuies [24] a Marco Tulio Cicerón y Gayo Antonio. Esos nombramientos habían conmocionado al principio a los cómplices de la conjuración. Sin embargo, tampoco disminuía el frenesí [2] de Catilina, antes bien, cada día hacía más cosas, disponía armas en lugares apropiados de Italia, llevaba el dinero tomado en préstamo con su crédito y el de sus amigos a Fésulas⁴⁰, a un tal Manlio⁴¹, quien más tarde fue el cabecilla a la hora de hacer la guerra. Se dice que por aquella época [3] atrajo a sí a muchísimos hombres de todo tipo, y a algunas mujeres también, que primero habían sobrellevado enormes gastos con el comercio sexual y que luego, cuando la edad había puesto límite a las ganancias sólo, y no a sus despilfarros, habían contraído grandes deudas. Catilina confiaba en [4] que por medio de ellas podría soliviantar a los esclavos de la ciudad, incendiar a ésta y unir a él o asesinar a sus maridos.

[25] Ahora bien, entre éstas se contaba Sempronia⁴², que muchas veces había

llevado a cabo actos propios de la osadía [2] de un hombre. Esta mujer por su alcurnia y su belleza, y también por su marido y por sus hijos, era bastante afortunada; versada en la literatura griega y latina, tocaba la lira y bailaba con más elegancia de lo que una mujer honesta necesita, y poseía otras muchas cualidades que son instrumento [3] de la disipación. Pero para ella todo era más estimable que la honra y la decencia; no era fácil dilucidar qué respetaba menos, si su dinero o su reputación; su pasión era tan encendida que cortejaba ella a los hombres con más frecuencia [4] de lo que era cortejada. Antes había traicionado muchas veces su palabra, había negado con perjurio haber recibido un préstamo, había estado complicada en un crimen; su lujo y su falta de medios la habían llevado a la ruina. Ahora bien, poseía cualidades extraordinarias; sabía escribir versos, hacer chanzas, llevar una conversación ya seria, ya distendida o procaz; tenía, en fin, mucha sal y mucho encanto.

[26] Tomadas estas medidas, Catilina seguía esperando con el mismo afán al consulado del año siguiente, con la esperanza de que, si fuese nombrado, fácilmente haría con Antonio lo que le viniese en gana. En el ínterin, tampoco se estaba quieto, sino que montaba asechanzas contra Cicerón por [2] todos los medios. Con todo, tampoco Cicerón andaba falto [3] de mañas y astucias para defenderse. Pues desde el comienzo de su consulado, a base de promesas, había logrado de Fulvia que Quinto Curio, del que he hablado poco antes, le revelase los planes de Catilina; a más de esto, mediante un [4] pacto sobre las provincias había inducido a su colega Antonio a no maquinara nada contra el Estado⁴³; a su alrededor contaba en la sombra con la protección de amigos y clientes. Cuando llegó el día de las elecciones y no le salieron a [5] Catilina ni la candidatura ni las asechanzas que había puesto a los cónsules en el Campo de Marte, se resolvió a hacer la guerra y probar todas las medidas extremas, dado que sus intentos subrepticios habían resultado complicados y vergonzosos.

Así pues, envió a Gayo Manlio a Fésulas y aquella parte [27] de Etruria, a un tal Septimio de Camerino, al campo Piceno, a Gayo Julio, a la Apulia, y asimismo a otros a distintos sitios, según el que en cada lugar creía que le iba a ser de más provecho.

Entretanto, él urdía en Roma muchas cosas al mismo [2] tiempo: tendía asechanzas a los cónsules, provocaba incendios, tomaba lugares estratégicos con hombres armados; él mismo iba con armas⁴⁴ e igual se lo ordenaba a otros, recomendándoles que estuviesen siempre alerta y prevenidos; se movía día y noche, no dormía, y no le cansaban la falta de sueño ni la actividad. A la postre, como no le salía bien nada [3] pese a multiplicarse, entrada la noche convoca de nuevo a los cabecillas de la conjuración por medio de Marco Porcio Leca⁴⁵, y allí tras quejarse mucho de su ineficacia les informa [4] de que ya ha mandado a Manlio a reunirse con la multitud que tenía dispuesta para empuñar las armas, así como a otros a distintos lugares apropiados para dar comienzo a la guerra, y de que él estaba deseando partir junto al ejército, no sin haber eliminado antes a Cicerón, estorbo principal de sus proyectos.

[28] De manera que, mientras los demás eran presa del miedo y vacilaban, el caballero romano Gayo Cornelio ofreció su concurso, y entre él y el senador Lucio

Vargunteyo planearon meterse esa noche, poco después⁴⁶, con hombres armados en casa de Cicerón, como para saludarle⁴⁷, y acribillarle en su propia casa de improviso antes de que reaccionase. [2] Cuando Curio comprendió el enorme peligro que se cernía sobre el cónsul, por medio de Fulvia denuncia rápidamente [3] a Cicerón la trampa que se preparaba. De este modo, se les prohibió a aquéllos cruzar la puerta y resultó inútil el acto tan desmesurado que habían concebido.

[4] Entretanto Manlio soliviantaba en Etruria a la plebe, ansiosa de una revolución por la penuria y el rencor de la injusticia sufrida, ya que durante la dictadura de Sila había perdido todas sus tierras y bienes; también a los bandidos de toda laya, de los que había mucha abundancia por aquella comarca, algunos procedentes de las colonias de Sila, a los que el vicio y el lujoso tren de vida no les había dejado ni rastro de sus vastas rapiñas⁴⁸.

Cuando se informó a Cicerón de estas cosas, muy afectado [29] por el doble inconveniente, porque ni podía seguir defendiendo a la ciudad de las asechanzas en plan particular ni tenía suficiente conocimiento del ejército de Manlio, cómo era de grande y qué planes tenía, expone al senado la situación, que ya antes el rumor de la calle había propalado. De [2] modo que, lo que suele hacerse en situaciones de emergencia, el senado decretó que los cónsules tomaran medidas⁴⁹ para que el Estado no sufriese menoscabo alguno. Este es el [3] poder más grande que, según la tradición romana, el senado confiere a un magistrado: organizar un ejército, dirigir la guerra, suprimir las garantías de todo tipo a aliados y ciudadanos, poseer en lo civil y en lo militar el mando y jurisdicción supremos. En otro caso, sin el mandato del pueblo, un cónsul no tiene derecho a ninguna de estas funciones.

Pocos días después, el senador Lucio Senio leyó en el [30] senado una carta, que decía haberle llegado de Fésulas, en cuyo texto constaba que Gayo Manlio había empuñado las armas con una gran cantidad de gente el día 27 de octubre. A la vez (cosa que suele pasar en situaciones semejantes), [2] unos denunciaban portentos y prodigios; otros, que se celebraban reuniones, que se transportaban armas, que en Capua y en la Apulia había un movimiento de guerra de esclavos. De manera que por un decreto del senado fueron enviados a [3] Fésulas Quinto Marcio Rege⁵⁰ y a la Apulia y lugares de alrededor Quinto Metelo Crético⁵¹ (a estos dos, generalísimos [4] a las puertas de la ciudad, les impedía celebrar el triunfo la calumnia de unos pocos, cuyo estilo era venderlo todo, honroso [5] o deshonroso) y asimismo fueron enviados los pretores Quinto Pompeyo Rufo⁵² a Capua, Quinto Metelo Céler a términos del Piceno, concediéndoseles que, a tenor de las [6] circunstancias y el peligro, organizaran un ejército. Aparte de esto, si alguien daba pistas sobre la conjuración que se había tramado contra el Estado, el premio era, para un esclavo, la libertad y cien mil sestercios; para uno libre, la [7] amnistía y doscientos mil sestercios. Asimismo decretaron que las compañías de gladiadores fuesen distribuidas en Capua y demás municipios según los medios de cada uno y que en Roma por toda la ciudad se estableciesen vigilancias, presididas por los magistrados de inferior rango.

[31] Con estos acontecimientos andaba la ciudad sobresaltada y alterado su aspecto. Tras la suma alegría y regocijo que había engendrado la prolongada paz, a todos invadió de repente [2] la tristeza: se apresuraban, andaban agitados, no acababan de fiarse de ningún sitio, ni de ningún hombre, no estaban en guerra ni tampoco en paz, cada cual medía los [3] peligros a tenor de su propio miedo. Encima, las mujeres, a las que les había entrado un temor, el de la guerra, al que, en razón de la potencia del Estado, no estaban acostumbradas, se daban golpes, tendían al cielo sus manos suplicantes, compadecían a sus hijos pequeños, no paraban de hacer preguntas, se asustaban con cualquier rumor, se arrancaban todo y, olvidándose del fasto y los placeres, desconfiaban de su suerte y de la de la patria.

[4] Por su parte, Catilina, con aquel espíritu cruel suyo, continuaba adelante con los mismos propósitos, pese a que se tomaban medidas de defensa y a que él mismo había sido interrogado por Lucio Paulo⁵³ por violación de la ley Plautia. Al final, bien para disimular, bien para exculparse si se [5] le provocaba, se presentó en el senado. Entonces, Marco [6] Tulio, ora asustado ante su presencia, ora llevado de la ira, dio un discurso brillante y útil al Estado, que después escribió y publicó. Mas cuando aquél tomó asiento, Catilina, que [7] estaba preparado para disimularlo todo, con la cabeza gacha y la voz suplicante empezó a pedir a los padres que no creyesen nada a la ligera sobre él. Había nacido en el seno de una familia tal y de tal modo había dispuesto su vida desde la adolescencia que sólo podía esperar cosas buenas para sí; no fuesen a creer que él, un hombre patricio, de quien el pueblo romano había recibido (de sí mismo y de sus mayores) tantos beneficios, tenía necesidad de la ruina del Estado, mientras lo salvaba Marco Tulio, un forastero avecindado en Roma. Como añadiese otros insultos a éste, todos lo abucheaban, [8] llamándole enemigo del pueblo y parricida. Entonces, lleno de ira, exclamó: «Puesto que mis enemigos me [9] acosan y me empujan al abismo, apagaré bajo ruinas el fuego en que se me quema.»

Acto seguido, se escabulló del senado camino de su casa. [32] Allí, después de meditarlo mucho a solas, como no prosperaban los atentados al cónsul y comprendía que la ciudad estaba protegida del incendio por las rondas de vigilancia, entendiendo que lo mejor que podía hacer era aumentar el ejército y, antes de reclutar las legiones, tomar con tiempo muchas medidas útiles para la guerra, a altas horas de la noche se encaminó con unos pocos al campamento de Manlio. No obstante, deja a Cetego y a Léntulo y a otros, cuya resuelta [2] audacia conocía, el encargo de consolidar las fuerzas del partido por los medios a su alcance, acelerar el atentado al cónsul, organizar asesinatos, incendios y demás actos bélicos. Él vendría a la ciudad con un gran ejército de un día a otro.

[3] Mientras esto tiene lugar en Roma, Gayo Manlio envía a unos agentes de su servicio a Marcio Rege con un mensaje del siguiente tenor:

[33] «A dioses y a hombres ponemos por testigos, general, de que nosotros no hemos tomado las armas contra la patria ni para crear peligro a otros, sino para proteger a nuestras personas de la injusticia, pues nosotros, desvalidos y sin recursos, por culpa de la violencia y saña de los prestamistas nos hemos quedado la mayoría sin patria, y todos

sin reputación y sin fortuna. Ninguno de nosotros tuvo la oportunidad de beneficiarse de la ley, según ancestral tradición, ni de conservar la libertad después de perder el patrimonio: tan grande [2] fue la crueldad de los prestamistas y del pretor. Muchas veces, vuestros antepasados, compadecidos de la plebe romana, la socorrieron en su falta de recursos con sus decretos, y recientemente, en nuestros propios tiempos, a causa de lo abultado de las deudas, con el visto bueno de todos los buenos ciudadanos, se ha pagado la deuda de plata en bronce. [3] Muchas veces la propia plebe, bien espolcada por el prurito de ejercer el poder, bien por culpa de la arrogancia de los magistrados, se ha segregado en armas de los patricios. [4] Pero nosotros no buscamos el poder o las riquezas, motivos por los que suceden todas las guerras y peleas entre los mortales, sino la libertad, que ningún hombre de verdad pierde [5] como no sea con la vida a la vez. A ti y al senado os suplicamos que echéis cuenta de los pobres ciudadanos, que restituyáis el amparo de la ley que nos ha arrebatado la iniquidad del pretor y no nos forcéis a buscar el medio de morir vengándonos al máximo de nuestra sangre.»

Quinto Marcio respondió a la propuesta que, si deseaban [34] pedirle algo al senado, abandonasen las armas y viniesen a Roma a suplicar. Tal mansedumbre y misericordia había ostentado siempre el senado del pueblo romano que jamás nadie había solicitado su auxilio en vano.

Mas Catilina, sobre la marcha, envía cartas a la mayoría [2] de los ex-cónsules y a los más representativos además, diciéndoles que, acosado por falsas acusaciones y dado que no había podido hacer frente a la facción de sus enemigos, cedía ante la suerte y marchaba al destierro a Marsella⁵⁴, no porque se sintiese responsable de un crimen tan grave, sino para que el Estado estuviese en paz y no se produjese una revuelta por su resistencia. Quinto Cátulo⁵⁵ leyó en el senado una carta bien diferente de ésta, que afirmaba haberle sido [3] entregada en nombre de Catilina, de la que paso a presentar una copia:

Lucio Catilina a Quinto Cátulo. Tu singular lealtad, [35] conocida por los hechos y grata para mí en medio de los peligros míos, da confianza a mi recomendación. Por dicho motivo me he propuesto no hacer la defensa [2] de mi nuevo proyecto⁵⁶, sino que, al no tener conciencia de culpabilidad, he decidido dar una explicación que fuerza es reconozcas verdadera, voto a Júpiter. Presionado [3] por injusticias y agravios (pues privado del fruto de mi esfuerzo y diligencia no ocupaba el lugar que me corresponde), he tomado a mi cargo, según mi costumbre, la causa pública de los desfavorecidos, no porque no pudiese cancelar con mis bienes las deudas contraídas a mi nombre (incluso las contraídas a nombre de otro podía liquidarlas la generosidad de Orestila utilizando sus propios medios o los de su hija), sino porque observaba que hombres que no se lo merecían gozaban de honores y comprendía que a mí se [4] me marginaba por falsas sospechas. Por este motivo, me he encaminado en pos de la esperanza, bastante honrosa dada mi situación, de conservar lo que me [5] resta de dignidad.

Desearía escribirte más por extenso, pero me comunican que preparan un ataque contra mí. [6] Ahora te recomiendo a Orestila y la entrego a tu lealtad. Defiéndela de agravios, te lo ruego por tus hijos. Adiós.

[36] Él, por su parte, tras detenerse unos días en casa de Gayo Flaminio, en términos de Arezzo, para proveer de armas a la vecindad, ya antes soliviantada, se encamina al campamento de Manlio con los fasces y demás símbolos de poder. [2] Cuando se tuvo noticia de esto en Roma, el senado declara enemigos públicos a Catilina y a Manlio, y al grueso restante le fija un día para abandonar las armas sin sanción, excepto [3] a los condenados a la pena capital. Además, decreta que los cónsules efectúen un reclutamiento, que Antonio salga aprisa a perseguir con el ejército a Catilina y Cicerón se quede para guardar a la ciudad.

[4] En aquella ocasión más que en otra alguna me pareció a mí el imperio del pueblo romano extraordinariamente miserable. Porque, siendo así que todo el mundo de Oriente a Occidente, dominado por sus armas, le obedecía y abundaban en casa la paz y las riquezas, que los mortales consideran lo primero, hubo ciudadanos, con todo, que se lanzaron obstinadamente [5] a destruir el Estado y a sí mismos. Pues en respuesta a los dos decretos del senado ni un solo hombre entre tanta gente había denunciado la conjura inducido por la recompensa, ni entre todos los del campamento de Catilina había desertado nadie: tanta fuerza tenía la enfermedad, una peste por así llamarla, que se había apoderado de la mayor parte de los espíritus de la ciudadanía.

Y no sólo estaban enajenados aquéllos que eran cómplices [37] de la conjuración, sino que en general la plebe toda por el ansia de revolución secundaba los planes de Catilina. Hasta [2] aquí no hacía sino obrar como suele. Pues en una sociedad [3] los que no tienen bienes ningunos miran siempre con malos ojos a los bien situados, ensalzan a los canallas, detestan la tradición, anhelan lo novedoso, por odio a cómo van sus cosas se inclinan por cambiarlo todo, se alimentan sin cuidado de perturbaciones y revueltas, puesto que la pobreza se conserva fácilmente, ya que nada se pierde. Pero la [4] plebe urbana, ésta sí que andaba de cabeza por muchas causas. En primer término, quienes en cada lugar se señalaban [5] por su infamia u oprobio, así como otros que habían perdido sus patrimonios en la abyección, en fin, todos a los que había expulsado de su patria una canallada o un crimen, éstos habían confluído en Roma como en una cloaca. Luego, muchos [6] que recordaban la victoria de Sila, como veían que, de soldados rasos, unos eran senadores, y otros tan ricos que vivían sus años alimentándose y tratándose a cuerpo de rey, cada cual esperaba que, en caso de ponerse en pie de guerra, la victoria le depararía cosas semejantes. Todavía, los jóvenes [7] que habían capeado su miseria en los campos con el trabajo de sus manos, espoleados por la generosidad de particulares y del Estado, habían preferido el ocio de la ciudad al trabajo ingrato. Estos y todos los demás vivían de la calamidad pública. Por lo cual no hay que extrañarse de que [8] hombres sin oficio ni beneficio, de malos hábitos y enormes pretensiones, no se hubiesen preocupado por la cosa pública más que por sí mismos. Además, aquellos cuyos padres

habían [9] sido proscritos por la victoria de Sila⁵⁷, arrebatado los bienes o disminuido los derechos civiles, esperaban con ánimo [10] no muy diferente el resultado de la guerra. Además, cuantos eran de otro partido distinto al del senado preferían que hubiera follón en la nación a perder ellos su influencia. Un mal que después de muchos años había retornado a la ciudad.

[38] Pues, desde que fue restablecida la potestad tribunicia siendo cónsules Gneo Pompeyo y Marco Craso, elementos jóvenes que habían alcanzado un enorme poder, envalentonados por la edad y sus ánimos, mediante acusaciones al senado empezaron a revolucionar a la plebe y con dádivas y promesas a inflamarla cada vez más; de esta manera se iban [2] haciendo famosos y poderosos. A éstos se oponía con todas sus fuerzas la mayor parte de la nobleza con el pretexto de defender al senado, pero, en realidad, en defensa de sus [3] privilegios. Pues, para decir la verdad en pocas palabras, desde aquellos tiempos cuantos perturbaron el Estado con hermosos conceptos, los unos como defendiendo los derechos del pueblo, los otros, para robustecer al máximo la autoridad del senado, cada cual peleaba por su propio poder, [4] fingiendo el bien público. Tales individuos no conocían medida ni límite en su agresividad: ambos bandos explotaban la victoria con saña.

[39] Pero cuando Gneo Pompeyo fue enviado a la guerra contra los piratas y contra Mitridates⁵⁸, disminuyó la fuerza [2] de la plebe y aumentó el poder oligárquico. Ellos controlaban los cargos, las provincias y todo lo demás; indemnes y florecientes, vivían su vida sin miedo, amedrentando a los demás con los juicios a fin de que durante el ejercicio de sus magistraturas manejaran a la plebe con mayor suavidad. Pero [3] tan pronto como con el enrarecimiento del ambiente asomó la esperanza de la revolución, la antigua rivalidad excitó sus ánimos. De modo que si Catilina hubiese salido vencedor [4] en el primer combate o en igualdad de condiciones, sin duda se habría abatido sobre la república una gran desgracia y calamidad; aquellos que hubiesen logrado la victoria no habrían tenido oportunidad de servirse de ella mucho tiempo sin que alguien más poderoso les arrebatara el poder y la libertad, cansados y exangües como estarían. Hubo, con todo, [5] muchos ajenos a la conjura que al principio marcharon junto a Catilina. Entre ellos se contaba Fulvio, hijo de un senador, a quien, hecho volver del camino, el padre mandó matar.

Por las mismas fechas, tal como le había encargado Catilina [6] en Roma, Léntulo cortejaba por sí o por intermediarios a cuantos por su catadura moral o por su fortuna creía adecuados para la revolución, y no sólo a ciudadanos de pleno derecho, sino a cualquier tipo de individuos, con tal de que fuesen útiles para la guerra.

Así que encarga a un tal Publio Umbreno que contacte [40] con los embajadores de los alóbroges⁵⁹ y, si es posible, los induzca a aliarse para la guerra, considerando que, agobiados por las deudas a nivel público y privado, siendo además el pueblo de los galos belicoso por naturaleza, se los podría atraer fácilmente a un proyecto de esta clase. Por haber hecho [2] negocios en la Galia, Umbreno era conocido de los principales caciques de los pueblos y él los conocía a ellos. De manera que sin dilación, tan pronto como divisó a los embajadores en el Foro, tras hacerles algunas preguntas sobre la situación de

su país y condolerse, digamos, por su suerte, comenzó a inquirir qué salida esperaban ellos para [3] tan grandes contratiempos. Una vez que advierte que se quejan de la avaricia de las autoridades, que acusan al senado de no encontrar en él auxilio alguno, de que el remedio que esperan para sus miserias es la muerte, les dice: «Pues yo, si realmente queréis portaros como hombres, puedo proponeros [4] el medio de escapar a esos males tan grandes.» Al decir esto, los alóbroges, sumamente esperanzados, suplicaban a Umbreno que tuviese compasión de ellos: no había nada tan ingrato y difícil que no estuviesen dispuestos a hacer con el máximo interés si el hacerlo libraba a su país de [5] las deudas. Umbreno se los lleva a la casa de Decio Bruto, que estaba cerca del Foro y no era lugar ajeno al proyecto en marcha, debido a Sempronia. Pues Bruto estaba ausente [6] de Roma entonces. Manda venir a Gabinio también, para dar mayor autoridad a la entrevista. En presencia de éste les revela la conjuración, nombra a los partidarios, así como a muchos inocentes de toda clase, para aumentar el ánimo a los embajadores. Luego, así que hubieron prometido su colaboración, los deja ir.

[41] Mas los alóbroges estuvieron mucho tiempo dudando [2] qué determinación tomar. Por un lado estaban las deudas, su afición a la guerra, una buena renta puesta en la esperanza de la victoria; en el otro, empero, fuerzas mayores, proyectos fiables, en vez de la insegura esperanza, recompensas [3] seguras. Dando vueltas como estaban a estas alternativas, a [4] la postre venció la suerte de la república. De modo que revelan todo el asunto, tal como lo habían conocido, a Quinto Fabio Sanga, de cuyo patrocinio se servía especialmente su país⁶⁰. Conocido el plan por Sangá, Cicerón indicó a los [5] embajadores que fingiesen un vehemente interés en la conjuración, que contactasen con los demás, hiciesen buenas promesas y se esforzasen por ponerlos cuanto más al descubierto.

Por las mismas fechas más o menos, había movimiento [42] en la Galia citerior y ulterior⁶¹, así como en términos del Piceno, los Abruzzos y Apulia. Pues los que Catilina había [2] enviado con anterioridad ejecutaban todo a un tiempo, irreflexivamente y como por obra de la locura: con sus reuniones nocturnas, los transportes de armas de toda especie, los apresuramientos en todo, habían provocado más alarma que riesgo efectivo. A muchos de esta banda había enjuiciado y [3] encarcelado en virtud de un senadoconsulto el pretor Quinto Metelo Céler y lo mismo en la Galia citerior Gayo Murena, que estaba al frente de esta provincia como gobernador.

Pero en Roma, Léntulo y los demás cabecillas de la conjuración, [43] habiendo preparado a su juicio muchas fuerzas, habían decidido que, tan pronto como Catilina llegase con el ejército a términos de †Fésulas, el tribuno de la plebe Lucio Bestia reuniese una asamblea y protestase por las actuaciones de Cicerón, desviando a tan extraordinario cónsul la inquina de una guerra tan grave. Mediante esta señal, a la noche siguiente⁶², los restantes conjurados cumplirían cada cual con su cometido. Según se decía, los cometidos se habían [2] asignado de la siguiente manera: Estatilio y Gabinio con un grupo importante harían fuego simultáneamente en doce puntos estratégicos de la ciudad, a fin de facilitar con el desorden subsiguiente el acceso al cónsul y los demás contra los que se tramaba un atentado; Cetego se apostaría en la puerta de Cicerón para atacarle

con violencia; y otros harían lo mismo con otros, pero los hijos de familias, la mayor parte de ellos de la nobleza, asesinarían a sus padres; y cuando todo el mundo estuviese consternado por las muertes [3] y los incendios, se abrirían paso hasta Catilina. Mientras se preparaban y planeaban estos actos, Cetego no cesaba de quejarse de la inactividad de los cómplices, los cuales, estimaba, con sus vacilaciones y prórrogas estropeaban grandes oportunidades; en semejante peligro hacía falta actuar, no pensar, y él, si le ayudaban unos pocos, aunque los demás [4] anduviesen remisos, desataría un ataque contra la Curia. De natural terrible y apasionado, era presto a actuar; en la rapidez ponía la mayor ventaja.

[44] Los alóbroges, según la recomendación de Cicerón, entran en contacto con los demás por medio de Gabinio. Piden a Léntulo, Cetego, Estatilio y Casio una declaración jurada para llevársela con el sello puesto a sus conciudadanos: de otra manera no se les podía impulsar fácilmente a una empresa [2] tan importante. Los otros se la facilitan sin sospechar nada; Casio promete ir a la Galia él mismo en persona y sale [3] de la ciudad poco antes que los embajadores. Léntulo envía con éstos a un tal Tito Vólturcio de Crotona a fin de que antes de partir para su tierra los alóbroges confirmasen la alianza con Catilina empeñando unos y otros su palabra de [4] honor. También entrega a Vólturcio una carta para Catilina, de la que doy una copia a continuación:

[5] Sabrás quién soy por éste que te he enviado. No dejes de pensar en la calamidad tan grande en que te hallas, y recuerda que eres un hombre. Sopesa lo que exigen tus intereses. Busca ayuda en todos, incluso en los más humildes.

Además de la carta le da encargos de palabra: siendo así [6] que ha sido declarado enemigo público por el senado, ¿con qué pensamiento iba a rechazar las bandas de esclavos? En la ciudad estaba preparado cuanto había ordenado; él no debía vacilar en acercarse más.

Tomadas estas disposiciones y fijada la noche para que [45] partiesen los alóbroges, Cicerón, que había sido informado de todo por los embajadores, ordena a los pretores Lucio Valerio Flaco⁶³ y Gayo Pontino que detengan en el puente Milvio⁶⁴ mediante una emboscada a los alóbroges y a su escolta. Les revela todo el asunto, por cuyo motivo los enviaba, permitiéndoles que en lo demás actúen como sea preciso. Ellos, hombres del ejército, apostan sin bullicio los destacamentos [2] como se les había ordenado y bloquean el puente secretamente. Una vez que los embajadores llegaron a este [3] punto con Vólturcio y se alzó el griterío simultáneamente de uno y otro bando, rápidamente los galos, que conocían lo acordado, se entregan sin dilación a los pretores. Vólturcio [4] animó primero a los otros y se defendió de la muchedumbre con la espada, luego, cuando fue abandonado por los embajadores, empezó por implorar encarecidamente su salvación a Pontino, a quien conocía, y al final, asustado y no confiando en salvar su vida, se entregó a los pretores como si fuesen enemigos.

Liquidado el asunto, por unos mensajeros comunican [46] todo inmediatamente al

cónsul. A éste, empero, le invadió [2] al mismo tiempo una enorme preocupación y una alegría. Pues se alegraba al comprender que, descubierta la conjuración, la ciudad escapaba a los peligros; pero a su vez se sentía angustiado al no ver claro qué se debía hacer con ciudadanos tan importantes sorprendidos en la mayor de las felonías. Opinaba que el castigo de aquéllos iba a ser una carga [3] para él, y la impunidad causaría la ruina de la república. Así que, tomando ánimo, ordena que llamen a su presencia a Léntulo, Cetego, Estatilio, Gabinio y asimismo a Cepario de Terracina, que se disponía a marchar a Apulia a sublevar a [4] los esclavos. Los otros se presentan sin dilación. Cepario, que había salido de casa poco antes, enterado de la delación, [5] había escapado de la ciudad. El propio cónsul, cogiéndole de la mano, porque era pretor, conduce al senado a Léntulo; los demás ordena que vengan al templo de la Concordia⁶⁵ [6] con los guardias. En él convoca al senado, que acudió en gran número, e introduce a Volturcio y los embajadores; ordena al pretor Flaco que lleve allí el estuche con las cartas que había recibido de los embajadores.

[47] Volturcio fue interrogado sobre su marcha, la carta, el plan que había concebido y la causa; al principio inventaba otras cosas, disimulaba sobre la conjura; luego, cuando fue invitado a hablar con la salvaguardia del Estado, revela todo como había ocurrido, y manifiesta que él, captado como cómplice pocos días antes por Gabinio y por Cepario, no sabía nada más que los embajadores, únicamente solía oír de Gabinio que en la conjuración estaban Publio Autronio, Servio [2] Sila, Lucio Vargunteyo y muchos más. Lo mismo confiesan los galos y rebaten a Léntulo, que disimulaba, además de con la carta, con las conversaciones que aquél acostumbraba a tener: según los libros de la Sibila⁶⁶, el reinado sobre Roma se vaticinaba a tres Cornelios; antes había sido Cinna⁶⁷ y Sila, él era el tercero a quien el destino reservaba hacerse con la ciudad; además, desde el incendio del Capitolio⁶⁸ aquél era el vigésimo año, y los arúspices, a la vista de los prodigios, habían predicho muchas veces que sería sangriento por una guerra civil. De modo que tras la lectura de [3] las cartas, una vez que todos habían reconocido sus sellos, el senado decreta que Léntulo, cesado en su cargo, y, asimismo, los restantes conspiradores, sean constituidos en arrestos de particulares. En consecuencia, entregan a Léntulo [4] a Publio Léntulo Espínter⁶⁹, que entonces era edil; Cetego, a Quinto Cornificio; Estatilio, a Gayo César; Gabinio, a Marco Craso; Cepario, al que poco antes habían detenido en su huida y hecho volver, al senador Gneo Terencio.

Entretanto la plebe, descubierta la conjuración, ella que [48] al principio, ávida de revolución, favorecía desmesuradamente la guerra, cambiando de idea, echaba pestes de las intenciones de Catilina y ponía por las nubes a Cicerón: exteriorizaba gozo y alegría como si la hubieran liberado de la esclavitud. Pues entendía que los demás actos de la guerra [2] podían servirle de botín más que de perjuicio, pero el incendio lo consideraba cruel, desproporcionado y singularmente perjudicial para sí, puesto que todos sus bienes se limitaban a la ropa y objetos de uso diario.

[3] Al otro día fue conducido al senado un tal Lucio Tarquinio, quien, según decían, había sido detenido sobre la marcha [4] cuando se dirigía a reunirse con Catilina.

Comoquiera que afirmase estar dispuesto a hacer revelaciones sobre la conjura si se le concedía la salvaguardia del Estado, invitado por el cónsul a exponer lo que supiera, declara ante el senado más o menos las mismas cosas que Volturcio sobre los preparativos de incendios, la muerte de personas de bien, la marcha del enemigo contra Roma; también que había sido comisionado por Marco Craso para comunicar a Catilina que no se asustase porque hubiesen encarcelado a Léntulo, Cetego y otros de la conjura; y, al contrario, que por tal motivo se diese más prisa en aproximarse a la ciudad, con el fin de dar ánimos a los demás y sacar más fácilmente a [5] aquéllos del peligro. Pero cuando Tarquinio nombró a Craso, hombre de la nobleza, con enormes riquezas y extraordinaria influencia, juzgando los unos que era una cosa increíble, los otros, aunque estimaban que era verdad, considerando que más valía en semejantes circunstancias aplacar a un hombre tan poderoso que provocarlo, dependiendo la mayoría de Craso por asuntos privados, gritan a coro que el testigo es falso y exigen que se someta a deliberación el problema. [6] Así que, bajo la presidencia de Cicerón, el senado, con sobrado quórum, estipula que el testimonio de Tarquinio da la impresión de ser falso y que hay que constituirle en prisión y no otorgarle más potestad de prestar su testimonio, si no revelaba la persona por cuyo consejo había inventado una [7] mentira tan grande. En aquellos días había quienes pensaban que tal delación había sido maquinada por Publio Autronio para que, al implicar a Craso, su influencia protegiese [8] mejor a los restantes en la comunidad del peligro. Otros afirmaban que fue Cicerón quien había lanzado a Tarquinio para evitar que Craso perturbara el Estado, tomando la defensa de los revoltosos, como acostumbraba. Yo he oído [9] después al propio Craso decir públicamente que aquel sambenito tan odioso se lo había colgado Cicerón.

Pero por el mismo tiempo Quinto Cátulo y Gayo Pisón⁷⁰ [49] no lograron ni por medio de ruegos, influencia o dinero, convencer a Cicerón para que por medio de los alóbroges u otro testigo se citase en falso el nombre de Gayo César. Pues ambos tenían gran enemistad con él. Pisón, porque le [2] acusó en el juicio por malversación de fondos públicos de haber infligido un suplicio injusto a un traspadano; Cátulo, por estar encendido de rencor a causa de que, al aspirar al sumo pontificado, había salido derrotado, pese a su avanzada edad y a haber desempeñado los más altos cargos, por un César jovencito. El tema por otra parte daba la impresión de [3] ser oportuno, ya que César debía mucho dinero por ser tan liberal privadamente y hacer tan grandes dispendios como hombre público. Mas al no poder empujar al cónsul a un [4] acto tan reproable, ellos mismos, abordando a unos y a otros e inventándose lo que decían haber oído de los alóbroges o de Volturcio, suscitaron gran odio contra él, hasta tal punto que algunos caballeros romanos, que estaban en [5] armas alrededor del templo de la Concordia para dar protección, impulsados ora por la magnitud del peligro ora por su carácter impresionable, para dejar más claro su interés por la república, amenazaron a César con la espada al salir del senado.

Mientras ocurre esto en el senado y se conciertan los [50] premios para los embajadores de los alóbroges y para Tito Volturcio al haberse comprobado su testimonio, los libertos de Léntulo y unos pocos de sus clientes, siguiendo distintas direcciones,

soliviantaban a los artesanos y esclavos en los barrios, para libertarle. Otros andaban buscando a los jefes de las bandas que tenían por costumbre incordiar al Estado [2] por dinero. Cetego, por su parte, por medio de recaderos, rogaba a sus esclavos y libertos, selectos y avezados, que tuviesen agallas y en batallón armado se abriesen paso hasta él.

[3] El cónsul, cuando se enteró de lo que se preparaba, distribuyendo destacamentos según los hechos y las circunstancias aconsejaban, convoca el Senado y plantea qué deciden hacer con los que han sido puestos bajo custodia. Pero poco antes el Senado por mayoría había juzgado sus actos [4] contrarios al Estado. Entonces, Décimo Junio Silano⁷¹, el primero al que se le pidió parecer por ser a la sazón cónsul electo, había sentenciado que procedía aplicar la última pena a los que estaban bajo custodia y también a Lucio Casio, Publio Furio, Publio Umbreno y Quinto Annio, si se les cogía; más tarde, impresionado por el discurso de Gayo César, dijo que votaría la moción de Tiberio Nerón⁷², consistente en proponer la discusión del asunto cuando se contase [5] con el refuerzo de guarniciones. Mas César⁷³, cuando le tocó el turno y el cónsul le pidió parecer, habló de la siguiente manera:

[51] «Los hombres, padres conscritos, cuando deliberan sobre asuntos espinosos, deben estar libres todos de odio, amistad, [2] cólera y compasión. El espíritu no discierne fácilmente la verdad cuando andan por medio estas pasiones, y nadie puede servir al mismo tiempo sus impulsos y su interés. Cuando haces uso de la inteligencia, ésta predomina; si se apoderan [3] de nosotros los impulsos, mandan éstos y el espíritu para nada cuenta. Podría contar ampliamente, padres conscritos, [4] las malas decisiones que tomaron reyes y pueblos, llevados de la cólera o la compasión; pero prefiero referirme a lo que nuestros antepasados han hecho sensata y correctamente controlando sus emociones. En la guerra que tuvimos con el rey [5] rey Perseo de Macedonia⁷⁴, la grande y esplendorosa república de los rodios, que había medrado con la ayuda del pueblo romano, nos fue desleal y adversa; pero cuando, terminada la guerra, se deliberó sobre los rodios, nuestros antepasados, para que nadie dijese que habíamos emprendido la guerra para hacernos con riquezas y no para vengar un agravio, los dejaron marchar sin castigo. Igualmente, durante [6] todas las guerras púnicas, aun cuando los cartagineses cometieron muchos actos denigrantes en paz y durante los armisticios, jamás nuestros antepasados, si bien tuvieron oportunidad, hicieron cosa semejante. Buscaban más lo que fuese digno de sí mismos que lo que pudiesen hacer contra ellos legalmente. Igualmente, habéis de procurar, padres conscritos, [7] que no pueda más en vosotros el crimen de Publio Léntulo y los demás que vuestra dignidad, ni tampoco penséis más en vuestra cólera que en vuestro buen nombre. Pues si [8] se halla un castigo apropiado a sus actos, apruebo esta propuesta sin precedentes; pero si la magnitud del crimen sobrepasa la inventiva de todos, opino que debemos atenernos a lo previsto por las leyes.

La mayoría de los que han expuesto sus pareceres antes [9] que yo han lamentado certera y enfáticamente los avatares del país. Han enumerado el salvajismo de la guerra, las desgracias que acaecen a los vencidos: muchachas y niños raptados, hijos arrancados del abrazo de sus padres, madres de familia sufriendo los caprichos de los vencedores,

templos y casas saqueados, muertes e incendios provocados, en fin, [10] todo repleto de armas, cadáveres, sangre y pesar. Pero, por los dioses inmortales, ¿cuál era el objetivo de aquellos discursos? ¿Acaso haceros odiosa la conjuración? Ya veo: ¡a quien no haya conmovido un hecho tan grave y atroz deberían [11] inflamarle estos discursos! Pues no es así, que a nadie en el mundo se le antojan chicas las canalladas que se le hacen. Muchos se las han tomado más a pecho de lo necesario. Pero no todos tienen la misma libertad, padres conscritos. [12] Quienes viven sumergidos en la oscuridad, si en algo yerran llevados de la ira, pocos lo saben, pues el conocimiento que de ellos se tiene corre parejo con su situación social. De quienes viven sus años en las alturas investidos de gran autoridad, [13] todos los mortales conocen sus hechos. De suerte que cuanto más grande es la fortuna menor es la libertad: no les está permitido ni entusiasmarse ni odiar, y menos aún encolerizarse. [14] Lo que en otros se llama cólera, en quien tiene poder se [15] denomina arrogancia y crueldad. Yo por mi parte opino, padres conscritos, que cualquier castigo es inferior a los crímenes que han cometido. Pero la mayoría de la gente recuerda el final y, por lo que respecta a los desalmados, se olvida de su crimen y habla del castigo si éste ha sido un tanto severo.

[16] Sé muy bien que cuanto ha dicho Décimo Silano, individuo valiente y esforzado, lo ha dicho por amor a la patria, y que en un asunto tan serio no actúa por parcialidad o inquina; [17] conozco su carácter y ecuanimidad. En verdad su propuesta no me parece cruel (pues, ¿qué puede ser cruel en contra de tales sujetos?), sino extraña al espíritu de nuestra [18] constitución. Pues, en efecto, Silano, el miedo o el delito te ha inducido a ti, que eres el cónsul electo, a proponer un tipo de castigo excepcional. De temor sería superfluo hablar, [19] sobre todo cuando por diligencia del cónsul, varón tan preclaro, hay tamañas fuerzas en armas. Sobre el castigo puedo [20] decir lo que es en realidad, que en la miseria y en la aflicción la muerte es el descanso de los sufrimientos y no un tormento, que ella acaba con todos los males de los hombres y que después no hay lugar ni para los problemas ni para el disfrute. Pero, por los dioses inmortales, ¿por qué no añadiste [21] a tu propuesta que antes se les diese una mano de vergajazos? ¿Porque lo prohíbe la ley Porcia⁷⁵? Pues otras leyes [22] igualmente no permiten quitarles la vida a los ciudadanos condenados, sino concederles el destierro. ¿O porque es más [23] grave ser apaleado que ser muerto? ¿Pero es que hay algo horrible o demasiado grave para individuos convictos de tamaña asonada? Pero si es porque resulta demasiado ligera, [24] ¿cómo cuadra respetar la ley en un asunto de menos monta y hacer caso omiso de ella en otro de mayor entidad?

Pero es que, ¿quién va a criticar lo que se adopte contra [25] los asesinos de nuestra patria? Las circunstancias, el tiempo, la fortuna, cuyo capricho gobierna a los pueblos. Cualquiera [26] cosa que les ocurra a ellos se la tendrán merecida, pero vosotros, padres conscritos, tened presente las consecuencias de lo que decidáis para los demás. Toda práctica mala se ha [27] originado en un buen precedente. Pero cuando el poder viene a manos de ignorantes o de pillos, aquel precedente extraordinario pasa de quienes lo merecían y eran adecuados a los que no lo merecen y no son adecuados. Los lacedemonios [28] después de vencer a los atenienses les impusieron treinta individuos

para que gobernasen su estado. Empezaron éstos [29] por dar muerte sin juicio a los más criminales, odiados por todos. El pueblo se alegraba de ello y aseveraba que [30] obraban justamente. Más tarde, conforme crecía la libertad de acción, eliminaban caprichosamente a la gentuza y a las personas de bien sin distinción, y a los demás los tenían aterrorizados. [31] De este modo, la ciudad, oprimida bajo la esclavitud, [32] pagó un grave castigo por su necia alegría. En nuestros tiempos, cuando Sila, vencedor, ordenó cortar la cabeza a Damasipo⁷⁶ y a otros por el estilo, que habían medrado haciendo mal al país, ¿quién no elogiaba su acción? Decían que con razón habían sido muertos unos hombres criminales e intrigantes que habían traído en jaque a la nación con sus [33] revueltas. Pero este hecho fue el comienzo de una gran calamidad. Pues según uno u otro se encaprichaba de una casa o una villa, la vasija o el vestido de alguien, se las arreglaba [34] para incluir a éste en el número de los proscritos. Así que aquéllos para quienes la muerte de Damasipo había sido objeto de alegría, poco después eran víctimas ello mismos, y no se dio fin a las ejecuciones hasta que Sila atiborró a todos [35] los suyos de riquezas. No es que yo tema cosas así de parte de Marco Tulio ni en los tiempos que corren, pero en una ciudad grande hay muchas y variadas maneras de pensar. [36] En otros tiempos, con otro cónsul que disponga igualmente de un ejército, puede creerse como verdad alguna cosa falsa. Cuando, siguiendo este ejemplo, el cónsul saque la espada autorizado por un decreto del senado, ¿quién le pondrá límite, quién le contendrá?

[37] Nuestros antepasados, padres conscritos, nunca estuvieron faltos ni de prudencia ni de gallardía; la arrogancia no les impedía tampoco imitar las instituciones de los demás con tal de que fuesen buenas. Tomaron de los samnitas las armas [38] de ataque y de defensa, de los etruscos, la mayor parte de las insignias de las autoridades. En fin, cuanto les parecía adecuado donde fuese, entre los aliados o los enemigos, con sumo ahínco lo reproducían de puertas adentro: preferían imitar las cosas buenas a tener que envidiarlas. Ahora bien, [39] por esta misma época, imitando la costumbre de Grecia, castigaban con azotes a los ciudadanos y a los condenados les aplicaban la última pena. Cuando creció la república y en [40] virtud de la población cobraron fuerza los partidos políticos, y se comenzó a perseguir a los inocentes y a pasar cosas parecidas, entonces se promulgaron la ley Porcia y otras leyes, en virtud de las cuales se permitía el destierro a los condenados. Esta es la razón principal, a mi juicio, señores senadores, [41] para que no tomemos una medida sin precedentes. Está [42] claro que fue mayor el coraje y la sabiduría de aquellos que con pocos recursos crearon un imperio tan grande que los nuestros, porque a duras penas conservamos sus logros.

¿Es mi criterio, en consecuencia, dejar libres a éstos y [43] que vayan a engrosar el ejército de Catilina? En absoluto. Mi parecer es el siguiente: confiscar sus bienes, ponerlos a ellos en prisión en los municipios que cuenten con más medios para ello y que en el futuro nadie pueda traer a debate su situación ante el senado ni ante la asamblea popular; que, si alguien actúa en contra de esto, el senado juzgue su acción contraria al Estado y al bien público.»

Cuando César puso punto final a sus palabras, los demás [52] iban manifestando su

apoyo o su rechazo a las mismas. Pero cuando se le pidió el parecer a Marco Porcio Catón⁷⁷, dio el siguiente discurso:

[2] «Mi pensamiento difiere bastante, padres conscritos, cuando considero la situación y el peligro que corremos y cuando [3] recapacito a solas conmigo sobre el parecer de algunos. Me da la impresión de que éstos han hablado del castigo de quienes han promovido una guerra contra su patria, padres, altares y hogares, en tanto que las circunstancias aconsejan ponerse a cubierto de ellos más que deliberar nuestra resolución [4] sobre los mismos. Pues otros actos delictivos se pueden perseguir cuando se han consumado; pero éste, si no pones medios para que no suceda, cuando se produce, es inútil implorar [5] justicia: cuando se toma la ciudad, a los vencidos no les queda nada. Pero, por los dioses inmortales, a vosotros os digo, sí, que siempre habéis tenido en más vuestras casas, villas, estatuas y cuadros que la república: si queréis conservar esas cosas, tengan el valor que tengan, a las que os abrazáis, si queréis gozar de paz para vuestros placeres, despertad de una vez y tomad bajo vuestro cuidado la república. [6] No estamos tratando de impuestos ni de los agravios de los aliados: lo que está en juego es nuestra libertad y nuestra vida.

[7] En múltiples ocasiones, padres conscritos, he hablado largo y tendido en este parlamento, numerosas veces he protestado por la frivolidad y codicia de nuestros paisanos y [8] por dicha razón estoy enfrentado a muchas personas. Yo, que no me he permitido jamás ni con el pensamiento contemporizar con ningún delito, no estaba fácilmente en condiciones [9] de perdonar los malos actos del capricho de otro. Y si bien vosotros echabais poca cuenta de ello, el Estado sin [10] embargo era fuerte, su fortaleza toleraba la dejadez. Pero ahora no se trata de si las costumbres en que vivimos son buenas o malas, ni cuán grande y esplendoroso es el imperio del pueblo romano, sino si todo esto, cualquiera que sea nuestro parecer sobre ello, va a seguir siendo nuestro, o ello [11] y nosotros vamos a ser del enemigo. ¿Y en este punto se atreve nadie a hablarme de comprensión y de piedad? Verdad es que hace mucho que hemos perdido el nombre verdadero de las cosas. Como despilfarrar los bienes ajenos se llama liberalidad y atreverse a malas acciones, gallardía, el Estado está en el extremo en que está. Bien está, puesto que [12] ésas son las costumbres al uso, que sean liberales a costa de las fortunas de los aliados, bien está que sean piadosos con los ladrones del erario público: pero que no despilfarren nuestra sangre, que no se lancen a perder a todas las personas decentes para salvar el pellejo a unos pocos canallas.

Bien y certeramente ha hablado hace poco Gayo César [13] en este parlamento sobre la vida y la muerte, considerando falso, me pareció entender, cuanto se dice del infierno, que los malos por camino diferente al de los buenos ocupan una zona siniestra, descuidada, horrorosa y temible. En consecuencia, [14] fue del parecer de confiscar sus bienes y ponerlos a ellos en prisión en los municipios, temeroso, según toda evidencia, de que, de estar en Roma, fuesen liberados por la fuerza a manos de sus correligionarios o por una multitud comprada. Como si gentuza y criminales sólo los hubiera en [15] Roma y no por toda Italia, o como si no pudiese más la audacia allí donde los medios para la defensa son menores. Por tanto, si teme algún peligro de su parte, esta propuesta es [16]

desde luego absurda; si, en medio del pánico general, sólo él no tiene miedo, tanto más procede que yo sí lo tenga por mí y por vosotros. Por ello, al tomar una decisión sobre Publio [17] Léntulo y los demás, tened por cierto que estáis decidiendo al mismo tiempo sobre el ejército de Catilina y todos los conjurados. Cuanto más estrictamente actuéis, tanto más debilitaréis [18] su estado de ánimo; como vean que os ablandáis un ápice, al instante los tendréis aquí a todos envalentonados.

No vayáis a pensar que nuestros abuelos hicieron grande [19] de chica la nación por las armas. Si así fuese, nosotros tendríamos [20] una mucho más floreciente, porque poseemos mayor número de aliados, ciudadanos, armamento y caballería [21] que ellos. Fueron otras cosas las que los hicieron grandes, que nosotros no tenemos: en el interior, la laboriosidad, en el exterior, un poder justo; y un espíritu libre para tomar decisiones, [22] sin ataduras de culpa o pasión. En vez de estas virtudes nosotros tenemos el lujo y la avaricia, estrecheces públicas y opulencia privada; alabamos las riquezas y nos entregamos a la inactividad; no existe diferencia alguna entre buenos y malos; todos los premios del mérito se los lleva la ambición. [23] Y no hay que extrañarse: como cada cual por su cuenta se acoge al plan que a cada uno interesa, como en vuestra casa sois esclavos del placer y aquí del dinero o del nepotismo, resulta que se produce el asalto a un Estado inerme.

[24] Pero dejemos esto. Unos ciudadanos de la más alta alcurnia se han conjurado para poner fuego a la patria, llaman a un pueblo galo que es el más enemigo del Estado romano, y el general de los enemigos está con su ejército encima de [25] nuestra cabeza: ¿vosotros vaciláis todavía y dudáis qué hacer [26] con los enemigos apresados dentro de las murallas? Mi opinión es que os compadezcáis de ellos (son unos jovencuelos a los que la ambición ha llevado a delinquir) e incluso [27] los dejéis marchar con sus armas. Como aquéllos tomen las armas, esa blandura y comprensión se os va a convertir [28] ciertamente en desgracia. Es evidente que la situación en sí misma está muy mal, pero vosotros no tenéis miedo. A decir verdad, sí lo tenéis, muchísimo, pero por pereza y dejadez vaciláis, esperando los unos a los otros, confiando evidentemente en los dioses inmortales, que tantas veces han salvado [29] a este país de los más grandes peligros. La ayuda de los dioses no se alcanza con los votos y las plegarias de las mujeres: estando alerta, actuando, tomando bien las decisiones, sale todo a pedir de boca. Como te entregues al desánimo y a la inacción, es inútil que implores a los dioses: se ponen airados y hostiles.

En tiempos de nuestros abuelos, Aulo Manlio Torcuato⁷⁸ [30] mandó matar a un hijo suyo en la guerra contra los galos por haber combatido al enemigo contra lo ordenado, y [31] aquel joven singular pagó con la muerte su descompasado valor. ¿Y vosotros dudáis qué medidas adoptar contra unos asesinos sin entrañas? Ciertamente que el resto de su vida no se compadece con este crimen. Por tanto, respetad la dignidad [32] de Léntulo, si él ha respetado alguna vez la decencia o su reputación, si ha respetado a los dioses o a los hombres. Perdonad la juventud de Cetego, si ésta es la primera vez [33] que hace la guerra contra su patria. Pues, ¿qué voy a decir [34] de Estatilio, Gabinio y Cepario? Si les hubiese importado alguna vez algo, no hubieran hecho estos planes

sobre la república. Finalmente, padres conscritos, si hubiese lugar para [35] cometer un error, por Hércules, fácilmente, dejaría que fuerais corregidos por los hechos mismos, puesto que menospreciáis las palabras. Pero estamos copados por todas partes; Catilina con su ejército nos aprieta la garganta, otros enemigos están dentro de las murallas y en el seno de la ciudad, y no se puede organizar ni decidir nada en secreto. Por lo cual hay que darse más prisa.

En consecuencia, éste es mi veredicto: considerando que [36] por los abominables propósitos de unos ciudadanos criminales la nación ha llegado a grandísimo peligro, considerando que por el testimonio de Tito Volturcio y los embajadores alóbroges estos individuos resultan convictos y confesos de haber tramado matanzas, incendios y otras acciones espantosas y horribles contra los ciudadanos y la patria, conforme a la tradición de nuestros mayores, procede aplicar la pena de muerte a los susodichos confesos, reos en flagrante delito de crimen capital.»

[53] Cuando Catón tomó asiento, todos los ex-cónsules y, asimismo, gran parte del senado elogian su criterio, ponen por las nubes su entereza espiritual y se reprenden los unos a los otros llamándose cobardes. Catón es considerado un hombre ilustre y extraordinario. Se redacta un decreto del senado conforme a su parecer.

[2] Pero yo, al leer⁷⁹ y escuchar tantos actos ilustres como había llevado a cabo el pueblo romano en paz y en guerra, por tierra y por mar, sentí por ventura gusto de indagar qué era lo que principalmente había dado sostén a tan grandes [3] empresas. Sabía que numerosísimas veces se había enfrentado a grandes legiones enemigas con un puñado de hombres; tenía conocimiento de que había hecho guerras con reyes opulentos con escasos medios, y que encima había tenido que aguantar muchas veces los embates de la fortuna; que los griegos eran superiores a los romanos en el arte de [4] hablar y los galos en gloria militar. Y dándole vueltas a esto me quedaba claro que eran las cualidades egregias de unos cuantos ciudadanos las que habían logrado todo y que gracias a ellos resultó que la pobreza se imponía sobre las riquezas [5] y el poco número sobre la cantidad. Pero una vez que la nación se degradó por el lujo y la dejadez, el Estado pudo todavía, por su grandeza, soportar los vicios de generales y autoridades, y como si se hubiese agotado su fecundidad, durante mucho tiempo no hubo en Roma ningún [6] hombre grande por sus méritos. Mas en mis tiempos hubo dos hombres de enormes virtudes, aunque de carácter diametralmente opuesto, Marco Catón y Gayo César. Puesto que el tema nos los ha traído a colación, no ha sido mi propósito pasarlos en silencio sin describir en la medida de mis facultades su condición y carácter.

De modo que su familia, su edad, su elocuencia, fueron [54] casi iguales, idéntica la grandeza de ánimo, así como su gloria, aunque distinta para cada cual. A César se le tenía [2] por grande gracias a sus favores y generosidad, a Catón, por la integridad de su vida. Aquél se hizo preclaro por su bondad y compasión, a éste le confería dignidad su severidad. César había alcanzado la gloria dando, tendiendo la mano, [3] siendo comprensivo; Catón, sin conceder nada. En el uno los desgraciados hallaban refugio, en el otro los canallas su perdición. A César se le elogiaba su condescendencia, a Catón su firmeza. En fin, César había tomado la determinación [4] de trabajar, estar alerta,

desdeñar lo propio en atención a los intereses de sus amigos y no negar nada que fuese digno de ser dado; anhelaba para sí un gran mando, un ejército, una guerra nueva donde pudiese resplandecer su coraje. En [5] cambio, Catón se afanaba por la moderación, el decoro, y sobre todo, la austeridad. Competía no con el rico en riquezas [6] ni con el faccioso en banderías, sino con el valiente en valor, con el recatado en pudor, con el desprendido en desinterés. Prefería ser bueno a parecerlo; de este modo, cuanto menos buscaba la gloria, tanto más le perseguía ésta.

Después de que, como dije, el senado votó la propuesta [55] de Catón, el cónsul, considerando que lo que mejor podía hacerse era anticiparse a la noche que se echaba encima, por si durante ese espacio de tiempo se producía una intentona, ordena a los triúmviros⁸⁰ preparar lo que exigía la ejecución. Tras distribuir los puestos de policía, él en persona conduce [2] [3] a Léntulo a la cárcel. Lo mismo hacen los pretores con los demás. Hay en la cárcel, al subir, un poco a la izquierda, un lugar que llaman el Tuliano⁸¹, a una profundidad de unos [4] doce pies⁸² bajo la superficie de la tierra. Está encuadrado por cuatro paredes y encima hay una bóveda formada por arcos de piedra. Pero dado su abandono, su oscuridad y su [5] hedor, su aspecto es desagradable y terrible. Cuando Léntulo fue bajado a este lugar, los verdugos, según les habían [6] ordenado, lo estrangularon con un lazo. Así, aquel ilustre patricio de la familia de los Cornelios, que había ostentado en Roma el mando de cónsul, halló el final digno de su conducta y de sus actos. A Cetego, Estatilio y Cepario se les aplicó del mismo modo la pena de muerte.

[56] Mientras sucede esto en Roma, con todas las tropas que él había traído y las que Manlio tenía ya, Catilina forma dos legiones, dotando a sus cohortes conforme al número de [2] soldados de que disponía. Luego, conforme iban llegando al campamento voluntarios o algunos partidarios, los distribuía equitativamente y en poco tiempo tenía completas las legiones en efectivos humanos, siendo así que al comienzo no [3] contaba con más de dos mil soldados. Pero de todo el contingente, alrededor de una cuarta parte estaba provista de armas de guerra; los demás llevaban dardos, chuzos, y algunos estacas puntiagudas, según el arma que les había dado [4] el azar. Pero desde que Antonio se aproximaba con el ejército, Catilina marchaba por los montes, levantaba el campamento, ora en dirección a la Ciudad, ora en dirección a la Galia, sin dar ocasión de combatir a los enemigos. Tenía la esperanza de que de un día a otro había de contar con muchas tropas, si los cómplices realizaban en Roma su cometido. Mientras, rechazaba a los esclavos, de los cuales habían [5] acudido a él grandes cantidades al comienzo, confiando en las fuerzas de la conjuración, y considerando al mismo tiempo inoportuno para sus planes dar la impresión de haber unido la causa de los ciudadanos a esclavos fugitivos.

Mas cuando llegó al campamento la noticia de que la conjuración [57] había sido descubierta en Roma y de que habían sido ejecutados Léntulo, Cetego y los demás que he mencionado antes, la mayoría, atraída a la guerra por la esperanza de botín y el interés en la revolución, se dispersan. A los restantes se los lleva Catilina a marchas forzadas a términos de Pistoya⁸³, atravesando montes quebrados, con la intención de escapar en secreto por atajos a la Galia Transalpina. Pero Quinto Metelo Céler montaba

guardia con tres legiones [2] en términos del Piceno y por la dificultad de su situación colegía exactamente lo mismo que hemos dicho antes que tramaba Catilina. De modo que cuando conoció su camino [3] por medio de los desertores, levantó a toda velocidad el campamento y tomó posiciones al pie mismo de los montes por donde Catilina tenía que descender en su rápida huida hacia la Galia. Y tampoco Antonio estaba muy lejos, ya [4] que, sin trabas, perseguía con su gran ejército por parajes más llanos a quienes iban huyendo. Y Catilina, cuando se ve [5] encerrado por los montes y por las tropas de los enemigos y que en Roma la situación es adversa y que no tenía esperanza alguna en huir ni en refuerzos, estimando que lo mejor que podía hacer en tales circunstancias era probar la fortuna de la guerra, determinó enfrentarse a Antonio cuanto antes. [6] De modo que, convocando a sus tropas, les habló de la siguiente manera:

[58] «Sé por experiencia, soldados, que las palabras no aportan valor y que un ejército no se convierte por las palabras de un general de cobarde en valiente ni de atemorizado en [2] bravo. En cada cual suele mostrarse en la guerra tanta audacia, fruto de la naturaleza o de sus hábitos, como hay en su alma. A quien no estimulan la gloria o los peligros, es inútil que lo arengues: el miedo del espíritu taponan los oídos. [3] Pero yo os he reunido para haceros unas advertencias y también para exponeros la razón de mi determinación.

[4] Bien sabéis, soldados, el desastre tan grande que nos ha reportado a nosotros y a sí mismo Léntulo con su falta de coraje y su inacción, y de qué modo no he podido partir para la Galia, esperando como estaba refuerzos de la ciudad. [5] Ahora por supuesto, todos comprendéis tan bien como yo en [6] qué situación se halla nuestra causa. Tenemos enfrente dos ejércitos enemigos, uno del lado de la ciudad, el otro del lado de la Galia. Aun cuando nuestra intención sea principalmente esa, la falta de trigo y de otras cosas nos impide permanecer [7] más tiempo en estos parajes. Dondequiera que optemos [8] por ir, hemos de abrirnos camino con la espada. Por ello, os exhorto a que seáis valientes y decididos y que, cuando entréis en combate, recordéis que lleváis en vuestras manos riquezas, [9] honra, gloria, y además la libertad y la patria. Si vencemos tendremos todo asegurado, abastecimiento abundante, y los municipios y las colonias nos abrirán las puertas. Si cedemos por miedo, todo eso mismo se nos volverá [10] en contra; no habrá lugar ni amigo alguno para protegernos [11] si no nos han protegido las armas. Además, soldados, ellos y nosotros no tenemos la misma necesidad a nuestras espaldas: nosotros peleamos por la patria, la libertad y la vida; [12] para ellos es un lujo luchar por el poder de unos pocos. Por tanto, atacad con más bríos, acordándoos de vuestro antiguo valor. Tuvisteis la oportunidad de pasaros la vida desterrados [13] con gran infamia, algunos pudisteis vivir en Roma, una vez que perdisteis vuestros bienes, de la fortuna de otros, mas como eso os pareció horrible e intolerable para un [14] hombre, resolvisteis embarcaros en esta aventura. Si queréis [15] escapar de ella, necesitáis audacia; nadie, sino el vencedor, cambia guerra por paz. Pues esperar la salvación en la huida, [16] apartando del enemigo las armas con las que protegemos nuestros cuerpos, eso es sin duda una locura. En combate, [17] siempre pasan más peligro los que más temen: la audacia actúa como valladar.

Cuando pienso en vosotros, soldados, y pondero vuestras [18] acciones, me entran grandes esperanzas en la victoria. Me animan vuestro espíritu, vuestra edad y vuestro valor, [19] así como la necesidad, que hasta a los cobardes hace valientes. Pues la estrechez del lugar impide que pueda cercarnos [20] la multitud de enemigos. Y si la suerte vuelve la espalda a vuestro arrojo, procurad no perder la vida sin vengaros, ni [21] os dejéis degollar prisioneros como las ovejas antes que dejar una victoria sangrienta y luctuosa para los enemigos luchando como hacen los hombres.»

Después de decir estas palabras, esperó un poco y ordeno [59] dar la señal de combate, haciendo bajar a lugar llano las líneas ya formadas. A continuación, tras retirar los caballos de todos para que los soldados tuviesen más coraje al igualarse el peligro, a pie, él en persona, organizó el ejército teniendo en cuenta el lugar y las fuerzas. Y hallándose la llanura [2] entre unos montes a la izquierda y un peñasco escarpado a la derecha, establece ocho cohortes en el frente y coloca en la reserva las restantes unidades más apiñadas. De éstas [3] traslada a primera línea con sus armas a todos los centuriones y reenganchados, así como a los mejores soldados rasos. Ordena ejercer el mando, a la derecha, a Gayo Manlio, y, en la parte izquierda, a un sujeto de Fésulas. Él con los libertos y los colonos se coloca junto al águila que se decía que tuvo [4] Gayo Mario en la guerra cimbria⁸⁴. En el otro bando, Gayo Antonio, como no podía participar en la batalla por estar enfermo de los pies, cede el mando a su lugarteniente Marco [5] Petreyo. Éste dispone en el frente las cohortes veteranas que había reclutado por causa de una revuelta, y detrás, en la reserva, al resto del ejército. Desplazándose a caballo va nombrando a cada cual por su nombre, los anima y les ruega que recuerden que pelean contra bandidos desarmados por la patria, [6] los hijos, los altares y sus hogares. Hombre de armas, como había estado en el ejército con gran gloria más de treinta años de tribuno, prefecto, lugarteniente o pretor, conocía a cada uno personalmente, así como las gestas de cada cual; con el recuerdo de ellas inflamaba los ánimos de los soldados.

[60] Y cuando después de estudiar todos los pormenores Petreyo da la señal con la trompeta, ordena a las cohortes avanzar [2] poco a poco. Lo mismo hace el ejército de los enemigos. Cuando llegaron a un punto desde donde podían trabar combate con las armas arrojadizas, se lanzan los unos contra los [3] otros al ataque y dando grandes gritos; abandonan los dardos y llevan a cabo la acción con las espadas. Los veteranos, que se acordaban de su viejo valor, apretaban con fuerza [4] en el cuerpo a cuerpo; aquéllos resisten sin cobardía; se pelea con extrema violencia. A todo esto, Catilina se movía en primera línea con la infantería ligera, socorría a los que estaban en peligro, sustituía heridos con ilesos, estaba atento a todo, sin dejar de pelear él mismo, y a menudo causando heridas al enemigo. Cumplía simultáneamente con el papel de soldado valiente y de buen general. Cuando Petreyo⁸⁵ [5] ve que Catilina, contra lo que había creído, resistía con gran energía, traslada a la cohorte pretoria hasta el medio de los enemigos, y, tras arrollarlos, los aniquila, así como también a otros que ofrecían resistencia aquí y allí. Luego, ataca a los restantes por los flancos a un lado y a otro. Manlio y el [6] de Fésulas caen luchando entre los primeros. Cuando Catilina [7] ve

derrotadas a sus tropas y que ha quedado él con unos pocos, sin olvidarse de su linaje y de su prístina dignidad, se lanza corriendo donde más enemigos había, y peleando es acribillado allí.

Una vez terminada la batalla fue cuando se pudo calibrar [61] la audacia y la fuerza de voluntad tan grandes que había habido en el ejército de Catilina. Pues, por regla general, [2] el puesto que cada uno había tomado vivo para combatir, era el que cubría con su cuerpo al perder la vida. Ciertamente es [3] que unos pocos a los que la cohorte pretoria había disgregado, habían caído un poco más apartados, pero todos heridos de frente. En cuanto a Catilina, fue hallado lejos de los suyos, [4] entre los cadáveres de los enemigos, todavía respirando un poco y conservando en la cara la altanería que tenía de vivo. En fin, de toda la fuerza no se cogió prisionero con [5] vida ni en el combate ni en la huida a un solo ciudadano libre: así es como todos habían valorado menos su vida que la [6] de los enemigos. Tampoco el ejército del pueblo romano [7] había conseguido una victoria alegre o incruenta. Pues los más valerosos o habían caído en la batalla o habían escapado gravemente heridos. Por otra parte, muchos que habían [8] salido del campamento para echar un vistazo o llevarse alguna cosa, al dar la vuelta a los cadáveres de los enemigos, unos se topaban con un amigo, otros, con un huésped o un deudo. Hubo también quienes reconocieron a enemigos suyos personales. De este modo, todo el ejército exteriorizaba emociones contradictorias, alegría y tristeza, duelo y euforia⁸⁶.

¹ El prólogo de la obra abarca propiamente hablando los cuatro primeros capítulos, aunque la introducción general llega hasta el capítulo 13 inclusive. Aparentemente, Salustio no se expresa con claridad al exponer las ideas que contiene el prólogo, un refrito de lugares comunes procedentes del pensamiento de los griegos y, muy particularmente, de PLATÓN (*República* IX 585a, *Fedón* 80a). En concreto, el concepto de *uirtus* se le atraganta, bien que resulte que la contraposición *uirtus-uis corporis* se abra paso al final. En cualquier caso, lo que queda bien claro es el interés que Salustio pone en justificar su nueva tarea, la de escritor de historia frente a la actividad política y militar en las cuales había fracasado.

² Idea común que hallamos en numerosos escritores de la Antigüedad (TUCÍD., I 13, 1; POLIB., VI 4, 7; CIC, *República* II 23; TÁC, *Anales* I 1).

³ Es decir, «cuanto los hombres logran o hacen arando, navegando, edificando».

⁴ Idéntica idea se expresa por extenso en *Jugurta* 2, 4; las ideas aquí expuestas son prácticamente estoicas.

⁵ Hasta ahora Salustio ha declarado el principio *uirtus-gloria* como una regla general aplicable a todos los hombres, cualquiera que sea su actividad; pero en el campo de la política es donde tiene su principal aplicación (v. McGushin, *Histories* ..., *ad loc.*).

⁶ Salustio se centra a partir de ahora en sí mismo, aplicándose la teoría que acaba de exponer. Los ecos de la séptima epístola de Platón llegan a la traducción literal de algunas

frases, como ésta del comienzo, precisamente. Su fracaso en la política requiere ser compensado con la actividad de escribir historia.

⁷ Éste es el primer retrato de Catilina (el segundo aparece en el capítulo XV), cuya conexión con la historia de Roma que sigue está clara, y no tanto el enlace con lo que precede.

⁸ En el año 89 Catilina se hallaba a las órdenes del cónsul Pompeyo Estrabón, un individuo sin escrúpulos como tantos que florecieron al final de la República romana; en el año 66 Catilina regresa de África, donde ha sido gobernador. La historia conocida sobre él habla de crímenes de toda clase cometidos por el futuro revolucionario.

⁹ Fue ejemplo insigne de dictador. Habiendo llegado como cuestor de Mario al final de la guerra de Jugurta, Sila, de ascendencia noble, se hizo con el poder, acabando con Mario. Su dictadura inició una época de proscripciones y purgas políticas sin precedente en la historia romana, sirviendo de modelo a Pompeyo, César, Augusto.

¹⁰ Aquí comienza el excursus sobre historia romana; los tres primeros capítulos tratan de la época fundacional, el período real y la república hasta la destrucción de Cartago.

¹¹ Este capítulo aparece aislado entre lo anterior y lo posterior. Sin embargo, existe una relación entre la fama y las hazañas de los hombres, y la loa a Roma que sigue en el capítulo 9 revela una imitación del *Panegírico* de Isócrates: éste había alabado a Atenas en él.

¹² Estos cuatro capítulos, 10-13, describen la decadencia de Roma, tema caro a Salustio y a todos los moralistas antiguos; en realidad, en cada época se miraba a las pasadas y, en comparación, la presente parecía peor. En este caso, la destrucción de Cartago en 146 ha sido tomada como punto de partida para explicar el progresivo deterioro de la historia romana.

¹³ El historiador, como por lo demás los escritores de anales, entiende que la *luxuria* que destruye la estructura del tejido social llegó importada por el ejército de Asia, en concreto el ejército capitaneado por Manlio Vulsón.

¹⁴ Salustio deduce de la vida de Catilina el final que le aguarda; es curioso constatar que la retahíla de reproches suena a muy moderna: como si el tiempo no hubiera pasado. Se puede afirmar que el autor repite aquí censuras que en su época se hacían a Catilina.

¹⁵ Se desconoce quién haya sido esta joven de la nobleza.

¹⁶ Hija de Gneo Aufidio Orestes, cónsul en el 71.

¹⁷ A partir de aquí Salustio introduce motivaciones para la venidera revolución que van más allá de las simples actitudes y comportamientos personales. Estas motivaciones son: causas económicas y sociales, proletariado y veteranos del ejército de Sila. Como en otras ocasiones, Salustio en estos párrafos hace un resumen que más adelante desarrollará más explícitamente: en el capítulo 33, las deudas; en el 37, el proletariado urbano.

¹⁸ Referencia a la primera reunión de los conspiradores. Los nombres propios que siguen son: Publio Léntulo Sura, pretor en el 75, cónsul en el 71; expulsado del Senado

en el 70; volvió a ser pretor en el 63. Publio Autronio Peto: fue elegido cónsul en el 65 pero no tomó posesión por cohecho. Lucio Casio Longino: pretor con Cicerón en el 66. Gayo Cetego: pertenecía a la familia de los Cornelios; fue ejecutado en diciembre del 63. Publio y Servio Sila, ambos Cornelios, eran hijos de Servio, hermano del dictador Sila. Lucio Vargunteyo: fue desterrado en virtud de la *lex Plautia*, después de los sucesos de la conjuración. Marco Porcio Leca: el dato más importante en relación con él fue la reunión de los conjurados en su casa. Lucio Calpurnio Bestia, tribuno de la plebe en el 62. Quinto Curio: de la familia de Curio Dentato (cónsul en el 290). Marco Fulvio Nobilior: no se vuelve a mencionar en la conspiración. Gayo Cornelio: miembro de la rama plebeya de la *gens Cornelia*.

¹⁹ En este capítulo y el siguiente hallamos la relación de una supuesta primera conspiración en la que habría tomado parte Pisón y que se habría iniciado en el 66 para continuar a principios del año siguiente. Dicha conspiración no existió jamás. Por otra parte, la colocación de esta narración donde se encuentra es un fallo estructural porque interrumpe la descripción de la asamblea y el discurso de Catilina. Tal vez, el afán de Salustio de desprestigiar aun más al revolucionario le impulsó a narrar unos hechos históricamente improbables.

²⁰ El año 66. Lucio Vólcatio Tulo fue el cónsul que rechazó la candidatura de Catilina para los comicios del 66 por hallarse inmerso en un juicio *de repetundis* a su vuelta de la gobernación de África.

²¹ No se trata del dictador, naturalmente. A éste de ahora se le condenó por soborno electoral en el 66 y sufrió el rigor de la *lex Plautia* en el 62 por su participación en la conspiración de Catilina. Fue cuñado de Pompeyo y más tarde participó en la guerra civil al lado de César, muriendo en el 46.

²² El nombre técnico de esta clase de leyes aparece por primera vez en el año 358 (*Lex Poetelia de ambitu*). La actual aplicación de esta ley debió originarse en la *Lex Calpurnia* del 67, que posteriormente fue reforzada por la *lex Tullia* de Cicerón en el mismo 63.

²³ La primera medida contra los abusos de los gobernadores romanos en las provincias consistió en la *Lex Porcia*, del año 198, dada por Marco Porcio Catón. A partir de 149 había tribunales permanentes que entendían en semejantes casos.

²⁴ En realidad, Catilina pudo haberse presentado, dado que aún no había tenido lugar la «denuncia de su nombre» (*nominis delatio*) ni el sorteo de jueces (*sortitio iudicum*). De ahí que el cónsul Lucio Vólcatio Tulo tuviese que celebrar un consejo público para tomar la decisión de apartarle de la candidatura. De hecho, el juicio contra Catilina no tuvo lugar hasta julio del 65 (cf. ASCONIO, *Miloniana* 85 CLARK).

²⁵ Gneo Calpurnio Pisón, cuestor en el 65, enemigo declarado de Pompeyo.

²⁶ La historia que narra aquí Salustio es completamente increíble e improbable, pues en el juicio contra Catilina del año 65 tomaron parte a su favor multitud de nobles, entre ellos el mismo cónsul Torcuato, presumiblemente su víctima. Incluso Cicerón estaba dispuesto a defender a Catilina para ponerlo a su favor con vistas a la futura elección

consular del año 64 (donde efectivamente, Cicerón fue elegido cónsul junto a Antonio—tío del triúnviro, colega de Octaviano—).

²⁷ Se sabe que Pisón estuvo en España, pero sólo Salustio hace esta afirmación de que su envío estuvo relacionado con la conspiración.

²⁸ Una inscripción en efecto lo prueba (*CIL* 1.2 749): *Quaestor pro praetore ex s. c. prouinciam Hispaniam citeriorem obtinuit*. Al final de la República un cuestor podía gobernar una provincia con poder (*imperium*), en cuyo caso se le nombraba *pro praetore*, cuando el gobernador anterior había fallecido o había dejado la provincia, y ese mando duraba hasta el nombramiento del siguiente gobernador.

²⁹ En efecto, la sola enemistad de Pisón y Pompeyo (que estaba en Oriente y volvería cuatro años más tarde a Roma con un victorioso ejército) puede justificar el apoyo de Craso, otro hombre poderoso que rivalizaba con Pompeyo, a Pisón.

³⁰ No se trata de la institución romana de la *clientela*, sino de los que César (*Guerra Civil* I 75, 2) llama *beneficarii*, esto es, partidarios, en este caso conseguidos por Pompeyo durante su estancia en España desde el 76 al 72, en la guerra contra Sertorio.

³¹ En *Catilina* hay cuatro discursos, dos pronunciados por el propio revolucionario y otros dos que son los que dan César y Catón en el senado. En todas las obras históricas griegas y romanas hay discursos, cuya estructura ha sido bien estudiada, muchas veces conforme a las reglas de la retórica antigua. En el caso de Salustio, el escritor no sólo aspira a reflejar el pensamiento del orador, sino que adapta el lenguaje a su estilo propio para uniformar toda la obra.

³² «Influencia» es *gratia* en latín, palabra conectada con *amicitia* y *clientela* y que significa la influencia política alcanzada por medio de «favores», *beneficia*, que obligan a los amigos y clientes a tener que estar subordinados a sus benefactores (*officium*): los *beneficia* facilitan la *gratia*; y ésta, la *potentia*.

³³ En latín *tabulae nouae*, borrón y cuenta nueva de los registros donde se asentaban los nombres de los deudores y las cantidades. Semejante medida era adoptada por medios legales: Catilina supone la primera ocasión en que dicho intento se busca por medio de la revuelta social.

³⁴ Banquero de Campania que había prestado grandes cantidades de dinero al rey de Mauritania, por lo que debía visitar aquel país de vez en cuando. La gloria de Sitio llegó durante la guerra civil, en la que condujo un ejército (*Bellum Africanum* XLVIII, 93).

³⁵ Llamado además «Híbrida»; era hijo del orador Marco Antonio, hermano de Marco Antonio Crético y tío del triúnviro. Había sido expulsado del senado en el 70 junto a Léntulo Sura, fue pretor en el 66 y colega de Cicerón en el 63. En el 42 reaparece como censor.

³⁶ Salustio va a referirse en estos capítulos (23-26) a unos hechos que realmente tuvieron lugar poco antes del verano del 63 y no en el verano del 64, como él pretende. Algunos piensan que la tergiversación histórica se debe a motivos artísticos, pero quizá se deba fundamentalmente al afán de insistir en la maldad de Catilina, que ya desde mucho

tiempo antes tenía planes revolucionarios.

³⁷ Son los del año 70 (los siguientes serán los del 52, que expulsaron a Salustio del senado), que echaron de la magna asamblea a cuarenta y seis senadores y entre los cuales estaban Quinto Curio, Gayo Antonio (colega de consulado de Cicerón) y Publio Cornelio Léntulo.

³⁸ Es imposible identificar a esta mujer, que no hay que confundir con la Fulvia que estuvo casada sucesivamente con Clodio, Curión y Marco Antonio.

³⁹ Probablemente meros rumores, pues de lo contrario Catilina podía haber tomado medidas contra ella.

⁴⁰ Hoy día Fiésole, ciudad de Etruria, al norte de Florencia.

⁴¹ Participó con un cargo en el ejército de Sila, siendo posteriormente el jefe de los colonos de Sila insatisfechos. Sus actividades, por lo tanto, fueron al principio independientes de Catilina.

⁴² Pertenecía a la ilustre familia de los Sempronios, de donde provenían asimismo los Gracos. El extenso retrato de esta mujer ha llamado poderosamente la atención de los estudiosos, pues desequilibra la obra en buena medida. Por lo demás, fue esposa de Décimo Junio Bruto, cónsul en el 77, y presumiblemente madre de Décimo Bruto, uno de los asesinos de César.

⁴³ Cicerón había cedido a Antonio su derecho sobre la provincia de Macedonia, tomando a cambio la de Galia Cisalpina.

⁴⁴ Lo cual estaba expresamente prohibido por las Leyes de las Doce Tablas, y también por una ley de Pompeyo mientras fue cónsul único en el año 52 (desde la primavera tomó como colega a su suegro Mételo Escipión).

⁴⁵ Aunque Salustio sitúa esta reunión antes del senadoconsulto último del que se hablará más adelante (véase nota 49), en realidad se sabe por otras fuentes que tuvo lugar hacia el 6 de noviembre.

⁴⁶ La fecha del asesinato sería en la mañana del 7 de noviembre.

⁴⁷ Referencia a la *salutatio* o visita y saludo matinales que los clientes rendían a sus patronos, y que en ocasiones tenía lugar muy temprano.

⁴⁸ Descripción del sustrato social y de sus problemas económicos y políticos: Etruria, el Samnio y Lucania habían padecido los efectos desastrosos de su pertenencia al partido de Mario y el establecimiento en su territorio de numerosos veteranos de Sila.

⁴⁹ Se trata del senadoconsulto último que tuvo lugar ciertamente en 21 de octubre y no, como pretende Salustio, después del intento fallido de asesinato de Cicerón, a saber, el siete de noviembre.

⁵⁰ Cónsul en el 68 junto a Lucio Cecilio Metelo, murió en el 61.

⁵¹ Cónsul en el 69, quien por haber sometido la isla de Creta recibió el apodo de «Crético».

⁵² No tiene nada que ver con el tribuno de la plebe del mismo nombre. Éste, pretor

del 63, fue procónsul en África, en el 61. El siguiente, Quinto Metelo, también pertenecía a la familia de los Cecilios Mételes.

⁵³ Lucio Emilio Paulo, hermano de Lépido el triúnviro; fue cónsul en el 50, junto a Claudio Marcelo.

⁵⁴ Refugio común de desterrados, como Verres, o Milón, tras el asesinato de Clodio.

⁵⁵ Cónsul en el 78, censor en el 65 junto a Craso.

⁵⁶ Tal vez eufemismo por «tramar un golpe de Estado», o bien, simplemente, referencia a su intención de partir para el exilio.

⁵⁷ En virtud de la *Lex Cornelia de proscriptione* del 81 que declaraba que se confiscarían los bienes de los proscritos y se privaría a sus hijos del desempeño de cargos.

⁵⁸ Luculo había guerreado contra él durante siete años. En el año 66 se le confirió el mando de la guerra contra Mitridates a Pompeyo, en virtud de la ley Manilia.

⁵⁹ Este pueblo galo habitaba entre los ríos Isère y Ródano; después de mucha resistencia los sometió Quinto Fabio Máximo.

⁶⁰ Los nobles, bien como individuos bien como familias, se constituían a veces en patronos de ciudades enteras, ora por haber conquistado dichas ciudades, ora por haber sido sus gobernadores. El derecho de patronazgo se transmitía de heredero en heredero.

⁶¹ La citerior es la Galia al sur de los Alpes, que a su vez se subdividía en Cispadana y Transpadana en relación con el río Po. La ulterior es la Galia al norte de los Alpes, entre el Ródano y el monte Cevennes.

⁶² Posiblemente, el 10 de diciembre. De todos modos, los conspiradores fueron ejecutados el 5 (de diciembre).

⁶³ Fue tribuno militar en Cilicia y cuestor en España, pretor en el 63; luego, gobernador en Asia.

⁶⁴ El más septentrional del río Tíber; de él partía la *Via Flaminia*.

⁶⁵ En el monte Capitolino, frente al Foro; el senado se reunía frecuentemente en él.

⁶⁶ Consistían en oráculos, traídos de la Tróade en la época de Tarquinio el Soberbio; quemados los libros originales en el incendio del Capitolio en el 83, las copias eran guardadas por una comisión de quince hombres.

⁶⁷ Lucio Cornelio Cinna, cónsul durante los años 87 a 84.

⁶⁸ Se refiere a la última ocasión en que ardió el Capitolio, en el 83, durante la guerra entre Mario y Sila.

⁶⁹ Cónsul en el 57 con Quinto Mételo Nepote; tras la muerte de César, acompañó a Bruto y Casio. Cornificio fue uno de los siete candidatos al consulado del 63. Terencio fue pretor al año siguiente.

⁷⁰ Gayo Calpurnio Pisón, cónsul en el 67.

⁷¹ Cónsul en el 62 con Lucio Licinio Murena; casó con Servilia, hermanastra de Catón y madre, por un matrimonio anterior, de Marco Bruto, uno de los asesinos de

César.

⁷² Legado de Pompeyo en la guerra de los piratas y abuelo del emperador Tiberio.

⁷³ Comienza el primero de los dos famosos discursos que César y Catón pronunciaron el 5 de diciembre a favor y en contra de los conjurados. Más adelante el propio Cicerón pronunciaría a su vez un desmayado discurso (*Cuarta Catilinaria*).

⁷⁴ Que terminó en el 168, en Pidna, donde triunfó Paulo Emilio.

⁷⁵ Hubo tres *Leges Porciae* referentes a la *prouocatio*, es decir, el derecho de recurrir al pueblo en caso de sufrir una injusticia por parte de los patricios.

⁷⁶ Lucio Junio Bruto Damasipo, pretor en el 82 y jefe mariano contra Pompeyo, finalmente muerto por orden de Sila.

⁷⁷ Marco Porcio Catón, llamado de Útica por haberse suicidado allí después de la batalla de Tapso del 46. Era biznieto de Catón el Censor, y a la sazón tribuno de la plebe.

⁷⁸ Al parecer, se trata de Tito Manlio, no Aulo, y esa recompensa la ganó, no en la guerra contra los galos, sino en la latina (340 a. C).

⁷⁹ Aquí hallamos una versión resumida, desde un punto de vista más personal, de lo que se ha dicho en los capítulos 6-13.

⁸⁰ Son los verdugos, llamados en latín *triumviri (tresviri) capitales*.

⁸¹ La cárcel de Roma se hallaba situada entre el templo de la Concordia y la Curia, al pie del monte Capitolio. De las diferentes habitaciones de que constaba, el Tuliano era la cámara de ejecución. Su nombre puede derivar de su hipotético constructor, Servio Tulio.

⁸² En los restos actuales no pasa de los seis pies.

⁸³ Ciudad de Etruria, Toscana actual, a treinta kilómetros de Florencia.

⁸⁴ Los cimbros invadieron las provincias romanas en el 102 y fueron derrotados por Mario.

⁸⁵ Posteriormente, como lugarteniente de Pompeyo durante la guerra civil contra César, combatió al lado de Afranio en Lérida.

⁸⁶ El final de *Catilina* es tan abrupto como el de *Jugurta*.

GUERRA DE JUGURTA

El género humano se queja equivocadamente de su naturaleza, [1] porque, débil y efímera, a su juicio, la gobierna más bien el azar que las dotes personales. Pues, al contrario, [2] si bien se piensa, encontrarás que no hay otra cosa más grande ni que sea preferible, así como que a la naturaleza le falta la energía de los hombres más que fuerza o tiempo. Ahora bien, guía y rectora de la vida de los hombres es el [3] alma; cuando emprende el camino de la virtud hacia la gloria, es inmensamente enérgica, poderosa y resplandeciente, y no necesita de la fortuna, puesto que ésta no puede dar ni quitar a nadie la probidad, la energía y demás buenas cualidades. Pero si, presa de malas pasiones, se hunde en la inercia [4] y los placeres del cuerpo, después de servirse un poco de su pernicioso capricho, cuando con la falta de tesón se han dilapidado fuerzas, tiempo y talento, se echa la culpa a la debilidad de la naturaleza: los autores descargan su propia culpa en los asuntos del mundo. Conque si los hombres pusiesen [5] tanto cuidado en los bienes reales como el afán con que buscan lo ajeno a ellos y que en nada les va a servir, mucho también peligroso o nocivo, gobernarían el azar en vez de ser gobernados por él y llegarían a tal grado de grandeza que, en vez de mortales, serían eternos por su gloria.

Pues igual que el género humano está compuesto de [2] cuerpo y de alma, de la misma manera todas nuestras cosas e inclinaciones todas responden las unas a la naturaleza física, las otras, a la espiritual. En consecuencia, un rostro hermoso, [2] grandes riquezas, la fuerza corporal y todo lo demás de la misma clase se disipan enseguida; los hechos singulares del espíritu, en cambio, son inmortales lo mismo que el [3] alma. Finalmente, igual que hay un comienzo hay un fin de los bienes corporales y de la fortuna, y todo lo que nace perece, crece y envejece: el alma incorruptible, eterna y rectora del género humano lo mueve y posee todo sin ser ella poseída. [4] Por lo que resulta más chocante la equivocación de quienes se pasan la vida entregados a los gozos corporales entre lujos y ociosidad, y dejan embrutecerse por falta de cultivo y de tesón las facultades espirituales, no habiendo en la naturaleza humana cosa mejor ni más grande que ellas, siendo como son tantas y tan variadas las capacidades del espíritu por las que alcanzar el máximo renombre.

[3] Pero, entre éstas, a mí no me parecen en absoluto deseables en estos tiempos las magistraturas y los mandos, ni en general el desempeño de las tareas públicas, puesto que no se confiere su honor al mérito, ni quienes lo han tenido fraudulentamente se sienten por ello más seguros o están más [2] considerados. Pues, en verdad, gobernar por la fuerza a la patria o a los padres, aunque ello sea posible y se corrijan los abusos, con todo no deja de ser arriesgado, en especial porque todos los cambios de situación presagian muertes, [3] destierros y otros actos hostiles. Por otra parte, esforzarse en vano y no encontrar con la brega otra cosa que odio es propio [4] de extrema locura; a no ser que a uno lo domine el deshonesto y desastroso capricho de sacrificar la propia dignidad y libertad al poder de unos cuantos.

[4] Por lo demás, entre las otras actividades que se ejercen con el espíritu, es de gran utilidad muy en primer término el [2] recuerdo de los hechos del pasado. Sobre sus virtudes, puesto que han hablado muchos, considero que debo pasar de largo, y a la vez

para evitar que nadie crea que con alabanzas ensalzo yo mismo con todo descaro mi propia afición. Y pienso que, puesto que he decidido vivir alejado de [3] la política, habrá quienes llamen esta importante y útil labor mía con el nombre de ociosidad, al menos quienes se figuran que el colmo de la energía es rendir pleitesía a la plebe y buscar su favor con convites. Si estos individuos recapacitaran [4] sobre los tiempos en que yo conseguí los cargos y la calidad de los hombres que no pudieron lograr lo mismo, así como sobre la clase de hombres que llegaron después al senado, sin duda opinarán que he cambiado de idea razonadamente y no por desidia, y que mi ocio redundará en mayor beneficio para el país que la actividad de otros. Pues yo [5] he oído muchas veces que Quinto Máximo, Publio Escipión¹ y otros ilustres varones de nuestra ciudad solían decir que cuando contemplaban los retratos de sus abuelos se les inflamaba el espíritu con gran vehemencia, instándoles a practicar la virtud. Naturalmente, aquella cera, aquellas imágenes [6] no tenían en sí una fuerza tan grande, sino que esa llama crecía en el pecho de los hombres singulares al recuerdo de las gestas, y no se extinguía hasta que su virtud igualaba la fama y gloria de los mismos. Por el contrario, ¿quién hay [7] con las costumbres actuales que no compita con sus mayores en riquezas y dispendios y no en probidad y diligencia? Incluso los hombres que se hacen a sí mismos y que antes acostumbraban a aventajar a la nobleza por su virtud se esfuerzan en lograr el poder y los cargos públicos con engaños y recursos de bandidos en vez de con buenas artes. Como [8] si la pretura, el consulado y todas las demás cosas por el estilo fuesen preclaras y grandiosas por sí mismas y no se juzgaran según el mérito del que ostenta tales cargos.

[9] Pero he aquí que me he metido en demasiadas honduras, sin cortapisa alguna, por la pena y repugnancia que me producen las costumbres de nuestra sociedad. Ahora vuelvo a mi propósito.

[5] Voy a escribir sobre la guerra que libró el pueblo romano con Jugurta, rey de los númidas; primero, porque fue una guerra grande y con alternativas en la victoria; segundo, porque entonces, por primera vez, se le hizo frente a la arrogancia [2] de la nobleza². Dicha prueba de fuerza perturbó todo lo divino y lo humano y alcanzó tal grado de locura que el final de las pasiones políticas fue la guerra y la devastación [3] de Italia. Pero antes de iniciar el relato de semejante situación, me voy a remontar un poco atrás, a fin de que todo quede más claro y manifiesto para su intelección.

[4] En la segunda guerra púnica³, durante la cual Aníbal, caudillo de los cartagineses, había infligido el mayor castigo al poderío de Italia desde que el nombre de Roma se hizo grande⁴, Masinisa⁵, rey de los númidas—al que Publio Escipión (quien después por sus méritos obtuvo el sobrenombre de Africano) había recibido en nuestra amistad—había realizado muchas e ilustres hazañas de guerra. Por esta razón, una vez vencidos los cartagineses y cautivo Siface⁶, cuyo imperio africano había sido extenso e importante, el pueblo romano donó al rey todas las ciudades y territorios que había ganado por la mano. De modo que la amistad de [5] Masinisa con nosotros siguió siendo buena y honrosa; pero el fin de su vida⁷ constituyó el de su imperio también.

Su hijo Micipsa obtuvo después el reino solo⁸, muertos [6] por enfermedad sus

hermanos Mastanábal y Gulusa. Tuvo [7] dos hijos, Adérbal e Hiénsal⁹, y conservó en casa con el mismo trato que a sus propios hijos a Jugurta, hijo de su hermano Mastanábal, al que Masinisa había dejado al margen de la corona por haber nacido de una concubina.

Tan pronto como Jugurta se hizo adolescente, corporalmente [6] fuerte y guapo de cara, pero bastante más sobresaliente por su gran inteligencia, no se dedicó a echarse a perder con la buena vida y el ocio, sino, que siguiendo la costumbre de su raza, montaba a caballo, arrojaba dardos, competía a la carrera con los de su edad y, aunque aventajaba a todos en gloria, era sin embargo, querido por todos. Aparte de esto, se pasaba el mayor tiempo en la caza, hería el primero o entre los primeros al león y otras fieras, hacía mas que nadie y hablaba de sí mismo menos que nadie. Con tales cosas [2] Micipsa, aunque al principio se había puesto contento, considerando que las cualidades de Jugurta redundarían en gloria para su reino, cuando comprendió sin embargo que aquel joven crecía más y más mientras a él se le acababa la vida y sus hijos eran pequeños, terriblemente afectado con la situación no paraba de darle vueltas a sus pensamientos. Le asustaba [3] la condición humana, ansiosa de poder y pronta a satisfacer su ambición, la oportunidad que brindaba su edad y la de sus hijos, que incluso a individuos de pocos vuelos lleva de través por la esperanza en el botín, y para colmo las simpatías de los númeridas reavivadas en favor de Jugurta, de modo que, si con alguna trampa daba muerte a tal individuo, se sentía angustiado ante la idea de que se originara una sedición o una guerra por obra de aquéllos.

[7] Agobiado con estas dificultades, al ver que no podía eliminar a un hombre tan bien visto por sus paisanos ni por las bravas ni en un atentado, como Jugurta era hombre de agallas y aspiraba a la gloria militar, resolvió exponerlo a [2] los peligros y probar suerte de este modo. De modo que en la guerra de Numancia¹⁰, como quiera que Micipsa enviase tropas auxiliares de caballería e infantería al pueblo romano, puso al frente de los númeridas que enviaba a España a Jugurta, con la esperanza de que sucumbiese fácilmente en un [3] alarde de valor o por la ferocidad de los enemigos. Pero este [4] plan le salió bien diferente a como había calculado. Pues Jugurta, como era de carácter desenvuelto y agudo, cuando conoció la manera de ser de Publio Escipión, que era a la sazón el comandante en jefe de los romanos, y el modo de conducirse de los enemigos, a base de tesón y de empeño, obedeciendo con toda modestia y arrostrando muchas veces los peligros, alcanzó en breve tanto relumbré que era vivamente querido por los nuestros y el máximo terror de los [5] numantinos. Y era, algo que resulta realmente difícil, valiente en el combate y bueno a la hora de planear, siendo así que lo uno, por la previsión, suele acarrear temor, y lo otro, [6] por la audacia, temeridad. En consecuencia, el general realizaba casi todas las misiones difíciles con su concurso, lo tenía entre sus amigos, y cada día le daba mayor acogida, como es lógico, dado que ni sus planes ni sus iniciativas resultaban vanas. A esto se añadía su generosidad y la agudeza [7] de su espíritu, rasgos por los que había intimado con muchos romanos en estrecha amistad.

En esta época había en nuestro ejército muchos individuos [8] nobles y salidos de la

nada para quienes valía, más que el bien y la honradez, la riqueza, intrigantes de puertas adentro¹¹, influyentes entre los aliados, hombres de relumbrón más que honorables, que encendían con promesas el espíritu nada conformista de Jugurta: si el rey Micipsa falleciese, resultaría que él solo se haría con el imperio de los númidas; sus propias cualidades eran excelentes y en Roma todo estaba en venta. Pero, cuando después de la destrucción de [2] Numancia, Publio Escipión decidió licenciar las tropas auxiliares y regresar él mismo a casa, tras hacerle espléndidos regalos y alabarlo delante del ejército, se llevó a Jugurta a su tienda de mando y en ella le advirtió a solas que cultivase la amistad con el pueblo romano más bien de una manera oficial que particularmente, y que no se habituase a ser pródigo con nadie, pues era peligroso comprar a unos pocos lo que pertenece a muchos. Si quería perseverar en sus aptitudes, la gloria y el reino le llegarían por sí mismos; pero si avanzaba demasiado aprisa, él mismo se daría de bruces a causa de su dinero. Tras estas palabras le despidió con una carta para [9] entregársela a Micipsa. El contenido de la misma era el siguiente:

El valor de tu Jugurta en la guerra de Numancia ha [2] sido extraordinario, cosa que estoy seguro te servirá de alegría. Nosotros le queremos por los méritos que ha contraído, e intentaremos por todos los medios que el senado y el pueblo romano tengan los mismos sentimientos. En cuanto a ti, te felicito en nombre de nuestra amistad. Tienes un hombre digno de ti y de su abuelo Masinisa.

[3] En consecuencia, el rey, cuando supo por la carta del general que era verdad lo que había oído por rumores, impresionado por las cualidades e influencia del individuo, cambió de parecer y se puso a conquistarse a Jugurta con favores, adoptándolo al punto y nombrándole heredero en [4] su testamento¹² en pie de igualdad con sus hijos. Pocos años después¹³, abrumado por la enfermedad y la edad, al comprender que se acercaba el final de su vida, dicen que en presencia de amigos y parientes, así como de sus hijos Adérbal e Hiénsal, tuvo con Jugurta las siguientes palabras:

[10] «De pequeño, Jugurta, cuando habías perdido a tu padre y no tenías futuro ni medios, te recogí en mi reino, estimando que a fuerza de obrar bien contigo sería tan querido para [2] ti como para mis hijos, si los llegaba a tener. Y en esto no me he engañado. Pues, para no hablar de otras cosas grandes y singulares tuyas, últimamente, al regresar de Numancia, me cubriste de gloria a mí y a mi reino, y con tu valor has hecho que los romanos, que eran amigos, sean más amigos aún. En España ha sido reavivado el nombre de nuestra familia¹⁴. Finalmente, lo que es más difícil entre los hombres, venciste con tu gloria a la envidia.

Ahora, puesto que la naturaleza pone punto final a mi [3] vida, por esta tu mano derecha, por tu lealtad al reino, te exhorto y conjuro a que tengas cariño a éstos que, parientes por el linaje, son tus hermanos por un favor mío, y no prefieras irte a extraños en vez de conservar a los que están unidos a ti por la sangre. Ni ejercicios ni tesoros son

la salvaguardia [4] del reino, sino los amigos, que no puedes ni forzar por las armas ni ganarte con el oro: se logran con el cumplimiento y la lealtad. Además, ¿quién es más amigo [5] que un hermano para un hermano? ¿A qué extraño encontrarás leal si eres enemigo de los tuyos? Por mi parte, os [6] entrego un reino sólido si os portáis bien, pero si os portáis mal, débil. Pues con la concordia aumentan los estados pequeños, con la discordia hasta los más grandes se destruyen.

Por lo demás, es a ti, Jugurta, a quien corresponde antes *1* que a éstos, por ser mayor en edad y en juicio, velar para que no pase nada malo. Pues en toda disputa el más fuerte, aun cuando sea objeto del agravio, sin embargo, por ser más poderoso, da la impresión de hacerlo él. Por vuestra parte, [8] vosotros, Adérbal e Hiénsal, tratad bien, respetad a un hombre como éste, imitad sus cualidades y esforzaos para que no parezca que he adoptado hijos mejores que los que he engendrado.»

A estas palabras, aun cuando Jugurta comprendía que el [11] rey había hablado con fingimiento, y los planes que él mismo barajaba en su interior eran bien diferentes, no obstante, como correspondía a las circunstancias, respondió benévola-mente.

[2] Micipsa murió pocos días más tarde¹⁵. Después de hacerle magníficos funerales según es costumbre con los reyes, los príncipes tuvieron una reunión para discutir entre [3] ellos de todos los asuntos. Pero Hiénsal, que era el menor de los tres, soberbio como era por naturaleza y que desde antes venía despreciando la baja cuna de Jugurta, porque de parte de madre era inferior, tomó asiento a la derecha de Adérbal, para que Jugurta no quedara en medio de los tres, lo cual se [4] considera un honor entre los númeridas. Pero luego, a instancias de su hermano, que le rogaba que cediera a la edad, se [5] dejó llevar con trabajo al otro lado. Allí, mientras discutían sin tregua sobre la administración del reino, Jugurta deja caer entre otras medidas la de que convenía derogar todas las propuestas y decretos del último quinquenio; pues durante ese tiempo Micipsa, abrumado por los años, no había [6] tenido mucho ánimo. Hiénsal replicó que él también estaba de acuerdo con lo mismo; pues en estos tres últimos años era cuando el propio Jugurta había entrado por adopción en [7] la casa real. Esta frase se le clavó en el pecho a Jugurta más [8] profundamente de lo que nadie hubiera creído. De modo que a partir de este momento, descompuesto por la cólera y el miedo, planeaba, maquinaba, y sólo tenía en su mente el [9] modo de hacerse con Hiénsal mediante engaño. Y como la cosa progresa demasiado lentamente y su terrible ánimo no se calmaba, se resuelve por llevar a cabo su plan del modo que fuese.

[12] En la primera reunión que, ya he dicho, celebraron los príncipes, habían decidido, puesto que no se ponían de acuerdo, dividir los tesoros¹⁶ y fijar límites a los dominios de cada cual. En consecuencia, señalan un plazo para ambas cosas, [2] pero el más breve para la distribución del dinero. Entretanto, los príncipes partieron cada cual por su lado hacia lugares próximos a los tesoros. Pero Hiénsal se hospedaba casualmente, [3] en la ciudad de Tírmida¹⁷, en casa de quien había sido lictor principal¹⁸ de Jugurta y siempre muy querido y favorecido por éste. Jugurta carga de promesas a este agente enviado por el destino, y le obliga a que vaya a su casa como a ver lo suyo, y prepare un duplicado de las llaves (pues las llaves originales se las entregaban siempre a Hiénsal);

por lo demás, llegada la ocasión, él vendría con un importante comando. El númida ejecuta en breve lo mandado y, [4] tal como se le había preceptuado, introduce de noche a los soldados de Jugurta¹⁹. Cuando irrumpieron éstos en la mansión, [5] se separaron, y unos buscaban al rey, otros mataban a los que dormían o a los que les salían al paso, rebuscaban en lugares recónditos, hacían saltar cerrojos, armaban una barahúnda de estrépito y tumulto, cuando en esto hallan a Hiénsal ocultándose en la choza de una esclava, donde se había refugiado al principio, asustado e ignorante del lugar. Los [6] númidas, según las órdenes recibidas, llevan su cabeza a Jugurta.

[13] Por lo demás, la noticia del magnicidio se divulga por toda África²⁰ en breve tiempo. El miedo invade a Adérbal y a todos los que habían estado bajo el poder de Micipsa. Los númidas se dividen en dos bandos; la mayoría sigue a Adérbal, [2] pero los mejores para la guerra, al otro. En consecuencia, Jugurta arma el mayor contingente de tropas que puede, somete a su poder a las ciudades, en parte por la fuerza, otras voluntariamente, y se dispone a ejercer el mando en [3] toda Numidia. Adérbal, aunque había enviado mensajeros a Roma para informar al senado de la muerte de su hermano y de su suerte, no obstante, se preparaba para combatir con las [4] armas confiando en la cantidad de su tropa. Pero cuando se llegó a las armas, vencido, escapó del combate hacia nuestra [5] provincia, y de ahí a Roma. Entonces Jugurta, alcanzando su propósito y dueño y señor de toda Numidia, recapacitando despacio consigo mismo sobre su crimen, comenzó a temer al pueblo romano, y contra la cólera de éste no hallaba esperanza en parte alguna, a no ser en su propio dinero y en [6] la avaricia de la nobleza. Así es como a los pocos días envía a Roma a sus embajadores con mucho oro y plata, y les encarga que, primero, atiborren de regalos a los viejos amigos y, luego, que se granjeen otros nuevos, y, en fin, que no vacilen en conseguir a base de prodigalidad todo lo que [7] puedan. Y cuando los embajadores llegaron a Roma y, conforme con las instrucciones del rey, enviaron importantes regalos a sus anfitriones y a otros cuya autoridad podía mucho por entonces en el senado, se produjo tan gran cambio que, de ser objeto de una enorme inquina, Jugurta vino a [8] serlo de la gracia y favor de la nobleza. Parte de ésta, por esperanza, otros, movidos por los regalos, abordando uno a uno a los miembros del senado, esforzábanse para que no tomasen una medida demasiado severa contra él. De manera [9] que cuando los embajadores se sienten con bastante confianza, se fija la fecha y se le concede audiencia en el senado a una y otra parte. Según se cuenta, Adérbal habló entonces así:

«Padres conscritos, Micipsa, mi padre, al morir, me advirtió [14] que yo sólo debía considerar mía la administración del reino de Numidia, siendo así que la autoridad y el poder sobre él estaban en vuestras manos; también debía esforzarme en paz y en guerra por ser de la máxima utilidad para el pueblo romano; a vosotros tenía que consideraros como parientes, como allegados; que, si obraba así, yo encontraría en vuestra amistad el ejército, las riquezas, la protección del reino. Estando yo dando vueltas a estos consejos de mi padre, [2] Jugurta, el hombre más criminal de cuantos sustenta la tierra, despreciando vuestras órdenes, me expulsó del reino y de todos mis bienes, a mí, nieto de Masinisa, y aliado y amigo del pueblo romano ya desde mi nacimiento.

Y yo, padres conscritos, puesto que había de llegar a [3] este extremo de desgracia, habría preferido poder implorar vuestra ayuda gracias a mis favores y no a los de mis antepasados, y sobre todo que el pueblo romano me debiera favores de los que yo no necesitase, o, al menos, si sentía falta de ellos, que hiciese uso de lo que se me debía. Pero puesto [4] que la honradez es poco segura por sí misma y no estuvo en mis manos que Jugurta no fuese tal como es, he acudido a vosotros, padres conscritos, obligado, para colmo de mis desgracias, a ser una carga antes que a serviros de provecho. Los demás reyes o bien fueron recibidos por vosotros como [5] amigos tras ser derrotados en la guerra o, en una situación apurada suya, buscaron vuestra alianza. Mi familia inauguró la amistad con el pueblo romano durante la guerra contra Cartago, en una época en que era más de apetecer su lealtad [6] que su fortuna. No permitáis, padres conscritos, que su descendencia implore en vano vuestra ayuda.

[7] Si para conseguirlo no tuviese otra razón más que mi desgraciada suerte, puesto que, siendo ha poco un rey poderoso por linaje, fama y recursos, aguardo la ayuda ajena, destruido ahora por la calamidad y falto de medios, propio de la majestad del pueblo romano sería, con todo, impedir la injusticia y no permitir que el reino de nadie creciese a base [8] de crímenes. Pero es el caso que he sido expulsado de unos territorios que el pueblo romano dio a mis antepasados²¹, de donde mi padre y mi abuelo expulsaron junto a vosotros a Siface y a los cartagineses. El favor que me hicisteis me lo han arrebatado, padres conscritos; al cometerse esta injusticia [9] contra mí, habéis sido despreciados vosotros. ¡Ay, desgraciado de mí! ¿A esto, padre Micipsa, han venido a parar tus favores, a que aquél al que tú hiciste igual a tus hijos y partícipe de tu reino sea precisamente el que acabe con tu descendencia? ¿Es que nunca va a estar en paz nuestra familia? ¿Siempre estará envuelta en sangre, armas y destierros? [10] Mientras los cartagineses estuvieron en pie, sufríamos lógicamente todas las crueldades: el enemigo estaba al lado; vosotros, los amigos, lejos; toda la esperanza estribaba en las armas. Desde que esa peste fue alejada de África vivíamos en paz contentos, puesto que no existía enemigo alguno, [11] excepto, acaso, el que ordenaseis vosotros. Más he aquí que de repente Jugurta, comportándose con intolerable audacia, crimen y arrogancia, tras asesinar a mi hermano, que era al mismo tiempo pariente suyo, convirtió, primero, el reino de éste en botín de su crimen y luego, al no poder cogerme a mí con el mismo engaño, a mí, que ninguna cosa esperaba menos que la violencia o la guerra bajo vuestro mando, hizo que, como me veis, desterrado de la patria, sin casa, sin medios y cubierto de miserias, me hallase más seguro en cualquier parte que en mi propio reino.

Yo estimaba, padres conscritos, que, como le oí decir a [12] mi padre, los que cultivaban diligentemente vuestra amistad se tomaban mucho trabajo, pero eran los más seguros del mundo. En lo que dependió de mi familia, ésta se ha esforzado [13] por estar a vuestro lado en todas las guerras: en vuestras manos está, padres conscritos, que nosotros estemos seguros en la paz. Mi padre nos dejó a nosotros dos, que éramos [14] hermanos, considerando que por sus favores Jugurta sería el tercero y estaría unido a nosotros. De ellos, uno está muerto, del otro apenas he escapado yo de sus manos impías. ¿Qué [15] puedo hacer? ¿A dónde me arrimaré mejor, desgraciado de mí? Todos

los apoyos de mi linaje ya han desaparecido. Mi padre, como era inevitable, sucumbió a la naturaleza; a mi hermano, quien no debió hacerlo jamás, un pariente, le arrebató la vida criminalmente; a mis allegados, amigos y demás parientes míos una desgracia tras otra los ha quitado de enmedio. Apresados por Jugurta, unos han sido crucificados, otros arrojados a las fieras, unos pocos, a los que se les ha dejado con vida encerrados en las tinieblas de una mazmorra, pasan una vida peor que la muerte en medio de tristezas y llantos.

Si conservase a salvo todo lo que he perdido o, siendo [16] de mi sangre, se ha vuelto contra mí, pese a ello, de acontecerme algún mal imprevisto, vendría a rogaros a vosotros, padres conscritos, pues a vosotros os compete, dada la grandeza de vuestro poder, la observancia del derecho y la atención [17] a todas las injusticias. Pero ahora, desterrado de mi patria y de mi casa, solo y carente de todas las cosas honrosas, ¿a dónde me dirigiré o a quiénes apelaré? ¿A los pueblos o a los reyes, los cuales son todos hostiles a mi familia por vuestra amistad? ¿O es que me es posible ir a algún lado donde no haya muchísimos recuerdos hostiles de mis antepasados? ¿O es que alguien que fue enemigo vuestro alguna [18] vez puede compadecerse de mí? Por último, Masinisa nos instruyó de manera, padres conscritos, que no tratáramos a nadie excepto al pueblo romano, ni aceptáramos alianzas o pactos nuevos; que en vuestra amistad hallaríamos de sobra gran protección, y que si la suerte de este imperio vuestro [19] cambiaba, nosotros habríamos de perecer junto a él. Gracias a vuestro coraje y a la voluntad de los dioses sois grandes y opulentos; todo os sale bien y obedece. Por ello podéis velar más fácilmente por los agravios hechos a vuestros aliados.

[20] Sólo temo que la amistad particular con Jugurta, no bien conocida, lleve a algunos a mal traer. Según tengo entendido, estos individuos pugnan con todas sus fuerzas, intrigan, os incordian uno a uno, para que no toméis ninguna decisión sobre el ausente sin conocer su causa; que yo, dicen, hablo con fingimiento y simulo el destierro, cuando me es [21] posible permanecer en el reino. ¡Ojalá viera yo fingiendo esto mismo a aquél por cuyo crimen impío he sido arrojado a estas miserias! ¡Ojalá surja alguna vez, entre vosotros o entre los dioses inmortales, preocupación por los asuntos humanos! Entonces sí que ese que ahora está envalentonado y se vanagloria por sus crímenes, pagaría, atormentado por todas sus maldades, un grave castigo, por su ingratitud con nuestro padre, por la muerte de mi hermano y por mis propias [22] desgracias. Desde este instante, hermano queridísimo del alma, aunque se te ha arrebatado la vida prematuramente y por quien jamás debió hacerlo, pienso que es mejor, con todo, alegrarse que dolerse de tu suerte. Pues no has perdido [23] junto con tu vida el reino, sino el destierro, la deportación, la penuria y todas las calamidades que a mí me aplastan. Yo, en cambio, desgraciado de mí, precipitado desde el trono paterno en medio de males tan grandes, ofrezco la representación de los aconteceres humanos, sin saber qué hacer, si perseguir la injusticia perpetrada contra ti, faltó yo mismo de ayuda, o velar por mi reino, cuando la decisión sobre mi vida y sobre mi muerte depende del poder ajeno. Ojalá morir [24] fuese una salida honrosa para mis infortunios y no pareciese despreciable con motivo si, harto de desgracias, claudicase ante la injusticia. Ahora, ni

me gusta seguir viviendo ni me es lícito morir sin deshonra.

Padres conscritos, por vosotros, por vuestros hijos y [25] vuestros padres, por la majestad del pueblo romano, ayudadme en mi desgracia, salid al paso de la injusticia que sufro, no toleréis que el reino de Numidia, que es vuestro, se desmorone entre los crímenes y la sangre de mi familia.»

Una vez que el rey puso punto final a sus palabras, los [15] embajadores de Jugurta, fiados más de sus dádivas que de su causa, responden brevemente; Hiénsal había sido muerto por los númidas debido a su crueldad; Adérbal, que había declarado la guerra por su cuenta, tras haber sido derrotado, protestaba por no haber podido culminar su desafuero; Jugurta pedía al senado que no le tomasen por otro diferente a como lo habían conocido en Numancia, ni antepusiesen las palabras de su enemigo a sus hechos. A continuación, abandonan la sede de la asamblea ambas delegaciones, y al punto empieza a deliberar el senado. Los partidarios de los embajadores [2] y gran parte del senado además, corrompida por su influencia, menospreciaban las palabras de Adérbal, y ensalzaban con elogios el mérito de Jugurta; mediante su influjo, con sus palabras y, en fin, por todos los medios, hacían fuerza en pro del crimen y la infamia de otro, como si [3] de su propia gloria se tratase. Unos pocos en cambio, para quienes eran más caros el bien y la equidad que las riquezas, opinaban que había que echar una mano a Adérbal y [4] castigar severamente la muerte de Hiénsal, y, entre todos, el que más Emilio Escauro²², individuo de la nobleza, desenvuelto, intrigante, ávido de poder, de honores y riquezas, [5] quien por lo demás ocultaba hábilmente sus defectos. Éste, al ver que la generosidad del rey resultaba mal vista y descarada, temiendo lo que suele pasar en semejantes circunstancias, que el abuso encendiera la mecha del odio, refrenó su ánimo en su habitual rapacidad.

[16] Triunfó, sin embargo, en el senado la parte aquella que [2] anteponía a la verdad el dinero o el favor. Se da un decreto para que una comisión de diez hombres²³ repartiera entre Jugurta y Adérbal el reino que había tenido Micipsa. El jefe de la comisión era Lucio Opimio²⁴, hombre ilustre y con poder en ese momento en el senado, porque al morir Gayo Graco y Marco Fulvio Flaco, siendo él cónsul, había esgrimido con [3] gran denuedo la victoria de la nobleza contra la plebe²⁵. Jugurta lo recibió con el máximo celo, aun cuando lo contaba entre sus enemigos en Roma, y, dándole y prometiéndole muchas cosas, logró que antepusiese a su prestigio, a su lealtad, en fin, a todos sus intereses, el interés del rey. A los [4] restantes miembros de la comisión, abordándolos por el mismo camino, los conquistó en su mayoría; unos pocos tuvieron más amor a su lealtad que al dinero. En el reparto, la [5] parte de Numidia que toca a Mauritania, más exuberante en tierras y población, fue entregada a Jugurta. Adérbal se quedó con aquella otra de mejor aspecto que utilidad, que contaba con más puertos y estaba dotada de más construcciones.

El tema parece exigir que exponga brevemente la geografía [17] de África y mencione los pueblos con los que tuvimos guerra o amistad. Pero de los lugares y tribus que, a [2] causa del calor, lo quebrado del terreno y también los desiertos, han sido poco

frecuentados, no es fácil que cuente cosas seguras; lo demás lo despacharé lo más brevemente que pueda.

En la división del orbe de la tierra la mayoría pone al [3] África como tercera parte; unos pocos consideran que sólo existen Asia y Europa y que África está en Europa. Tiene el [4] África por límite a Occidente el estrecho entre nuestro mar y el Océano; a Oriente, una llanura en declive que es el lugar que los nativos denominan Catabatmo. El mar es bravo, sin [5] puertos; el campo, fértil en cosechas, bueno para el ganado, improductivo para los árboles; hay escasez de agua de lluvia y de manantial. La raza de sus hombres posee cuerpo saludable, [6] es veloz y aguanta las fatigas; a la mayoría lleva a la muerte la vejez, como no sea los que perecen a hierro o por las fieras, pues la enfermedad pocas veces doblega a nadie. Añadamos que hay muchísimos animales de especie dañina.

Pero sobre los hombres que habitaron el África originariamente [7] y los que llegaron después y la manera como se mezclaron entre sí, aunque me he apartado de la tradición que sigue la mayoría, no obstante, conforme a la traducción que se nos hizo de los libros púnicos supuestamente del rey Hiénsal²⁶ y también conforme a lo que los habitantes de esta tierra opinan que son los hechos, voy a hacer una brevísima exposición. Por lo demás, el crédito de este asunto será el de mis fuentes.

[18] Originariamente ocuparon el África²⁷ los getulos y libios, huraños e incivilizados, cuya alimentación era carne de animales salvajes y el forraje de la tierra, como las bestias. [2] Estos individuos no eran gobernados por hábitos, leyes o mando de nadie; nómadas y trotamundos, tenían por residencia [3] la que obligaba la noche. Pero cuando Hércules²⁸ pereció, según creen los africanos, en España, su ejército, compuesto de razas diferentes, se desbandó al instante cada cual a su aire, una vez que perdió a su jefe y muchos apetecían [4] el mando para sí. De entre este número, los medos, persas y armenios²⁹ se trasladaron en barco al África y ocuparon [5] los lugares más cercanos a nuestro mar, pero los persas anduvieron más hacia el interior del Océano, e, invirtiendo los cascos de los barcos, los usaron como chozas, ya que no había madera en los campos ni posibilidad de comprarla o [6] intercambiarla con los hispanos; el vasto mar y el desconocimiento [7] de la lengua les impedía el comercio. Éstos fueron quienes paulatinamente se mezclaron con los getulos por medio de matrimonios, y como, probando sin cesar campos, habían llegado a unos lugares y luego a otros, se llamaron a sí mismos nómadas. Todavía los edificios de los nómadas [8] agrestes, que ellos llaman mapales, de forma alargada y cubiertos por flancos recurvados, son como los cascos de las embarcaciones. Con los medos y armenios en cambio se fusionaron [9] los libios (pues estos vivían más cerca del mar africano; los getulos estaban más expuestos al sol, no lejos de la zona tórrida) y pronto tuvieron fortalezas, pues separados de España por el estrecho, habían establecido la costumbre de intercambiarse mercancías. Poco a poco los libios desvirtuaron [10] su nombre, llamándolos en su lengua bárbara moros en lugar de medos. El poder de los persas creció en breve y, acto [11] seguido, con el nombre de nómadas, se separaron de sus progenitores a causa de su gran número, y se establecieron

en aquellos parajes próximos a Cartago que se llaman Numidia. Después los unos y los otros, apoyándose recíprocamente, [12] sometieron a su imperio, por las armas o el miedo, a sus vecinos, y alcanzaron renombre y gloria para sí, sobre todo los que habían avanzado más hacia nuestro mar, pues los libios son menos guerreros que los getulos. Finalmente, la parte inferior de África quedó en su mayor extensión en manos de los númidas, y todos los vencidos se fundieron con la raza y el nombre de los dominadores.

Después, los fenicios³⁰, unos para disminuir la población [19] en su patria, otros por ambición de poder, mediante el levantamiento de la plebe y de algunos otros ansiosos de cambios, fundaron en la costa Hipona, Hadrumeto, Leptis³¹ y otras ciudades que, prosperando en breve, fueron las unas, [2] bastión, y las otras, gloria de sus metrópolis. Pues de Cartago considero mejor no decir nada que decir poco, ya que la ocasión nos aconseja acudir prestos a otra parte.

[3] Así pues, hacia Catabatmo, lugar que separa Egipto del África, siguiendo el mar, está primero Cirene, colonia de Tera, y a continuación las dos Sirtes, y entre éstas, Leptis; luego, los altares de los Filenos, punto que en dirección a Egipto tuvieron como límite de su imperio los cartagineses, y, [4] más adelante, otras ciudades púnicas. El resto del territorio [5] hasta Mauritania lo ocupan los númidas; los moros son los más próximos a las Españas. Según mis noticias, más allá de Numidia viven los getulos, unos en sus chozas, y otros, menos civilizadamente, de un sitio para otro; después de [6] ellos vienen los etíopes, y a continuación una zona abrasada por el calor del sol.

[7] De modo que, durante la guerra contra Jugurta, la mayor parte de las ciudades de proveniencia púnica y los territorios que los cartagineses habían ocupado recientemente, los administraba el pueblo romano con sus magistrados. Gran parte de los getulos y los númidas, hasta el río Muluya³², estaban en manos de Jugurta. Mandaba sobre todos los moros el rey Boco, desconocedor del pueblo romano excepto de su nombre, y asimismo una incógnita para nosotros hasta entonces en lo que hace a la guerra y la paz. De África y sus habitantes, para lo que el tema requiere, sea bastante con lo dicho.

[20] Después de que, tras el reparto del reino, los comisionados abandonaron África, y ve Jugurta que, contrariamente a lo que temía su alma, ha logrado el premio de su crimen, estimando que era cierto lo que había escuchado a sus amigos en Numancia, que en Roma todo estaba en venta, así como enardecido también por las promesas de quienes poco antes había atiborrado de regalos, dirigió su atención al reino de Adérbal. Él era violento y belicoso; aquél al que pensaba [2] atacar, en cambio, tranquilo, pacífico, de carácter apacible, propicio para sufrir una afrenta más que temible. En consecuencia, [3] de pronto penetra en su territorio con un gran contingente, apresa a muchas personas con sus rebaños y demás botín, incendia los caseríos, asoma en son de guerra con su caballería por la mayor parte del país. Después, regresa a [4] su reino con toda la muchedumbre, pensando que Adérbal, movido por el dolor, se vengaría con la acción del daño causado, y que el hecho constituiría para él un motivo de guerra. Pero aquél, como no se consideraba al mismo nivel en cuanto al armamento y ponía su confianza en la amistad con el pueblo romano más que en los númidas, envió unos embajadores a

Jugurta para protestar por el daño inferido. Si [5] bien le trajeron una respuesta insultante, Adérbal decidió aguantar todo antes que emprender la guerra, porque anteriormente la había probado y le había salido mal. Y no por [6] ello disminuía la ambición de Jugurta, porque con su imaginación había conquistado ya el reino entero. De modo que [7] emprendió la guerra y la búsqueda manifiesta de dominar toda Numidia, no como antes, con un puñado para saquear, sino tras organizar un gran ejército. Por lo demás, por donde [8] pasaba destruía ciudades y campos, se llevaba el botín, infundía ánimos a los suyos y terror a los enemigos.

Cuando Adérbal comprendió que se había llegado a tal [21] situación que debía abandonar su reino o conservarlo por las armas, a la fuerza organiza unas tropas, y sale al encuentro de Jugurta. En esto, ambos ejércitos hicieron alto no lejos [2] del mar, cerca de la ciudad de Cirta³³, y, dado que era el final del día, no se entabló combate. Mas así que hubo transcurrido la mayor parte de la noche, los soldados de Jugurta, todavía a la luz incierta del amanecer, dieron la señal e invadieron el campamento de los enemigos y, a unos medio dormidos, a otros mientras cogían las armas, los ponen en fuga y dispersan. Adérbal escapó a Cirta con unos pocos jinetes, y, si una muchedumbre de itálicos, vestidos de toga³⁴, no hubiese impedido a los númidas que le perseguían aproximarse a las murallas, la guerra entablada entre los dos reyes [3] habría terminado el mismo día en que empezó. En consecuencia, Jugurta puso cerco a la plaza y emprende su conquista mediante manteletes, torres y maquinaria de toda clase, dándose la mayor prisa para anticiparse a los diplomáticos que, según había oído, habían sido enviados a Roma por Adérbal antes de que tuviese lugar el combate.

[4] Pero cuando el senado tuvo noticias de la guerra entre los dos, despacha al África a tres jóvenes³⁵ para que visiten a ambos reyes y les comuniquen en nombre del senado y del pueblo romano que es su voluntad y determinación que abandonen las armas y que diriman sus diferencias con el derecho mejor que con la guerra: así convenía a la dignidad de Roma y a la de ellos.

[22] Los embajadores llegan al África a toda prisa³⁶, sobre todo porque, mientras hacían los preparativos para el viaje, en Roma se tenía noticias del combate librado y del asedio a Cirta, aunque se trataba de un vago rumor. Jugurta, oídas [2] sus palabras, respondió que para él no había nada más grande ni más querido que la autoridad del senado; desde su adolescencia se había esforzado para que lo apreciaran los mejores; por sus cualidades, no por su malicia, había obtenido el beneplácito de Publio Escipión, hombre de tan gran prestigio; por idénticas virtudes y no por falta de hijos le había adoptado Micipsa en la casa real. Por lo demás, cuanto [3] más y más esforzados hechos realizaba, tanto menos toleraba su espíritu los agravios. Adérbal había atentado fraudulentamente [4] contra su vida; al descubrir el hecho, él había plantado cara a su criminal acción. El pueblo romano no obraría bien ni en justicia si le privaba del derecho de gentes. Por último, para tratar todas estas cuestiones enviaría en breve plenipotenciarios a Roma. Así se separan ambas partes. [5] Con Adérbal no hubo posibilidad de entrevistarse.

Cuando Jugurta calculó que los comisionados habían salido [23] de África, al no serle posible tomar por las armas a Cirta dada su situación³⁷, rodea las murallas con una empalizada y un foso, levanta unas torres y las robustece con destacamentos; además, día y noche hacía tentativas por la fuerza o con estratagemas, y a los defensores de las murallas les mostraba ora recompensas, ora terror; con arengas espoleaba a los suyos al valor; en fin, velaba por la organización de todo. Cuando Adérbal comprendió que su suerte toda corría [2] un peligro extremo, que el enemigo estaba en pie de guerra, que no había esperanza alguna de socorro, y que por falta de lo necesario no se podía prolongar la guerra, escogió entre los que se habían refugiado con él en Cirta a los dos más decididos, y, haciéndoles muchas promesas y lamentándose de su infortunio, los convence para que atraviesen de noche las trincheras enemigas hasta el punto de la costa más cercano, y de ahí se dirijan a Roma.

[24] Los númidas hacen lo ordenado en pocos días. La carta de Adérbal fue leída en el senado, y su tenor era el siguiente:

[2] No es culpa mía si tantas veces envío a suplicaros, padres conscritos, sino que me obliga la agresividad de Jugurta, a quien ha asaltado un deseo tan ferviente de acabar conmigo que no hace cuenta ni de vosotros ni de los dioses inmortales, y prefiere mi sangre a cualquier [3] cosa. De este modo, ya hace cinco meses³⁸ que, siendo aliado y amigo del pueblo romano, me tiene asediado por las armas, y no me sirven de ayuda ni los favores de mi padre Micipsa ni vuestros decretos. No sé si me urge más el hierro o el hambre.

[4] Mi mala suerte me desaconseja escribiros más sobre Jugurta, y ya con anterioridad he experimentado [5] que los desgraciados tienen poco crédito. Pero bien entiendo que él apunta a algo por encima de mí, y en sus cálculos no entran simultáneamente vuestra amistad y mi reino; a nadie se le oculta cuál de las dos cosas es [6] de más peso para él. Pues, para empezar, dio muerte a Hiénsal, mi hermano, y a continuación me ha expulsado del reino de mi padre. Admitamos que éstas han sido rencillas nuestras que no os conciernen a vosotros; pero el hecho es que ahora ocupa vuestro reino por las [7] armas, y a mí, a quien nombrasteis general en jefe de los númidas, me tiene encerrado y asediado; qué respeto le merecieron las palabras de vuestros comisionados, el peligro en que estoy lo demuestra. ¿Qué queda [8-9] ya sino vuestra fuerza para poderlo impresionar? Pues ya querría yo que esto que os escribo y las quejas que antes expuse en el senado fuesen vana quimera en vez de que mi miseria certificase mis palabras.

Mas, puesto que he nacido para servir de ostentación [10] de los crímenes de Jugurta, ya no aspiro a evitar la muerte ni las calamidades, solamente el sometimiento a mi enemigo y los tormentos que infligirá a mi cuerpo. En cuanto al reino de Numidia, que es vuestro, resolved como os venga en gana; a mí libradme de sus manos despiadadas, por la majestad de vuestro imperio, por

nuestra fiel amistad, si entre vosotros queda algún recuerdo de mi abuelo Masinisa.

A la lectura de la carta hubo quienes propusieron que [25] había que enviar un ejército al África y acudir en socorro de Adérbal cuanto antes, y que, mientras, se tomasen medidas contra Jugurta por no haber hecho caso a los comisionados. Pero aquellos mismos partidarios del rey resistieron con todas [2] sus fuerzas para que no se diese un decreto de tal naturaleza. De este modo, como suele ocurrir en muchos casos, [3] el bien público fue derrotado por la influencia de los particulares. Con todo, se manda a África una delegación de personas [4] mayores³⁹ de la nobleza, que ya habían desempeñado altos cargos. Entre ellos estaba Marco Escauro, de quien hemos hecho mención más arriba, ex-cónsul y entonces decano del senado. Los delegados, como el asunto había provocado [5] indignación, y también a ruego de los númidas, se embarcaron en tres días; luego, arribando en breve a Útica, despachan una misiva a Jugurta: que se acerque cuanto antes a la provincia, que el senado los había enviado para entrevistarse [6] con él. Cuando aquél se enteró de que unos varones ilustres, cuya autoridad tenía mucho valor en Roma, según había oído, habían llegado para oponerse a sus planes, a lo primero andaba convulso y desgarrado entre el miedo y [7] su ambición. Temía la cólera del senado, si no hacía caso a los delegados; pero, por otra parte, su espíritu ciego de codicia [8-9] lo arrastraba a la criminal acción emprendida. No obstante, triunfó en su carácter avaricioso la opción peor. En consecuencia, despliega en derredor el ejército y, con la máxima energía, pugna por irrumpir en Cirta, esperando sobre todo que al dividir la fuerza enemiga, hallaría por la fuerza [10] o mediante estratagemas un oportunidad para la victoria. Y como le sale mal el plan y no logra llevar a cabo lo que se había propuesto, a saber, apoderarse de Adérbal antes de contactar con los delegados, para no encender más a Escauro, que era al que más temía, con nuevas dilaciones, vino a [11] la provincia con unos pocos jinetes. Y aunque se le comunicaron graves amenazas en nombre del senado por no abandonar el asedio, no obstante, después de malgastarse infinidad de palabras, los delegados se retiraron con las manos vacías.

[26] Cuando se tuvo noticias de ello en Cirta, los itálicos⁴⁰, gracias a cuyo arrojo se mantenían defendidas las murallas, confiando en que debido a la grandeza del pueblo romano no sufrirían ultrajes si se rendían, convencen a Adérbal para que se entregue él junto con la ciudad a Jugurta, pactando [2] con él sólo la vida; de lo demás se encargaría el senado. Y aquél, aunque juzgaba que todo era preferible a la palabra de honor de Jugurta, no obstante, como en caso de oponerse sus amigos tenían poder para obligarle, firmó la rendición en los términos que habían propuesto los itálicos. Jugurta [3] torturó y asesinó en primer lugar a Adérbal, después, sin distinción, ejecuta a todos los mozos númidas y comerciantes, conforme salían al encuentro armados.

Cuando se supo esto en Roma y se empezó a discutir el [27] asunto en el senado, aquellos mismos esbirros del rey, con su obstruccionismo y su influencia unas veces, otras dando largas con discusiones, trataban de atenuar la atrocidad del hecho. Y si Gayo

Memio⁴¹, tribuno electo de la plebe, hombre [2] de arrestos y enemigo del poder de la nobleza, no hubiera hecho ver al pueblo romano que lo que se pretendía era perdonar su crimen a Jugurta gracias a unos pocos intrigantes, enseguida se hubiese disipado toda la inquina con el retraso de las deliberaciones: tan grande era la fuerza de la influencia y del dinero del rey. Pero cuando el senado, con [3] la mala conciencia de su falta, le coge miedo al pueblo, se decretan para los futuros cónsules en virtud de la ley Sempronia⁴² las provincias de Numidia e Italia. Fueron nombrados [4] cónsules Publio Escipión Nasica y Lucio Bestia Calpurnio⁴³. A Calpurnio le tocó Numidia, a Escipión, Italia. A continuación, se recluta el ejército para trasladarlo al África, [5] y se fijan los créditos y las restantes cosas necesarias para la guerra.

[28] Por su parte Jugurta, al recibir una noticia contraria a lo que esperaba, puesto que había calado muy dentro de él que en Roma todo estaba en venta, envía como delegados al senado a su hijo y con él a dos amigos íntimos y, al igual que a los que había enviado cuando asesinó a Hiénsal, encomienda a éstos que aborden a todo el mundo dinero en mano. [2] Cuando se aproximaban a Roma, Bestia preguntó al senado si estaban de acuerdo en recibir a los delegados de Jugurta dentro de las murallas⁴⁴, y los senadores determinaron que, si no venían a entregar el reino y al propio Jugurta, saliesen [3] de Italia en el plazo de los diez días siguientes. El cónsul ordena que se le comunique a los númidas, conforme a la decisión del senado. De este modo, sin lograr su objetivo, aquéllos regresan a su tierra.

[4] Entretanto Calpurnio, después de organizar su ejército, se asigna unos lugartenientes entre los nobles intrigantes bajo cuyo crédito esperaba que quedasen protegidos cuantos delitos cometiese. Entre los tales estaba Escauro, sobre cuyo [5] carácter y conducta hemos hablado más arriba. Pues en nuestro cónsul había muchas y buenas cualidades espirituales y físicas, todas las cuales las entorpecía la avaricia: era resistente a la fatiga, de inteligencia viva, harto previsor, ducho en guerras, de gran fortaleza frente a peligros y rencores. [6] Las legiones fueron transportadas a través de Italia hasta Reggio, y de allí a Sicilia, y de Sicilia a su vez a África⁴⁵. [7] De modo que Calpurnio, con la intendencia que tenía preparada desde el principio, penetró en Numidia con todo su brío, y se apoderó de multitud de personas y de algunas ciudades.

Pero cuando Jugurta comenzó a tentarle con dinero a [29] través de sus enviados y a hacerle ver la dificultad de la guerra que dirigía, su espíritu enfermo de avaricia se volvió fácilmente del revés. Tomó como cómplice y organizador [2] de todos sus programas a Escauro, el cual, aunque al principio, cuando la mayor parte de los suyos se habían dejado sobornar, había combatido sañudamente al rey, no obstante, dada la cantidad de dinero, se vio arrastrado, de bueno y honorable que era, a ser un corrupto. Pero Jugurta a lo primero [3] sólo buscaba comprar un aplazamiento de la guerra, en la creencia de que en el ínterin conseguiría algo en Roma a base de dinero o de influencia. Pero cuando se enteró de que Escauro era partícipe del negocio, abrigando la más grande esperanza de recuperar la paz, dispuso tratar con ellos en persona de todas las condiciones. No obstante, entretanto, [4] para darle confianza, el cónsul envía al cuestor

Sextio⁴⁶ a una plaza de Jugurta, Vaga⁴⁷. El pretexto de esta medida era la recepción de trigo que Calpurnio había exigido públicamente a los embajadores, puesto que con el retraso de la rendición se disfrutaba de una tregua. De modo que el rey, [5] según se había acordado, vino al campamento y tras hablar un poco en presencia del Consejo acerca del rechazo que su acción había despertado, y a fin de que le admitiesen la rendición, el resto lo trató en secreto con Bestia y con Escauro. Al día siguiente, pedidos los pareceres sin orden ni discusión, se le acepta la rendición. Pero, a tenor de lo exigido [6] delante del Consejo, se entregan al cuestor treinta elefantes⁴⁸, ganado y muchos caballos, con una pequeña cantidad [7] de dinero. Calpurnio parte para Roma a celebrar las elecciones⁴⁹; en Numidia y en nuestro ejército reinaba la paz.

[30] Así que la fama divulgó en Roma lo que había pasado en África y del modo como había pasado, en todas partes y reuniones se trataba del proceder del cónsul. Entre la plebe la inquina era enorme y los patricios andaban inquietos: no se sabía a ciencia cierta si darían el visto bueno a semejante [2] desvergüenza o anularían el decreto consular. Y era sobre todo el poderío de Escauro, del que se decía que era instigador y cómplice de Bestia, el que los apartaba de la verdad y [3] del bien. Ahora bien, Gayo Memio, sobre cuyo carácter independiente y odio al poder de la nobleza hemos hablado antes, en medio de las dudas y tardanzas del senado exhortaba al pueblo en las asambleas a tomar represalias, les aconsejaba que no abandonasen el interés público, que no abandonasen su libertad, les traía a colación muchos actos arrogantes y crueles de la nobleza; en una palabra, inflamaba sin tregua por todos los medios los ánimos de la plebe.

[4] Y dado que en aquellos tiempos la oratoria de Memio era en Roma famosa e influyente, he juzgado conveniente transcribir uno de los muchos discursos suyos, y voy a recoger precisamente el que dio en asamblea tras la vuelta de Bestia, y que fue en los siguientes términos:

[31] «Muchos motivos tengo, romanos, para alejarme de vosotros, salvo que mi interés en la cosa pública lo supera todo: la fuerza del partido noble, vuestra resignación, la inexistencia de derecho, y sobre todo que la integridad halla [2] más riesgo que honor. Porque en verdad me avergüenzo de tales cosas: cómo durante estos quince años⁵⁰ habéis servido de ludibrio a la arrogancia de unos pocos, cuán oscuramente y sin vengar han desaparecido vuestros defensores, cómo se os ha corrompido el alma de pereza y falta de coraje, pues ni siquiera ahora, con los enemigos sometidos, os [3] levantáis, y todavía ahora teméis a esos a los que deberíais infundir terror. Mas, bien que esto sea como digo, no obstante, [4] mi ánimo me impulsa a hacer frente al poder del partido. Yo desde luego pondré a contribución el carácter libre [5] que he heredado de mi padre. Pero que eso resulte inútil o sea de provecho, en vuestras manos se halla, romanos.

Yo no os estoy incitando a lo que muchas veces hicieron [6] vuestros abuelos, a enfrentaros a las injusticias con las armas. No hay necesidad alguna de violencia ni de secesión: fuerza es que ellos mismos según su propio estilo se hundan en el abismo. Cuando murió Tiberio Graco, el que decían [7] que aspiraba a un reino⁵¹, se instituyeron

procesos contra la plebe romana; tras el asesinato de Gayo Graco y de Marco Fulvio, igualmente muchas personas de vuestra clase⁵² hallaron la muerte en la cárcel. A ambos desmanes puso coto, no la ley, sino su capricho. Admitamos que sea aspirar a un [8] reino devolver a la plebe lo que es suyo; que sea conforme a derecho la venganza que no es tal sin la sangre de los ciudadanos. Años atrás os irritabais en silencio porque esquilaban [9] el erario, porque reyes y pueblos libres pagaban a una minoría de la nobleza un tributo, porque la máxima gloria y las máximas riquezas estaban en manos de los mismos. Sin embargo, haber emprendido sin castigo semejantes acciones les ha parecido poco; en consecuencia, han acabado entregando a los enemigos vuestras leyes, vuestra sobe[10] ranía, todo lo divino y humano. Y los que han hecho esto ni sienten pudor ni se arrepienten, sino que se pasean ante vuestras caras llenos de empaque, haciendo ostentación de sus sacerdocios y consulados, y una parte de ellos, de sus triunfos; como si eso lo tuviesen como honra y no como botín. [11] Los esclavos, que se adquieren con dinero, no aguantan las órdenes injustas de sus amos: ¿Vosotros, Romanos, que habéis nacido en el poder, soportáis ecuanímente la esclavitud? [12] Pero, ¿quiénes son esos que se han apoderado del Estado? Individuos cubiertos de crímenes, con las manos ensangrentadas, de avaricia insaciable, los más malvados y a la vez los más arrogantes, para quienes la lealtad, decoro, piedad, en fin, todo lo honorable y lo que no lo es, sírveles de [13] negocio. Parte de ellos hallan su protección en haber dado muerte a los tribunos de la plebe⁵³; otros, en procesos injustos; la mayoría, en haber cometido crímenes entre vosotros. [14] Así es como, cuanto peor ha obrado cada cual, tanto más seguro se halla. El miedo que debía inspirarle su crimen os lo han traspasado a vosotros, por cobardes. A todos ellos lo ha unido el desear lo mismo, el odiar lo mismo, el temer lo mismo. [15] Pero entre los buenos es amistad; entre los malos, bandería. [16] Y si vosotros os hubierais preocupado por la libertad como ellos se han enardecido por dominaros, sin duda alguna ni el Estado estaría siendo esquilado como ahora, ni vuestras mercedes irían a parar a los más osados, sino a los [17] mejores. Vuestros abuelos, con el fin de alcanzar sus derechos y fundar su soberanía, tomaron dos veces, armados y en secesión, el Aventino⁵⁴. ¿No vais a luchar con todas las fuerzas vosotros por la libertad que recibisteis de ellos, y con tanta más pasión aún, por cuanto mayor deshonor es perder lo conquistado que no conquistarlo en absoluto?

Alguien me dirá: ‘¿Qué propones tú, por tanto?’ Castigar [18] a aquellos que han traicionado a la república, no por la fuerza y la violencia, cosa que aunque ellos se merecen sufrirla, no es digno de vosotros hacerla, sino con juicios y la delación del propio Jugurta. Si realmente tiene la intención [19] de entregarse, sin duda, se mostrará obediente a vuestras órdenes. Pero si desprecia éstas, con toda claridad juzgaréis qué clase de paz o de rendición es ésa en virtud de la cual se produce para Jugurta la impunidad de sus crímenes, los más grandes beneficios para unos pocos poderosos, y para la república, perjuicios y deshonor. A no ser que quizá no estéis [20] todavía hartos de su dominio y os gusten más que éstos aquellos tiempos en que reinos y provincias, leyes, derechos y justicias, guerras y paces, en fin, todo lo divino y lo humano, estaba en manos de unos pocos; mientras, vosotros, esto es, el pueblo romano, invictos ante el

enemigo, soberanos de todos los pueblos, bastante teníais con conservar la vida. Porque realmente, ¿quién de vosotros se atrevía a rechazar la esclavitud?

Y yo, aunque considero lo más deshonroso para un hombre [21] recibir una afrenta impunemente, con todo aceptaría serenamente que vosotros perdonaseis a hombres tan criminales, por ser conciudadanos nuestros, si este acto de compasión no hubiese de redundar en vuestro perjuicio. Pues para ellos, con [22] la desfachatez de que hacen gala, es poco obrar mal impunemente, si no se les arrebatara la posibilidad de seguir haciéndolo después, y a vosotros os quedará para siempre la inquietud, cuando comprendáis que, o tenéis que ser esclavos o que conservar [23] la libertad por la fuerza. Pues, ¿qué esperanza realmente hay de entendimiento leal o de concordia? Ellos quieren ser los amos; vosotros, ser libres; ellos, cometer tropelías; vosotros, impedir las. Por último, tratan a nuestros aliados como [24] enemigos, a los enemigos como aliados. ¿Puede haber paz o amistad entre actitudes tan opuestas?

[25] Por esta razón, os prevengo y exhorto a que no dejéis sin castigo un crimen tan grande. No se ha cometido malversación de fondos públicos ni extorsión con los aliados por medio de la violencia, hechos que aunque son graves, sin embargo, por la fuerza de la costumbre ya se tienen en nada: a un enemigo que no da tregua ha sido entregada la autoridad del senado, ha sido entregado vuestro imperio. En el interior y en la guerra ha sido puesta en venta la república. [26] Si no se abre una investigación sobre estos hechos, si no se ejerce el castigo a los culpables, ¿qué nos quedará sino vivir obedientes a aquellos que han cometido estos actos? Pues hacer lo que a uno le viene en gana es ser un rey.

[27] Y no es que yo os invite, romanos, a que prefiráis que vuestros compatriotas actúen mal en lugar de bien, sino a que no sea que, perdonando a los malvados, vayáis a perder [28] a los honrados. Además, en la política resulta más ventajoso hacer caso omiso de una buena acción que de un mal acto: el honrado sólo se hace un poco más indolente si lo marginas; [29] en cambio, el malvado se hace peor. Aparte de esto, si no se producen afrentas, rara vez habrá necesidad del concurso de los tribunos⁵⁵.»

Repitiendo estas y otras cosas por el estilo; Memio convence [32] al pueblo para que se enviase a Lucio Casio⁵⁶, que era entonces pretor, a Jugurta, y lo trajese a Roma con salvoconducto público, a fin de que con las revelaciones del rey quedasen más de manifiesto los delitos de Escauro y los demás a los que acusaba de malversación.

Mientras se adoptan estas medidas en Roma, los que [2] habían quedado en Numidia al frente del ejército por orden de Bestia, siguiendo la norma de su general, cometieron muchísimos actos de singular infamia. Hubo quienes, comprados [3] a precio de oro, entregaron a Jugurta los elefantes; otros vendían a los desertores; otros saqueaban pueblos pacificados: [4] tan gran avaricia había invadido sus almas, igual que si fuese la peste. Ahora bien, Casio, una vez aprobada [5] la propuesta de Memio en medio de la consternación de toda la nobleza, se encamina hacia Jugurta, y como éste estaba asustado y no las tenía todas consigo por su mala conciencia, lo convence de que, puesto que se ha rendido al pueblo romano, no elija sufrir su severidad en vez de su comprensión. A título particular, además, interpone su palabra de honor, que Jugurta

valoraba no menos que la pública. Tal era la reputación de Casio⁵⁷ por aquella época.

De modo que Jugurta, abandonando el decoro real, vino [33] con Casio a Roma, vestido del modo que más compasión inspiraba. Y aunque en su interior su ánimo era fuerte, instigado [2] por todos aquellos gracias a cuyo poder o apoyos criminales había llevado a cabo todo lo que hemos narrado antes, compra mediante una buena recompensa al tribuno de la plebe Gayo Bebio, para, con su falta de escrúpulos, quedar [3] al abrigo frente a toda justicia o injusticia. Por su parte, Gayo Memio convocó la asamblea y, aunque la plebe estaba de uñas con el rey, y una parte exigía que lo metiesen en prisión y otra que, si no revelaba los cómplices de su crimen, se le diese suplicio como enemigo público, de acuerdo con la tradición de los mayores, a pesar de ello, mirando más a la dignidad que a la cólera, calmaba el bullicio y mitigaba el espíritu de la gente, aseverando finalmente que por su parte [4] la garantía del Estado no iba a ser violada. Luego, así que se hizo el silencio, presentó a Jugurta, y se pone a hablar: relata las actividades de éste en Roma y Numidia, y deja constancia de sus crímenes contra el padre y los hermanos. Aunque el pueblo romano sabe con la ayuda de quiénes y con qué colaboradores ha hecho esto, no obstante, quiere conseguir de él la prueba más clara: si revela la verdad, en la lealtad y la clemencia del pueblo romano puede poner su mayor esperanza; pero si se calla, no será la salvación de sus cómplices; por el contrario, se perderán él y sus esperanzas.

[34] Acto seguido, cuando Memio puso punto final a sus palabras y Jugurta fue invitado a responder, el tribuno de la plebe Gayo Bebio, que hemos dicho arriba que estaba sobornado, ordena al rey que guarde silencio. Y pese a que la muchedumbre que estaba en la asamblea, enormemente enardecida, lo amedrentaba con sus gritos, la expresión de sus rostros, y muchas veces con sus gestos y todos los demás ademanes que la cólera gusta adoptar, no obstante, triunfó la desvergüenza. De modo que el pueblo abandona la asamblea después de haber [2] sido burlado. Los ánimos de Jugurta, Bestia y los demás, a los que aquel proceso tenía en vilo, fueron en aumento.

[35] Había por aquel entonces en Roma un cierto númida de nombre Masiva⁵⁸, hijo de Gulusa y nieto de Masinisa, el cual en la disensión de los reyes, por haberse puesto en contra de Jugurta, se había ido prófugo de su patria, a raíz de la rendición de Cirta y del asesinato de Adérbal. Espurio Albino⁵⁹, [2] que en el año siguiente al de Bestia, desempeñaba el consulado junto a Quinto Minucio Rufo, le convence para que, puesto que es del linaje de Masinisa y sobre Jugurta pesaba el odio y el miedo a causa de sus actos criminales, reclame al senado el reino de Numidia. El cónsul, ansioso [3] de proseguir la guerra, prefería poner todo en movimiento a dejarlo languidecer; a él le había tocado la provincia de Numidia y a Minucio la de Macedonia. Cuando Masiva empezó [4] a mover su asunto y Jugurta no halla suficiente seguridad en sus amigos, porque de éstos, al uno se lo impedía su mala conciencia, al otro, su descrédito y el temor, encarga a Bomílcar, un amigo en quien tenía la máxima confianza, que a cambio de dinero, como había hecho otras muchas cosas, disponga quienes tiendan una emboscada a Masiva, y dé muerte al númida con el máximo secreto, y si esto no es posible, del modo que sea. Bomílcar pone inmediatamente [5] en práctica el encargo del rey y, por medio de

hombres expertos en procedimientos de esta naturaleza, indaga las idas y venidas de Masiva, los lugares adonde va y, en fin, todos sus horarios. A continuación, donde las circunstancias aconsejaban, monta el atentado. Es así como uno del comando [6] preparado para llevar a cabo el asesinato ataca a Masiva un tanto atolondradamente. A éste lo mata, pero él fue detenido, y, a instancias de muchos y sobre todo del cónsul Albino, se presta a declarar. Bomílcar es procesado, más en [7] nombre de la equidad y del bien que en virtud del derecho de gentes, pues era compañero de aquel que había venido a [8] Roma con la garantía del Estado. Por su lado, Jugurta, reo manifiesto de tamaño crimen, no cejó en su afán de oponerse a la verdad hasta que se convenció de que el odio a su acción se hallaba por encima de su influencia y su dinero. [9] Así que, aunque en la primera fase del proceso había presentado como garantía a cincuenta de sus amigos, velando por su reino más que por los fiadores, envía en secreto a Numidia a Bomílcar, temeroso de que el miedo a obedecerle se adueñase del resto de sus paisanos, si aquél sufría la última pena. También él mismo se marchó allá a los pocos días, [10] por ordenarle el senado salir de Italia. Y cuando ya hubo salido de Roma, se cuenta que, mirando hacia ella una y otra vez en silencio, dijo finalmente: «¡Ciudad venal y llamada a perecer al instante, si llega a encontrar un comprador!»

[36] Entretanto, Albino, al reanudarse la guerra, se apresura a transportar al África la intendencia, las pagas y las demás cosas necesarias para los soldados⁶⁰; y al punto partió él también, a fin de liquidar la guerra por las armas, la rendición o el medio que fuese, antes de las elecciones, cuya fecha [2] no estaba muy lejos. En cambio, Jugurta daba largas a todo y uno tras otro iba inventando motivos de demora, prometía rendirse, y a continuación fingía miedo; si le acosaban, cedía terreno, y poco después, para que los suyos no desconfiaran, atacaba él. De este modo, ora retrasando la [3] guerra, ora retrasando la paz, se burlaba del cónsul. Y hubo quienes creyeron que Albino no desconocía entonces el propósito del rey, y estimaban asimismo que después de tanta premura la guerra se había alargado tan fácilmente no [4] más por inercia que por dolo. Mas cuando, transcurrido el tiempo, se acercaba el día de las elecciones, Albino dejó a su hermano Aulo en el campamento⁶¹ en calidad de propretor y se desplazó a Roma.

En aquel momento la situación política en Roma se hallaba [37] terriblemente agitada con las sediciones tribunicias. Los tribunos de la plebe Publio Luculo y Lucio Annio bataliaban [2] por continuar su magistratura ante la resistencia de sus colegas, y dicha disensión entorpecía las elecciones del año entero. Con este retraso, Aulo, que como hemos dicho [3] más arriba, quedó en el campamento en calidad de propretor, concibió la esperanza de terminar la guerra y apoderarse del dinero del rey con la intimidación del ejército, y en el mes de enero sacó en campaña a los soldados de los cuarteles, y, a marchas forzadas, en lo más crudo del invierno, llegó a la plaza de Sutul, donde estaban los tesoros del rey. Aun cuando no podía tomarla ni asediarla debido al mal [4] tiempo y a su privilegiado emplazamiento (pues en torno del muro levantado al borde de un monte escarpado la llanura fangosa con sus aguas invernales había creado una laguna), pese a ello, bien por simulación, con el fin de meter miedo al rey, o ciego de interés por apoderarse de la ciudad a causa de los tesoros, puso en movimiento los

manteletes, levantó un terraplén y ejecutó a toda prisa las demás cosas que resultaban útiles a su propósito.

Y Jugurta por su parte, al conocer el poco seso e impericia [38] del lugarteniente, astutamente incrementaba su locura, enviábale una y otra vez embajadores a suplicarle, y él en persona conducía su ejército por lugares llenos de desfiladeros y trochas, como si quisiera evitarle. Finalmente, con la [2] esperanza de un arreglo impulsó a Aulo a que abandonase Sutul y le siguiese a él, que iría como retirándose, a un paraje recóndito: así quedaría bien en secreto la fechoría. Entretanto, [3] por medio de tipos astutos tentaba al ejército día y noche, sobornaba a los centuriones y jefes de escuadrón, a unos, para que desertasen, a otros, para que abandonasen su [4] puesto al dar una señal. Cuando arregló la cosa conforme a su parecer, a altas horas de la noche rodeó de repente el [5] campamento de Aulo con gran cantidad de númeridas. Consternados por el insólito tumulto, los soldados romanos, unos cogían las armas, otros se escondían, otra parte tranquilizaba a los asustados, por todos lados andaban confusos: la cantidad de enemigos era considerable, el cielo estaba oscurecido por la noche y por las nubes, el peligro era imprevisible; en fin, no tenían claro si sería más seguro huir o quedarse. [6] Mas de aquel número que he dicho poco antes que habían sido sobornados, una cohorte de ligures junto a dos escuadrones de tracios y unos pocos soldados rasos se pasaron al rey, y el primer centurión⁶² de la tercera legión hizo sitio a los enemigos para que penetrasen por la fortificación que había recibido para su defensa, y por allá irrumpieron todos [7] los númeridas. Los nuestros tomaron la colina más cercana en una huida vergonzosa y la mayoría de ellos después de [8] arrojar las armas. La noche y el pillaje del campamento retrasaron al enemigo, impidiéndole aprovecharse de la victoria. [9] Luego, al día siguiente, Jugurta entabla conversación con Aulo: aunque tiene cercado a él y a su ejército por el hambre y el hierro, no obstante, como tiene presente los azares humanos, si llegaba a un acuerdo con él, haría pasar bajo el yugo⁶³ a todos sin hacerles daño; aparte de eso, en los diez días siguientes tenía que salir de Numidia. Si bien [10] las condiciones eran duras y cubiertas de infamia, no obstante, como la contrapartida era la muerte, se acordó la paz al gusto del rey.

Mas cuando estos hechos se conocieron en Roma, el [39] miedo y la tristeza invadieron a la ciudad. Unos sufrían por la gloria del imperio, otros, deshabitados a los avatares bélicos, temían por la libertad. Todos estaban de uñas con Aulo y, en especial, quienes muchas veces habían sido preclaros en la guerra, porque, estando armado, había buscado la salvación con el deshonor más que con la fuerza. Por estos [2] motivos, el cónsul Albino hacía una consulta al senado acerca del pacto, temiendo, por culpa de la falta de su hermano, la indignación general y el subsiguiente riesgo; y pese a ello, entretanto, alistaba un suplemento⁶⁴ para el ejército, pedía colaboración militar a los aliados y a los pueblos latinos; en fin, no paraba de afanarse por todos los medios. El senado, como era lógico, establece que sin su permiso y [3] el del pueblo no podía hacerse ningún pacto. El cónsul, al [4] que habían impedido los tribunos de la plebe⁶⁵ que se llevase consigo las tropas que había preparado, a los pocos días parte para el

África. Pues todo el ejército, según se había acordado, se había retirado de Numidia y pasaba el invierno en la provincia. Cuando llegó allá, aunque ardía en su corazón [5] por perseguir a Jugurta y poner remedio a la impopularidad de su hermano, al ver a los soldados, a los que aparte de la derrota, faltos de mando como se hallaban, la indisciplina y el libertinaje los tenía corrompidos, a la vista de las circunstancias, decidió no hacer nada.

[40] Entretanto, en Roma, el tribuno de la plebe Gayo Mamilio Limetano⁶⁶ presenta al pueblo un proyecto de ley para entablar proceso contra aquéllos por cuyo consejo⁶⁷ Jugurta había despreciado las decisiones del senado y quienes habían recibido dinero de él durante sus embajadas o mandatos, quienes habían entregado los elefantes y los desertores, así como quienes habían hecho pactos con los enemigos sobre [2] la paz o sobre la guerra. Ante esta propuesta, unos por su mala conciencia, otros, temerosos de riesgos originados en la inquina contra los partidos, como no podían oponerse abiertamente sin confesar que ellos estaban de acuerdo con aquellas cosas y otras semejantes, preparaban en secreto trabas por medio de sus amigos, y sobre todo por individuos [3] de la gente latina y aliados itálicos. Pero es increíble cuando se cuenta cuán atenta se mostró la plebe y con qué energía aprobó el proyecto de ley, más por odio a la nobleza, contra quien se preparaba aquel infortunio, que por amor a la república; [4] semejante pasión había en los partidos. Así que, estando los demás paralizados de miedo, Marco Escauro, de quien dijimos arriba que fue lugarteniente de Bestia, logró en medio de la alegría de la plebe y la desbandada de los suyos, todavía entonces temblorosa la ciudad, que, comoquiera que, según la propuesta de Mamilio, había que nombrar tres jueces instructores, él fuese admitido en dicho número⁶⁸. El proceso fue llevado a cabo descarnadamente y con [5] violencia, a la medida del rumor público y capricho de la plebe⁶⁹. Igual que con tanta frecuencia le había pasado a la nobleza, así en esta ocasión la insolencia se había apoderado de la plebe en razón de su éxito.

Por lo demás, la moda de los partidos populares y las [41] banderías y, a continuación, de todos los malos procedimientos, surgió en Roma unos pocos años antes, debido a la ociosidad y la abundancia de esas cosas que los hombres consideran más que nada. Pues antes de la destrucción de [2] Cartago⁷⁰ el pueblo y el senado romano trataban con calma y medida entre ambos los asuntos públicos y no había entre los ciudadanos pugna por la gloria y el poder. El miedo al enemigo mantenía a la ciudad dentro de los buenos modos. Pero cuando aquel temor se les fue del pensamiento, hicieron [3] acto de presencia esas dos cosas que ama la prosperidad: la frivolidad y la altanería. De este modo el ocio que [4] habían anhelado en época de crisis, una vez logrado, resultó más desagradable y amargo que aquélla. Pues la nobleza comenzó [5] a tomarse a capricho su superior función, el pueblo su libertad, y cada cual a llevarse para sí, saquear y robar. De esta manera, todo fue arrastrado a una parte u otra, y la república, que estaba en medio, quedó desgarrada.

[6] Por lo demás, la nobleza constituida en grupo tenía más poder, la fuerza de la plebe, desunida y dispersa en la muchedumbre, podía menos. Se tomaban medidas en

paz y [7] guerra al arbitrio de unos pocos. En poder de ellos estaban el erario, las provincias, los cargos, las honras y los triunfos; el pueblo sufría la presión de la milicia y su penuria⁷¹, el botín de guerra⁷² lo cogían y dilapidaban los generalísimos con [8] unos pocos; entretanto, los padres e hijos pequeños de los soldados, si venían a ser vecinos de uno más poderoso, eran [9] expulsados de su residencia⁷³. Así, entró la avaricia sin límite ni medida, acompañada del poder, y todo lo contaminaba y lo devastaba, nada consideraba importante ni sagrado, [10] hasta que ella misma se hundió en el abismo. Pues tan pronto como entre la nobleza surgieron quienes anteponían la verdadera gloria al poder injusto, la ciudad comenzó a agitarse y la disensión civil a manifestarse como un cataclismo.

[42] Pues desde que Tiberio y Gayo Graco, cuyos antepasados habían contribuido mucho a la república durante la guerra púnica y otras guerras, comenzaron a reivindicar para la plebe la libertad y a poner al descubierto los crímenes de una minoría, la nobleza, culpable y por ello despavorida, se enfrentó, ora por medio de los aliados y la gente latina, ora con el concurso de los caballeros romanos⁷⁴, a los que la esperanza de la alianza con ella había apartado de la plebe, a las actuaciones de los Gracos; y primero a Tiberio, después, años más tarde, a Gayo, que iba por el mismo camino, tribuno el uno y el otro triúnviro⁷⁵ para el establecimiento de colonias, así como a Marco Fulvio Flaco, los mató a hierro. Verdad es que los Gracos con el ansia de vencer no actuaron [2] con suficiente moderación. Pero para una buena persona [3] más vale dejarse derrotar que vencer una afrenta con malos métodos⁷⁶. En consecuencia, la nobleza, que se sirvió [4] de esta victoria a discreción, hizo desaparecer a muchos hombres con el hierro o el destierro, y para lo sucesivo se granjeó más temor que poder. Es este un método que con frecuencia ha llevado a pique a ciudades importantes, pues los unos quieren derrotar a los otros como sea y de los vencidos tomar cumplida venganza.

Pero como me ponga a hablar de los intereses partidistas [5] y de la conducta política de cada ciudad punto por punto o en la proporción que se merece, antes me faltaría tiempo que tema. Por ello, vuelvo a mi propósito.

[43] Después del pacto de Aulo y la vergonzosa derrota de nuestro ejército, Metelo⁷⁷ y Silano⁷⁸, cónsules electos, se habían repartido entre sí las provincias, y la Numidia le había tocado a Metelo, hombre enérgico y, aunque adversario del partido popular, de fama no obstante inalterable y sin [2] mancha. Éste, tan pronto como tomó posesión de su cargo, sabiendo que el resto de sus asuntos los tenía en común con su colega, centró su atención en la guerra que iba a emprender. [3] De modo que, no fiándose del ejército antiguo, se puso a reclutar soldados, a buscar refuerzos de todas partes, a disponer el armamento, caballos y demás efectos militares, así como también una abundante intendencia y, en fin, todo lo que en una guerra multiforme y necesitada de muchas cosas [4] suele precisarse. Por lo demás, colaboraba en la consecución de estos objetivos el senado con su autoridad, los aliados, la gente latina y los reyes con el envío espontáneo de tropas de apoyo, y en fin la ciudad entera con encendido [5] fervor. De manera que, dispuesto y arreglado todo conforme a su parecer, parte para Numidia,

con gran esperanza de los ciudadanos, no sólo por sus buenas prendas, sino muy especialmente porque contra las riquezas tenía un espíritu incorruptible; y hasta ese momento, por la avaricia, nuestros recursos en Numidia habían sufrido un descalabro y crecido los del enemigo.

[44] Cuando llegó al África, el procónsul Espurio Albino le entrega un ejército apático, nada aguerrido, incapaz de aguantar riesgos y fatigas, más hábil con la lengua que con la mano, depredador de los aliados y él mismo presa del enemigo, no sujeto ni a mando ni a disciplina. Así, al nuevo general le [2] vino más preocupación por la baja moral de los soldados que ayuda o fundada esperanza por su cantidad. Con todo, [3] Metelo, si bien el retraso de las elecciones había recortado el tiempo de la campaña de verano⁷⁹ y entendía que el ánimo de sus compatriotas estaba en suspenso con la expectativa de lo que pudiera pasar, resolvió no emprender la guerra hasta obligar a los soldados a ejercitarse en la disciplina tradicional. Pues Albino, deprimido por el desastre de su [4] hermano Aulo y del ejército, una vez que hubo decidido no salir de la provincia, todo el tiempo de verano que estuvo al mando de ellos⁸⁰ tenía a los soldados casi siempre en campamentos permanentes, excepto cuando el mal olor o la falta de forraje le obligaba a cambiar de sitio. Pero ni eran fortificados, [5] ni se sacaban guardias según el estilo de la milicia; cuando a cada cual le venía en gana, se alejaba de las banderas; los cantineros andaban mezclados con los soldados día y noche, y, sin ir con rumbo fijo, saqueaban los campos, esquilmaban los caseríos, conducían sus botines de animales y esclavos, rivalizando entre sí, y cambiaban estas mercancías con los mercaderes por vino importado y otros artículos parecidos; además, vendían el trigo que les daba el Estado y compraban el pan día a día; en fin, todo oprobio de vagancia y disipación que pueda decirse o imaginarse se hallaba en aquel ejército, y algo más.

Pero hallo que ante este problema Metelo fue un hombre [45] tan grande y prudente⁸¹ como en las cuestiones del enemigo, manteniéndose equilibrado, con gran moderación, entre [2] la lisonja y la crueldad. Pues en primer lugar suprimió por un edicto los estímulos de la vagancia: nadie vendería en el campamento pan o cualquier otro alimento cocido, los cantineros no seguirían al ejército, los soldados rasos o de primera línea no tendrían, ni en el campamento ni en marcha, esclavo o acémila; a los restantes excesos puso coto estrictamente. Además, todos los días cambiaba de campamento por caminos transversales, lo fortificaba con empalizada y foso, como si el enemigo estuviese a la vista, ponía numerosos puestos de guardia y les pasaba revista con sus oficiales; del mismo modo, durante la marcha, se hacía presente bien en vanguardia, bien en retaguardia, y muchas veces en el centro, para que nadie se saliese de su fila, para que marchasen apiñados en torno a sus banderas, para que los soldados [3] llevasen su alimento y armas⁸². Así, previniendo las faltas más que castigándolas, saneó al ejército en poco tiempo.

[46] Entretanto Jugurta, cuando se enteró por sus agentes de lo que Metelo se traía entre manos, y a la vez fue informado desde Roma de su integridad, se puso a desconfiar de su suerte y entonces por primera vez intentó rendirse de veras. [2] En consecuencia,

envía al cónsul sus delegados para suplicarle y pedirle la vida exclusivamente para él y para sus hijos, y para que todo lo demás lo pusieran a disposición del [3] pueblo romano. Pero por experiencia tenía ya antes conocimiento Metelo de que la raza de los númidas no era de [4] fiar, que eran volubles de carácter y ávidos de cambio. En consecuencia, aborda a los delegados, a cada uno por separado, y, tanteándolos despacio, así que comprueba que están proclives a él, a base de grandes promesas, los convence para que le entreguen a Jugurta, a ser posible vivo, pero si esto no sale, muerto. Por lo demás, públicamente les ordena que comuniquen al rey lo que era conforme a sus deseos. A continuación, [5] a los pocos días, entra él en Numidia con un ejército alertado y presto a combatir; allí, contra toda apariencia de guerra, las chozas estaban llenas de gente, en los campos permanecían los ganados y los agricultores; de ciudades y aduares le salían al encuentro los mandatarios reales, dispuestos a darle trigo, a acarrear víveres, en fin, a hacer todo lo que se sirviese mandar. Pero no por ello Metelo marchaba [6] con su columna menos preparado⁸³, sino igual que si tuviese a la vista al enemigo, y exploraba todo por doquier, pensando que aquellos signos de rendición no eran sino apariencia y que estaban tanteando el lugar para una emboscada. Por ello, él mismo iba en vanguardia con batallones [7] de armas ligeras y una brigada selecta de honderos y arqueros; en la retaguardia mandaba Gayo Mario⁸⁴, su lugarteniente, con la caballería, y los jinetes de las fuerzas auxiliares los había repartido a ambos flancos entre los tribunos de las legiones⁸⁵ y los comandantes de batallón, a fin de que la infantería ligera, mezclada con ellos, rechazase a la caballería enemiga por cualquier parte que se aproximase. Pues Jugurta tenía tal capacidad de fraude y tan gran conocimiento [8] de la topografía y el arte bélico que no estaba claro si era más pernicioso ausente o presente, estando en paz o haciendo la guerra.

[47] Había no lejos del itinerario que seguía Metelo⁸⁶ una ciudad núpida de nombre Vaga, lugar de mercado el más concurrido de todo el reino, donde acostumbraban a fijar su residencia y comerciar muchos individuos de origen itálico. [2] Aquí puso el cónsul una guarnición, tanto para ver si lo toleraban, como por la ventaja del sitio. Además, exigió que le acarreasen trigo y demás cosas útiles para la guerra, en la creencia de que, tal como invitaba a pensar la situación, el gran número de comerciantes ayudaría al ejército con su abastecimiento y serviría de refuerzo para lo que tenía ya logrado. [3] Mientras se daban estos pasos, Jugurta enviaba todavía más insistentemente a sus delegados a suplicar, a pedir la paz, a poner todo a disposición de Metelo, salvo su vida y [4] la de sus hijos. Igual que a los anteriores, el cónsul los devolvía a casa tras incitarlos a que hiciesen traición; al rey ni le negaba ni le prometía la paz que pedía, y con estos retrasos aguardaba el cumplimiento de las promesas de los delegados.

[48] Jugurta, cuando comparó las palabras y los hechos de Metelo y cayó en la cuenta de que le estaba atacando con sus mismas armas, puesto que se le anunciaba la paz de palabra, y de hecho la guerra era terrible, de que se le había enajenado la mayor de sus ciudades, su territorio era ya conocido por el enemigo y le estaban tanteando el ánimo a su gente, obligado por la fuerza de las circunstancias, decidió [2] combatir con

las armas. De modo que, tras espiar el itinerario del enemigo, concibiendo por la ventaja del lugar la esperanza de una victoria, organiza el mayor contingente posible de tropas de todas las armas y por trochas secretas se anticipa al ejército de Metelo.

Había en esta parte de Numidia, que había pertenecido a [3] Adérbal en el reparto, un río que nacía al Sur, por nombre Mutul⁸⁷, a pocos kilómetros⁸⁸ de distancia del cual y en línea paralela a él había una cordillera, falta de vegetación y sin cultivo humano. Pero aproximadamente a la mitad de ésta se levantaba una especie de colina que se extendía a lo lejos⁸⁹, cubierta de acebuches, arrayanes y otras especies arbóreas que crecen en terrenos secos y arenosos. En cambio, [4] la llanura central estaba desierta por falta de agua, excepto el espacio próximo a la corriente; éste estaba cuajado de arbustos y era frecuentado por ganado y agricultores.

Así pues, en esta colina que hemos explicado que se extendía [49] perpendicularmente al río, Jugurta tomó posiciones con un frente poco denso. Dio el mando de los elefantes y de parte de las tropas de infantería a Bomílcar, explicándole qué es lo que tiene que hacer; él se coloca más cerca del monte con toda la caballería e infantería selecta. A continuación, [2] pasando revista uno por uno a los escuadrones y manípulos les exhorta y conjura a que tengan presente su prístino valor y su victoria, y le defiendan a él y su reino de la codicia de los romanos: el combate lo iban a librar con quienes antes habían hecho pasar vencidos bajo su yugo; habían cambiado de general, no de espíritu; todo cuanto correspondía a un general lo había previsto él para el bien de los suyos: un lugar ventajoso, para que luchasen prevenidos contra incautos, y ni inferiores en número contra muchos, ni [3] inexpertos contra verdaderos guerreros. Por eso, que estuviesen alerta y atentos para atacar a los romanos al dar la señal; aquel día había de ratificar todos sus esfuerzos y triunfos [4] o ser el inicio de las más grandes calamidades. Aparte de eso, hombre por hombre, conforme había distinguido a cada cual con dinero o condecoraciones por acción de guerra, les recordaba su merced y los ponía de ejemplo a los demás; por último, según el carácter de cada uno, los iba estimulando de manera diferente, con promesas, amenazas o súplicas. Cuando en esto, Metelo, que no sabía nada del [5] enemigo, desciende del monte con su ejército y le divisa. A lo primero se quedó dudando ante el insólito cuadro que se le ofrecía (pues los númidas y sus caballos habían tomado posiciones entre el ramaje, pero ni estaban ocultos por completo, dada la poca altura de los árboles, ni tampoco dejaban ver de qué se trataba, pues se hallaban disimulados, ellos y las enseñas militares, por la naturaleza del paraje y su fraude); y luego, reconociendo al punto la emboscada, ordena [6] un breve alto a la columna. Allí, cambiando la formación, dispuso la tropa en triple línea de combate⁹⁰ hacia el flanco derecho, que era el más cercano al enemigo; distribuye a los honderos y arqueros entre los manípulos, coloca toda la caballería en las alas, y, después de arengar concisamente a los soldados a tenor de las circunstancias, traslada las tropas a la llanura tal como las había formado, imprimiéndoles un giro a la izquierda.

Pero cuando se dio cuenta de que los númidas se estaban [50] quietos y no bajaban de la colina, temiendo, por la época del año y la falta de agua, que la sed acabase con el

ejército, ordenó a Publio Rutilio⁹¹, su lugarteniente, adelantarse con unas cohortes armadas a la ligera y parte de la caballería en dirección al río, a fin de que fuese eligiendo un lugar para el campamento, estimando que el enemigo retardaría su marcha con continuos ataques y escaramuzas en los flancos, y que, puesto que no tenía confianza en las armas, pondría a prueba el cansancio y la sed de los soldados. Luego, [2] él iba avanzando lentamente, a tenor de la situación y el terreno, de la misma manera que había descendido del monte, llevando a Mario detrás de la vanguardia⁹² y yendo él con los jinetes del ala izquierda, que en el orden de marcha habían quedado los primeros.

Ahora bien, Jugurta, cuando ve que la retaguardia de [3] Metelo había rebasado a sus primeros hombres, ocupa con un destacamento de alrededor de dos mil soldados de infantería el monte por donde había bajado Metelo, para evitar que, llegado el caso de que retrocediesen, sirviese a sus adversarios de retirada y, más tarde, de fortificación. Luego, de [4] repente, dando la señal se abalanza contra el enemigo. Unos númidas hacían estragos en la retaguardia, otros probaban por izquierda y derecha, se mostraban atacando y presionaban, en todos los puntos desorganizaban las filas de los romanos. Entre éstos, incluso los que habían hecho frente al enemigo con ánimo más firme se veían burlados por la confusión del combate, y mientras ellos eran heridos sólo de lejos, no tenían posibilidad de herir a su vez o de trabar [5] combate. Aleccionados ya con anterioridad por Jugurta los jinetes, cuando el escuadrón de los romanos comenzaba a perseguirlos, se retiraban, no en filas cerradas ni al mismo [6] punto, sino lo más alejados posible los unos de los otros. De este modo, al ser superiores en número, si no podían hacer desistir al enemigo de su persecución, los atacaban por la espada y por los flancos cuando estaban desanimados. Y si para huir resultaba más adecuada una colina que los llanos, los caballos de los númidas, que estaban acostumbrados, se abrían paso por allí con facilidad entre los ramajes, mientras que a los nuestros lo abrupto y desconocido del lugar los entorpecía.

[51] Por lo demás, el aspecto general de la batalla era múltiple, incierto, horrible y lastimoso. Aislados de los suyos, unos retrocedían, otros avanzaban; no prestaban atención a las banderas ni a las filas; donde el peligro sorprendía a cada cual, allí se quedaba, y trataba de rechazar al enemigo; armas ofensivas y defensivas, hombres y caballos, enemigos y conciudadanos andaban mezclados; nada se hacía respondiendo a un plan y al mando, el azar lo gobernaba todo. [2] Así es como había transcurrido buena parte del día y entretanto [3] el resultado estaba en el aire. Por fin, agotados todos por el esfuerzo y el calor⁹³, cuando Metelo ve que los númidas aflojaban en el ataque, va reuniendo poco a poco a sus soldados, reorganiza las filas y coloca cuatro cohortes de legionarios⁹⁴ cara a la infantería enemiga. La mayor parte de ésta había tomado posiciones, exhausta, en puntos elevados. Al mismo tiempo rogaba y exhortaba a los soldados [4] para que no desfallecieran ni permitieran vencer a unos enemigos siempre en fuga; decíales que no tenían campamento ni baluarte alguno adonde encaminarse en su retirada, que todo dependía de las armas. Pero tampoco Jugurta se estaba [5] quieto entretanto: iba de ronda dando ánimos, reavivaba el combate, y con gente escogida él

personalmente probaba a atacar por todas partes, socorría a los suyos, presionaba a los enemigos vacilantes; a los que sabía que estaban firmes, los inmovilizaba peleando de lejos.

De este modo combatían entre sí dos generales que eran [52] hombres extraordinarios, personalmente del mismo nivel, aunque con recursos diferentes: pues Metelo tenía a su favor [2] el coraje de sus soldados y en contra el terreno; Jugurta, excepto los soldados, todo lo demás favorable. Finalmente, los [3] romanos, al comprender que no tienen escapatoria y que los enemigos no les dan posibilidad de pelear (y ya era la caída de la tarde) trepan por la colina de enfrente, como les había sido ordenado. Perdidas sus posiciones, los númidas fueron [4] arrollados y puestos en fuga; murieron unos pocos, pero la velocidad y el paraje, que los enemigos no conocían, salvaron a la mayoría.

Entretanto, Bomílcar, a quien como hemos dicho más arriba [5] Jugurta puso al frente de los elefantes y de parte de las tropas de infantería, cuando Rutilio lo hubo rebasado, hace descender a los suyos despacio al lugar llano y, mientras el oficial romano continúa su marcha apresurada en dirección al río adonde le habían mandado, prepara el frente de combate con calma, como permitía la situación, y no deja de [6] espiar la actividad del enemigo en cada lugar. Así que se enteró de que Rutilio había hecho alto ya y se había relajado, y aumentaba al tiempo el griterío del combate de Jugurta, temiendo que el oficial romano, al enterarse de la situación, acudiese en socorro de los suyos, al hallarse éstos en apuros, extiende el frente de la batalla, que había antes dispuesto en espesa formación porque no se fiaba del valor de sus soldados, con el fin de obstaculizar la marcha de los enemigos, y de este modo avanza hacia el campamento de Rutilio.

[53] Los romanos se percatan de repente de una gran polvareda, pues el campo cuajado de matorrales impedía la vista de lejos. Primero pensaron que el viento levantaba la tierra seca, luego, al ver que permanecía igual y que, conforme se movía la tropa, se iba aproximando sin cesar, al descubrir de qué se trataba, cogen a toda velocidad las armas y forman [2] delante del campamento, según se les ordenaba. Luego, cuando se llegó a corta distancia, ambos bandos salen corriendo [3] con gran griterío. Los númidas aguantaron sólo mientras vieron ayuda en los elefantes; luego, al verlos enredados en las ramas de los árboles y que, diseminados de este modo, los acorralaban, salen en desbandada y los más, después de arrojar sus armas, escapan sanos y salvos con el amparo de la colina o de la noche, que ya se echaba encima. [4] Fueron capturados cuatro elefantes, y muertos los cuarenta [5] restantes. Por su parte, los romanos, aunque estaban cansados de la marcha, el trabajo del campamento y el combate, no obstante, como Metelo se retrasaba más de lo que era de [6] esperar, avanzan a su encuentro formados y en alerta. Pues la perfidia de los númidas no permitía relajarse ni descuidarse. [7] Y a lo primero, cuando en la oscuridad de la noche no distaban mucho entre sí, dado el estrépito que hacían como si se acercasen los enemigos, se infundían unos a otros miedo y sobresalto; y por falta de previsión casi se habría perpetrado un acto lastimoso, si no hubieran investigado la situación jinetes de cada parte enviados por delante. De manera [8] que repentinamente el miedo se trocó en alegría. Los soldados se

llamaban los unos a los otros llenos de contento, contaban y escuchaban lo que habían hecho, cada cual ponía por las nubes sus actos de valor. Y es que naturalmente las cosas humanas son así: a la hora del triunfo hasta los cobardes se permiten vanagloriarse; la adversidad rebaja incluso a los valientes.

Metelo se queda cuatro días en el mismo campamento y [54] cura con todo mimo a los heridos, condecora según la norma militar a los que han destacado en combate, y reunidos en asamblea elogia a todos y les da las gracias, exhortándoles a que muestren idéntico espíritu para lo que queda, que es cosa ligera: por la victoria ya han combatido bastante, el esfuerzo restante sería por el botín. Con todo, entretanto, envió [2] a desertores y a otros hombres idóneos a explorar dónde andaba Jugurta y qué se traía entre manos, si estaba con pocos o tenía un ejército, y cómo llevaba el haber sido vencido. Pero aquél se había retirado a parajes boscosos y defendidos [3] de manera natural, y allí reunía un ejército más numeroso, pero torpe y frágil, más habituado a la agricultura y al pastoreo que a la guerra. Era así por la sencilla razón de que, [4] aparte de la caballería real, ni uno solo de entre todos los númidas acompaña al rey después de la derrota. Cada cual se va adonde le da la gana y ello no se considera una vergüenza militar: sus costumbres son ésas.

De modo que Metelo, al ver que el ánimo del rey se [5] mantenía todavía altivo, que se reanudaba la guerra, la cual como no fuera al antojo de aquél no se podía hacer, que además la pugna con el enemigo era desigual, y que menos pérdidas revestía para ellos ser vencidos que para los suyos vencer, decidió que había que hacer la guerra, no a golpe de [6] batallas y frentes de combate, sino de otra manera. Es así como se encamina a los lugares más ricos de Numidia⁹⁵, devasta los campos, toma e incendia muchos fortines y plazas, mal protegidas o sin guarnición, y da orden de matar a los mozos, y de que todo lo demás pase a ser botín de los soldados. Por temor a ello, muchas personas fueron entregadas a los romanos como rehenes, ofreciéndoseles abundantemente trigo y otras cosas que pudiesen ser necesarias. Dondequiera que lo aconsejaba la situación, se establecía una guarnición. [7] Estas actividades aterrorizaban al rey mucho más que la derrota [8] sufrida por los suyos, puesto que una persona cuya esperanza toda estaba puesta en la huida se veía obligada a la persecución y, quien no había podido defender su terreno, a [9] hacer la guerra en el del otro. Sin embargo, dentro de sus posibilidades, elige el plan que se le antojaba mejor. Ordena a la mayor parte de su ejército aguardar en el mismo paraje, y él se pone a perseguir a Metelo con una elite de caballería y, como gracias a sus marchas nocturnas a través del campo, nadie lo advierte, ataca por sorpresa a los romanos desperdigados. [10] La mayor parte de éstos caen desarmados, muchos son apresados, y ni uno solo escapa indemne; y los númidas, antes de que lleguen refuerzos del campamento, se retiran a las colinas más cercanas, como se les había ordenado.

[55] Entretanto, en Roma, se produjo un gran gozo al conocerse las actuaciones de Metelo: él y su ejército se habían portado al estilo de los antepasados; pese a hallarse en terreno desfavorable, había salido vencedor por su arrojo, se estaba apoderando del campo del enemigo y había obligado a Jugurta, engreído por la pusilanimidad de Albino,

a poner su esperanza de salvación en el desierto y en la huida. En consecuencia, [2] el senado decretaba acciones de gracias⁹⁶ a los dioses inmortales por estas felices hazañas; la ciudad, antes convulsa y preocupada por el resultado de la guerra, estaba dichosa: la gloria de Metelo era eximia. Por ello, pues, se [3] esforzaba por la victoria con más ahínco, se daba prisa por todos los medios, cuidando no obstante de no ofrecer fácil blanco al enemigo en ninguna parte, y recordaba que tras la gloria suele venir la envidia. Así que cuanto más famoso [4] era, tanto más angustiado estaba, y después de la emboscada de Jugurta ya no hacía botín con el ejército desparramado por el país. Cuando había necesidad de trigo o de pasto, iban de guardia unos batallones con toda la caballería; pero el campo era asolado con incendios más que con el pillaje. Él en persona conducía una parte del ejército, y a los restantes [5] los llevaba Mario; hacían los campamentos en dos puntos [6] no distantes entre sí; cuando había que recurrir a la fuerza, [7] acudían todos a una; por lo demás, actuaban por separado para que la dispersión y el terror alcanzasen más extensión. Durante ese tiempo Jugurta los seguía a través de las colinas, [8] buscaba el momento y el lugar para combatir por donde había oído que llegaría el enemigo; envenenaba el pasto y las fuentes, de las que había escasez; se hacía ver unas veces por Metelo y otras por Mario, provocaba a los últimos de la columna, y al instante regresaba a las colinas; amenazaba a unos, luego a otros; no libraba batalla ni los dejaba en paz, únicamente entorpecía los planes del enemigo.

El generalísimo romano, al ver que le estaban cansando [56] con artimañas y que el enemigo no le daba posibilidad de combatir, decidió asediar una gran ciudad, de nombre Zama⁹⁷, baluarte del reino en la zona donde estaba situada, en la idea de que, como lo exigía el hecho, Jugurta vendría en auxilio al estar en peligro los suyos, y allí se daría la batalla. [2] Mas aquél, informado por los desertores de lo que tramaba, a marchas forzadas se anticipó a Metelo. Recomienda a los habitantes de la plaza que defiendan las murallas, añadiéndoles en su ayuda a los desertores, la clase más firme de las [3] tropas del rey, porque no podían engañarle; además, les promete que en su momento vendrá él con el ejército. Tras convenir esto, se retira a unos parajes lo más ocultos posible y, poco después, se entera de que Mario ha sido enviado sobre la marcha a buscar trigo con unas pocas cohortes a Sica⁹⁸, que era la primera ciudad que, después de la derrota, había hecho defección del rey. Hacia allá se encamina de noche con una elite de caballería y, cuando ya salían los romanos, les da batalla en la puerta, y al mismo tiempo anima a los de Sica con grandes gritos para que acorralen a las cohortes por la espalda: el azar les brindaba la suerte de una acción gloriosa; si la ejecutaban, él pasaría después su vida [5] con su reino, y ellos en libertad y sin temor. Y si Mario no se hubiera apresurado a lanzarse al ataque y a escabullirse de la ciudad, sin duda todos o gran parte de los de Sica se habrían cambiado de bando: con semejante volubilidad se conducen [6] los númidas. Los soldados de Jugurta, tras ser contenidos un poco por el rey, una vez que los enemigos apretaron con más fuerza, salieron huyendo y sufrieron unas pocas pérdidas.

Mario llegó a Zama. Esta plaza, situada en una llanura, [57] estaba fortificada a base de obras más que por naturaleza, y no carecía de ninguna cosa necesaria, estando bien abastecida de armas y de hombres. Por lo tanto, Metelo, una vez [2] dispuestas las

operaciones en conformidad con las circunstancias y el terreno, rodea con el ejército todo el perímetro de las murallas, indicando a sus lugartenientes dónde tenía que ejercer el mando cada cual. Luego, al dar señal, de todas [3] partes se levanta al mismo tiempo un inmenso griterío, hecho que tampoco aterra a los númidas: con las armas prestas y en alerta permanecen sin alborotarse. Comienza el [4] combate. Los romanos, según el carácter de cada cual, unos peleaban desde lejos, con bolas y piedras, otros se aproximaban, y, bien socavaban el muro, bien lo asaltaban con escaleras, deseando llegar a las manos. Frente a ello los de la [5] plaza dejaban caer peñascos sobre los más próximos, y lanzaban estacas y dardos y pez mezclada con azufre y teas, todo ardiendo. Y ni siquiera a aquéllos que se habían quedado [6] lejos les había protegido bastante su ánimo pusilánime, pues a los más les herían los disparos hechos por la artillería o a mano, de modo que tanto los valientes como los cobardes corrían el mismo peligro, aunque era distinta su gloria.

Mientras se combate de este modo en Zama, Jugurta invade [58] de repente con un gran contingente el campamento de los enemigos; descuidados los que estaban de guardia y esperando cualquier cosa antes que un combate, irrumpe por la puerta. Los nuestros, paralizados por el repentino miedo, [2] buscan, cada uno por su lado y de acuerdo con su manera de ser, una salida: los unos huían, los otros echaban mano a las armas, y una gran parte fue herida o muerta. Ahora bien, no [3] más de cuarenta de entre todo el número, que tenían presente el nombre romano, formaron un pelotón y tomaron un lugar algo más elevado que el de los demás, y de allí no pudieron ser desalojados ni a viva fuerza; al contrario, recogían los dardos arrojados desde lejos y los volvían a arrojar y, como eran pocos contra muchos, fallaban menos. Y si los númidas se acercaban más, entonces daban muestras de su arrojo y los herían con extrema violencia, los dispersaban y ponían [4] en fuga. Entretanto, Metelo, que estaba librando una reñida batalla, oyó el griterío enemigo a sus espaldas y, luego, al dar la vuelta al caballo, advirtió que se producía una desbandada en dirección a él, hecho que revelaba que se trataba [5] de los suyos. En consecuencia, envió rápidamente al campamento a toda la caballería y, al instante, a Gayo Mario con las cohortes de aliados, y derramando lágrimas le suplica por su amistad⁹⁹ y por la patria que no permita que quede mancha alguna en el ejército vencedor, ni que el enemigo se vaya sin castigo. Mario ejecuta el encargo en un momento. [6] Jugurta, enredado en el sistema defensivo del campamento, pues los unos se lanzaban de cabeza por encima de la empalizada, los otros con la prisa se lastimaban a sí mismos en las estrecheces, tras perder a muchos, se retiró a lugares protegidos. [7] Metelo, sin poder culminar su empresa y cuando la noche se echaba encima, retorna con el ejército al campamento.

[59] De modo que al día siguiente, antes de salir a poner cerco, da orden de que toda la caballería se aposte delante del campamento por la parte por donde se esperaba la llegada del rey, asigna a los tribunos las puertas y las zonas próximas, y luego se dirige él a la plaza fuerte, y, como el día anterior, ataca el muro. Entretanto, Jugurta, saliendo de su escondite, [2] carga de repente contra los nuestros; los que estaban apostados más cerca se asustan un tanto y se perturban, los restantes acuden en su ayuda de inmediato.

Y los númidas [3] no hubiesen podido resistir mucho tiempo, si su infantería mezclada con la caballería no hubiera provocado una gran carnicería en el choque. Los jinetes, confiados en la infantería, no perseguían y luego retrocedían, como ocurre en las batallas ecuestres, sino que se enfrentaban de cara con los caballos y enredaban y perturbaban las líneas, y de este modo entregaban medio vencidos los enemigos a su rápida infantería.

Al mismo tiempo se combatía con gran violencia en el [60] sitio de Zama. Dondequiera que había al mando un legado o un tribuno, allí apretaban con toda energía y no ponían su esperanza los unos en los otros, sino cada uno en sí mismo. Y los de la plaza actuaban parejamente; repelían el ataque y se preparaban en todas partes, más anhelaban herir a los contrarios que protegerse a sí mismos. Los gritos se mezclaban [2] con las voces de ánimo, la alegría y los gemidos, y asimismo el estrépito de las armas llegaba hasta el cielo; los proyectiles volaban de un frente al otro. Pero aquellos que [3] defendían las murallas, cuando los enemigos hubieron remitido un tanto en el combate, contemplaban atentamente la batalla ecuestre. Se los veía ya contentos ya asustados, según [4] le iban las cosas a Jugurta en cada momento, y como si pudiesen ser oídos o vistos por los suyos, los unos les aconsejaban, los otros los animaban o les hacían señas con las manos o hacían fuerzas con sus cuerpos, moviéndolos ora acá, ora allá, como para evitar el disparo o para lanzar un dardo. Cuando Mario se apercibió de ello (pues ejercía el [5] mando en esta parte), empezó a actuar más suavemente y a simular que no tenía confianza en su tarea, a consentir que los númidas contemplasen la batalla de su rey sin incordiarlos. [6] Estando ellos tan ensimismados en su afán por los suyos, de repente ataca el muro con gran violencia. Y ya los soldados, subiendo por las escaleras, casi se habían afianzado a las alturas, cuando los de la plaza salen corriendo y [7] arrojan contra ellos piedras, fuego y otros proyectiles. Los nuestros resistían al principio, luego, cuando se partieron unas cuantas escaleras, los que habían estado encima de ellas se vinieron al suelo y los demás, como pudieron, pocos sin daño, una gran parte cubiertos de heridas, se alejaron de [8] allí. Por último, la noche suspendió el combate de uno y otro lado.

[61] Metelo, al ver que eran vanos sus intentos, que no tomaba la ciudad y que Jugurta no peleaba como no fuese en emboscadas o en su propio terreno, y que el verano estaba ya terminado¹⁰⁰, se aleja de Zama y establece sus guarniciones en aquellas ciudades que habían hecho defección a su causa y se hallaban suficientemente fortificadas por la situación [2] o por sus murallas. El resto del ejército lo instala en la parte de la provincia más cercana a Numidia¹⁰¹ para que [3] pase el invierno. Y este tiempo no lo dedica, como es norma en otros, al descanso o la buena vida, sino que, dado que la guerra adelantaba poco con las armas, decide hacer un atentado al rey con el concurso de sus amigos y recurrir a la traición de éstos en sustitución de las armas.

[4] Así es como aborda con muchas promesas a Bomílcar, que había estado en Roma con Jugurta y luego había eludido clandestinamente el juicio por la muerte de Masiva tras presentar sus fiadores, porque gracias a que gozaba de la máxima amistad tenía también la máxima posibilidad de sorprender a Jugurta. Y para empezar logra que venga a él a [5] escondidas para entrevistarse, y, luego, dándole la palabra de honor de que si le entrega a Jugurta vivo o muerto el senado le concederá la impunidad y todo lo

que es suyo, convence fácilmente al númida, quien no sólo era de carácter traidor sino que temía que, en caso de hacerse la paz con los romanos, fuese una de las condiciones entregarle a él para que sufriera la pena de muerte.

Bomílcar, a la primera oportunidad que tuvo, se le acerca [62] a Jugurta, que se hallaba angustiado y lamentándose de su suerte, y le aconseja y ruega con lágrimas que piense alguna vez en sí, sus hijos y el pueblo de los númidas, que tanto se lo merece: ellos han sido derrotados en todos los combates, les han devastado el campo, tienen a muchos hombres prisioneros y muertos, los recursos del reino han disminuido; ya han puesto a prueba bastantes veces el valor de los soldados y la fortuna; cuidado debía tener, no fuese que ante sus cavilaciones los númidas decidieran actuar por su cuenta. Con estas y semejantes razones impulsa el espíritu [2] del rey a la rendición. Se despachan embajadores¹⁰² al general [3] romano a decirle que Jugurta está dispuesto a hacer lo ordenado y a entregarse sin condiciones, él y su reino, a Metelo bajo palabra de honor. Éste ordena llamar al momento de [4] los cuarteles de invierno a todos los de la clase senatorial¹⁰³ y con éstos y otros a los que consideraba competentes celebra un consejo. De este modo, según norma de los antepasados, [5] en virtud del decreto del consejo, exige a Jugurta a través de los embajadores doscientas mil libras de plata¹⁰⁴, todos los elefantes y cierta cantidad de caballos y armas. Una vez que se cumplió esto sin tardanza, ordena que le traigan a todos los desertores presos. Fueron traídos gran parte de éstos, como había sido ordenado. Unos pocos se habían marchado junto al rey Boco a Mauritania, tan pronto [8] como empezó la rendición. De modo que Jugurta, al verse despojado de las armas, de los hombres y del dinero, y al ser llamado a Tisidio¹⁰⁵ él mismo para recibir órdenes, otra vez comenzó a cambiar de opinión y a temer por su mala [9] conciencia lo que se merecía. Finalmente, tras consumir muchos días en las dudas, estimando unas veces, harto de sufrir reveses, que todo era preferible a la guerra, y otras meditando para sus adentros qué dura era la caída del trono a la esclavitud, después de haber perdido inútilmente muchos e importantes [10] contingentes, emprende la guerra de nuevo. En Roma el senado, consultado sobre el reparto de provincias, había asignado Numidia a Metelo.

[63] Por la misma época, estando Gayo Mario en Útica haciendo un sacrificio a los dioses, el arúspice le había dicho que los presagios eran para él importantes y maravillosos: que consiguiientemente llevase adelante con confianza en los dioses lo que le andaba rondando en la cabeza, y pusiese a prueba cuantas veces quisiera al azar, que todo le iba a salir [2] a pedir de boca. Y a él ya antes le atormentaba un enorme deseo de alcanzar el consulado¹⁰⁶, para conseguir el cual, excepto la antigüedad familiar, todo lo demás lo tenía con creces: diligencia, honradez, gran conocimiento militar, ánimo grande en la guerra, modesto en la vida civil, dominador de sus pasiones y de las riquezas, ávido de gloria únicamente.

Nacido y criado¹⁰⁷ durante toda la infancia en Arpino, [3] tan pronto como estuvo en edad militar¹⁰⁸ se ejercitó en la vida de campaña, no en la oratoria griega ni en los refinamientos de la ciudad. De este modo su espíritu íntegro maduró pronto en medio de

las buenas prácticas. En consecuencia, [4] tan pronto como pidió al pueblo el tribunado militar¹⁰⁹, aunque la mayoría no lo conocían de cara, como era conocido por sus actos, todas las tribus lo votaron sin dificultad. Luego, [5] después de este cargo, fue consiguiendo uno tras otro¹¹⁰, y en el poder se comportaba siempre de modo que se le consideraba merecedor de otro superior al que desempeñaba. Sin embargo, siendo como era este hombre por aquel entonces [6] (pues posteriormente la ambición lo llevó a la ruina), no se atrevía a presentarse al consulado. Todavía entonces la plebe confería los demás cargos, pero el consulado se lo pasaba [7] la nobleza de mano en mano¹¹¹. Ningún hombre nuevo era tan famoso ni sus actos tan singulares que no fuese tenido por indigno de aquel cargo y como apestado para el mismo.

[64] De manera que cuando Mario ve que las palabras del arúspice iban en el mismo sentido que aquel al que su ambición le impulsaba, pide a Metelo un permiso para ir a presentarse. Aunque en este hombre se daban cita por demasía el valor, el amor de la gloria y demás cualidades que la gente de bien anhela, había en él no obstante un espíritu [2] despectivo y la arrogancia, defecto común de la nobleza. De modo que a lo primero impresionado por lo insólito de la cosa se quedó admirado de sus planes y, como si fuera por amistad, le aconsejaba que no se plantease una aspiración tan descabellada ni cobrase ánimos por encima de su clase social: no todo el mundo debía desearlo todo, él debía estar satisfecho con las cosas que tenía; en fin, debería tener cuidado de solicitar del pueblo romano lo que éste con razón le [3] negaría. Así que le hubo dicho estas y parecidas razones sin lograr hacer cambiar de opinión a Mario, le respondió que tan pronto se lo permitiesen los asuntos públicos, haría lo [4] que le solicitaba. Y después, cuando una y otra vez le pedía lo mismo, se dice que le respondía que no tuviera prisas en marcharse, que ya tendría tiempo de presentarse al consulado con su propio hijo¹¹². Éste hacía el servicio por esta época allí mismo, en la tienda de su padre, y tenía como veinte años de edad. Semejante actitud inflamó enormemente a Mario, no sólo en pro del cargo que anhelaba, sino también en contra de Metelo. En consecuencia, empezó a conducirse [5] con ambición y cólera, pésimos consejeros. No se abstenía de ningún acto o palabra con tal de que fuese oportuno para sus pretensiones, mandaba a los soldados, al frente de los cuales estaba en los cuarteles de invierno, con disciplina más relajada que anteriormente; delante de los comerciantes, de los que había gran multitud en Útica, hablaba de la guerra con críticas y bravatas a la vez: si le concediesen la mitad del ejército en pocos días tendría encadenado a Jugurta; el general iba dando largas a sabiendas, porque era un individuo vano y de arrogancia propia de un rey, y disfrutaba en exceso con el mando. Todos estos dictérios se les antojaban [6] a ellos harto fundados porque con la prolongación de la guerra habían perdido el patrimonio, y al que anhela algo en su alma nada le parece bastante rápido.

Había además en nuestro ejército cierto númida de nombre [65] Gauda¹¹³, hijo de Mastanábal y nieto de Masinisa, a quien en el testamento Micipsa había nombrado heredero en segunda instancia, que había padecido varias enfermedades, razón por la cual era un poco deficiente mental. Éste había [2] pedido que, según la tradición real, le

colocaran una silla al lado del general, y asimismo, posteriormente, un escuadrón de caballería como guardia de corps, y ambas cosas se las había denegado Metelo: el honor, porque éste era sólo de aquellos a los que el pueblo romano daba el título de reyes; el destacamento, porque resultaría insultante para ellos poner a unos jinetes romanos como guardaespaldas de un númida. Mario aborda a éste, que estaba en vilo, y lo anima a [3] vengarse del general por su afrenta con su propia ayuda. Hombre de espíritu poco cabal por culpa de las enfermedades, lo pone eufórico con sus palabras prometedoras: él es un rey, un hombre de valía, nieto de Masinisa; si Jugurta cayera prisionero o fuera muerto, obtendría sin tardanza el imperio de Numidia; esto podía ocurrir muy pronto, si lo enviaban [4] a él como cónsul a esta guerra. Así, tanto a Gauda como a los caballeros romanos, soldados y comerciantes¹¹⁴, los impulsa, movidos unos por él mismo, los más por la esperanza de paz, a que escriban a sus allegados en Roma en términos negativos contra Metelo acerca de la guerra, y reclamen [5] a Mario como general. Así, muchas personas solicitaban el consulado para él con la más honorable de las manifestaciones, y simultáneamente, por aquella época, la plebe, una vez derrotada la nobleza mediante la ley Mamilia, sacaba a flote a los hombres nuevos. De modo que todo le salía a Mario a pedir de boca.

[66] Entretanto, Jugurta, así que reemprende la guerra tras abandonar la rendición, con gran cuidado preparaba todo, se daba prisa, reunía al ejército, trataba de atraerse por el terror, o haciéndoles ver la recompensa, a las ciudades que habían desertado de él, fortificaba sus enclaves, restauraba o compraba el armamento y el resto de las cosas que había perdido con la esperanza de la paz, intentaba ganarse a los esclavos romanos, y a los mismos que estaban en las guarniciones los tentaba con el dinero; en fin, no dejaba intacto ni en paz nada, todo lo removía. De modo que los más importantes [2] de la ciudad¹¹⁵ de Vaga, donde al comienzo, cuando Jugurta hablaba de paz, Metelo había establecido una guarnición, cansados de las súplicas del rey y porque, si habían desertado antes, no lo habían hecho por su voluntad, traman un complot en común. Pues la plebe, como suele ocurrir, y principalmente entre los númidas, era de carácter voluble, sediciosa y amante de las discordias, proclive a las novedades y enemiga de la quietud y de la paz. Luego, tras convenir los detalles, fijan la fecha para dos días después, porque este día, festivo y celebrado en toda el África, ofrecía diversión y regocijo más que temor. Cuando llegó el momento, [3] invitan a sus propias casas a los centuriones y tribunos militares¹¹⁶ y al propio comandante de la plaza, Tito Turpilio Silano¹¹⁷, cada cual a uno. A todos ellos excepto a Turpilio los degüellan durante el banquete, a continuación atacan a los soldados, que andan sin rumbo y sin armas, como es natural en semejante día y al estar sin mandos. Y lo mismo [4] hace la plebe, unos aleccionados por la nobleza, otros estimulados por su afición a cosas así; para éstos, aunque nada sabían del plan y de lo que se estaba llevando a cabo, el tumulto en sí y las novedades eran satisfacción bastante.

Los soldados romanos, desconcertados por un temor [67] inesperado y sin saber qué hacer exactamente, se revolvían nerviosos. La guarnición enemiga les impedía llegar al alcázar de la plaza, donde estaban las banderas y los escudos, y las puertas cerradas con

anterioridad les impedían la huida; aparte de eso, desde los tejados de los edificios, las mujeres y los niños les arrojaban a porfía las piedras y otros objetos [2] que el lugar ponía a su disposición. Por ello, no podían ni esquivar el doble peligro ni, pese a ser los más fuertes, podían resistir a los de condición más débil: caían degollados indistintamente valientes y cobardes, valerosos y débiles, [3] sin ser vengados. En tan calamitosa situación, con los nubes apretando encarnizadamente y la plaza cerrada por todas partes, el comandante Turpilio fue el único de todos los itálicos que escapó indemne. Si esto sucedió así por compasión de su anfitrión o un pacto con él o por puro azar, no lo sabemos bien; excepto que, por haber sido para él en tan mal trance preferible una vida vergonzosa a una fama intachable, se nos antoja un malvado y un miserable.

[68] Metelo, cuando se enteró de lo que había pasado en Vaga, entristecido se apartó un rato de la vista de la gente. Luego, cuando se mezclaron la ira y la pesadumbre, se apresura [2] a ir a castigar la afrenta con el máximo cuidado. Saca a la hora de la puesta del sol¹¹⁸ la legión con la que pasaba el invierno y el mayor número posible de jinetes nubes con sus armas ligeras y, al día siguiente, alrededor de la tercera hora, llega a una llanura circundada por cerros de mediana [3] altura. En este lugar explica a los soldados, cansados por lo largo de la marcha y ya renuentes a todo, que la ciudad de Vaga distaba no más de una milla¹¹⁹, y que era un honor para ellos soportar con ánimo sereno el esfuerzo restante para infligir un castigo en defensa de sus conciudadanos, hombres tan valientes y desafortunados; a más de esto les hacer ver generosamente el botín. Reactivados de este modo sus [4] ánimos, ordena que los jinetes vayan desplegados delante, y detrás los infantes lo más apiñados posible y ocultando las banderas.

Los de Vaga, cuando se percataron de que un ejército se [69] encaminaba en dirección a ellos, al principio, pensando, como era el caso, que se trataba de Metelo, cerraron las puertas. Después, al ver que ni arrasaban sus campos y que los que marchaban en cabeza eran jinetes nubes, juzgando entonces que era Jugurta, salen a su encuentro con gran alborozo. Jinetes e infantería, dada la señal de repente, diezmaban [2] los unos a la gente que se había desparramado desde la plaza, los otros salían a escape hacia las puertas, otros tomaban las torres: la rabia y la esperanza de botín podían más que el cansancio. De este modo, los de Vaga sólo se [3] alegraron con su perfidia dos días. Una ciudad grande y con recursos fue toda ella víctima de la represalia o del saqueo. Turpilio, el comandante de la plaza que—como dijimos [4] arriba—fue el único entre todos que se escapó, obligado por Mételo a defenderse, como fue pobre su justificación, condenado y castigado a recibir latigazos, pagó su castigo con la muerte. Pues era ciudadano del Lacio¹²⁰.

Por la misma época, Bomílcar, a cuyo impulso Jugurta [70] había iniciado la rendición que abandonó por miedo, sospechoso para el rey y él también recelando de éste, pretendía un cambio de situación, buscaba un engaño para perder a aquél, día y noche atormentaba su espíritu. Por último, [2] puesto a intentarlo todo, se asocia con Nabdalsa¹²¹, persona noble, de grandes medios, ilustre y grato a sus compatriotas, quien en ausencia del rey solía dirigir el ejército y llevar a cabo todas las tareas que no podía

atender Jugurta por estar [3] agotado u ocupado en menesteres más importantes; en ello encontró él la gloria y las riquezas. De manera que de acuerdo entre ambos se fija la fecha de la conjura; decidieron que lo demás se organizaría de acuerdo con los acontecimientos. [4] Nabdalsa partió para el ejército, que tenía cerca de los cuarteles de invierno de los romanos a fin de no dejar que los enemigos esquilmasen impunemente el campo. Cuando, [5] consternado por la magnitud de la empresa, no se presentó a la cita, impidiendo su miedo llevar a cabo la acción, Bomílcar, ávido de realizar su proyecto y angustiado por el miedo de su cómplice, no fuese a ser que rechazara el prístino plan y buscara uno nuevo, le envía una carta a través de personas de confianza, en la cual acusaba al individuo de blandenguería y cobardía, le ponía por testigos a los dioses en cuyo nombre había jurado, le advertía que no convirtiera en su ruina las recompensas de Metelo: la perdición de Jugurta estaba a la vuelta de la esquina, y lo único que se estaba dilucidando era si perecía por el arrojo de ellos dos o el de Metelo; que recapacitara por tanto si prefería las recompensas o la tortura.

[71] Pero cuando llegó esta carta, por casualidad Nabdalsa, que se había cansado con ejercicios físicos, estaba descansando [2] en la cama, donde, al conocer las palabras de Bomílcar, primero le entró preocupación, y luego, como suele pasarle [3] al espíritu enfermo, sueño. Estaba con él cierto número que le llevaba los asuntos, leal y apreciado por él, y al corriente [4] de sus planes, excepto del último. Este individuo, al enterarse de que había llegado carta, pensando por rutina que era necesaria su colaboración o su entendimiento, penetró en la tienda y, mientras aquél dormía, cogió la carta que había quedado al desgaire en la almohada, sobre su cabeza, y la leyó de cabo a rabo, y al punto, informado del complot, se encaminó al rey. Nabdalsa se despertó poco después y al no hallar la carta y tener conocimiento [por los desertores] de todo lo que había pasado, primero intentó dar alcance al delator y, cuando esto resultó inútil, se presentó ante Jugurta para tratar de calmarlo; le dice que él había intentado hacer esto, pero se le había adelantado su cliente a traición, y con lágrimas le ruega por su amistad y por sus anteriores actos de lealtad que no lo tenga por sospechoso de semejante crimen.

A esto respondió el rey serenamente en forma harto diferente [72] a como lo sentía. Con el ajusticiamiento de Bomílcar y de otros muchos de los que supo que habían sido cómplices del complot apaciguó su cólera, no fuera a ser que por aquello se originara una sedición. Y a partir de ese [2] preciso instante Jugurta no tuvo ni un día ni una noche en paz: no se fiaba de ningún sitio, de ninguna persona ni de ninguna circunstancia; temía por igual a sus paisanos y a los enemigos, lo escudriñaba todo y, ante cualquier ruido, se ponía a temblar; de noche descansaba cada vez en un sitio diferente, muchas veces contra el decoro real, y, a veces, despertándose del sueño, agarraba las armas y provocaba un altercado: de tal modo le desasosegaba el miedo como si fuera locura.

De modo que Metelo, cuando se enteró por los desertores [73] de la suerte de Bomílcar y de que se había descubierto el complot, otra vez organiza y apresura todo como para una nueva guerra. Manda a casa a Mario, que le importunaba [2] insistiendo en irse, considerando que teniéndolo en su contra e irritado con él de poco le iba a servir. Y en Roma la [3] plebe, al tener conocimiento de las cartas¹²² que habían llegado acerca

de Metelo y de Mario, había acogido de buena [4] voluntad lo que se decía sobre ambos. La nobleza, que antes era el prestigio del general, se trocó en impopularidad; en cambio, al otro le había granjeado el favor la humildad de [5] su linaje. Por lo demás, en ambos marcaron la pauta más las pasiones partidistas que sus buenas o malas cualidades. Y todavía los magistrados sediciosos exacerbaban al vulgo, pidiendo en todas las asambleas la cabeza de Metelo y celebrando [6] cada vez más las virtudes de Mario. Por último, la plebe¹²³ se apasionó a tal extremo que los artesanos y la gente del campo, cuya hacienda y crédito radicaban en sus manos, abandonaron sus trabajos y acudieron en masa ante [7] Mario, posponiendo sus necesidades a la honra de éste. Es así como, ante la consternación de la nobleza, y sin que esto ocurriese desde hacía mucho tiempo, se confía el consulado a un hombre nuevo¹²⁴. Y a continuación, el pueblo, al plantearle el tribuno de la plebe Tito Manlio Mancino¹²⁵ quién quería que llevase la guerra contra Jugurta, en masa votó por Mario. Pero poco antes el senado había asignado Numidia a Metelo: esta decisión quedó sin efecto.

Por las mismas fechas, Jugurta, después de perder a sus [74] amigos (a la mayoría de los cuales los había liquidado él mismo, y los restantes se habían escapado, los unos con los romanos, y los otros con el rey Boco), como no podía hacer la guerra sin ayudantes y consideraba peligroso probar la lealtad de los nuevos, habiendo sido tan grande la traición de los antiguos, se conducía contradictoriamente, lleno de incertidumbre. No le satisfacían ninguna cosa ni proyecto ni persona; cambiaba de itinerario y de comandantes a diario, marchaba ora contra el enemigo, ora a parajes desérticos, depositaba sus esperanzas unas veces en la huida y poco después en las armas, dudaba si confiar menos en el arrojo o en la lealtad de sus compatriotas; de este modo dondequiera [2] que se volvía, las cosas le eran adversas. Y en medio de estas dilaciones, de repente se presentó Metelo con el ejército. Los númidas fueron organizados y formados por Jugurta según las circunstancias, y al instante se entabla el combate. En la parte en que estaba presente el rey en la batalla, allí se [3] peleó algún tiempo, todos sus demás soldados fueron derrotados y puestos en fuga al primer choque. Los romanos se apoderaron de algún número de banderas y de armas, pero de pocos enemigos. Pues por lo común en todos los combates los pies más que las armas defienden a los númidas.

Con esta derrota, Jugurta, desconfiando todavía más de [75] su empresa, se va con los desertores y parte de la caballería al desierto, y luego llega a Tala¹²⁶, ciudad grande y rica, donde estaba la mayoría de los tesoros y se criaban con todas [2] las atenciones sus hijos. Cuando Metelo tuvo información de ello, si bien sabía que entre Tala y el río más cercano había cincuenta millas de terrenos secos y baldíos, no obstante, con la esperanza de liquidar la guerra si se apoderaba de esta plaza fuerte, se propone superar todas las dificultades [3] y vencer incluso a la naturaleza. Por ello, da orden de descargar los bártulos de todas las bestias¹²⁷, excepto el trigo de diez días, amén de transportar odres y otros recipientes [4] para el agua. Además, requisa en los campos el mayor número que puede de animales domésticos y los carga con vasijas de todas clases, pero especialmente

de madera, [5] recogidas en las chozas de los númidas. Más aún: indica a las gentes de los alrededores, que se habían entregado a Metelo después de la huida del rey, que traiga cada uno la mayor cantidad de agua posible, y les fija fecha y lugar [6] donde estén a su disposición, y él por su parte carga las bestias de agua del río, que hemos dicho arriba que era la más cercana a la plaza fuerte. Preparado de esta manera, [7] parte para Tala. Luego, cuando llegó al punto que se había señalado a los númidas, y hubo levantado y fortificado el campamento, cuentan que de repente cayó del cielo¹²⁸ tal cantidad de agua que ella sola dio abasto sobradamente al [8] ejército. Además, el aprovisionamiento fue más grande que el esperado, porque los númidas se habían esmerado en el cumplimiento de su deber, como hace la mayoría tras una reciente rendición. Por lo demás, los soldados, por espíritu [9] religioso, usaron el agua de lluvia sobre todo, y este hecho contribuyó a darles ánimos, pues pensaron que los dioses inmortales se preocupaban de ellos. Al día siguiente, contra lo que creía Jugurta, llegan a Tala. Los de la plaza fuerte, [10] que se habían considerado defendidos por lo intrincado del lugar, bien que impresionados por la insólita y gran hazaña, no por ello preparaban la guerra con menor ardor; lo mismo hacían los nuestros.

Mas el rey, sintiendo que ya no había nada que no pudiera [76] hacer Metelo, puesto que con su tesón había vencido todo, lo relativo al armamento, a lugares y fechas y, en fin, hasta a la naturaleza que manda en los demás, huyó de la ciudad de noche, con sus hijos y gran parte del dinero. Y posteriormente no se detuvo en ningún lugar más de un día o una noche, fingiendo que sus prisas respondían a algún asunto, pero de hecho temía la traición, que pensaba poder evitar con la celeridad, pues planes de tal naturaleza se adoptan con tiempo y oportunidad. Pero Metelo, al observar [2] que los de la plaza están concentrados en la batalla y que aquélla se halla defendida por obras y la situación topográfica, rodea las murallas con una empalizada y un foso. A [3] continuación, por los dos sitios disponibles más apropiados aproxima los manteletes, levanta un terraplén, y construidas sobre él unas torres, protege la obra y a los operarios. Frente [4] a esto, los de la ciudad se afanaban y se preparaban: en una palabra, ni un bando ni otro dejaban nada sin hacer. Finalmente, [5] los romanos, aunque agotados por el mucho esfuerzo anterior y los combates, a los cuarenta días de haber llegado allí, se apoderaron de la ciudad solamente: el botín todo había sido destruido por los desertores. Éstos, al ver la muralla [6] agrietada por los arietes y su situación en peligro, transportan el oro, la plata y todas las demás cosas que se consideran de más valor al alcázar real. Allí, atiborrados de vino y comida, destruyen con el fuego aquellos objetos, el alcázar y también a sí mismos, pagando voluntariamente el castigo que temían del enemigo después de la derrota.

[77] Pero, simultáneamente con la toma de Tala, habían llegado a Metelo unos delegados de la ciudad de Leptis¹²⁹ a pedirle que enviase allá una guarnición y un comandante: un tal Amílcar, hombre noble e intrigante, pugnaba por un cambio de la situación, y contra él no podían ni la autoridad de los magistrados ni las leyes. Si no se daba prisa, correría sumo peligro su salvación, siendo como eran aliados de los [2] romanos. Pues los leptitanos, desde el mismo comienzo de la guerra contra Jugurta, habían enviado una embajada al cónsul Bestia, y después a Roma, a pedir la amistad y la

[3] alianza; después, cuando hubieron logrado esto, se habían mantenido siempre buenos y leales y habían cumplido a rajatabla [4] todo lo ordenado por Bestia, Albino y Metelo. Por ello consiguieron fácilmente del general lo que solicitaban. Fueron enviadas allí cuatro cohortes de lígures y el comandante Gayo Annio¹³⁰.

[78] Esta ciudad fue fundada por los sidonios, quienes, según la tradición, llegaron a estos lugares en barco, desterrados por mor de las discordias civiles. Se halla situada entre las dos Sirtes¹³¹, cuyo nombre se debe a lo que son realmente. [2] Pues hay dos golfos casi en el extremo de África, desiguales de tamaño, pero de idéntica naturaleza. Las zonas de estos golfos más próximas a tierra son muy profundas, y el resto, al azar y según los temporales, profundo en parte y en parte lleno de vados. Pues cuando empieza a haber mar gruesa y [3] soplar recios los vientos, las olas arrastran cieno, arena y piedras enormes; de esta manera, el aspecto del lugar cambia al mismo tiempo que los vientos, y las Sirtes reciben el nombre por este arrastre. Sólo la lengua de esta ciudad cambió [4] por los matrimonios con los númidas, pero las leyes y los hábitos eran en buena medida sidonios, y ellos los retenían más fácilmente porque desarrollaban su vida lejos de la soberanía real: entre ellos y la Numidia más habitada había muchos espacios desérticos.

Pero puesto que hemos llegado a estas regiones¹³² por [79] los asuntos de los leptitanos, no me parece digna de desprecio la narración de un hecho singular y admirable de dos cartagineses: el lugar nos ha recordado esta anécdota. En los [2] tiempos en que los cartagineses mandaban en la mayor parte del África, los cirenenses era también grandes y ricos. En [3] medio de ambos había un campo arenoso y uniforme, no existiendo río ni monte que separase los territorios respectivos, circunstancia que los mantuvo en guerra, grande y larga. Cuando [4] los ejércitos de ambos bandos, así como sus flotas, sufrieron muchos desastres y fueron puestos en fuga, y se hubieron desgastado bastante recíprocamente, temiendo que acto seguido un tercero atacase a vencedores y vencidos exhaustos, durante una tregua llegan al compromiso de que en día fijado saliesen de su país unos delegados, y que el lugar donde se encontrasen fuera considerado la frontera común de uno y otro pueblo. De modo que de Cartago fueron enviados [5] dos hermanos, los llamados Filenos, que se dieron prisa en emprender el camino; los de Cirene marcharon más lentamente. Si esto se debió a falta de energía o al azar, no [6] he llegado a enterarme. En fin, en aquellos parajes suele causar retraso una tempestad de modo muy semejante a como lo hace en el mar, pues cuando se desata el viento por parajes llanos y privados de vegetación y levanta la arena de la tierra, ésta, removida con gran fuerza, suele llenar la boca [7] y los ojos y, así, impidiendo la visión, retardar el camino. Al verse los de Cirene un tanto por detrás y temer un castigo en su patria por haber fallado en sus designios, acusaban a los cartagineses de que habían salido de casa antes de tiempo, porfiaban, y en fin, preferían cualquier cosa antes que escapar [8] derrotados. Pero cuando los cartagineses pidieron otro pacto con tal de que fuese justo, los griegos les proponen un dilema a los cartagineses: o ser éstos enterrados vivos allí donde reclamaban la frontera para su pueblo, o avanzar ellos [9] hasta donde quisieran con idéntica condición. Los Filenos

aceptaron la condición y se ofrendaron a sí mismos y a sus [10] vidas a su país; así que fueron enterrados vivos. Los cartagineses consagraron altares a los hermanos Fílenos en aquel lugar, y en casa se les organizaron también otros honores. Ahora regreso a mi tema.

[80] Jugurta, considerando tras la pérdida de Tala que contra Metelo no había nada bastante sólido, caminando a través de enormes desiertos con unos pocos, llega al país de los getulos, raza de hombres terrible y salvaje y, a la sazón, [2] desconocedora del nombre de Roma. Concentra a una muchedumbre de estos individuos y paulatinamente los va acostumbrando a formar filas, seguir las banderas, respetar el mando, e igualmente a ejecutar otros actos militares. [3] Además, induce a tomar bando por él a los más cercanos del rey Boco mediante grandes regalos y mayores promesas y, abordando con la ayuda de ellos al rey, lo impulsa a que [4] emprenda la guerra contra los romanos. Dicha colaboración fue más fácil y sencilla por una razón, porque al comienzo de esta guerra precisamente Boco había enviado delegados a Roma a solicitar un pacto y su amistad, cosa que hubiese [5] sido muy bien venida al comienzo de la guerra, pero que unos pocos, cuya costumbre era venderlo todo, lo honorable y lo que no lo es, habían impedido, ciegos de codicia. Y ya [6] antes se había casado con Jugurta una hija de Boco. Pero este lazo de parentesco se considera ligero entre númeridas y moros, porque cada uno, según sus medios tiene el mayor número de mujeres, unos, diez, y otros, más aún, pero los reyes todavía más que eso. De este modo, su afecto se diluye [7] entre muchas y ninguna alcanza la condición de compañera y todas son igualmente despreciadas.

De modo que los ejércitos se reúnen en un lugar acordado [81] por ambos. Allí, después de darse el uno al otro su palabra de honor, Jugurta enciende con sus palabras el ánimo de Boco: los romanos eran injustos, tenían una codicia profunda y eran el enemigo común de todos; ellos tenían la misma razón para guerrear con Boco que con él y con otras naciones, a saber, el ansia de mandar y para ellos todos los reinos eran sus rivales; en ese momento era él, poco antes habían sido los cartagineses, al igual que el rey Perseo; después, conforme cada cual parezca muy poderoso, así había de ser enemigo de los romanos¹³³. Con estas y otras palabras semejantes, [2] acuerdan la marcha a la ciudad de Cirta, porque Metelo había instalado allí el botín, los prisioneros y la intendencia. De modo que Jugurta pensó que, o bien merecería [3] la pena apoderarse de la ciudad, o, si el general romano [4] venía en auxilio de los suyos, se batirían en combate. Pues en su astucia toda la prisa que tenía era resquebrajar la paz en que estaba Boco, no fuera a ser que dando largas prefiriese otra cosa a la guerra.

[82] El general, cuando tuvo conocimiento de la alianza de los reyes, no daba ocasión de luchar a lo loco ni en todas partes, como había acostumbrado a hacer tantas veces después de haber derrotado a Jugurta, sino que aguarda a los reyes en su campamento fortificado, no lejos de Cirta, considerando que era mejor dar la batalla sobre seguro una vez conocidos los moros, puesto que éste era un nuevo enemigo [2] que se había sumado. Entretanto, por una carta de Roma¹³⁴ se entera de que la provincia de Numidia ha sido concedida a Mario; pues de que había sido elegido cónsul ya tenía

noticias. Afectado por estas noticias por encima de lo que es bueno y decoroso, ni contenía sus lágrimas ni moderaba su lengua; individuo singular en otros aspectos, sufría la pesadumbre [3] con excesiva debilidad. Semejante actitud unos la achacaban a arrogancia, otros decían que su buen carácter se había inflamado con la afrenta, muchos, que se debía a que una victoria ya lograda se la arrancaban de las manos. Nosotros sabemos bien que su sufrimiento se debía más a la distinción concedida a Mario que al agravio inferido a él, y que no lo hubiera llevado con tanta pena si le hubiesen quitado la provincia y se la hubieran dado a otro que no fuese Mario.

[83] En consecuencia, poseído por este rencor y porque consideraba una idiotez cuidar de un asunto ajeno a costa de su propio pellejo, envía unos delegados a Boco para pedirle que no se hiciera enemigo del pueblo romano sin motivo: todavía tenía muchas posibilidades de trabar alianza y amistad con él, las cuales eran preferibles a la guerra, y aun cuando confiase en sus propios recursos, no obstante no debía cambiar lo seguro por lo inseguro; toda guerra se emprendía fácilmente, pero era difícil de acabar; el comienzo y el final de ella no están en poder de la misma persona; comenzarla está al alcance de cualquiera, incluso de un cobarde, pero se le pone término cuando quieren los vencedores. Por lo tanto, que velase por sí y por su reino y no mezclara su floreciente situación con la desesperada de Jugurta. A estas propuestas [2] el rey respondió con toda calma: él deseaba la paz, pero sentía compasión de la suerte de Jugurta; si éste tuviese la misma posibilidad que él, habría acuerdo en todo. El [3] general envía de nuevo unos intermediarios en respuesta a las exigencias de Boco; éste aprobaba el contenido en parte y rechazaba el resto. Enviándose y volviéndose a enviar intermediarios de este modo una y otra vez, pasaba el tiempo, y, conforme a la voluntad de Metelo, la guerra se demoraba sin poner mano a ella.

Mario por su parte¹³⁵, elegido cónsul con el ferviente [84] deseo de la plebe, como dijimos arriba, después de que el pueblo le asignó la provincia de Numidia, hostil ya antes a la nobleza, entonces en verdad la hostigaba con insistencia y enconamiento, infería heridas, ora a individuos, ora a la clase entera, andaba diciendo que había obtenido el consulado como un despojo de su victoria sobre ellos, así como otras lindezas llenas de soberbia a su favor y que escocían a aquéllos. Mientras tanto, consideraba prioritarias las necesidades [2] de la guerra, pedía un suplemento para las legiones, mandaba traer tropas auxiliares a los pueblos y a los reyes; además, reclutaba del Lacio y de los aliados a los más valientes, la mayoría conocidos por él en las campañas y algunos pocos por su fama, y, a fuerza de adulación, obligaba a [3] partir con él a hombres que ya se habían licenciado¹³⁶. El senado, aunque le era adverso, no se atrevía a negarle nada en ningún asunto; por lo demás, el suplemento se lo concedió incluso contento, porque reinaba la opinión de que el servicio militar no era del gusto de la plebe y de que Mario acabaría perdiendo los medios de hacer la guerra o el favor de la gente. Pero éste fue un anhelo en vano esperado: tan grande fue el deseo que le entró a la mayoría de ir con Mario. [4] Cada cual se hacía la ilusión de que se enriquecería con el botín y regresaría vencedor a casa, y otras cosas por el estilo, y también Mario los había animado no poco con su [5] discurso. Pues cuando, a costa de cuanto decreto había exigido, decidió hacer el

alistamiento, convocó una asamblea popular con el objeto de dar una arenga y al mismo tiempo zaherir, como solía, a la nobleza. Entonces habló como sigue:

[85] «Yo sé, romanos, que la mayoría de la gente os pide el poder haciendo valer cualidades bien distintas a como lo ejerce después de lograrlo: primero son diligentes, humildes, moderados, y luego se pasan la vida entre la pereza y la [2] arrogancia. Pero a mí me parece que debe ser al revés, pues en la medida en que la república como conjunto es de más valor que el consulado o la pretura, en esa misma debe administrarse la primera con mayor celo del que se pone en [3] aspirar a los segundos. A mí no se me escapa qué vasta empresa me echo encima con este gran favor vuestro. Organizar una guerra al tiempo que se respeta al erario, forzar al servicio militar a gente a la que no quieres tratar mal, encargarse uno de todo puertas adentro y en el exterior, y llevar a cabo estas tareas en medio de envidiosos, obstruccionistas e intrigantes es, romanos, más desagradable de lo que se cree. Aparte de esto, si son otros los que cometen un [4] error, cuentan con la ayuda de su rancia nobleza, las gestas de sus antepasados, los medios de parientes y allegados, numerosas clientelas, todas esas cosas; yo en cambio deposito todas mis esperanzas en mí mismo¹³⁷, y por ellas tengo que velar obligatoriamente con mi valor y mi integridad; pues en lo demás no tengo fuerza. Y comprendo, romanos, que [5] las miradas de todo el mundo están dirigidas hacia mí, que la gente justa y honrada está de mi lado (porque, claro, mis actos beneficiosos redundan en bien de la patria) y que la nobleza busca la oportunidad para atacarme. Por este motivo, [6] debo esforzarme más para que a vosotros no os sorprendan y ellos sean burlados. De tal modo he vivido desde la [7] infancia hasta la edad que tengo, que estoy habituado a todos los esfuerzos y peligros; lo que hacía desinteresadamente [8] antes de que me otorgarais vuestro favor no es mi intención, romanos, dejar de hacerlo después de recibir vuestro obsequio. Para quienes se fingieron heraldos durante su candidatura es difícil contenerse en el ejercicio de sus cargos. A mí, [9] que me he pasado toda la vida en las buenas prácticas, obrar bien se me ha convertido ya de pura costumbre en algo natural.

Me habéis asignado la dirección de la guerra contra Jugurta, [10] cosa que la nobleza ha tomado muy a mal. Reflexionad en vuestro interior, os lo pido, si sería mejor cambiar vuestra decisión: enviar a alguien de aquel grupito de la nobleza a esta u otra empresa, un hombre de vieja prosapia, con muchos retratos de antepasados y sin experiencia militar alguna, resultando de ello lógicamente que al ser ignorante de todo se eche a temblar con un asunto tan serio, ande apresurado, escoja a alguien del pueblo para que le instruya [11] en su cometido. De este modo acontece con frecuencia que aquel al que vosotros ordenasteis que tomase un mando se [12] busca otro que le mande a él. Yo sé, romanos, de quienes tras ser elegidos cónsules se ponen a leer las hazañas de sus antepasados y el código militar de los griegos; individuos que andan al revés, pues si bien ejercer el mando es posterior en el tiempo a adquirirlo, de hecho en la preparación y [13] práctica, es anterior. Haced un parangón ahora, romanos, entre la arrogancia de ellos y mi situación de hombre salido de la nada: lo que ellos suelen saber de oídas o lectura, yo lo he visto en parte, y lo demás lo he ejecutado yo mismo; lo que ellos han aprendido en las letras, yo lo he aprendido haciendo [14] campañas. Juzgad ahora vosotros si valen más los

hechos o las palabras. Ellos desprecian mi falta de abolengo, yo, en cambio, su cobardía. A mí se me echa en cara mi condición; [15] a ellos, sus infamias. Es verdad que yo estimo una y común la naturaleza que posee todo el mundo, y así el más [16] valiente es el que mejor linaje posee. Y si por ventura pudiéramos preguntarles a los padres de Albino o de Bestia si hubieran preferido engendrarme a mí o a ellos, ¿qué creéis que iban a responder sino que hubieran querido tener los [17] mejores hijos posibles? Y si su desprecio hacia mí tiene alguna base, que lo hagan lo mismo con sus antepasados, cuya nobleza, igual que la mía, tuvo su origen en el mérito. [18] Tienen envidia del puesto que he obtenido; pues que la tengan también contra mi esfuerzo, mi integridad y los peligros que he pasado, puesto que gracias a ello he logrado aquél. [19] Lo cierto es que unos individuos corrompidos por su arrogancia pasan su vida como si menospreciasen los cargos que vosotros asignáis; y aspiran a ellos como si hubiesen vivido honrosamente. Verdad que andan muy equivocados [20] quienes esperan igualmente dos cosas bien contrapuestas, el placer de no hacer nada y la recompensa al mérito. Y además, [21] cuando hablan delante de vosotros o en el senado, en la mayor parte de su discurso ensalzan a sus antepasados; creen que al referir las hazañas de aquéllos ellos se hacen más ilustres. Lo cual es lo contrario, pues cuanto más preclara [22] es la vida de aquéllos, tanto más vergonzosa es su propia falta de energía. Y por supuesto que las cosas son [23] así: la gloria de los antepasados es como una luz para sus descendientes, no permitiendo que queden ocultas ni sus buenas ni sus malas cualidades. Yo confieso, romanos, mi indigencia [24] al respecto, pero (y esto es mucho más glorioso) me cabe hablar de mis propias hazañas. Observad ahora cuán [25] injustos son: lo que se arrogan del mérito ajeno, eso no me lo conceden a mí del mío propio, porque no tengo, claro, retratos de antepasados, y porque mi nobleza es recién estrenada, siendo así que es mejor haberla inaugurado que mancharla después de tenerla por herencia.

Naturalmente, no ignoro que, si quisieran darme una [26] respuesta, sus discursos serían harto facundos y bien contruidos. Pero puesto que nos andan despellejando con sus impropiedades a vosotros y a mí por todas partes a propósito del grandísimo favor que me habéis otorgado, no me ha dado la gana callar, no sea que alguien interprete mi modestia como mala conciencia. Pero según siento yo en lo más hondo [27] de mí, ningún discurso me puede hacer daño, porque, claro, la verdad por fuerza ha de predicar bien, y, en cuanto a la mentira, mi vida y mi conducta la rebaten. Pero puesto [28] que son objeto de acusación vuestros designios, porque me habéis investido del puesto más alto y de una responsabilidad enorme, recapacitad una y otra vez si tenéis que arrepentiros [29] de ello. No puedo hacer ostentación, para hacerme creíble, de retratos o triunfos o consulados de mis antepasados, pero sí en cambio, si la ocasión lo demanda, mostrar lanzas, un estandarte, fálteras¹³⁸ y otras condecoraciones militares, amén de las cicatrices de las heridas que recibí dando [30] la cara. Estos son mis retratos, esta mi nobleza, no recibida en herencia, como la de ellos, sino la que yo me he ganado [31] a base de muchísimos esfuerzos y peligros. Mi lengua carece de arte, y me importa poco. El mérito se manifiesta por sí mismo; ellos precisan del artificio para ocultar con elaborados [32] discursos sus infamias. Tampoco he aprendido las letras griegas¹³⁹: poco

me interesaba aprenderlas, si de nada había [33] servido a sus maestros para alcanzar la virtud. Por el contrario, soy experto en aquellas cosas que son muchos más útiles para el país: herir al enemigo, hacer guardia, no temer nada sino el deshonor, tolerar por igual el invierno y el verano, dormir en el suelo, aguantar al mismo tiempo la falta [34] de recursos y la fatiga. Con estos preceptos exhortaré yo a los soldados, y no los trataré a ellos con estrecheces y a mí con opulencia, ni voy a hacer la gloria para mí y dejar la fatiga para ellos. Esto es ejercer el mando con utilidad y con [35] respeto a los ciudadanos. Pues vivir tú en la molicie y someter al ejército a un martirio, eso es ser un amo, no un general. [36] Haciendo éstas y otras cosas semejantes vuestros mayores [37] se hicieron ilustres a sí mismos y a la república. La nobleza, confiada en ellos, si bien ella es diferente en conducta, nos desprecia a nosotros, que somos émulos de aquéllos, y viene a exigir todos los cargos, no por sus méritos, sino como si vosotros se los debierais. Ahora bien, esos individuos [38] tan arrogantes andan muy equivocados. Sus antepasados les dejaron todo cuanto estaba a su alcance, riquezas, retratos, preclara memoria de sí mismos; el mérito no se lo dejaron ni podían; es lo único que no se da ni se recibe como regalo. Dicen que soy basto y de costumbres groseras [39] porque no tengo arte en preparar un banquete, porque no tengo ningún histrión ni pago más por un cocinero que por el encargado del cortijo. A mí eso me da gusto confesarlo, [40] romanos, pues de mi padre y otras personas respetables he aprendido que las delicadezas sientan bien a las mujeres; a los hombres, el esfuerzo, y que a todas las personas honradas les va mejor tener más gloria que riquezas; que nuestro ornato son las armas, no el mobiliario. Sea, pues, que hagan [41] siempre lo que les gusta, lo que consideran tan preciado para ellos: que anden de amoríos y bebiendo, que donde pasaron la juventud pasen también la vejez, en banquetes, entregados a su estómago y a la parte más baja del cuerpo; que nos dejen a nosotros el sudor, el polvo y otras cosas por el estilo, pues para nosotros éstas son más agradables que los banquetes. Pero no es así la cosa. Pues después de que estos [42] hombres desvergonzados se han revolcado en la infamia, van a quitar sus recompensas a los honestos. En consecuencia, [43] de manera harto injusta, su frivolidad y su desidia, los vicios peores, no hacen daño alguno a aquellos que los practican, y para la república, sin que sea culpable, son la destrucción.

Ahora, puesto que ya les he respondido según mi talante, [44] si no en la medida de su infamia, hablaré un poco sobre el Estado. En primer lugar, sobre Numidia estad tranquilos, [45] romanos. Pues todo lo que hasta la fecha ha protegido a Jugurta, la avaricia, la incompetencia y la arrogancia¹⁴⁰, lo [46] habéis quitado de en medio. En segundo lugar, allí hay un ejército que conoce la topografía, aunque, voto a Hércules, más esforzado que afortunado; pues gran parte de él ha sido [47] malgastada por la avaricia o la temeridad de los jefes. Por lo cual vosotros, que estáis en edad militar¹⁴¹, esforzaos conmigo y tomad a vuestro cargo la república, y que a nadie le entre miedo por la desgracia de otros o la soberbia de los generales. Yo estaré junto a vosotros en la marcha o el combate como guía y aliado a un tiempo del peligro, y en todos los asuntos me conduciré en lo que a mí y a vosotros [48] concierne de igual manera. Y por cierto, con la ayuda de los dioses todo está a punto: la victoria, el botín, la gloria. Incluso si estas

cosas fuesen dudosas o estuviesen lejos, todos los hombres honestos deberían venir en defensa de la república. [49] En efecto, nadie se ha hecho inmortal por cobardía, y ningún padre ha deseado para sus hijos que fuesen eternos, sino más bien que pasasen su vida como buenos y honrados. [50] Más diría, romanos, si las palabras dieran valor a los cobardes; pues para los valientes considero que he dicho lo suficiente.»

[86] Después de hablar de esta manera, Mario, cuando ve los ánimos de la plebe entusiasmados, rápidamente carga las naves con el aprovisionamiento, las pagas, las armas y demás cosas útiles; ordena a Aulo Manlio que parta con estas [2] cosas¹⁴². Él entretanto alistaba a los soldados, no según la norma tradicional ni por clases, sino al gusto de cada cual, la mayoría de ellos sin oficio ni beneficio¹⁴³. Unos contaban [3] que ello había sido fruto de la escasez de gente mejor, y otros que por la actitud calculada del cónsul, por haber sido hecho célebre y engrandecido por esta clase social, y porque para un hombre que busca el poder los más menesterosos son los más adecuados, dado que no tienen afecto a lo suyo, ya que, claro, nada tienen, y todo lo que lleve ganancia les parece honorable.

Así que Mario, con un número algo mayor de lo que [4] había sido estipulado, partió para el África, y en pocos días arriba a Útica. Le traspasa el ejército el legado Publio Rutilio, pues Metelo había rehuido la presencia de Mario, para [5] no ver lo que de oídas no había podido soportar su ánimo.

El cónsul, con sus legiones y cohortes auxiliares¹⁴⁴ al [87] completo, marcha hacia un campo fértil y cargado de botín, y todo lo que coge allí se lo regala a los soldados; a continuación ataca los fortines y plazas fuertes poco defendidos por condiciones naturales o escasos de guarnición, trabando muchos combates, si bien de poca intensidad, en unos y otros lugares. Entretanto, los soldados bisoños asistían a la [2] lucha sin temor, observaban cómo los fugitivos eran capturados o liquidados, y cómo los más valerosos se hallaban más seguros, cómo por las armas se protegían la libertad, la patria, los padres y todo lo demás, y se adquirirían gloria y riquezas. De este modo, en poco tiempo, bisoños y veteranos [3] se fundieron y quedó igualado el valor de todos. Por su [4] parte los reyes, cuando supieron de la llegada de Mario, se retiraron a lugares inaccesibles cada uno en una dirección. Esta había sido decisión de Jugurta, con la esperanza de poder atacar más adelante a los enemigos disgregados y de que los romanos, como la mayoría de la gente cuando se ha perdido el miedo, estarían más relajados y a su albedrío.

[88] Entretanto Metelo¹⁴⁵, que se había marchado a Roma, fue recibido contra lo que él temía con el mayor entusiasmo, siendo querido una vez que el motivo de inquina había desaparecido, igualmente por la plebe y por los padres.

[2] Por su parte, Mario atendía la situación de los suyos y la del enemigo con idéntico interés y prudencia, se enteraba de lo bueno o de lo malo que tenía cada bando, investigaba los itinerarios de los reyes, se adelantaba a los planes y estratagemas de éstos y no permitía que en él hubiese nada descuidado, [3] ni en aquéllos nada seguro. De este modo, atacando más de una vez a los getulos y a Jugurta cuando sacaban botín de

nuestros aliados¹⁴⁶, los había derrotado sobre la marcha, y al propio rey lo había forzado a desprenderse de las [4] armas no lejos de la ciudad de Cirta. Cuando comprendió que estas acciones resultaban sólo gloriosas y no servían para concluir la guerra, decidió poner cerco una por una a las ciudades que por sus hombres o la topografía eran las más adecuadas para el enemigo y contrarias a él. De esta manera, o se vería privado de sus guarniciones Jugurta, si permitía [5] dicha operación, o tendría que trabar combate. Pues Boco le había enviado muchas veces emisarios a decirle que quería la amistad del pueblo romano y que no temiese nada hostil de su parte. Si esto era una ficción para caer por sorpresa con más peligro, o por su volubilidad de carácter acostumbraba a pensar unas veces en la paz y otras en la guerra, no está nada claro.

El cónsul, por su parte, conforme a su resolución, merodeaba [89] en torno de plazas y fortines, y a unos por la fuerza, a otros por el miedo o haciéndoles ver las recompensas, los iba apartando del enemigo. Al principio llevaba a cabo operaciones [2] de poca monta, estimando que Jugurta vendría a las manos para defender a los suyos; mas cuando tuvo confirmación [3] de que aquél andaba lejos y ocupado en otros asuntos, fue del parecer de que era tiempo de emprender operaciones de más envergadura y dificultad¹⁴⁷.

Había en medio de vastos desiertos una ciudad grande y [4] fuerte de nombre Capsa¹⁴⁸, de la que se decía que había sido su fundador Hércules Libio. Sus habitantes estaban libres del tributo a Jugurta, el poder ejercido sobre ellos era liviano y por este motivo estaban considerados los más leales, y se hallaban defendidos frente a los enemigos no sólo por murallas, armas y hombres, sino también mucho más por lo abrupto del paraje. Pues exceptuados los alrededores de la ciudad, [5] el resto era todo un erial, sin cultivar, carente de agua e infestado de serpientes, cuya furia, como la de todos los animales salvajes, se agudiza más con la falta de alimento; aparte de que la índole de las serpientes, perniciosa por sí misma, se enardece por la sed más que por otra cosa. A Mario [6] le había acometido un enorme deseo de apoderarse de esta ciudad, tanto por la utilidad que representaba para la guerra como porque la empresa era difícil¹⁴⁹, y Metelo había conquistado, con gran gloria, la plaza fuerte de Tala, que estaba situada y fortificada de manera similar, excepto que en Tala había algunas fuentes no lejos de las murallas, y los de Capsa se servían sólo de un manantial de agua corriente¹⁵⁰ y éste en el interior de la plaza, y la restante era de [7] lluvia. Esta situación se toleraba más fácilmente allí y en toda el África que vivía sin cultura lejos del mar, porque los nómadas por lo general se alimentaban de leche y carne de fieras y no requerían ni sal ni otros excitantes de la gula; [8] entre ellos el alimento servía para combatir el hambre y la sed, no para placeres y refinamientos.

[90] Así que el cónsul, tras estudiarlo todo, confiése, en mi opinión, a los dioses, pues contra tamañas dificultades no podía tomar suficientemente medidas con su inteligencia (ya que le amenazaba incluso la falta de trigo, porque los nómadas se dedican más al pasto del ganado que al campo, y todo lo que se había producido lo habían trasladado por orden del rey a lugares de seguridad¹⁵¹, y además el campo estaba seco y

vacío de cosechas por aquella época, que era el final del verano); con todo, conforme a sus disponibilidades, [2] se preparó con suficiente previsión. Asigna a la caballería auxiliar la conducción de todo el ganado que días antes había constituido el botín; ordena a Aulo Manlio, su lugarteniente, dirigirse con unos batallones de infantería ligera a la ciudad de Lares¹⁵², donde había depositado las pagas y la intendencia, aseverándole que a los pocos días llegaría él allí realizando correrías. De este modo, manteniendo [3] en secreto su propósito, se encamina al río Tanais¹⁵³.

Por lo demás, durante la marcha distribuía cada día al [91] ejército el ganado en cantidades proporcionales, tanto a centurias como a los escuadrones de caballería, y tenía cuidado de que se fabricasen odres con sus pellejos: mitigaba así la necesidad de trigo y a un tiempo iba preparando sin que nadie se diera cuenta lo que más tarde sería de utilidad. Por fin a los seis días¹⁵⁴, cuando llegaron al río, había hecho una gran cantidad de odres. Allí, levantado el campamento con [2] ligera protección, ordena a los soldados que tomen su alimento y que estén preparados para salir con la puesta de sol¹⁵⁵, cargándose ellos mismos y las acémilas sólo de agua, y arrojando todo el equipaje. Luego, cuando le pareció que [3] era tiempo, sale del campamento y, tras marchar durante toda la noche, se detuvo; lo mismo hace a la siguiente: luego, a la tercera, mucho antes de venir la luz del día¹⁵⁶, llega a un paraje salpicado de alcoves, a una distancia de no más de dos millas de Capsa, y allí aguarda con todas sus tropas lo más en secreto que puede. Pero cuando despuntó el día y los [4] númidas, que no temían nada del enemigo, salieron en gran número de la plaza, ordena de repente que toda la caballería y con ella los infantes más rápidos salgan a la carrera hacia Capsa y se apoderen de las puertas; a continuación les sigue él, atento y a toda velocidad, sin dejar a los soldados que [5] hagan botín. Cuando los de la plaza se enteraron de lo que pasaba, los nervios de la situación, el gran temor, lo inesperado del mal y además el que parte de los ciudadanos estuviese fuera de las murallas en poder del enemigo, les obligaron [6] a hacer la rendición. Por lo demás, la plaza fue incendiada, los mozos númidas ejecutados, todos los demás vendidos, el [7] botín repartido entre los soldados. Semejante acción contraria al derecho de guerra¹⁵⁷ no fue cometida por codicia o instinto criminal del cónsul, sino porque el sitio era estratégico para Jugurta y difícil de acceso para nosotros, y la raza de sus hombres, voluble y desleal, no se había dejado meter en cintura anteriormente ni con favores ni con amedrentamiento.

[92] Después de culminar una empresa tan importante sin pérdida alguna de los suyos, Mario, grande y preclaro antes, [2] comenzó a ser considerado más grande y más preclaro. Todas sus decisiones no bien planeadas eran atribuidas a su valor: los soldados, sometidos a una disciplina comprensiva y a la vez enriquecidos, lo ponían por las nubes; los númidas le temían como a más que mero mortal; por último todo el mundo, aliados y enemigos, pensaban que poseía una mente divina o que todo le era revelado por voluntad de los dioses. [3] Mas el cónsul, después de salirle bien esta aventura, se dirige a otras ciudades¹⁵⁸, y pocas son las que conquista con resistencia de los númidas; las más, abandonadas ante la desgracia sufrida por los capsenses, las destruye por el fuego; todo

se llena de lamentaciones y de muerte. Finalmente, [4] tras apoderarse de muchos lugares, la mayoría de ellos sin derramar sangre del ejército, emprende otra empresa, no de la misma dureza que la de los capsenses, pero no menos difícil.

Pues no lejos del río Muluya¹⁵⁹, que separaba el reino de [5] Jugurta del de Boco, había en medio de una llanura un monte rocoso de anchura suficiente para un mediano fortín, que alcanzaba una gran altura y con un único acceso sumamente estrecho; pues todo el monte estaba cortado a pico de manera natural, como por obra y gracia de un proyecto humano. Mario pone mano con sumo ímpetu a la conquista de [6] dicho lugar, porque allí estaban los tesoros del rey. Pero este intento le salió mejor gracias al azar que a sus cálculos. Pues el fortín contaba con suficiente número de hombres y [7] de armas, gran cantidad de trigo y una fuente; el sitio era inapropiado para terraplenes, torres y demás máquinas de guerra, el camino para sus habitantes era bastante estrecho y [8] con precipicios a ambos lados. Por allí se empujaban los manteletes en vano y con enorme riesgo, pues cuando habían avanzado un poco los inutilizaban con fuego o con [9] piedras. Los soldados no podían estar al pie de la obra dado lo desigual del terreno, ni manejarse entre los manteletes sin peligro; los más osados iban cayendo o eran heridos, y el miedo de los demás iba en aumento.

[93] Ahora bien, Mario, después de consumir muchos días y esfuerzos, andaba lleno de angustia dándole vueltas en su interior a si abandonaría su propósito, porque resultaba estéril, o si aguardaría a la fortuna, que le había servido muchas [2] veces con éxito. Cuando, ya febril, llevaba muchos días y noches recapacitando sobre ello, por azar un lígur, soldado raso de las cohortes auxiliares, que había salido del campamento a traer agua, observó, no lejos del flanco del fortín alejado de los combatientes, unos caracoles que se deslizaban entre las piedras; poniéndose a buscar uno y otro, y luego más, con el ahínco de cogerlos, poco a poco acabó por [3] llegar casi a la cima del monte. Cuando se hizo cargo desde allí de la vasta soledad, le entró el deseo, habitual en la naturaleza [4] humana, de realizar algo difícil. Y por casualidad en aquel lugar había crecido entre las rocas una gran encina, que primero se inclinaba un poco, y luego se enderezaba y ascendía en las alturas, hacia donde tienden por naturaleza todas las plantas. El lígur, apoyándose ora en sus ramas, ora en los salientes de las rocas, llegó a la llanura del fortín, porque todos los númidas estaban atentos a los combatientes. [5] Examinado todo lo que, a su juicio, posteriormente habría de servirle, regresa por el mismo sitio, no descuidadamente, como había ascendido, sino tanteando y observándolo [6] todo. De este modo, aborda rápidamente a Mario, le informa de lo que le ha pasado y le anima a que ataque el fortín por la parte por la que él había ascendido, y se ofrece para ser el guía del camino y de la aventura. Mario envió con el lígur a [7] algunos de los presentes a conocer qué había de sus propuestas. Según el carácter de cada uno de ellos informaron de que el asunto era difícil o fácil; con todo, el ánimo del cónsul se levantó un poco. De modo que entre los trompetas [8] y cornetas que había eligió a los cinco más veloces y con ellos a cuatro centuriones para que les diesen escolta, y, ordenando a todos obedecer al lígur, fija el día siguiente para esta empresa.

Y cuando pareció que era el momento conforme a lo [94] indicado, preparado y

dispuesto todo, se encamina hacia el sitio. Por lo demás, aquéllos que iban a realizar la ascensión, instruidos por su guía, habían cambiado las armas y la indumentaria: iban con la cabeza y los pies desnudos, para facilitar la visión y el sostén en las rocas; a las espaldas llevaban las espadas y los escudos, pero éstos como los de los númidas, de cuero, tanto en razón de su peso como para que, si recibían un golpe, hiciesen menos ruido. De esta [2] manera, el lígur, que marchaba a la cabeza, iba atando cuerdas a las rocas y las viejas raíces que por allí sobresalían, y los soldados, alzándose en ellas, subían con más facilidad. En ocasiones ayudaba con la mano a los que se asustaban por desconocimiento del camino; cuando la subida era un poco más difícil de la cuenta, los mandaba uno a uno desarmados delante de él, y luego los seguía él con las armas de ellos; los puntos que parecían dudosos para apoyarse los probaba sin vacilar, subiendo y bajando una y otra vez por el mismo sitio, y luego, echándose a un lado, infundía valor a los demás. Así pues, finalmente, después de largo tiempo [3] y mucho cansancio, llegan al fortín, desierto por aquel lado, porque todos, como en los demás días, estaban haciendo frente al enemigo. Cuando Mario supo por los recaderos lo que había hecho el lígur, aunque había mantenido durante todo el día atentos al combate a los númidas, entonces fue cuando arengando a los soldados y saliendo él mismo fuera del emplazamiento de los manteletes, se fue aproximando, tras formar la tortuga, al tiempo que atemorizaba al enemigo [4] desde lejos con la artillería, los arqueros y los honderos. Los númidas por su parte, como antes les habían desbaratado los manteletes a los romanos muchas veces e incluso se los habían incendiado, no se guarecían dentro de las murallas del fortín, sino que se pasaban el día y la noche delante del muro, lanzaban improperios a los romanos y echaban en cara a Mario su locura, a nuestros soldados les amenazaban con ser esclavos de Jugurta, mientras ellos se sentían envalentonados [5] porque les iban bien las cosas. En esto, estando todos, romanos y enemigos, atentos al combate, peleando ambos bandos con gran energía, los unos por la gloria y el imperio, los otros por su salvación, de repente sonaron las trompetas a la espalda; al principio, las mujeres y los niños, que se habían adelantado para ver, salieron huyendo; luego, los que se hallaban más próximos al muro, y al final todo el [6] mundo, armados y desarmados. Al ocurrir esto, los romanos presionaban con más ímpetu, los atropellaban y se limitaban a herir a la mayoría y luego pasaban por encima de los cuerpos de los caídos, atacaban la muralla, compitiendo ávidos [7] de gloria, y ni a uno solo lo retardaba el botín. De esta manera, enderezada por el azar la temeridad de Mario, éste encontró la gloria a partir de su propia culpa¹⁶⁰.

Por lo demás, mientras se desarrollan estos acontecimientos, [95] llega al campamento¹⁶¹ con un fuerte contingente de caballería el cuestor Lucio Sila¹⁶², quien había quedado en Roma para reclutar aquélla en el Lacio y entre los aliados. Y puesto que los hechos nos obligan a mencionar a un [2] hombre tan importante, me ha parecido oportuno decir unas palabras sobre el carácter y maneras del mismo; porque en ningún otro lugar voy a hablar de los hechos de Sila, y Lucio Sisenna¹⁶³, que los ha descrito mejor y más detalladamente que nadie entre los que contaron esta historia, se me antoja que habló de él con poca libertad de expresión.

De modo que Sila era noble, de linaje patricio, aunque [3] su familia casi había caído en el olvido por la indolencia de sus mayores; instruido por igual en la literatura griega y latina, era de gran ánimo, y estaba ansioso de placeres y más aún de gloria; cuando no tenía nada que hacer era un disoluto, aunque el placer nunca lo apartó de sus actividades <***>. Bien es verdad que respecto a la esposa pudo proceder con más rectitud. Era fácil de palabra, astuto y sencillo en la amistad; poseía una increíble profundidad de espíritu para fingir o disimular sus asuntos y era pródigo en muchas cosas, [4] y especialmente con el dinero. Y siendo como fue el más feliz de los mortales antes de su victoria en la guerra civil, jamás su suerte estuvo por encima de sus capacidades, y muchos dudaron si tenía más de esforzado o de dichoso. Pues lo que hizo después no sabría decir si me produce más sonrojo o repugnancia describirlo.

[96] De manera que Sila, como queda dicho arriba, a raíz de su llegada al África y al campamento de Mario junto a su caballería, inexperto y desconocedor de la guerra como era antes, se hizo en poco tiempo el más versado de todos. [2] Aparte de esto conversaba amablemente con los soldados, hacía favores a muchos, unas veces a ruego de ellos, otras, por iniciativa propia, y los aceptaba a la fuerza, y los devolvía más rápido que si fuera un préstamo, no reclamándole nada a nadie, y más bien se esforzaba por que hubiese muchos que le debiesen; intercambiaba bromas y veras con [3] los más humildes; prestaba su asistencia sin cansancio en las obras, en la marcha y en las guardias, y, a esto, no hacía lo que suele hacer la maldita ambición, a saber, dañar la reputación del cónsul o de cualquier otra persona honrada, únicamente no consentía que hubiera otro superior a él en el [4] consejo o en la acción, y a la mayoría los aventajaba. Con este comportamiento y estas cualidades se hizo querer enormemente en poco tiempo por Mario y los soldados.

[97] Jugurta a su vez, tras perder la plaza de Capsa y otros lugares fortificados y útiles para él, así como una inmensidad de dinero, envía mensajeros a Boco para que traiga sus tropas cuanto antes a Numidia, porque había llegado el momento [2] de trabar combate. Cuando se enteró de que andaba vacilante y en medio de las dudas ponderaba los pros y los contras de la guerra y de la paz, otra vez, como antes, sobornó a sus allegados con dones, y al propio moro le promete la tercera parte de Numidia si los romanos eran expulsados de África o si se llegaba a un acuerdo de paz, salvando la integridad de sus territorios. Seducido con esta recompensa, [3] Boco se une a Jugurta, y una gran multitud con él.

Así que, una vez juntados los ejércitos de ambos, atacan a Mario, que ya marchaba hacia los cuarteles de invierno, cuando apenas quedaba la décima parte del día, pensando que la noche, que ya se echaba encima, les serviría de protección si eran vencidos, y que, si vencían, no les suponía entorpecimiento alguno, ya que conocían el terreno, y para los romanos, en cambio, ambas contingencias les iban a resultar más difíciles en medio de las tinieblas. De [4] modo que el cónsul supo por muchos la llegada del enemigo al mismo tiempo que éstos hacían acto de presencia; y antes de que el ejército pudiese formar o recoger los bártulos, antes, en fin, de que pudiera recibir señal u orden alguna, los jinetes moros y getulos, sin formar ni con trazas algunas de combate,

sino en pelotones, conforme el azar los había reunido, se lanzan contra los nuestros. Los cuales, [5] nerviosos todos por el imprevisto terror, pero acordándose de su arrojo, o bien tomaban las armas o bien defendían de los enemigos a otros que las estaban tomando; unos montaban a caballo y salían al encuentro de los enemigos; el combate que se desarrollaba se parecía más a una pelea de forajidos que a una batalla; sin enseñas, sin filas, jinetes e infantes mezclados, unos retrocedían, otros caían degollados, y muchos que peleaban con el máximo vigor contra los que tenían enfrente eran cercados por la espalda; ni el arrojo ni las armas eran bastante protección, porque el enemigo era superior en número y se había desplegado por doquier. Por fin, los romanos veteranos y por esta razón expertos en la guerra, a medida que su ubicación o el azar agrupaba a algunos, iban formando círculos, y así, defendidos por todas partes y al mismo tiempo ordenados en un frente, resistían la presión del enemigo.

[98] Y en medio de una situación tan desfavorable, Mario no se mostró aterrado ni su ánimo quedó más abatido que antes, sino que con su propio escuadrón, que había organizado con los más valerosos y no con los más amigos, rondaba por todos lados, y ya socorría a aquellos de los suyos que estaban en peligro, ya atacaba al enemigo por donde le hacía frente en prietas filas; les prestaba el apoyo de su brazo a los soldados, puesto que darles órdenes en medio de la general [2] confusión no podía. Y ya se había terminado el día y los bárbaros no remitían un ápice y, conforme a las instrucciones de los reyes, considerando que la noche les era favorable, [3] apretaban con más ganas. Entonces, Mario toma una determinación dentro de las posibilidades de la situación y, para que los suyos tuviesen un lugar de retirada, ocupa dos colinas inmediatas entre sí, en una de las cuales, poco ancha para un campamento, había un gran manantial, y la otra era adecuada para servirse de ella, porque, elevada y con precipicios [4] en gran parte, requería pocos parapetos. Por lo demás, ordena a Sila que pase la noche junto al agua con los jinetes; él va reuniendo poco a poco a los soldados dispersos, en medio de una confusión no menor del enemigo, y luego los hace trepar a todos juntos por la colina a paso ligero. [5] De este modo, los reyes, obligados por la dificultad del lugar, desisten de la lucha, pero no obstante no permiten a los suyos que se alejen mucho, sino que acampan desparramados alrededor de ambas colinas, que rodean con su [6] muchedumbre. Luego, haciendo abundantes fogatas, los bárbaros pasaban la mayor parte de la noche a su estilo, llenos de alegría, exultantes y dando gritos. Y sus propios jefes, engreídos porque no había habido desbandada, se las daban [7] de vencedores. Mas todo ello resultaba fácil de ver a los romanos, que se encontraban en tinieblas y en puntos más elevados, y les servía para coger muchos ánimos.

Y Mario, absolutamente recobrado gracias a la insensatez [99] del enemigo, ordena guardar el mayor silencio y que no haya siquiera toque de trompetas¹⁶⁴, como se acostumbra en el relevo de la guardia nocturna. Luego, cuando se aproximaba la luz del día, cansados ya los enemigos y poco antes invadidos por el sueño, ordena de repente a los centinelas, así como a los trompetas de las cohortes, escuadrones y legiones, que den la señal todos a un tiempo, que los soldados alcen el grito de guerra y salgan a todo correr por las puertas. Los moros y los getulos, despertados repentinamente [2] por el

sonido desconocido y espantoso, no podían ni salir huyendo, ni coger las armas, ni hacer ni prever nada en absoluto: a tal extremo les había entrado a todos una especie [3] de locura con el estrépito, el griterío, la falta de auxilio, la carga de los nuestros, la confusión, el miedo y el pánico. A la postre, todos fueron arrollados y puestos en fuga y capturadas la mayor parte de las armas y de las enseñas militares, y en este combate perecieron más que en todos los precedentes, pues el sueño y el miedo insólito les entorpecieron la huida.

Después Mario, tal como había empezado, hacia los [100] cuarteles de invierno <***> Había decidido pasar éste en las ciudades costeras por razones de aprovisionamiento. La victoria, no obstante, no le había hecho descuidado o insolente, sino, igual que si estuviese a la vista del enemigo, marchaba en formación cuadrangular: Sila, en el ala derecha, iba con la caballería; en la izquierda, Aulo Manlio ejercía el mando de los honderos y arqueros, aparte de las cohortes de los lígures; a los tribunos los había puesto en la [3] vanguardia y en la retaguardia con la infantería ligera. Los desertores, a los que se tenía en muy poco y que conocían el terreno a la perfección, exploraban el itinerario de los enemigos. Al mismo tiempo el cónsul, como si no hubiese al mando nadie más, lo revisaba todo, hacía acto de presencia delante de todos, elogiaba o censuraba a quienes lo merecían. [4] Armado y alerta él, exigía de los soldados idéntica actitud. Y no de modo distinto a como hacía la marcha fortificaba el campamento, mandaba cohortes de legionarios a montar guardia en la puerta, y delante del campamento a jinetes de las tropas auxiliares. Además, disponía a otros sobre la valla en las obras de defensa, y él mismo hacía la ronda de los puestos, no porque desconfiase de que se hiciese lo que ordenaba, sino para que, al compartir la fatiga el general con los soldados, éstos la aceptasen de buen grado. [5] Pues verdaderamente, Mario, en aquella fase y en otras de la guerra de Jugurta, mantenía a raya al ejército con el sentido de la dignidad más que con la represión. Muchos afirmaban que esto lo hacía por demagogia, otros que él tenía por placer la dureza a la que estaba habituado desde niño, así como otras cosas que los demás llaman penalidades. Pero es el caso que la cosa pública fue administrada por él tan bien y dignamente como bajo el más duro de los mandos.

[101] Finalmente, al cuarto día, no lejos de la ciudad de Cirta, se dejan ver a toda velocidad por todas partes y al mismo tiempo los batidores, por lo cual se comprendió que el enemigo [2] estaba a la vista. Pero como regresaban por separado cada uno de una parte y todos daban a entender lo mismo, el cónsul, incierto sobre el modo de ordenar el frente, sin cambiar la formación, aguarda en el mismo sitio, preparado para [3] el ataque desde cualquier dirección. Así se frustró la esperanza de Jugurta, quien había distribuido sus tropas en cuatro contingentes, en la creencia de que, entre todos, algunos de los suyos en todo caso entrarían al enemigo por la espalda. Entretanto Sila, a quien primero había alcanzado el enemigo, [4] tras arengar a los suyos, ataca con una parte a los moros, formando los escuadrones con los caballos lo más juntos posible; los demás permanecieron en su puesto, protegiéndose de los disparos que llegaban de lejos, y a los que venían a las manos les daban muerte. Mientras la caballería [5] lucha de esta manera, Boco ataca las últimas líneas de los romanos con la infantería que había traído

su hijo Voluce y que, por haberse retardado en la marcha, no había participado en el combate anterior. A la sazón Mario actuaba en primera [6] línea, porque allí estaba Jugurta con el grueso de sus tropas. Luego, el nómada, al enterarse de la llegada de Boco, gira sigilosamente para dirigirse con unos pocos hacia los infantes. Llegado allí grita en latín (pues había aprendido a hablarlo en Numancia) que era baldía la lucha de los nuestros, que poco antes había matado a Mario con su propia mano; al tiempo mostraba una espada teñida de sangre que había ensangrentado en la lucha matando no sin decisión a un infante nuestro. Cuando los soldados oyeron esto, se [7] asustan, más por la atrocidad de la cosa que por el crédito que les merecía el mensajero, y al mismo tiempo los bárbaros cobran ánimos y avanzaban con más denuedo contra los sorprendidos romanos. Y ya estaban al borde de la huida, [8] cuando Sila, que regresaba de aniquilar a aquéllos con los que se había enfrentado, acomete a los moros por un flanco. Boco cambia de dirección al instante. Jugurta, en [9] cambio, en su deseo de sostener a los suyos y de conservar la ya casi lograda victoria, rodeado por jinetes, muertos todos a derecha e izquierda, se abre el camino él solo entre los disparos de los enemigos, tratando de evitarlos. Y entretanto [10] Mario, puestos en fuga los jinetes, llega corriendo en auxilio [11] de los suyos, que ya sabía que iban retrocediendo. Por último, los enemigos fueron ya puestos en desbandada. Entonces, en la llanura abierta se ofrecía un espectáculo horripilante¹⁶⁵: persecuciones, fugas, matanzas, apresamientos; hombres y caballos malheridos; muchos, con las heridas que habían recibido, no podían ni escapar ni soportar la inmovilidad, trataban de incorporarse y al momento se derrumbaban; en fin, todo lo que había a la vista se hallaba cubierto de armas, escudos y cadáveres, y entre todo ello la tierra estaba manchada de sangre.

[102] Después de ello el cónsul, ya vencedor sin lugar a dudas, llegó a la ciudad de Cirta, adonde se dirigía su marcha [2] en un principio. A los cinco días de que los bárbaros hubiesen sufrido su segunda derrota, llegan allí unos delegados de Boco que en nombre del rey pidieron a Mario que le enviase a los dos más leales que tuviese, que quería discutir con ellos asuntos de interés suyo y del pueblo romano. Mario da orden a Lucio Sila y a Aulo Manlio de partir al momento. [3] Aunque ambos iban porque los había llamado, no obstante, decidieron hacer un discurso ante el rey con la intención de doblegar su actitud, si era hostil, o de enardecerla [4] más si estaba en pro de la paz. En consecuencia, Sila, a cuya facilidad de palabra, y no por la edad, había cedido Manlio, habló brevemente de la siguiente manera:

[5] «Rey Boco, grande es nuestra alegría porque los dioses te han iluminado, a ti, varón de tanta calidad, para que prefieras por fin la paz a la guerra y no te contamines mezclándote, tú, el mejor, con Jugurta, el peor del mundo, y a la vez para que nos quites el penoso deber de perseguir a ambos simultáneamente, a ti que andas descarriado, y a aquél, el mayor de los criminales. A más de esto, ya desde el comienzo [6] de su imperio, el pueblo romano ha estimado mejor buscar amigos que esclavos, considerando más seguro gobernar a quienes lo aceptan que a quienes se ven obligados. Para ti desde luego ninguna amistad es más conveniente que [7] la nuestra, en primer lugar, porque estamos muy lejos, con lo cual la posibilidad de daño es mínima, y el favor idéntico que si

estuviésemos cerca; en segundo término, porque tenemos suficientes súbditos, y amigos ni nosotros ni nadie ha tenido jamás bastantes. Y ojalá que esta actitud hubiese sido [8] de tu agrado desde el comienzo; por supuesto que habrías recibido del pueblo romano hasta la fecha muchos más bienes que males has sufrido. Pero puesto que la mayor parte [9] de los asuntos humanos los gobierna el azar, el cual resolvió que tú experimentaras nuestra fuerza y nuestro favor, ahora, dado que aquél te lo permite, apresúrate, y sigue por donde empezaste. Posees muchas y adecuadas cosas para compensar [10] fácilmente tus errores con tus servicios. Por último, métete [11] esto en el fondo de tu corazón: el pueblo romano jamás ha sido vencido en punto a hacer favores; y cuánto puede en la guerra, tú mismo lo sabes.»

A estas palabras Boco respondió con calma y amabilidad, [12] al tiempo que explicaba brevemente su equivocación, diciendo que había tomado las armas no con espíritu hostil sino para defender su reino. Pues la parte de Numidia¹⁶⁶ de [13] donde había expulsado a Jugurta por la fuerza y la había hecho suya por el derecho de guerra, no había podido permitir que la arrasase Mario; además, aunque antes había enviado una delegación a Roma, habían rechazado su amistad. Por [14] lo demás, dejaba a un lado lo antiguo, y ahora, si Mario lo [15] aprobaba, enviaría delegados al senado. Luego, cuando se le dio la oportunidad de hacerlo, el ánimo bárbaro fue cambiado por influjo de los amigos que Jugurta, temiendo lo que se preparaba, había sobornado con dones al conocer la embajada de Sila y de Manlio.

[103] Mario, entretanto, instalado el ejército en los cuarteles de invierno¹⁶⁷, se va con unas cohortes ligeras y parte de la caballería a unos parajes solitarios¹⁶⁸, a sitiar una fortaleza del rey, donde Jugurta había puesto de guarnición a todos [2] los desertores. Entonces, otra vez Boco, bien reconsiderando lo que le había pasado en los dos combates, bien aconsejado por otros amigos que Jugurta había dejado sin sobornar, elige entre sus íntimos a cinco, cuya lealtad conocía y [3] cuya inteligencia era muy alta. Les ordena que vayan en embajada a Mario y, si éste está de acuerdo, a Roma posteriormente, dándoles licencia para actuar y terminar con la [4] guerra como fuese. Aquéllos se encaminan apresuradamente hacia los cuarteles de invierno de los romanos; después, asaltados y desvalijados en su camino por bandoleros getulos, amedrentados y sin dignidad escapan a presencia de Sila, a quien el cónsul, al partir en expedición, había dejado [5] como propretor. Aquél los trató no como enemigos poco de fiar, que era lo que se merecían, sino con atenciones y liberalidad; con dicho comportamiento los bárbaros estimaron que la fama de avaricia de los romanos era falsa, y que, dada [6] su munificencia con ellos, Sila era un amigo. Pues entonces la generosidad interesada era todavía desconocida por muchos. Nadie era tenido por pródigo sin que fuese al mismo tiempo benevolente: todos los dones se relacionaban con la bienquerencia. De modo que revelan al cuestor¹⁶⁹ las [7] consignas de Boco, pidiéndole a la vez que les ayude y asesore; ensalzan con sus palabras las tropas, la lealtad y la grandeza de su rey, así como otros aspectos que consideraban útiles o indicativos de benevolencia. Después, habiéndoles prometido todo Sila e instruidos sobre el modo como debían hablar ante

Mario y asimismo ante el senado, se quedan esperando allí mismo alrededor de cuarenta días.

Mario, cuando regresó a Cirta tras concluir el asunto [104] que se había propuesto y se enteró del regreso de los delegados, ordena venir de Tuca a Sila y a aquéllos, así como al pretor Lucio Belieno¹⁷⁰ de Útica, y además a todos los de la clase senatorial, estuviesen donde estuviesen, y con ellos examina las propuestas de Boco. Se les concede a los delegados [2] la potestad de ir a Roma, y entretanto solicitan del cónsul una tregua. Estas decisiones parecieron bien a Sila y a la mayoría; unos pocos dan opiniones harto desconsideradas, ignorantes, claro está, de la condición humana, que fluida e inestable siempre, pasa de un extremo a otro. Por lo [3] demás, los moros, tras conseguir todos sus objetivos, marcharon tres a Roma junto a Gneo Octavio Rusón¹⁷¹, el cuestor que había transportado al África las pagas, y dos regresan junto al rey. Por ellos se enteró Boco con sumo gusto de la amabilidad y atenciones de Sila, aparte de las demás cosas. En Roma, al solicitar los delegados la amistad y la [4] alianza, después de pedir perdón porque el rey se había equivocado y dejado llevar por los crímenes de Jugurta, se les respondió del siguiente modo:

[5] «El senado y el pueblo romano suelen guardar memoria de los favores y de las afrentas. Por lo demás, puesto que Boco se ha arrepentido, le perdonan su falta. La alianza y la amistad se le concederán cuando se haga acreedor de ellas.»

[105] Conocidos estos hechos, Boco solicitó por carta a Mario que le enviase a Sila para discutir con él como interlocutor [2] los asuntos comunes. Aquél fue enviado con un destacamento de jinetes y honderos baleares; además, marcharon arqueros y un batallón peligno¹⁷² con armamento de infantería ligera¹⁷³ para hacer con más rapidez el camino, pero no por ello menos defendidos con estas armas que con las otras [3] frente a las ligeras del enemigo. Pero durante la marcha se mostró de repente al quinto día Vóluce, hijo de Boco, en la llanura abierta¹⁷⁴, con no más de mil jinetes, los cuales, como marchaban distraídamente y de manera dispersa, dieron la impresión a Sila y a todos los demás de ser un número más amplio que el real, y les causaron el miedo que infunden [4] los enemigos. En consecuencia, cada cual se puso en marcha, repasaban sus escudos y flechas, se concentraban; existía un cierto temor, pero la esperanza era más grande, como que ellos eran los vencedores y se enfrentaban a quienes habían vencido muchas veces. Entretanto los jinetes que se habían adelantado a inspeccionar comunican que la cosa (y así era de verdad) no era para inquietarse.

Vóluce al llegar saludó al cuestor, diciéndole que lo había [106] enviado su padre para salir a recibirlos y darles escolta. A continuación, marchan juntos sin temor éste y el siguiente [2] día. Luego, después de instalarse el campamento y empezar a anochecer, el moro viene corriendo ante Sila, despavorido y con el rostro alterado, y le dice que ha sido informado por los batidores de campo de que Jugurta no andaba lejos; a la vez le ruega y suplica que huya en secreto con él amparado en la noche. Aquél sostiene con espíritu altanero que no teme [3] al nómada tantas veces derrotado y que confiaba sobradamente en el valor de los suyos; incluso si se avecinase la perdición segura, se

quedaría, antes de traicionar con una huida vergonzosa a los que conducía, para una vida incierta y que tal vez poco más tarde iba a terminar con una enfermedad. Por lo demás, aconsejado por el mismo para que [4] partiese de noche, acepta la propuesta, y ordena que acaben de cenar rápidamente los soldados en el campamento y que hagan el mayor número posible de fuegos, y luego, a la primera vela, que salgan en silencio. Y cuando todos estaban [5] ya cansados por la marcha nocturna y Sila medía el lugar para el campamento justo a la salida del sol, los jinetes moros anuncian que Jugurta había acampado delante de ellos, a una distancia alrededor de dos millas. Cuando oyeron [6] la noticia fue cuando les entró un gran miedo a los nuestros; creían que habían sido traicionados por Vóluce y copados en una emboscada; y hubo quienes dijeron que había que tomarse la justicia por su mano y no dejar sin vengar en la persona de aquél tamaño crimen.

Mas Sila, aunque pensaba lo mismo, protege al moro de [107] la afrenta. Exhorta a los suyos para que adopten una actitud valiente; con frecuencia anteriormente unos pocos valerosos habían combatido victoriosamente frente a una muchedumbre; cuanto menos se preocupasen por sí mismos en el combate, tanto más seguros iban a estar, y a nadie que armase su mano le era honroso buscar auxilio en sus pies desarmados y volver hacia el enemigo, en el momento de más terror, la [2] parte desnuda y ciega del cuerpo. Luego, tras invocar a Júpiter Máximo para que fuese testigo del crimen y traición de Boco, manda a Vóluce, puesto que era hostil su comportamiento, [3] que saliese del campamento. Aquél le suplicaba con lágrimas que no se lo creyera: nada había sido hecho con engaño, sino más por la astucia de Jugurta, quien había descubierto su itinerario por medio de batidores, evidentemente. [4] Por lo demás, puesto que éste no tenía una gran multitud y sus esperanzas y recursos dependían de su padre, opinaba que no se atrevería a nada paladinamente, siendo el [5] propio hijo testigo. Por lo cual a él le parecía que lo mejor que se podía hacer era cruzar abiertamente por mitad de su campamento; él iría solo con Sila, enviando por delante a [6] sus moros o dejándolos allí mismo incluso. Esta propuesta fue aceptada, por hallarse la cosa como se hallaba; y partiendo al punto, como habían caído por sorpresa, mientras [7] Jugurta duda y vacila, pasan sin problemas. Luego, a los pocos días llegaron a donde se habían propuesto.

[108] Allí vivía en estrecha amistad con Boco un númida de nombre Áspar, a quien Jugurta había enviado antes, al enterarse de que se había hecho venir a Sila, en calidad de embajador, pero para espiar bajo cuerda los planes de Boco. Además, estaba Dábar, hijo de Masúgrada¹⁷⁵, del linaje de Masinisa, aunque inferior por la parte materna, ya que su padre había nacido de una concubina; por sus muchas prendas [2] naturales era querido y grato al moro; A éste, Boco, que había comprobado mucho tiempo antes que era leal a los romanos, lo envía inmediatamente a Sila a comunicarle que estaba dispuesto a hacer lo que quisiera el pueblo romano; que eligiese él mismo fecha, lugar y hora para la entrevista, y no tuviese miedo del embajador de Jugurta: a propósito mantenía él todo intacto con aquél, para que pudiese tratarse más libremente el común asunto; pues de otra manera no había podido precaverse de sus asechanzas. Mas yo hallo [3] que Boco retenía con la esperanza de paz al mismo tiempo a los romanos y al númida más por su

mal fe cartaginesa que por los motivos que alegaba, y que no hacía sino dar vueltas en su interior a si entregaría a Jugurta a los romanos o a Sila a Jugurta: la pasión le aconsejaba ir contra nosotros, y su miedo, a favor de nosotros.

De modo que Sila respondió que hablaría poco delante [109] de Áspar, y que lo demás se lo diría en secreto, sin ningún testigo o con los menos posibles; al mismo tiempo le instruye en lo que se le debía responder. Una vez que se entrevistaron [2] como lo había deseado él, afirma que ha venido enviado por el cónsul para investigar si sus intenciones eran hacer la guerra o la paz. Entonces, el rey, según las instrucciones [3] recibidas, le ordena regresar a los diez días, que todavía no ha decidido nada, pero que ese día le respondería. A continuación, ambos partieron para sus campamentos. Pero [4] cuando hubo transcurrido buena parte de la noche, Boco manda llamar a Sila en secreto; los dos van acompañados solamente de intérpretes de confianza además de Dábar, el intermediario, individuo respetable y con quien ambos estaban de acuerdo. Y al instante comienza el rey del siguiente modo:

«Jamás habría pensado que yo, el rey más poderoso de [110] estas tierras y de todos los que conozco, llegaría a deber un favor a un señor particular. Y voto a Hércules, Sila, antes de [2] conocerte presté ayuda a muchos que me la pidieron y a [3] otros voluntariamente, sin que yo necesitase de nadie. De haberme rebajado, cosa que suele hacer sufrir a los demás, me alegro: acepto que haber sentido yo necesidad alguna vez sea el precio de tu amistad, que en mi corazón aprecio [4] más que nada. Eso lo puedes comprobar de la siguiente manera: toma de mí armas, hombres, dinero y, en fin, cuanto te venga en gana y sírvete de ello, y nunca, mientras vivas, vayas a pensar que he satisfecho mi deuda: ésta siempre [5] permanecerá intacta en mí. Por último, nunca desearás nada en vano si yo lo sé. Pues a mi entender es menos vergonzoso para un rey ser vencido por las armas que por la munificencia.

[6] Por lo demás, respecto a vuestros intereses de Estado, como encargado de los cuales has sido enviado aquí, escucha estas breves palabras. Yo no he hecho la guerra al pueblo romano ni ha sido jamás mi deseo que le haya sido hecha, sino que he protegido con las armas mis territorios [7] contra hombres armados. A un lado dejo tal actitud si este [8] es vuestro gusto. Haced la guerra como queráis con Jugurta. Yo no rebasaré el río Muluya, que era la frontera entre Micipsa y yo, ni permitiré que Jugurta penetre en él. Por lo demás, si me pides algo digno de mí y de vosotros, no te marcharás desairado.»

[111] A estas palabras respondió Sila breve y modestamente en lo que al rey se refería, y en cuanto a la paz y a los asuntos comunes, largo y tendido. Finalmente, hizo ver al rey que lo que él prometía no iban a tomarlo como favor el pueblo y el senado romano, toda vez que habían resultado superiores en las armas; él tendría que hacer algo que se viese que era más del interés de aquéllos que del suyo propio. Cosa que tenía al alcance de la mano puesto que podía disponer de Jugurta, al que, si entregaba a los romanos, sin duda se le habría de deber muchísimo: en ese momento vendrían para él sin más la amistad, la alianza, la parte de Numidia que ahora ambicionaba. El rey se negaba insistentemente al [2] principio; estaban por medio el parentesco, la afinidad, el pacto además; aparte de esto temía que, dando muestras de una lealtad frágil, se enajenase los

ánimos de sus compatriotas, para quienes Jugurta era bienquisto y los romanos odiosos. Por último, después de insistírsele una y otra vez, cede [3] y promete hacerlo todo a voluntad de Sila. Por lo demás, a [4] fin de simular la paz, de la que el númida estaba más que ávido por cansancio de la guerra, acuerdan las medidas que parecieron útiles. De este modo, tramado el engaño, se separan.

El rey, por su lado, llama al día siguiente a Áspar, lugarteniente [112] de Jugurta y le dice que por Dábar ha sabido de Sila que se puede terminar la guerra con condiciones y que por tanto recabase la opinión de su rey. Aquél parte contento [2] para el campamento de Jugurta; luego, instruido por él en todo, apresurando la marcha, regresa a los ocho días junto a Boco y le comunica que Jugurta quiere hacer todo lo que se le mande, pero que confiaba poco en Mario, que con anterioridad muchas veces se había convenido en vano la paz con los generales romanos. Por lo demás, si Boco deseaba [3] atender a los intereses de ambos y conseguir una paz real, que se encargase de que todo el mundo viniese a una conferencia como para tratar de la paz y allí le entregase a Sila; que como tuviese en su poder a un individuo de sus características, entonces sí que habría pacto por mandato del senado o del pueblo, pues un hombre de la nobleza no iba a quedar en poder del enemigo, por causa, no de su cobardía, sino del interés del Estado.

El moro, dando vueltas a estas propuestas largo tiempo [113] consigo mismo, al final se lo prometió; no sabemos si sus vacilaciones fueron por engaño o de verdad. Pero en general las voluntades de los reyes son tan vehementes como volubles, [2] y muchas veces contradictorias. Posteriormente, tras acordarse la fecha y el sitio para acudir a la conferencia sobre la paz, Boco llamaba ora a Sila, ora al delegado de Jugurta, los trataba amablemente, y a ambos prometía lo mismo. Aquéllos se hallaban igualmente dichosos y llenos de buenas esperanzas.

[3] Pero la noche previa al día fijado para la conferencia el moro citó a sus amigos, y, cambiando repentinamente de intención, los despidió a todos y se dice que consigo mismo anduvo dando vueltas a sus ideas largo tiempo, y entretanto se le cambiaba la cara, la mirada y el estado de ánimo a la vez, lo cual, lógicamente, aunque él guardaba silencio, traslucía [4] los secretos de su corazón. Por último, no obstante, da orden de que hagan venir a Sila y, conforme a su parecer, [5] prepara la emboscada al númida. Luego, cuando llegó el día y se le anunció que Jugurta no andaba lejos, sale a su encuentro con unos pocos amigos y nuestro cuestor como para rendirle pleitesía; y sube a un alcor que era muy fácil de ver [6] para los emboscados. Allí mismo se aproxima el númida desarmado, con unos pocos íntimos suyos, como se le había dicho, y al instante, a una señal dada, se le echan encima [7] desde la emboscada por todas partes al mismo tiempo. Los demás fueron degollados y Jugurta es entregado atado a Sila, quien lo trasladó a presencia de Mario.

[114] Por las mismas fechas¹⁷⁶ nuestros generales Quinto Cepión y Gneo Malio sufrieron una derrota frente a los galos¹⁷⁷. Con ello toda Italia se echó a temblar de miedo. Entonces y después sin interrupción, hasta nuestra época, los romanos fueron de esta opinión: todo lo demás se inclinaba ante su valor, pero contra los galos peleaban no por la gloria sino por la salvación. Pero una vez que se terminó la guerra de Numidia y se

informó de que traían prisionero a Jugurta a Roma, Mario fue elegido cónsul en su ausencia¹⁷⁸ y se le asignó la provincia de Galia, y el uno de enero¹⁷⁹ celebró su triunfo investido de cónsul, con gran pompa. Por aquel tiempo las esperanzas y las fuerzas de la ciudad estaban cifradas en su persona¹⁸⁰.

¹ Es decir, Quinto Fabio Máximo, el Vacilante, que combatió a Aníbal, y Publio Cornelio Escipión el Africano, vencedor del general cartaginés en Zama (202 a. C).

² Esta afirmación no es exacta, porque ya los Gracos, nobles también, adoptaron medidas contrarias claramente a la nobleza. Para Salustio, sin embargo, el comienzo de la rebelión es el nombramiento del cónsul en la persona de Mario, *homo nouus*.

³ En términos generales, *Jugurta* se puede considerar dividido en dos partes por el excursus sobre los partidos políticos (41-47), siendo el momento culminante de cada una de esas partes, respectivamente, el discurso de Memmio (31) y el de Mario (85). En este párrafo, por lo demás, se inicia la narración de la prehistoria de la guerra de Numidia (111-105) con la división de dicho país entre Adérbal y Jugurta.

⁴ Es decir, tras la derrota de Pirro en 272.

⁵ Hijo de Gaya, rey de los másilos.

⁶ Fue hecho cautivo por Gayo Lelio y Masinisa en el 203.

⁷ En el 148, posiblemente.

⁸ Entre 146 y 139.

⁹ Que eran más jóvenes que Jugurta.

¹⁰ En el año 134; los númidas llegaron después de que Publio Cornelio Escipión Emiliano hubiese tomado el mando del sitio de la ciudad, en el mes de abril del año reseñado.

¹¹ *Factiosi* en latín. Tanto esta palabra como *factio* se asocian al poder, el rango y la riqueza. Cf. NONIO 473 L.: *Factio iterum signifcat opulentiam, abundantiam et nobilitatem*.

¹² Aparentemente, hay aquí una contradicción con lo que se dice en 11, 6, donde se habla de un nombramiento de heredero en el año 121, mientras que aquí se viene a decir lo mismo, pero referido a 132. Se han propuesto numerosas explicaciones. PAUL (*Historical.*, pág. 42) propone: en este apartado (referente al año 132) tendríamos una adopción y un reconocimiento como heredero en pie de igualdad de la propiedad de Micipsa, lo cual sería satisfactorio para Escipión Emiliano, dado el interés que este general romano había puesto en Jugurta, mientras que en el capítulo 11,6 (referente al año 121) tendríamos el reconocimiento de Jugurta como pretendiente al trono de Numidia.

¹³ De hecho, catorce años después del regreso de Jugurta (la muerte de Micipsa

tuvo lugar en 118).

¹⁴ En el año 141 trescientos jinetes númidas ayudaron a Fabio Serviliano.

¹⁵ La noticia de su muerte se produjo entre dos hechos de conquista exterior: en 118 Quinto Marcio Rege guerreaba contra los estenos, y en 117 el procónsul Lucio Cecilio Metelo triunfaba sobre los dálmatas.

¹⁶ A ellos se hace referencia varias veces a lo largo de la obra (37, 3; 75, 1; 92, 6). Dichos tesoros, probablemente cajas donde se registraban los ingresos y los gastos, se hallaban dispersos por el territorio númida.

¹⁷ No se tiene conocimiento ninguno de una ciudad de este nombre.

¹⁸ En Roma, el licitor que marchaba más próximo al cónsul; aquí Salustio aplica este uso romano al jefe de guardia de Jugurta.

¹⁹ Estos hechos debieron de tener lugar probablemente en el 117, poco después de la muerte de Micipsa, como cabe concluir también de los datos aportados por LIV., *Per.* LXII.

²⁰ Es decir, la provincia romana de África, a saber, el territorio norteafricano comprendido entre Mauritania al O., Numidia al S. y Cirenaica al E. (aunque a veces se incluyen otras zonas más amplias de África en general).

²¹ Masinisa extendió su reino hacia el Oeste a expensas de Siface, y hacia el Este, con la connivencia de los romanos, a expensas de Cartago. Su extensión máxima alcanzaba 1.600 kilómetros de Este a Oeste. Después de la derrota de Cartago el límite entre el África romana y Numidia venía representado por la *Fossa Regia*.

²² Marco Emilio Escauro, nacido en 162, edil en 122, pretor en 119, cónsul en 115, censor en 109.

²³ Estas embajadas se elegían dentro del senado; el jefe de la delegación era el comisionado de más alto rango.

²⁴ Pretor en 125, cónsul en 121. Se hizo ilustre durante su pretura por haber reprimido una rebelión en Fregelas, motivo por el cual los *optimates* le eligieron como candidato al consulado del 121 con el fin de utilizarlo contra los Gracos.

²⁵ Salustio representa la lucha política de estos tiempos como un enfrentamiento entre nobleza y plebe, aunque muchos nobles luchan al lado de la plebe. En ésta se debe incluir buen número de *equites*. En todo caso, la vieja lucha entre las clases sociales evoluciona con los tiempos, y lo que antes se discutía dentro del senado sale a la calle desde el instante en que algunos políticos, nobles al principio, hallan en el tribunado de la plebe un arma para combatir.

²⁶ Hiénsal II, hijo de Gauda. Por lo demás, no está claro si este genitivo denota posesión o autoría: Hiénsal pudo muy bien haber escrito una obra sobre África, pues hay testimonios literarios acerca de la cultura de la casa real de los númidas.

²⁷ Ahora este nombre incluye Egipto y el norte del Sáhara. Los getulos son varias tribus que vivían al sur de moros y númidas.

- ²⁸ No parece que este mito esté documentado en otras fuentes.
- ²⁹ Afirmación poco creíble, por lo que algunos piensan que estos pueblos han sido aquí introducidos por su habilidad y pasión por la equitación; otros estiman que estos nombres pueden estar corrompidos.
- ³⁰ La fecha tradicional de la fundación de Cartago es el 814; Útica fue fundada antes, en 1101. Exceso de población, razones comerciales o guerras civiles pueden estar en la base de estas fundaciones de colonias, al igual que entre los griegos.
- ³¹ Respectivamente, Bizerta, Sousse y Lamta de hoy día. Cirene, de más abajo, es Grennah.
- ³² Este río constituía el límite entre Mauritania y Numidia.
- ³³ Moderna Constantina, próspera ciudad en la que Micipsa puso mucho interés.
- ³⁴ Por cuanto la toga es la vestimenta de los romanos y latinos, *togati* significa (así, en Cicerón, por ejemplo) los ciudadanos romanos en las provincias. Comoquiera que posteriormente su uso se extendió a los *socii* de Italia, *togati* pudo querer decir también «itálicos», en general.
- ³⁵ Que sin embargo eran ya senadores, aunque de rango inferior (*pedarii*).
- ³⁶ El viaje duraba entre dos y cuatro días.
- ³⁷ La ciudad estaba rodeada de profundos barrancos, por los cuales fluye además el río Ansaga; el único acceso libre es por el Suroeste. Todavía quedan trozos de sus contrafuertes.
- ³⁸ El sitio debió comenzar en abril del 112, porque las noticias llegaron a Roma hacia fines de noviembre o primeros de diciembre, cuando se celebraban las elecciones a cónsul.
- ³⁹ Probablemente, todos los componentes de la delegación eran como mínimo de rango pretoriano. Escauro, como hemos visto antes, era excónsul.
- ⁴⁰ En latín *Italici*, gente de los municipios de suelo itálico, sin excluir a los romanos propiamente dichos. A todos ellos se les llamaba en las provincias *togati* para distinguirlos de los provinciales. Estos *Italici* se dedicaban al comercio y la agricultura y por lo común tenían muy mala fama entre los nativos.
- ⁴¹ Posiblemente, tribuno militar en la guerra de Numancia. En esos momentos (112) debía de tener alrededor de cuarenta y cinco años. Murió en una revuelta en el 100.
- ⁴² Ley del primer tribunado de Gayo Graco, en virtud de la cual había que fijar las provincias consulares antes de las elecciones a cónsul.
- ⁴³ Elegidos por los *optimates* por haberse distinguido en su oposición a los Gracos. Publio Escipión Nasica, en concreto, era hijo del senador que aunque simple particular fue responsable de la muerte de Tiberio Graco.
- ⁴⁴ Probablemente, en febrero del 111.
- ⁴⁵ Alrededor de 60 días; por tanto, si salió en marzo debió de llegar a mediados de mayo, que es cuando empezó la campaña.

- ⁴⁶ Quizá Publio Sextio, *praetor designatus* hacia el 90.
- ⁴⁷ Hoy Béja, a doce kilómetros al norte del río Bágradas (hoy Medjerda).
- ⁴⁸ Eran nativos de Numidia y Mauritania, pero su uso en la guerra y para los juegos romanos condujo a su progresiva desaparición.
- ⁴⁹ Que tendrían lugar en noviembre de ese año (111). El cónsul Escipión Nasica había fallecido ejerciendo el cargo, sin ser reemplazado, al parecer.
- ⁵⁰ Cifra misteriosa, pues nos retrotrae al 126, donde no pasa nada significativo. Quizá, una corrupción por XX, que nos llevaría al 131, que sí es fecha de interés. Véase PAUL, *Historical...*, *ad loc.*
- ⁵¹ Una acusación habitual contra los oponentes políticos, siendo así que la idea del reino era detestable para los romanos. En cuanto a los tribunales citados a continuación, fueron constituidos por los cónsules del 132, Publio Popilio Lenate y Publio Rupilio.
- ⁵² En realidad, el *ordo plebeius* no existía. Según Plutarco (*Gayo Graco* 17-18) fueron muertos 3000.
- ⁵³ Es decir, Tiberio Graco.
- ⁵⁴ En realidad fueron tres: la primera vez ocuparon el Monte Sagrado, la segunda el Aventino y la tercera el Janículo.
- ⁵⁵ En latín sólo se dice *auxilium*, «ayuda», que, no obstante, por el contexto, ha de significar necesariamente «la ayuda de los tribunos de la plebe».
- ⁵⁶ Lucio Casio Longino, cónsul en el 107, colega de consulado de Mario.
- ⁵⁷ Según algunos, referencia a Lucio Casio Longino, uno de los asesinos de César, el cual probablemente era nieto del pretor del 111. Gayo Casio se suicidó en Filipos, en el 64.
- ⁵⁸ Primo de Jugurta, por ser Gulusa hermano de Micipsa.
- ⁵⁹ Cónsul en 110. Minucio Rufo tenía por nombre real Marco, no Quinto, que era su hermano.
- ⁶⁰ 40.000, según OROSIO V 15, 6.
- ⁶¹ Alrededor de octubre-noviembre del 110.
- ⁶² Entre los sesenta centuriones de una legión, el de la primera centuria de los legionarios que recibían el nombre de *triarii* o *pili* (las otras dos clases recibían el nombre de *hastati* y *principes*) tenía el grado más alto.
- ⁶³ Costumbre romana de humillar al enemigo vencido haciéndole pasar bajo un yugo formado como describe Tito Livio (II 28, 11 : *tribus hastis iugum fit, humifixis duabus superque eas transversa una deligata*: «se forma el yugo con tres lanzas, clavando dos en tierra y sobre ellas atando una transversalmente»); originariamente era un rito que aspiraba a neutralizar el aspecto impuro de un ejército vencido.
- ⁶⁴ Refuerzos necesarios, bien por pérdidas y bajas en combate, bien por licenciamientos.

⁶⁵ El año debe de ser todavía el 110.

⁶⁶ Tribuno en el 109, fue autor de una ley sobre lindes, de donde su sobrenombre.

⁶⁷ Aunque Salustio no da el nombre de los que apoyaron a Jugurta, incluso ya en Numancia, Cicerón (*Brutus* 128) recuerda los más importantes, entre los cuales están Gayo Galba, Lucio Bestia, Gayo Catón, Espurio Albino y Lucio Opimio.

⁶⁸ Salustio es el único que hace esta afirmación sorprendente, pues Escauro era él también sospechoso de complicidad. Véase PAUL, *Historical...*, págs. 120-121.

⁶⁹ Posiblemente, el jurado estaba constituido fundamentalmente por *equites*. Entre éstos y el senado debía de haber disensiones desde años atrás.

⁷⁰ La destrucción de Cartago tuvo lugar el 146, después de la polémica entre Escipión Nasica y Catón el Censor sobre la conveniencia o no de su destrucción total. Salustio elige dicha fecha en sus tres obras para indicar un punto de inflexión en la moral y la política de Roma: a partir de entonces, desaparecido el *metus hostilis* (*Punicus*, en concreto) se inicia, a su juicio (y al de gran número de escritores romanos), la decadencia de Roma. Ciertamente, sin embargo, tensiones y peleas entre el senado y la plebe se documentan desde mucho antes, y muy graves a partir de la segunda guerra púnica.

⁷¹ Ya en el siglo II, Roma tenía en pie de guerra a 30.000 o 60.000 hombres cada año, y el empobrecimiento de las clases menos favorecidas se incrementaba poco a poco. De ahí, movimientos de rebelión como el que tuvo lugar en 151, para oponerse al alistamiento de soldados para la guerra de España.

⁷² Parte de este botín iba a parar a manos de los soldados, pero la porción mayor quedaba en poder del general; esto en lo que hace a bienes muebles, porque los inmuebles todos recaían en beneficio del Estado romano.

⁷³ Procedimiento por el cual se formaban los *latifundia*, con el empobrecimiento progresivo de la plebe. Las referencias a esta situación son numerosas.

⁷⁴ El senado y los *equites* se opusieron conjuntamente a Tiberio Graco, y se unieron para causarle su muerte; todavía al comienzo de la carrera del hermano, Gayo, también colaboraron frente a él.

⁷⁵ Tiberio fue tribuno militar en el 133. Gayo, que murió en 121, no llegó a tribuno.

⁷⁶ Frase de difícil y discutida interpretación. En latín: *sed bono uinci satius est quam malo more iniuriam uincere*. Tres posibilidades: *Bono* = *bono more*; *bono* = *bono publico*; *bono* = *bono uiro* (*dat.*). Según Paul (*Historical...*, pág. 131) la última tendría más puntos a su favor. En tal caso, tanto *bono (uiro)* como *iniuriam uincere* se referirían a los Gracos.

⁷⁷ Quinto Cecilio Metelo, llamado luego el Numídico, cónsul en 109. Los Metelos pertenecían a una familia plebeya noble con seis consulados entre 123 y 109.

⁷⁸ Marco Junio Silano, el primero de su familia en alcanzar el consulado. Poco después (en 108), fue derrotado por los cimbros.

⁷⁹ Metelo dejó Roma en abril y debió tomar el mando en África alrededor del mes

de junio. Durante ese mismo mes debió de entrar en campaña.

⁸⁰ Seis u ocho semanas de este año de 109.

⁸¹ La fuente para esta opinión debió de ser Publio Rutilio Rufo, lugarteniente de Metelo, que escribió unas memorias. El concepto, por lo demás, es estoico.

⁸² Los soldados llevaban cada uno alimentos para diecisiete días, y además dos o tres estacas para el campamento. En total, un peso de alrededor de 20 kilos.

⁸³ Es decir, *quadrato agmine*: tres columnas cubiertas en vanguardia, retaguardia y flancos por infantería ligera y caballería para evitar un ataque por sorpresa.

⁸⁴ Había además otro lugarteniente como mínimo: Publio Rutilio Rufo (véase nota 81).

⁸⁵ Es decir, *tribuni militum*, que eran seis por legión. Normalmente, su papel era administrativo. Los había de dos clases (Ps. ASCONIO 216 STANGL): *Tribunorum militarium duo genera; primum eorum qui Rufuli dicuntur; hi in exercitu creari solent; alii sunt comitati, qui Romae comitiis designantur*.

⁸⁶ El valle del Bágradas (hoy Medjerda).

⁸⁷ Normalmente se le identifica con el río Mellègue. Metelo, al abandonar Vaga, ha debido seguir el Bágradas, al norte del río. El Mutul es un afluente del Medjerda o Bágradas, con bastante agua, pues la batalla tuvo lugar en julio o agosto de este año 109 y allí se iba a hacer aguada. En cualquier caso, ha sido imposible fijar el sitio del combate.

⁸⁸ La tradición manuscrita da treinta kilómetros (*XX millas*) lo que es absolutamente imposible. Quizá habría que leer III, con Ciacconio.

⁸⁹ Dicha colina estaba entre el río y el monte, formando ángulos rectos con ambos. La extensión que Salustio le confiere es una exageración.

⁹⁰ La legión avanzaba en tres columnas: *hastati*, *principes* y *triarii*, paralela una a la otra. A la hora de un ataque, los *hastati* formaban la primera línea de combate, los *principes* la segunda y los *triarii* la tercera. Mételo ordena ahora el alto a su ejército, haciéndolo girar a la derecha y colocando en el frente a los *hastati* (*conmutatis ordinibus*) y a continuación ordenó girar a la izquierda (*transuorsis principiis*) y prosiguió la marcha, llevando a la caballería en vanguardia y retaguardia.

⁹¹ Pretor hacia el 118, cónsul en 105. La claridad con que Salustio describe la batalla del río Mutul sugiere que utilizó la autobiografía del lugarteniente de Mételo.

⁹² *Post principia*: previamente, Mario marchaba en el interior de la formación, y al girar ésta a la derecha queda detrás de la primera línea, en posición de ejercer el mando allí.

⁹³ En agosto y con siroco el termómetro puede alcanzar los 52 grados a la sombra.

⁹⁴ Formadas exclusivamente de soldados romanos y distintas, por consiguiente, a las de tropas auxiliares (*cohortes sociorum*). Las cohortes de una legión eran diez, subdividida cada una de ellas en tres manípulos, y cada uno de éstos en dos centurias.

⁹⁵ Posiblemente, entre el Mutul y la frontera de la provincia romana. Sica caía dentro de esta área, cuyo límite Norte era sin duda el valle del Bágradas.

⁹⁶ Eran decretadas por el senado y proclamadas por un magistrado.

⁹⁷ Probablemente Zama Regia, la que sería capital de Juba I, así como la de la provincia de *Africa Noua* de la que el historiador fue gobernador. Aunque la localización de Zama no es exacta, las mayores probabilidades las tiene la actual ciudad de Zama.

⁹⁸ Actual Le Kef; en Sica tenía lugar el culto de la deidad identificada posteriormente como *Sicca Veneria*. Era lugar de gran importancia económica y estratégica.

⁹⁹ Amistad que no pudo ser muy profunda, pues el abismo entre ambos, abierto cuando el tribunado de Mario en el 119, continuaba interponiéndose entre ellos, pese a que a los dos venía bien una reconciliación.

¹⁰⁰ Finales de septiembre u octubre (del 109).

¹⁰¹ Metelo se acuarteló en Tisidio con una legión y Mario puso su campamento cerca de Útica. El invierno es naturalmente el del 109-108.

¹⁰² Tercera embajada de Jugurta a Metelo de la que hace mención expresa Salustio.

¹⁰³ A saber, los lugartenientes, el cuestor y quizá los prefectos.

¹⁰⁴ Esto es, 67.200.000 sestercios. Los desertores de que se habla más abajo eran 3.000, o más, según OROSIO, V 15,7.

¹⁰⁵ Hoy Krich el Oued, en la margen derecha del Bágradas (Medjerda); su ubicación dentro de la provincia romana le hacía deseable para acampar allí por su buena comunicación con Útica a través del valle de ese río.

¹⁰⁶ Habiendo sido pretor en el 115, desde el 112 (dejando, pues, los dos años obligatorios entre una y otra magistratura curul) estaba en disposición de ser cónsul.

¹⁰⁷ Como Cicerón y Salustio, Mario era también de origen sabino. En esa región nació hacia el 156. Su muerte tuvo lugar en enero del 86.

¹⁰⁸ A la edad de diecisiete años.

¹⁰⁹ No existe acuerdo alguno sobre la fecha en que Mario fue tribuno militar, para lo cual se necesitaban al menos cinco años de servicio. Así, Chantraine piensa en 134 o 133; Broughton, en 124 o 123; Suolahti, antes del 119; Carney, en 124; Badián, en 129.

¹¹⁰ No con la facilidad que esta frase sugiere, aunque tampoco con demasiados tropiezos. De hecho, fue pretor a los cuarenta años, lo cual no es ser muy viejo, pues la edad mínima era treinta y nueve. En cualquier caso, muchos escritores incrementaron las dificultades políticas de Mario a lo largo de su *cursus honorum* para mostrar un contraste entre un Mario de humildes orígenes y su grandeza posterior. Pese a todo, Mario no tuvo unos orígenes tan humildes: sus padres eran terratenientes.

¹¹¹ Al parecer, la situación no era exactamente así, y la realidad es que durante el siglo II a. C. cada tres o cuatro años accedía al consulado un hombre que no perteneciese a familia senatorial. Naturalmente, Salustio carga la mano en la parte que le interesa.

¹¹² De nombre Metelo Pío, pretor en 89/88. Nacido hacia el 128, sería cónsul en el 80. La propuesta del general a Mario es absurda porque para el 86, año en que por primera vez podría optar al consulado su hijo, Mario tendría alrededor de los setenta años.

¹¹³ Hermanastro de Jugurta, padre de Hiénsal II y ascendiente de los reyes númidas posteriores.

¹¹⁴ La caballería de ciudadanos romanos propiamente dicha se atestigua por última vez en la guerra de España, en el 139. Normalmente, dada la necesidad de numerosa caballería, se alistaba ésta entre los provinciales o itálicos. Los *equites* se transforman en término comercial: son los encargados de dirigir negocios en las zonas conquistadas por el ejército romano; a veces son los mismos *publicani*. Los *negotiatores* («comerciantes»), por otra parte, son una especie de *publicani* de inferior categoría.

¹¹⁵ Ora *safetes* («magistrados», entre los cartagineses), ora miembros del Consejo de Vaga, que en tiempos antiguos había pertenecido a territorio cartaginés.

¹¹⁶ Los centuriones podían ser de las tropas aliadas, pero los tribunos militares habían de ser exclusivamente romanos.

¹¹⁷ Era *praefectus fabrum* y, según se dice en el capítulo 69, de origen latino.

¹¹⁸ Las cinco menos cuarto de la tarde en esta época (diciembreenero). La hora tercera que se cita más abajo son las nueve y media de la mañana.

¹¹⁹ La distancia en línea recta de Tisidio a Vaga es 43 kilómetros. Dicha distancia les llevaría más de dieciséis horas de camino.

¹²⁰ Esta expresión, *ciuis ex Latio*, ha hecho correr ríos de tinta. Se puede interpretar como «ciudadano romano», como «latino», como cliente de Metelo. Véase PAUL, *Historical...*, *ad loc.*, págs. 182-185. Salustio, sin embargo, parece basar la posibilidad de dar muerte a Turpilio en que era latino, pero no romano.

¹²¹ Nada más se sabe de él, excepto el nombre, que parece libio.

¹²² Cartas escritas por hombres de rango ecuestre, pero también por soldados procedentes de medios agrícolas ricos, que tampoco tenían ningún deseo de hacer la guerra allende los mares.

¹²³ En «plebe» debe incluirse no sólo la urbana sino también la rural. Por lo demás, aparte de la plebe y de los representantes del rango ecuestre, que también podemos considerar incluidos en el término «plebe», votaron a Mario los *publicani* y *negotiatores* de África. Todavía, en estos *comitia centuriata* de que se trata aquí Mario debió de tener el voto de gente de la nobleza (cuya importancia en este tipo de votación era notoria). Así, sin duda tuvo el apoyo de algunos de los Julios Césares, con quienes había emparentado por matrimonio; la familia de Casio Longino, su colega en el consulado; Gneo Malio Máximo, cónsul en el 105; también Gayo Memio, tribuno de la plebe en el 111 (y pretor en el 104, segundo consulado de Mario); Gayo Mamilio Limetano, tribuno de la plebe en 109; Gayo Fabio Fimbria; Gayo Licinio Geta, censor en el 108.

¹²⁴ El anterior *homo nouus*, del que se tenga constancia positiva de tal es Quinto

Pompeyo, cónsul en 141. Pero Publio Rupilio, cónsul en el 132, también debía de ser un *homo nouus*.

¹²⁵ Tribuno de la plebe en el 107.

¹²⁶ Existe hoy una ciudad de igual nombre, y el fértil distrito de la moderna, cuajada de fuentes, cuadra también con la antigua. Sin embargo, no parece que sean identificables, aunque ambas pudieron hallarse ubicadas en la misma región, en el camino a Capsa (hoy Gafsa).

¹²⁷ En el siglo I a. C. una legión necesitaría entre 1.200 y 1.500 bestias para transportar su impedimenta.

¹²⁸ Según Vretska, Salustio no sugiere que a él le sorprendiera esta lluvia repentina, sino que describe la misma desde el punto de vista de los soldados. Por otra parte, el sitio de Tala duró cuarenta días y probablemente comenzó hacia junio del 108.

¹²⁹ Leptis Magna, hoy Lebda.

¹³⁰ Hijo tal vez del cónsul del 128.

¹³¹ Ello sugiere la etimología popular del verbo griego para engullir: *sýrein*, lo cual es sin duda falso. El nombre tiene proveniencia beréber o fenicia, y designa dos ensenadas entre Cartago y Cirene.

¹³² Comienza el excursus de los hermanos Filenos. El excursus magnifica entre otras cosas el final del sitio de Tala y la campaña del 108; por su parte, Cirta ha debido ser tomada en algún momento anterior al presente.

¹³³ Es curioso cómo algunos escritores romanos ponen en boca de los enemigos de Roma acusaciones ciertamente terribles y posiblemente justas contra los romanos. Salustio es quizá el primer historiador en obrar de esta manera. Cf., además, CÉSAR, *Guerra de las Galias* VII 77 3 ss.; TÁC, *Agrícola* XXX-XXXII; JUSTINO, XXXVIII 4, 10-7, 10, etc.

¹³⁴ Enero del 107, tal vez.

¹³⁵ Aquí se inicia la última parte importante de la monografía, aquella dedicada a las campañas de Mario.

¹³⁶ En latín, *euocati*. Alguno de estos veteranos quizá habían servido con Mario en España en el 114.

¹³⁷ Frente a la nobleza de nacimiento los *homines noui* sólo podían poner a contribución la *uirtus*, de la que por lo demás, como se dirá más abajo (85, 17), nace toda nobleza.

¹³⁸ Placas de metal con relieves, ajustadas a correas de cuero que se fijaban sobre la coraza.

¹³⁹ Consciente o inconscientemente, Salustio ha incorporado en el discurso de Mario reminiscencias de autores griegos. Pese a su expreso desdén por el griego, Mario tenía probablemente alguna familiaridad con la cultura griega. El desdén era típico de los romanos de viejo cuño. Así, Catón el Censor, pese a todo (PLUTARCO, *Catón* XX) no era

ajeno a la cultura griega. En cambio, Catulo, Horacio y Virgilio, por ejemplo, se mostraron declarados filohelenos.

¹⁴⁰ Los defectos, respectivamente, de Bestia, Albino y Metelo.

¹⁴¹ Entre los 17 y los 46 años. El servicio obligatorio era de diez años para la caballería y de dieciséis para la infantería.

¹⁴² Este envío anticipado revela la prisa de Mario. Manlio pudo abandonar Roma en febrero o marzo del 107, y Mario le seguiría no mucho después.

¹⁴³ Estos son los *capite censi*, es decir, los que no tenían ni un céntimo, excepto su propio pellejo. Habida cuenta de que la última de las cinco clases sólo tenía que poseer 1.500 ases, la diferencia entre esta última clase y los *capite censi* no podía ser muy grande.

¹⁴⁴ Contingentes de infantería de los aliados, itálicos y de otra clase.

¹⁴⁵ Metelo no obtuvo el triunfo hasta el 106, posiblemente con la oposición del tribuno Tito Manlio, que había propuesto la transferencia del mando africano de Metelo a Mario.

¹⁴⁶ Los provinciales, partidarios de los romanos.

¹⁴⁷ Porque Mario se había jactado de poner fin a la guerra y por otra parte temía que le sustituyeran al mando de las operaciones militares.

¹⁴⁸ Hoy Gafsa; fue destruida por Mario y reedificada en época de Adriano, convirtiéndose en un *municipium* importante.

¹⁴⁹ El ataque lanzado por Mario constituyó una verdadera sorpresa, su acción se coronó con el éxito y la misma sirvió para acelerar el final de la guerra.

¹⁵⁰ Hoy día sigue habiendo algunas fuentes de esta naturaleza en la actual Gafsa.

¹⁵¹ Tales lugares, entre los cuales probablemente se hallaba Theveste (actual Tébesa), debían de ser aquellos que Metelo no había atacado. La época del año, por otra parte, a que se alude más abajo, sería septiembre u octubre (del 107).

¹⁵² Hoy Henchir Lorbeus, a dieciocho kilómetros al sureste de Sica (Le Kef).

¹⁵³ Muy difícil de identificar porque ignoramos de dónde salió Mario. Habiendo marchado entre dos y tres noches, hay que situar el lugar a unos 90 kilómetros de distancia al Norte de Gafsa, por lo que el río podría ser el Hatab/El Derb.

¹⁵⁴ Los comentaristas se preguntan de dónde sacó Salustio detalles tan minuciosos como éstos: Rutilio Rufo posiblemente se había marchado a Roma para preparar las elecciones del 106; Posidonio no parece ser la fuente, y además la incredulidad en materia religiosa manifestada en este pasaje por Salustio descarta al autor griego. Sila mismo podría servir de fuente.

¹⁵⁵ Seis de la tarde en septiembre.

¹⁵⁶ Seis de la mañana en septiembre.

¹⁵⁷ Esto no es cierto realmente, porque los *dediti*, los que se rendían a los romanos, lo hacían de manera incondicional y los generales podían hacer de ellos cuanto quisiesen.

Lo que ocurre es que Salustio critica veladamente a Mario, como hacían los *optimates*, por no comprender que Mario pretendía atemorizar a las restantes ciudades para que se rindiesen.

¹⁵⁸ Probablemente, estas operaciones se llevan a cabo en el año 106 ya, aun cuando Salustio sigue llamando a Mario cónsul (lo ha sido durante el 107, y ahora prosigue al mando de las tropas como procónsul). Y es que el próximo objetivo del castillo de Muluya está tan lejos que es preciso imaginar varios meses entre la toma de Gafsa y la del castillo, lo que implica que la campaña ha proseguido durante los meses del invierno, cosa que al parecer era posible en el Norte de África. Cf. TÁC, *Anales* III 74, hablando de la campaña de Bleso contra Tacfarinate: «Ni, como era costumbre, repliega las tropas al pasar el verano...».

¹⁵⁹ La distancia entre Gafsa (Capsa) y el Muluya es de 1.200 kilómetros. El viaje de ida y vuelta debió durar entre cuatro y seis meses. De todas maneras, dado el descuido habitual de Salustio por lo que respecta a la geografía, bien pudo haber confundido el río, por ejemplo, con el moderno Chélif.

¹⁶⁰ Posiblemente Salustio es injusto con Mario, pues la aventura en la que se embarcó fue de envergadura y la empresa que arrostró digna de todo encomio; el azar, la fortuna, es parte de los éxitos en la guerra, y así se halla en la mayoría de los historiadores. Es muy probable que para esta parte Salustio siga los *Commentarii* de Sila, quien lógicamente se mostraba hostil a Mario. De hecho, a partir de la operación contra el fortín del río Muluya, Jugurta dejó de tener la importancia y el peligro que había supuesto previamente; asimismo, el historiador no habla en adelante de númeridas sino de getulos y moros, prueba de la precariedad e indefensión en que se encontró el caudillo númerida a partir de ese momento.

¹⁶¹ Esta llegada de Sila después de haber terminado la operación militar llama la atención y no parece casar con los acontecimientos, pues no se ve qué sentido tendría la llegada de la caballería después de haber terminado todo.

¹⁶² Lucio Cornelio Sila, apodado el de la «Buena Estrella», nació en el 138. En el año de su cuestura contaba con 30 años de edad. Escribió unas *Memorias* en 22 libros que constituyen la fuente de los últimos capítulos de la *Guerra de Jugurta*, así como de Plutarco, Apiano y Tito Livio.

¹⁶³ Lucio Cornelio Sisenna, pretor en el 78, muerto en el 67. Escribió unas *Historiae*, fuente principal para las Guerras Social y Civil de principios del siglo I a. C. Los fragmentos de la obra en H. PETER, *Historicorum Romanorum Reliquiae* I 334-349.

I

¹⁶⁴ OROSIO (V 15, 18) habla de 90.000 muertos.

¹⁶⁵ Durante los cuatro relevos nocturnos, correspondientes a las cuatro *uigiliae* o partes en que se dividía la noche, siendo tres horas la duración de cada parte.

¹⁶⁶ La tierra en disputa es la misma tercera parte de Numidia que Jugurta prometió a Boco para ganarse su apoyo.

- ¹⁶⁷ El invierno del 106 al 105.
- ¹⁶⁸ Sin duda hacia el Sur, donde habitaban los getulos.
- ¹⁶⁹ En realidad, ahora ya, al haber pasado el año 106, Sila es procuestor propretor.
- ¹⁷⁰ Tal vez el tío de Catilina que dio muerte a Quinto Lucrecio Ofela en el 81, por orden de Sila.
- ¹⁷¹ Hubo un lugarteniente de Gneo Pompeyo Estrabón durante la guerra social que llevaba el mismo nombre; de ser el mismo, fue pretor entre 94 y 91. En cualquier caso, el presente cuestor tomó posesión de su cargo el 5 de diciembre del 106.
- ¹⁷² Pueblo del centro de Italia con capital en Corfinio.
- ¹⁷³ Los *uelites* o infantería ligera tenían las siguientes armas: escudo redondo de un metro de diámetro (*parma*), un yelmo de cuero (*galea*), siete lanzas para arrojar (*hastae*), de metro y cuarto de largo cada una, y una espada corta española (*gladius*).
- ¹⁷⁴ Tal vez la llanura de Medjana, 170 kilómetros en línea recta de Cirta (Constantine).
- ¹⁷⁵ Quizá nieto de Masinisa, posiblemente rival de Jugurta.
- ¹⁷⁶ La derrota de Arausio tuvo lugar el 6 de octubre del 105.
- ¹⁷⁷ Quinto Servilio Cepión, cónsul en el 106. Gneo Malio Máximo, cónsul en el 105; éste era un *homo nouus*. Por lo demás, «galos» quiere decir de hecho germanos, aunque no se solían distinguir ambos pueblos.
- ¹⁷⁸ Las elecciones tuvieron lugar probablemente en octubre o noviembre del 105, cuando todavía debía hallarse en África Mario arreglando los últimos detalles.
- ¹⁷⁹ Del año 104, lógicamente.
- ¹⁸⁰ La frase final evoca el tema de la *contentio* (5, 2). La guerra que había comenzado desastrosa en manos de los nobles termina victoriosamente y con éxito gracias a un *homo nouus*. Por esta razón Salustio no presta atención al destino ulterior de Jugurta: la atención recae ahora en Mario, *homo nouus* (PAUL, *Historical.*, pág. 259). I

SELECCIÓN DE FRAGMENTOS DE LAS «HISTORIAS»

INTRODUCCIÓN

Como ya hemos dicho en la Introducción General (v. *supra*, pág. 32), las *Historias* de Salustio (cuyo quinto libro apenas sí comenzó su autor) nos han llegado en estado fragmentario, excepto dos cartas y cuatro discursos (v. *ibid.*, pág. 31), transmitidos aparte, junto a otros discursos del resto de su obra, en el ms. Vaticano 3864. Dichos fragmentos provienen de unas quinientas citas dispersas en la obra de numerosos autores de la Antigüedad (*ibid.*, pág. 32), y la edición fundamental de los mismos es la de B. Maurenbrecher (v. *supra*, pág. 32).

La selección que aquí presentamos es, al igual que el resto de la obra de Salustio, la editada por L. D. Reynolds (v. *supra*, pág. 57), quien en la página XXIV de la *Praefatio* a su edición afirma: «al editar los fragmentos de las *Historias* me he servido por lo común de los trabajos de otros». Y en la página XXV del mismo prefacio prosigue: «no fue mi propósito editar de nuevo todos los fragmentos de las *Historias*; quien pusiere manos a esta inmensa obra necesitaría un conocimiento sobre el asunto más profundo que el que yo tengo (...) Me sabe mal elegir tan pocos fragmentos de aquel gran tesoro, y frustrar las esperanzas de los lectores que echan en falta este o aquel fragmento; con todo, me ha parecido que vale la pena ofrecer a los estudiosos algunos de los fragmentos más largos o útiles, a fin de que aquellos que no requieran la abundancia de la edición de Maurenbrecher puedan probar y gustar de algún modo esta insigne obra del talento de Salustio». Por último, Reynolds nos informa de la numeración seguida por él (*ibid.*): «he citado los fragmentos conforme a la numeración propuesta por B. Maurenbrecher.»

A continuación ofrecemos la lista de autores y ediciones de las fuentes de los fragmentos de las *Historias* (v. Reynolds, *Sallusti*..., págs. XXVII-XXIX), fuentes que, según corresponda en cada caso, encabezarán la traducción que presentamos de la selección de dichos fragmentos:

AGRECIO, *Manual de ortografía*, H. KEIL (ed.), *Gramáticos Latinos (=GL) VII*, Leipzig, 1855-1878, págs. 11-125.

AGUSTÍN, *De la ciudad de Dios*, ed. B. DOMBART y A. KALB, 5.^a ed., Leipzig, 1981.

—, *Epístolas*, ed. A. GOLDBACHER, *CSEL* 34, 44, 57-58, 1895-1923.

L. AMPELIO, *Libro memorial*, ed. E. ASSMANN, Leipzig, 1935. *Anónimo bobiense*, *GL I*, págs. 533-565; ed. M. DE NONNO, Roma, 1982.

ARUSIANO MESIO, *Ejemplos de elocuciones*, *GL VII*, págs. 437-514; ed. A. DELLA CASA, Milán, 1977.

ÁUDAX, *Excerpta de los libros de Escauro y Paladio*, *GL VII*, págs. 313-362.

AURELIO VÍCTOR, *Libro de los Césares*, ed. F. PILCHMAYR, 2.^a ed., Leipzig, 1966.

CARISIO, *Arte gramatical*, *GL I*, págs. 1-296; ed. C. BARWICK, Leipzig, 1925.

CLEDONIO, *Arte gramatical*, *GL V*, págs. 1-79.

Comentarios de Berna (=Comentarios de Berna de Marco Anneo Lucano), ed. H.

- USENER, Leipzig, 1869.
- DICTIS CRETENSE, *Efeméride de la guerra troyana*, ed. W. EISENHUT, 2.ª ed., Leipzig, 1973.
- DIOMEDES, *Arte gramatical*, GL I, págs. 297-529. ELIO DONATO, *Comentario de Terencio*, ed. P. WESSNER, Leipzig, 1902-1905.
- TIBERIO CLAUDIO DONATO, *Interpretaciones virgilianas*, ed. H. GEORGII, Leipzig, 1905-1906.
- DOSÍTEO, *Arte gramatical*, GL VII, págs. 363-436; ed. J. TOLKIEHN, Leipzig, 1913.
- Escolios antiguos a Juvenal*, ed. P. WESSNER, Leipzig, 1931.
- Escolios a Estado = Comentarios al llamado Lactancio Plácido*, ed. R. JAHNKE, Leipzig, 1898.
- Escolios de Berna a las Bucólicas y Geórgicas de Virgilio*, ed. H. HAGEN, *Jahrbücher für classische Philologie*, suppl. IV (1861 - 1867), 633-1014.
- EUGRAFIO, *Comentario de Terencio*, ed. P. WESSNER, Leipzig, 1908.
- ÉUTIQUES, *La gramática del verbo*, GL V, págs. 442-489.
- FESTO, *Del significado de las palabras*, ed. W. M. LINDSAY, Leipzig, 1913.
- Fragmento bobiense sobre el nombre y el pronombre*, GL V, págs. 555-566.
- FRONTINO, *Estratagemas*, ed. G. GUNDERMANN, Leipzig, 1888.
- FRONTÓN, *Epistolario*, ed. M. P. J. VAN DEN HOUT, Leipzig, 1888.
- AULO GELIO, *Noches áticas*, ed. P. K. MARSHALL, Oxford, 1968.
- GREGORIO DE TOURS, *Los diez libros de historias*, ed. B. KRUSCH y W. LEVISON, *MGH, Autores de la historia merovingia* 1/1, 2.ª ed., Hannover, 1951 (2).
- HEGESIPO, *Libros de historia del llamado Hegesipo*, ed. V. USSANI, *CSEL* 66, 1932-1960.
- ISIDORO, *Los veinte libros de las etimologías u orígenes*, ed. W. M. LINDSAY, Oxford, 1911.
- JERÓNIMO, *Comentarios a Ezequiel, Obras de San Jerónimo presbítero*, Parte I. 4, ed. F. GLORIA, Turnholt, 1964 (*Corpus Christianorum*, serie latina, LXXV).
- , *Epístolas*, ed. I. HILBERG, *CSEL* 54-58, 1910-1918.
- , *Prefacio a Esdras, Biblia sagrada según la versión vulgata*, ed. R. WEBER OSB, 2.ª ed., Stuttgart, 1975, 1, págs. 638-639.
- , *Vida de San Hilarión*, *PL* 23, cols. 30-53. TITO LIVIO, *Períocas*, ed. P. JAL, París, 1984.
- MACROBIO, *Excerpta de las diferencias y las afinidades del verbo griego y latino*, GL V, págs. 95-655.
- , *Saturnales*, ed. J. WILLIS, 2.ª ed., Leipzig, 1970.
- MARIO VICTORINO, *Explicaciones a la retórica de Cicerón*, ed. C. HALM, *Rétores latinos menores*, Leipzig, 1863, págs. 153-304.
- NONIO MARCELO, *Sobre la enseñanza fructífera*, ed. W. M. LINDSAY, Leipzig, 1903.
- OROSIO, *Historias contra los paganos*, ed. C. ZANGEMEISTER, *CSEL* V, 1882.
- PLÁCIDO, *Glosarios latinos* IV, ed. J. W. PIRIE y W. M. LINDSAY, París, 1930, págs. 12-70

- POMPEYO, *Comentario del arte de Donato*, GL V, págs. 81-312.
- PORFIRIÓN, *Comentario a Horacio Flaco*, ed. A. HOLDER, Innsbruck, 1894.
- PRISCIANO, *Instituciones gramaticales*, GL II-III.
- PROBO, *Reglas generales*, GL IV, págs 3-43.
- , *Reglas gramaticales*, GL IV, págs. 45-192.
- , *Excerpta de Probo (Probiana)*, GL VIII, págs. CLI-CLIV.
- PSEUDO ACRÓN, *Escolios antiguos a Horacio*, ed. O. KELLER, Leipzig, 1902-1904.
- PSEUDO ASCONIO, *Escolistas de los discursos de Cicerón II*, ed. T. STANGL, Viena-Leipzig, 1912, págs. 181-264.
- QUINTILIANO, *Instituciones oratorias*, ed. M. WINTERBOTTOM, Oxford, 1970.
- JULIO RUFINIANO, *De las cláusulas oratorias*, GL VI, págs. 565-578.
- [JULIO RUFINIANO], *Sobre figuras del pensamiento*, ed. C. HALM, *Rétores latinos menores*, Leipzig, 1863, págs. 59-62.
- SACERDOTE, *Artes gramaticales*, GL VI, págs. 415-546.
- SERGIO, *Comentario sobre la letra, la sílaba, los pies, los acentos, la puntuación*, GL IV, págs. 473-485.
- SERVIO, *Comentarios a Virgilio*, libros I-V, ed. de Harvard, 1946-1965; libros restantes, ed. THILO-HAGEN, Leipzig, 1881-1902.
- SUETONIO, parte primera, *Sobre gramáticos y rétores*, ed. G. BRUGNOLI, Leipzig, 1960.
- SULPICIO SEVERO, *Crónicas*, ed. C. HALM, CSEL I, 1866.
- VEGECIO, *Compendio de arte militar*, ed. C. LANG, Leipzig, 1885.

LIBRO I

1 RUFINO, *De las cláus. orat.* VI 575, 16; PRISCIANO, *Inst. gram.* III 73, 9; TIBERIO CLAUDIO DONATO, *Coment. a Virg., En.* I 1 :

He escrito la historia del pueblo romano en lo que concierne a las campañas exteriores y a las actuaciones en el interior desde el consulado¹ de Marco Lépido² y Quinto Cátulo en adelante³.

2 SERVIO, *Coment. a Virg., En.* I 30, VIII 383; PRISCIANO, *Inst. gram.* III 30, 13; 188, 15; PROBO, *Reg. gen.* IV 24, 28; CARISIO, *Arte gram.* 68, 19; *Anón. bob.* I 541, 39:

Pues desde la fundación de la ciudad hasta la guerra contra Perseo de Macedonia⁴.

3* SERVIO, *Coment. a Virg., En.* II 89; IV 213:

Yo, en medio de una cantidad tan grande de personas muy cultas.

4 MARIO VICTORINO, *Expl. Ret. de Cic.* I 20; SERVIO, *Coment. a Virg., En.* I 96; PORFIRIÓN, *Com. a Hor., Sát.* I 10, 9; PSEUDACRÓN, *ibid.*; L. AMPELIO, 19, 8; JERÓNIMO, *Epíst.* LXI 3, 3; POMPEYO, *Coment. Art. Don.* V 158, 23:

Lo despachó en pocas palabras⁵, como el más facundo que era de la estirpe romana.

5* SERVIO, *Coment. a Virg., Égl.* VIII 27:

Entre los cuales escritos a través de su larguísima vida⁶ compuso muchos acerca de las personas de bien falseándolos negativamente.

6* ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 494, 5:

A mí no me ha apartado de la verdad el haber combatido en el bando opuesto durante las guerras civiles.

7 PRISCIANO, *Inst. gram.* II 157, 14; SERVIO, *Coment. a Virg., En.* IV 245:

A nosotros nos han sobrevenido las primeras disensiones por un fallo de la naturaleza humana, la cual, inquieta e indómita, siempre anda en pugna por la libertad, la gloria o el poder.

11 MARIO VICTORINO, *Expl. Ret. de Cic.* I, 1; AGUSTÍN, *De la ciud. de D.* II 18; III 16-17; NONIO MARCELO, *Ens. fruc.* 92, 6; AMIANO MARCELINO, XV 12, 6; SERVIO, *Coment. a Virg., En.* VI 540; VIII 479; *Geórg.* IV 238; ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 502, 2; VIII 480, 13; DONATO, *Com. Ter., Andriana* 36; DIOMEDES, *Arte gram.* I 444, 1 :

El Estado romano alcanzó su máximo poder en el consulado de Servio Sulpicio y Marco Marcelo⁷, cuando fue conquistada toda la Galia a este lado del Rin, y entre el

Mediterráneo y el Océano, excepto la zona inaccesible por las lagunas. Por otro lado, se condujo con los mejores principios morales y la más grande concordia entre la segunda y tercera guerra púnica, (y la razón no fue el amor a la justicia, sino el miedo a una paz poco de fiar mientras estuviese en pie Cartago). Mas la discordia, la codicia, la ambición y demás males que suelen originarse en medio de la prosperidad aumentaron enormemente después de la destrucción de Cartago. Pues las injusticias de los más poderosos y por mor de ellas el alejamiento entre la plebe y los patricios⁸, así como otras disensiones, tuvieron lugar de puertas adentro desde el mismo comienzo, y tras la expulsión de los reyes, hubo un comportamiento conforme a derecho, justo y comprensivo, sólo mientras duró el miedo que inspiraban Tarquinio y la grave guerra con Etruria. Después, los patricios maltrataban a la plebe, mandándola como a esclavos, tomaban medidas sobre su vida y sus castigos corporales al estilo de los reyes, la expulsaban del campo, y ejercían el poder sobre los demás, que ya no poseían tierra. La plebe, agobiada con tales actos de mala fe y sobre todo por las deudas, dado que a causa de las continuas guerras debía aguantar al mismo tiempo los impuestos y el servicio militar, ocupó armada el Monte Sacro y el Aventino y entonces instituyó para su beneficio a los tribunos de la plebe⁹ y demás derechos legales. El final de las discordias y disputas entre ambas partes lo constituyó la segunda guerra púnica.

12 AULO GELIO, *Noches át.* X 12, 13-15; AGUSTÍN, *De la ciud. de D.* III 17; cf. I 30; ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 462, 2:

Una vez que, alejado el miedo a los cartagineses, hubo tiempo libre para ejercitarse en las desavenencias, surgieron muchísimas revueltas, sediciones y a la postre guerras civiles, durante las cuales unos pocos poderosos, a cuya influyente posición la mayoría había prestado su apoyo, aspiraban bajo el honorable nombre de los padres o de la plebe al dominio absoluto; se llamaba a alguien bueno o mal ciudadano, no en virtud de los méritos contraídos para con el Estado, puesto que todo el mundo estaba por igual corrompido, sino que se consideraba persona de bien al que era más rico y más poderoso para cometer injusticia, porque defendía la situación vigente.

13 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 484, 18:

El honor de todos los partidos se había corrompido trocándose en interés.

16* AGUSTÍN, *De la ciud. de D.* II 18-19:

Desde ese momento¹⁰ las costumbres de nuestros antepasados fueron a pique, no paulatinamente como antes, sino a manera de un torrente. La juventud se corrompió a tal extremo con la frivolidad y la avaricia, que con razón se dice que habían nacido quienes ni podían conservar su patrimonio familiar ni permitir que otros lo conservasen.

20* CLEDONIO, *Arte gram.* V 76, 24:

La ley Licinia resultó ingrata a todo el mundo a este lado del Po.

44 *Anot. a Luc. II 174; Com. de Berna a Luc. II 173; [JULIO RUFINIANO], Sobre las fig. de pens. 11; DONATO, Com. Ter., Adelfos 314:*

Como hizo con Marco Mario, a quien primero le partió las piernas y los brazos y le sacó los ojos, sin duda para que expirase miembro a miembro.

45 DONATO, *Com. Ter., Hécira 258; Formio 872:*

Y era tío materno de sus hijos.

46 FESTO, *Sign. pal. 193, 19:*

Terminadas las grandes obras, comenzó¹¹ el asedio por medio de su lugarteniente Lucio Catilina.

47 SERVIO, *Com. a Virg, En. II 502:*

Siendo manchados con la sangre de los suplicantes los altares y otros objetos consagrados a los dioses.

49 PRISCIANO, *Inst. gram. II 392, 21; AULO GELIO, Noches át. XV 13, 8:*

En consecuencia, vendidos o regalados generosamente los bienes de los proscritos.

50 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc. VII 450, 16:*

Con una recompensa¹² tamaño no le iban a negar nada.

51 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc. VII 506, 31:*

Con ello quedó bien claro que retornaron a la constitución republicana para hacer de ella un botín, no para darle la libertad.

55 *Vaticano latino 3864; DIOMEDES, Arte gram. I 412, 20; ARUSIANO MESIO, Ejs. eloc. VII 480, 4, 505:*

Discurso del cónsul Lépidio al pueblo romano:

«Vuestra clemencia y honestidad, romanos, gracias a las cuales sois tan grandes y preclaros entre los demás pueblos, me infunden muchísimo temor de cara a la tiranía de Lucio Sila, a saber, que, no creyendo de los demás lo que vosotros estimáis horrible, caigáis en la trampa (en especial cuando para él toda la esperanza radica en el crimen y la traición, y no se considera seguro como no sea mostrándose peor y más detestable de lo que vosotros teméis, a fin de que, víctimas de ello, la pura desgracia os arrebatase la atención a la libertad), o, si tomáis providencia, os preocupéis de defenderos de los peligros que él entraña más que en tomar venganza. [2] No puedo, desde luego, sentir la suficiente extrañeza por sus secuaces, individuos de altísima alcurnia, con excelentes modelos entre sus antepasados, los cuales pagan el precio de su dominio sobre vosotros con su propia esclavitud y prefieren lo uno y lo otro, cometiendo injusticia, a actuar libremente [3] con el mejor de los derechos. ¡Oh descendencia preclara de los Brutos, Emilios y Lutacios¹³, nacidos para subvertir aquello que sus antepasados consiguieron

con su [4] mérito! Pues, ¿qué otra cosa hemos defendido de Pirro, Aníbal, Filipo y Antíoco, sino la libertad, y un hogar para cada [5] cual, y no obedecer a nadie excepto a las leyes? Todo lo cual esta caricatura de Rómulo¹⁴ lo retiene como si lo hubiera arrebatado a gente de fuera, sin sentirse satisfecho con el desastre de tantos ejércitos, cónsules¹⁵ y otros hombres principales que la fortuna de la guerra ha destruido, sino que se muestra con más saña en el momento en que a los más el éxito los lleva de la cólera a la compasión. Es más, es el [6] único en el mundo, desde que existe el género humano, que haya ejercido tormentos contra los que aún no han nacido, quienes tenían asegurada la injusticia antes que la vida, y con la enormidad de su crimen se ha mantenido hasta ahora a buen recaudo de la manera más vil, en tanto vosotros, por miedo a una servidumbre más grave, renunciáis asustados a recuperar la libertad.

Hay que actuar y salirles al paso, romanos, para que [7] vuestros despojos no queden en manos de ellos; no se puede perder el tiempo ni buscar auxilio en las plegarias. A no ser que esperéis que a Sila le entre de una vez el hastío o el pudor de su tiranía y que deje escapar, con más riesgo para él, lo que ha cogido por medio del crimen. Pero es que él ha [8] llegado a tal punto que no considera glorioso nada que no sea seguro, y todo lo que sirva para conservar su poder es honroso. De modo que aquella paz y tranquilidad en libertad [9] que mucha gente honrada anhelaba tener, prefiriéndola a la fatiga de los cargos públicos, no existe: en los tiempos [10] que corren o hay que ser esclavo o ejercer el poder, o hay que tener miedo o inspirarlo, romanos. Pues, ¿qué más hay? [11] ¿Qué leyes humanas os quedan? ¿Qué leyes divinas no han sido violadas? El pueblo romano, árbitro poco ha de los pueblos, privado de su imperio, gloria y derecho, sin fuerzas para actuar políticamente y despreciado, no tiene ni siquiera reserva de alimentos propios de esclavos. Gran cantidad de [12] aliados y de gente del Lacio no pueden, por mor de un solo individuo, gozar de la ciudadanía que vosotros les habéis concedido por sus muchos y singulares hechos y unos pocos secuaces suyos se han apoderado del hogar paterno de la [13] plebe inocente, en concepto de salario por sus crímenes. En manos de uno solo están las leyes, los juicios, el erario, las provincias, los reyes, en fin, el arbitrio de vida y muerte de [14] los ciudadanos; habéis visto al mismo tiempo víctimas humanas y sepulcros manchados con la sangre de ciudadanos. [15] ¿Les queda otra cosa a los que son hombres sino acabar con la injusticia o morir dando muestras de valor? Puesto que ciertamente la naturaleza establece un único fin para todos, incluso los cercados por el hierro, y nadie espera el final inevitable sin intentar algo, a no ser que tenga carácter de mujer.

[16] Pero yo soy un sedicioso, al decir de Sila, porque me quejo de las recompensas asignadas a las revueltas civiles, y un amante de la guerra, porque reclamo los derechos de la [17] paz. Claro está que no estaréis a salvo ni suficientemente seguros en el ejercicio del poder como no sea que el picentino Vetio¹⁶ y el amanuense Cornelio dilapiden los bienes ajenos honorablemente conseguidos, si no aprobáis todos la proscripción de los inocentes por culpa de sus riquezas, las torturas de hombres ilustres, la devastación de la ciudad mediante destierros y matanzas, la venta o donación de los

bienes de desgraciados ciudadanos, como si fuese un botín [18] cogido a los cimbros¹⁷. Pero me echa en cara la posesión de los bienes de los proscritos: ése es el más grande de sus crímenes, que ni yo ni nadie en el mundo está lo bastante seguro si obramos con rectitud. Y aquellas cosas que compré entonces por miedo, cancelado su precio¹⁸, se las devuelvo, no obstante, a sus dueños de derecho, y mi propósito es no consentir que se haga botín alguno de los ciudadanos. Baste con aquello que hemos sufrido, fruto de nuestra [19] locura: ejércitos romanos entablado combate entre sí y armas desviadas de los de afuera contra nosotros mismos. Haya un final para los crímenes y los ultrajes todos: Sila no se arrepiente de esto, a tal punto que lo hecho lo consigna en el haber de la gloria y si le fuese posible habría obrado con más encono.

Y ya no temo lo que opinéis sobre él, sino cuánta sea [20] vuestra osadía, no sea que, esperando unos a otros que toméis la iniciativa, caigáis en la trampa antes, no por sus fuerzas, que son frágiles y están podridas, sino por vuestra falta de energía, que permite que uno se dé al pillaje y parezca tan dichoso¹⁹ como atrevido es.

Pues, fuera de sus secuaces manchados por el crimen, [21] ¿quién desea lo mismo que él? ¿Quién no prefiere el cambio de todo, excepto la victoria? ¿Los soldados tal vez, con cuya sangre han amasado sus riquezas Tárula y Escirto²⁰, los peores de los esclavos? ¿O esos frente a los cuales se ha preferido en la atribución de las magistraturas a Fufidio, desvergonzada sirvienta, deshonor de todos los honores? Así que la mayor confianza me la da el ejército victorioso, [22] quien con tantas heridas y fatigas no ha encontrado otra cosa que un tirano. Si no es que partieron para echar por tierra [23] la potestad tribunicia, establecida por sus antepasados mediante las armas, y para sustraerse a sí mismos los derechos y los juicios: ¡con singular salario, por cierto, cuando relegados ellos a los lagos y las selvas comprendían que el perjuicio y el odio recaían sobre ellos y los premios quedaban en manos de unos pocos!

[24] ¿Por qué razón, pues, camina con tan gran comitiva y tantas ínfulas? Porque el éxito sirve a las mil maravillas para ocultar los defectos (cuando aquél se resquebraje, en la medida en que ha sido temido, será despreciado); a no ser que se refugie en la apariencia de concordia y de paz, nombres que ha dado a su crimen y parricidio. Afirma que de otra manera no hay república ni final de la guerra, como no sea que la plebe permanezca expulsada de los campos, se practique una dolorosísima depredación civil y quede en su poder el derecho y jurisdicción de todos los asuntos, que [25] habían sido del pueblo romano. Si vosotros entendéis que esto es la paz y los acuerdos, dad el visto bueno a las máximas perturbaciones y destrucción de la república, decid amén a las leyes que se os imponen, aceptad una paz con esclavitud y dejad el ejemplo a la posteridad de aniquilar la república [26] al precio de su propia sangre. Yo, aunque con este puesto tan alto he dado bastante al nombre de mis antepasados, a mi dignidad e incluso defensa, no he tenido sin embargo el propósito de buscar mi interés particular, y me ha parecido mejor la libertad en peligro que la esclavitud en [27] paz. ¡Si estáis de acuerdo con esto, romanos, vamos allá, y con la ayuda de los dioses seguid al cónsul Marco Emilio como jefe y promotor para recuperar la libertad!»

63 NONIO MARCELO, *Ens. fruc.* 257, 46; CARISIO, *Arte gram.* I 75, 20:

E incluso rufianes, vinateros, carniceros y otros además a los que la gente recurre a diario, reunidos por dinero.

64* SERVIO, *Com. a Virg., En.* I 5; IV 215; MARIO VICTORINO, *Expl. Ret. Cic.* 124:

Llamándole con enormes gritos: ¡tirano! ¡Cinna!

65* SERVIO, *Com. a Virg., En.* I 271:

Se había reunido una gran cantidad de hombres, expulsada de los campos o echada de la ciudad.

66. CARISIO, *Arte gram.* I 205, 17; cf. PLÁCIDO, *Glos. lat.* IV 27-28:

A fin de que Lépido y Cátulo partiesen a toda velocidad con los ejércitos asignados.

67 NONIO MARCELO, *Ens. fruc.* 31, 23; ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VIII 486, 10:

Entonces es cuando los etruscos, junto a los demás de la misma causa, entendiendo que habían hallado un cabecilla, provocaban a la guerra con el máximo gozo.

69 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 484, 18:

Se sospechaba que toda la Etruria se había unido al levantamiento con Lépido.

75* SERVIO, *Com. a Virg., En.* IX 244:

El cual aventajaba a los demás en edad y entendimiento.

77 Vaticano latino 3864; NONIO MARCELO, *Ens. fruc.* 229, 3; ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 480, 19:

Discurso de Filippo en el Senado²¹:

«Lo que más desearía, padres conscritos, es que la república estuviese en paz o que en caso de peligro fuese defendida por los más decididos y, en fin, que los proyectos malvados sirviesen de perjuicio a sus promotores²². Mas, por el contrario, todo anda revuelto por las sediciones y por obra de aquéllos que más deberían impedirlo. Por último, lo que deciden los peores y más necios han de hacerlo los honrados [2] e inteligentes. Pues, aunque os resulten odiosas, hay que tomar las armas y hacer la guerra, porque así lo ha decretado Lépido; a no ser que alguno tenga el propósito de preservar la paz y al mismo tiempo de permitir la guerra. [3] Por la bondad de los dioses que aún protegéis a esta ciudad, pese a que hemos abandonado su cuidado: Marco Emilio, el último de todos los infames, de quien no se puede decir si es más malo o más cobarde, posee un ejército para aplastar la libertad, y de despreciable que era se ha hecho digno de ser temido. Vosotros, murmurando y vacilando, con palabras y profecías de adivinos anheláis la paz en vez de defenderla, sin comprender que con vuestros blandos decretos os quitáis [4] vosotros mismos la dignidad y a él el miedo. Y ello con razón, puesto que ha logrado el consulado con rapiñas, y, por medio de la sedición, una provincia con su

ejército. ¿Qué habría obtenido aquél, caso de haber obrado bien, si a sus [5] crímenes habéis concedido tan grandes recompensas? ¡Mas claro está que aquellos que hasta el último momento optaron por enviarle delegados, la paz, la concordia y otras cosas por el estilo han alcanzado su reconocimiento²³! Al contrario, tras considerarles despreciables e indignos de participar en la república, los trata como una presa, pues que vienen a reclamar la paz con el temor con el que la perdieron cuando la tenían.

[6] Yo, desde luego, desde el primer momento, cuando veía que Etruria conspiraba, que se llamaba a los proscritos, que se desgarraba el país con dádivas, era de la opinión de que había que darse prisa, y, junto a unos pocos, seguí los consejos de Cátulo²⁴. Por lo demás, aquellos que ensalzaban los buenos actos de la familia Emilia²⁵, afirmando que la grandeza del pueblo romano había crecido gracias a su capacidad de perdón, y decían que Lépido no había dado todavía ningún paso irremediable cuando había empuñado las armas bajo su responsabilidad para aplastar la libertad, éstos, a base de buscarse cada uno sus recursos y sus apoyos, destruyeron la causa pública. Ahora bien, entonces era Lépido un bandido [7] con sus buhoneros y unos pocos sicarios, ninguno de los cuales cambiaría su vida por el salario de un día. Ahora es un procónsul con plenos poderes, no comprados sino otorgados por vosotros, con lugartenientes que le obedecen todavía legalmente, y hacia él acuden corriendo los hombres más corruptos de todas clases sociales, enardecidos por su miseria y sus pasiones, acosados por la mala conciencia de sus crímenes, cuyo reposo se halla en las sediciones, para quienes la paz es una inquietud. Éstos van sembrando alboroto tras alboroto, guerra tras guerra, secuaces otrora de Saturnino²⁶, luego de Sulpicio, más tarde de Mario y Damasipo, y ahora de Lépido. Además, Etruria y todos los rescoldos de [8] la guerra se han reavivado, las Españas²⁷ han sido solicitadas para la revuelta; Mitridates, en la proximidad de los únicos pueblos con cuyos impuestos nos mantenemos aún, acecha el momento para la guerra; en fin, excepto el jefe [9] adecuado, nada falta para arruinar el imperio. Por lo que os ruego y suplico, padres conscritos, que estéis alerta y no deis lugar a que la licencia para cometer crímenes avance como una epidemia hacia los que aún están libres de su contagio. Pues cuando los canallas obtienen sus recompensas, no es fácil que nadie sea gratuitamente persona de bien.

[10] ¿O aguardáis a que traiga el ejército otra vez y entre con la espada y el fuego en la ciudad? Cosa que está mucho más cerca de la situación en que se halla que lo están la paz y la concordia de la guerra civil; la cual él ha emprendido contra todo lo divino y lo humano, no para vengar sus afrentas ni las de los que finge vengarlas, sino para acabar con las leyes [11] y la libertad. Pues se halla arrastrado y desgarrado entre su ambición y el temor al castigo; privado de planes, intranquilo, tanteando esto y lo otro, teme la paz, odia la guerra. Ve que ha de privarse del lujo y el libertinaje, y entretanto abusa [12] de vuestra falta de energía. Y no tengo yo bastante claras las ideas de cómo llamar esta actitud vuestra: ¿miedo, cobardía, locura? Dado que parece que deseáis cada uno que desgracias tamañas no os alcancen, como si fuera un rayo, pero ni siquiera intentáis rechazarlas.

[13] Y considerad, por favor, qué cambio ha sufrido la naturaleza de las cosas: antes se tramaba secretamente el mal contra el Estado, pero el remedio se tomaba públicamente, y por esta razón las personas de bien estaban fácilmente por delante de los canallas; ahora se perturban públicamente la paz y la concordia y se las defiende en secreto. Los individuos a los que gustan las revueltas se hallan en armas, vosotros, presa del miedo. ¿A qué aguardáis? ¿Será que os avergüenza [14] o que sentís arrepentimiento de actuar honestamente? ¿Acaso las exigencias de Lépidio conmueven vuestro espíritu? Él afirma que es de la opinión de dar a cada uno lo suyo, y retiene lo de los demás; que se abroguen los derechos de guerra, mientras él nos coacciona con las armas; que se confirme la ciudadanía a quienes asevera que no se les ha quitado; que se restituya la potestad tribunicia en aras de la concordia, cuando a causa de ella se han encendido todas las discordias. Oh tú, el peor y más desvergonzado de todos, [15] ¿las penalidades y necesidades de los ciudadanos son objeto de tu preocupación, tú, que no tienes nada en tu poder que no hayas conseguido por las armas o mediante injusticias? Aspiras a un segundo consulado como si hubieses devuelto el primero, buscas la concordia mediante la guerra por la cual es aquélla perturbada cuando existía, traidor para nosotros, desleal a tus cómplices, enemigo de todos los buenos. ¡Cómo es verdad que no te avergüenzan ni los hombres ni los dioses a los que tú has ultrajado con tu perfidia y tus perjuros! Puesto que eres como eres, te exhorto a que sigas [16] en tus trece y retengas tus armas, y no nos tengas sobre ascuas, intranquilo tú mismo, a fuerza de retardar tus planes de rebelión. Ni las provincias ni las leyes ni los dioses penates te aceptan como ciudadano; sigue por donde empezaste para que cuanto antes encuentres tu merecido.

Pero vosotros, senadores, ¿hasta cuándo permitiréis que [17] la república esté desamparada a fuerza de dudar y atacaréis a las armas con palabras? Ha habido levas contra vosotros, se han extorsionado dineros públicos y particulares, se han movilizado de una parte y establecido en otra destacamentos; se imponen leyes arbitrariamente, y entretanto vosotros andáis organizando delegaciones y decretos. Voto a Hércules, cuanto más ansiosamente pidáis la paz, tanto más violenta será la guerra, cuando él comprenda que está sostenido [18] por vuestro miedo más que por la justicia y el bien. Pues quien afirma odiar las revueltas y matanza de ciudadanos y por esta razón os retiene desarmados mientras Lépidio está armado, es del parecer de que sufráis vosotros más bien lo que tienen que sufrir los vencidos, siendo así que vosotros podríais actuar de esa manera con otros; así es como el tal os persuade a estar en paz con él y a él a estar en guerra con [19] vosotros. Si estáis de acuerdo con esto, si es tan enorme la imbecilidad que se ha adueñado de los espíritus que, olvidando los crímenes de Cinna²⁸, por cuya vuelta a la ciudad feneció el honor de este senado, no obstante estáis en disposición de entregaros a Lépidio así como a vuestras esposas e hijos, ¿qué necesidad hay de decretos? ¿Qué necesidad, del [20] auxilio de Cátulo? Por el contrario, éste y otras personas de bien velan en vano por la república. Actuad como os guste, adquirid el patronazgo de Cetego²⁹ y otros patronazgos de los traidores que anhelan comenzar sus saqueos e incendios, y armar de nuevo sus manos contra los dioses penates. Pero si os gustan más la verdad y la libertad, decretad cosas dignas de vuestro hombre y dad

ánimos a los ciudadanos valerosos. [21] Tenemos un ejército nuevo y además las colonias de soldados veteranos, toda la nobleza, generales excelentes. La fortuna acompaña a los mejores; pronto se dispersarán esas fuerzas que se han reunido por culpa de vuestra falta de energía.

En consecuencia este es mi parecer: puesto que Marco [22] Lépido conduce contra la ciudad un ejército organizado por su cuenta y riesgo acompañado de gente deplorable y enemigos del Estado, enfretándose a la autoridad de este senado, que Apio Claudio³⁰, como «rey» transitorio, junto a Quinto Cátulo, procónsul, y los demás que se hallan en ejercicio, den protección a la ciudad y tomen medidas para que el Estado no sufra perjuicio alguno.»

88 AULO GELIO, *Noches át.* II 27, 2; DONATO, *Com. Ter., Eunuco* 482:

Siendo tribuno militar en España³¹ a las órdenes de Tito Didio cosechó gran gloria; fue muy útil en la guerra contra los marsos por la concentración de soldados y adquisición de armamento, y los muchos actos de valor que entonces se realizaron bajo su guía quedaron sin celebrar, primero, por no ser noble, y también por el desdén de los historiadores: él en vida mostraba en plena cara estos recuerdos en forma de algunas cicatrices ocasionadas por heridas hechas de frente, y de un ojo vaciado. Es más, él se alegraba al máximo con esta deformidad física y no le angustiaban las mutilaciones, puesto que el resto de su cuerpo lo conservaba intacto para mayor gloria suya.

†**100** NONIO MARCELO, *Ens. fruc.* 495, 6:

Había constancia de que estas dos islas, cercanas entre sí y situadas a diez mil estadios de Cádiz, producían espontáneamente alimento para sus habitantes.

102 SERVIO, *Com. a Virg., En.* II 640; PSEUDACRÓN, *Com. a Hor., Epodo* XVI 41:

Se dice que pensó huir a un remoto rincón del Océano³².

¹ Año 78, el de la muerte del dictador de Sila, y fecha en la que probablemente terminaba la *Historia* de Sisenna.

² Marco Lépido protagonizó una revuelta con la que se inician *Las Historias* de Salustio. Quinto Cátulo era un patricio con ideas diametralmente opuestas a la de Marco Lépido.

³ El año 67, sin duda, cuando comienza la ascensión de Pompeyo.

⁴ La guerra fue terminada por Paulo Emilio con la batalla de Pidna (168 a. C).

⁵ Referencia a los *Orígenes* de Marco Porcio Catón.

⁶ Según Maurenbrecher la referencia sería a Catón; según La Penna, a Valerio Anciate; según Katz, a Varrón.

- ⁷ Es decir, el año 51 a. C.
- ⁸ Hubo tres secesiones de la plebe: en 494, 449 y 287 a. C.
- ⁹ Serían instituidos en el 494, cuando tuvo lugar la primera secesión.
- ¹⁰ Desde la destrucción de Cartago en 146 a. C.
- ¹¹ «Comenzó» = *coepit* fue interpretado por Heraeus («Colligere = tollere», *Archiv für latein. Lexic.* 9 [1896], 134-135) en el sentido de «reemprendio». Catilina es el lugarteniente de Sila, ora en el asedio de Preneste, ora en el de Nola, durante los años 80-79.
- ¹² Pensamiento de Sila, tras la distribución de tierras a los veteranos.
- ¹³ Décimo Junio Bruto, Mamerco Emilio Lépido Liviano (ambos cónsules en el 77) y Quinto Lutacio Cátulo.
- ¹⁴ Alusión a Sila y a sus aspiraciones tiránicas.
- ¹⁵ Cuatro cónsules habían caído en las guerras civiles: Lucio Cornelio Cina, cerca de Ancona, en el 89; Lucio Valerio Flaco, en Asia, en el 86; Mario Júnior, en Preneste, y Gneo Papirio Carbón, en Sicilia, en el 82.
- ¹⁶ Éste y el siguiente, Cornelio, eran dos satélites de Sila.
- ¹⁷ Referencia a la invasión de teutones y cimbros en los años 104-101.
- ¹⁸ Esto es, «una vez pagado el precio» por sus dueños.
- ¹⁹ Juego de palabras con el sobrenombre de Sila, *Felix*.
- ²⁰ Esclavos de Sila, de los que no se sabe nada más. Fufidio, del que se habla a continuación, fue uno de los más significados sicarios del dictador, llegando a pretor en el 81 y propretor de España en el 80.
- ²¹ Este discurso se presenta como una *oratio Philippica*, teniendo en cuenta los numerosos puntos que tiene en común con las *Filípicas* de Cicerón.
- ²² La frase se aplica específicamente a la actividad de Lépido en Etruria.
- ²³ El senado intentó al principio doblegar a Lépido con embajadas que le prometían una paz indulgente.
- ²⁴ Filipo afirma haber sido uno de los primeros en compartir el parecer de Quinto Lutacio Cátulo, que deseaba una acción inmediata contra Lépido.
- ²⁵ El hijo de Lépido, Marco Emilio Lépido, fue cónsul en el 46 y posteriormente triunviro; el abuelo había sido dos veces cónsul, censor, pontífice máximo y decano del senado largo tiempo (CIC., *Filípicas* XIII 15). La familia de los Lépidos era más ilustre que la familia patricia de Catilina.
- ²⁶ Lucio Apuleyo Saturnino promulgó una ley para repartir tierras a los veteranos en África en el año 103; en 100 propuso medidas para fundar colonias en Sicilia, Grecia y Macedonia. Sulpicio fue tribuno de la plebe en el 86; su nombre completo era Publio Sulpicio Rufo. El Mario aquí nombrado es el hijo del gran Mario. Lucio Junio Bruto Damasipo, pretor en el 82, ejecutó bajo las órdenes del cónsul Mario a Mucio Escévola,

Lucio Domicio y otros; fue muerto por orden de Sila tras la batalla de Porta Colina.

²⁷ Desde el año 80 Sertorio ha llevado a cabo algunos encuentros victoriosos contra generales enviados por el senado para reducirle.

²⁸ Cinna, cónsul en 87, había jurado mantener las medidas de Sila; expulsado de Roma por su colega Gneo Octavio, se unió a Mario. Octavio fue asesinado y a continuación se estableció un reino de terror en el que resultaron muertos muchos adversarios de Cinna y Mario pertenecientes al senado.

²⁹ Publio Cornelio Cetego, proscrito por Sila en el 88 y más tarde seguidor suyo. Tras la muerte de Sila se ganó fama y gran influencia en círculos senatoriales, aunque no ocupó cargo alguno.

³⁰ Apio Claudio Pulcro, pretor en el 89, cónsul en el 79, gobernador de Macedonia en el 77, donde murió en el 76.

³¹ Se trata de Quinto Sertorio, de origen no noble, cuyos hechos fueron narrados por diversos historiadores (además de que el mismo Sila debió de aludir a él en sus *Commentarii*): Sisena, Posidonio, Varrón (en su *de Pompeio*), Gayo Sulpicio Galba (abuelo de emperador del mismo nombre), Teófanos de Mitilene, etc.

³² Las «Islas Afortunadas», adonde quiso huir Sertorio tras ser vencido.

LIBRO II

16* SUETONIO, *De gram. y rét.* 15:

Noble de expresión, desvergonzado de carácter³³.

17 DONATO, *Com. Ter., Formio* 170:

Moderado para todo lo que no fuese el afán de mandar.

19* VEGECIO, *Comp. mil.* I 9:

Competía en el salto con los ágiles en la carrera, con los veloces, en la palanca, con los forzudos.

21 AULO GELIO, *Noches át.* X 20, 10:

Pues cuando Sila, el cónsul, hizo una propuesta para el regreso de aquél³⁴, el tribuno de la plebe, Gayo Herennio, la había vetado, previo acuerdo con él.

42 *Cód. aurelianense*, folio 20^v; *cód. de Berlín* (B^r):

*** Envió una legión junto a aquél con quien había estado el ejército, a despecho de su falta de juicio, cosa que le ganó fama de sabio³⁵. Luego, tomaron posesión del consulado Lucio Octavio y Gayo Cota³⁶, de los cuales Octavio actúo con dejadez y despreocupación, y Cota con prontitud, aunque dadivoso por interés y carácter, por anhelo del favor de cada cual ***

43 *Cód. de Berlín* (B^v):

Publio Léntulo Marcelino³⁷ fue enviado como cuestor a la nueva provincia de Cirene bajo los auspicios del mismo, cuando ésta nos fue dada por el testamento del muerto rey Apión³⁸ y hubiera debido ser gobernada con un mando más prudente que el del joven, y menos avariciosamente que él. Por lo demás ***

45 *Cód. de Berlín* (B^v):

La plebe, irritada por esta situación, halló la oportunidad de atacar con gran tumulto a ambos cónsules que acompañaban por la Vía Sacra a Quinto Metelo³⁹, el cual más tarde tuvo el sobrenombre de Crético, y que era candidato a la pretura, y cuando huían los persiguió hasta la casa de Octavio, que era la más cercana.

47 *Vaticano latino* 3864; *cód. de Berlín* (B^v); *cód. aurelianense*, folio 20^r:

Discurso de Gayo Cota⁴⁰ al pueblo romano:

A pocos días más tarde, entristecido y con ropas de luto⁴¹, porque <***>, Cota habló en la asamblea popular del siguiente modo:

«Romanos, he corrido muchos peligros en la paz y en la guerra, y muchas adversidades, algunas de las cuales tuve que aguantar, y otras he evitado con el auxilio de los dioses y mi propio arrojo. En medio de todo ello jamás me faltó el ánimo para mi actividad, ni esfuerzo para mis resoluciones: el fracaso o el éxito cambiaban mis recursos, no mi carácter. Pero en estas desgracias, en cambio, todo me ha abandonado [2] junto con mi fortuna. Además, la vejez, grave por sí, duplica mi preocupación y no permite esperar, al final de mi vida, ni siquiera una muerte honrosa. Pues si soy un parricida [3] para vosotros, y, habiendo nacido dos veces⁴² aquí, tengo en poco a los dioses penates, la patria y el sumo poder, ¿qué tormento es suficiente para mí en vida y qué castigo después de muerto? Más aún: con mi crimen he superado todos los suplicios que se cuentan del infierno.

Desde mi primera juventud he actuado ante vuestros [4] ojos tanto como particular como en los cargos públicos; los que así lo quisieron han dispuesto de mi lengua, de mi consejo, de mi dinero; yo no he ejercido mi hábil facundia ni mi talento para obrar mal. Ansiando como ansié el reconocimiento privado, me granjeé enormes enemistades por la república, vencido por las cuales al tiempo que ésta, cuando, carente de ayuda ajena, esperaba muchos males, vosotros, romanos, me habéis devuelto, junto con una gran dignidad, [5] la patria y los dioses penates. Por estos favores apenas podría mostraros suficientemente mi agradecimiento dándoos a cada uno, cosa que es imposible, mi propia vida; pues la vida y la muerte son derechos de la naturaleza: comportarse íntegramente, sin baldón, con los ciudadanos, con buena reputación y fortuna, esto se da y se recibe como un presente.

[6] Nos habéis hecho cónsules, romanos, cuando la república estaba llena de dificultades dentro y fuera de ella. Pues en España los generales⁴³ reclaman las pagas, soldados, armas, trigo, y a ello los obliga la situación, puesto que con la defección de los aliados y la huida de Sertorio por los montes ni pueden trabar combate ni hacerse con lo necesario; [7] alimentamos ejércitos en Asia⁴⁴ y Cilicia⁴⁵ por culpa de las desmesuradas fuerzas de Mitridates, Macedonia⁴⁶ está llena de enemigos y no menos la zona marítima de Italia y las provincias, y entretanto los impuestos, pequeños e inciertos por las guerras, apenas sustentan parte de los gastos; de modo que la flota que mantenemos navegando y que protegía [8] los transportes es más pequeña que antes. Si esta situación se ha producido por fraude o falta de energía nuestra, actuad como os aconseja la cólera, decidid nuestro castigo. Mas si la fortuna de unos y de otros es demasiado adversa, ¿por qué adoptáis medidas indignas de vosotros, de nosotros y de la república?

Y yo, quien por edad estoy más cerca de la muerte, no la [9] rehúyo, si ésta redunde en alguna ventaja para vosotros; pues más tarde, de forma natural, no voy a poner fin a mi vida más honrosamente que en pro de vuestra salvación. Aquí me tenéis, Gayo Cota, vuestro cónsul; hago lo que han [10] hecho muchas veces nuestros antepasados con ocasión de guerras difíciles: me ofrezco, me sacrifico por la república. Mirad con cuidado

a quién se la encomendáis después de [11] mí. Pues semejante honor no lo querrá ninguna persona de bien, dado que tendrá que rendir cuentas del azar, del mar y de una guerra promovida por otros o, si no, morir de forma infamante. Sólo quiero que tengáis en vuestro pensamiento [12] que no he ido yo a la muerte a causa de un crimen o de la codicia, sino que quise entregaros mi vida como un presente a cambio de los mayores servicios. Por vosotros mismos, [13] romanos, y por la gloria de los mayores, soportad la adversidad y velad por la república. En un imperio tan vasto hay [14] muchos sinsabores, muchos esfuerzos enormes, los cuales es vano rechazar pretendiendo la opulencia de la paz, siendo así que todas las provincias, reinos, mares y tierras están soliviantados o agotados con las guerras.»

70 MACROBIO, *Satur.* III 13, 6-9; NONIO MARCELO, *Ens. fruc.* 180, 15; 222, 19; 286, 16; PROBO, *Regl. gen.* IV 21, 5; CARISIO, *Arte gram.* I 80, 15; SERVIO, *Com. a Virg., En.* V 488:

En cambio Metelo, al regresar a la España ulterior después de un año⁴⁷, era saludado con gran honor por quienes acudían de todas partes, tanto de uno como de otro sexo, por los caminos y poblados. Cuando el cuestor Gayo Urbino y otros, conocidos sus deseos, lo invitaban a una cena, mostraban un cuidado que sobrepasaba el estilo de los romanos e incluso el de los demás hombres, adornando la casa con tapices y gallardetes y levantando escenarios para la representación de los actores; también, la tierra estaba salpicada de azafrán, y otros detalles recordaban un templo concurridísimo. Además, luego, estando él sentado, una estatua de la Victoria, hecha descender con una cuerda en medio de un estrépito artificial de truenos, le ponía en la cabeza una corona; y, cuando a continuación caminaba, se le suplicaba con incienso como a una divinidad. Por lo general, cuando se sentaba a la mesa, llevaba la toga bordada como indumentaria, disfrutando ciertamente de exquisitos banquetes con muchas especies de aves y fieras anteriormente desconocidas, buscadas no sólo por toda la provincia sino también al otro lado del mar, en Mauritania. Con esta conducta redujo en buena parte su gloria, en especial entre los señores ancianos y honorables que consideraban aquellas maneras arrogantes, impertinentes e indignas de la autoridad romana.

87 *Cód. palimpsesto*, cols. 7-10:

[A] Después, dada la señal precipitadamente, cuando ya era la segunda vigilia, comienzan el combate a un tiempo por ambos bandos, arrojando primero de lejos, en medio de un gran revuelo, dardos al albur, a través de la noche oscura y, luego, cuando los romanos deliberadamente no respondían ni con tiros ni con gritos, pensando que se habían quedado paralizados de terror o que habían abandonado la fortificación, se apresuraron con ahínco en dirección a los fosos y desde allí, los más rápidos de ellos, a través de la empalizada⁴⁸. Ahora bien, quienes se hallaban encima de ella en ese momento, por fin se pusieron a lanzar piedras, dardos y estacas, y a muchos que casi habían llegado arriba los empujaban directamente con los escudos o a golpes. Con el miedo imprevisto que se originó, una parte quedó acribillada en la empalizada, otros

cayeron rodando sobre sus propias armas y, con el desplome de muchos, casi se llenaron los fosos, en [B] tanto los demás hallaron una huida segura en lo incierto de la noche y el miedo de los romanos a las emboscadas. Luego, pocos días más tarde, se forzó la rendición por falta de agua, la plaza fuerte fue incendiada y sus habitantes puestos en venta, y por el terror que se produjo inmediatamente después llegaron de Isaura Nueva⁴⁹ unos delegados a pedir la paz, prometiendo entregar rehenes y hacer lo que se les ordenase.

Así que Servilio, sabedor de la brutalidad del enemigo y de que no les aconsejaba la paz el cansancio de la guerra sino el repentino temor, para que no cambiasen de opinión respecto a la entrega, se aproximó con todas las tropas lo más rápido que pudo a sus murallas, haciéndoles ver entretanto [C] a los delegados la parte amable, así como que la rendición se acordaría más fácilmente en presencia de todos. Además, contenía a los soldados de los saqueos de los campos y de todo daño; los de la plaza fuerte proporcionaban voluntariamente el trigo y demás provisiones; para que no lo tuvieran por sospechoso había establecido el campamento en el llano. Luego, una vez entregados cien rehenes, según lo exigido, cuando se fueron pidiendo los desertores, las armas y toda la artillería, al principio los más jóvenes, conforme con un plan, y, luego, donde le cogía a cada cual, provocan un alboroto por toda la ciudad en medio de impresionantes gritos, aseverando que mientras tuviesen un hilo de vida no se rendirían ni entregarían las armas ni a sus [D] aliados. En cambio, aquéllos que no estaban en edad de pelear y que por su vejez conocían bien el poderío de los romanos, anhelaban la paz, pero por la mala conciencia de sus culpas temían que una vez entregadas las armas, inmediatamente, pese a todo, sufriesen la última pena, como corresponde a los vencidos. En medio de esta trepidación y mientras todos tomaban decisiones provocando un gran alboroto, Servilio, que creía que la rendición sería un fiasco si no les azuzaba el miedo, tomó por sorpresa un monte consagrado a la Gran Madre, que estaba de la ciudad a un tiro de ballesta. Se creía que la diosa, a quien estaba dedicado el monte, celebraba en él un festín en determinadas fechas y que se escuchaba a lo lejos el eco del sonido ***

91 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 503, 13:

Las jóvenes no eran enviadas por sus padres a casarse, sino que ellas mismas elegían a los más capacitados para la guerra.

92 *Cód. aurelianense*, folio 16^V, col. 11; SERVIO, *Com. a Virg., En.* X 281:

Las madres contaban a sus varones que marchaban a la guerra o al bandidaje las hazañas militares de sus padres, cuando cantaban sus actos valerosos. Cuando se descubrió que Pompeyo llegaba por allí con el ejército en son de guerra, los mayores de edad comenzaron a aconsejarles la paz y que hiciesen lo que se les ordenase, y ellas, al ver que con su negativa no adelantan nada, se apartaron de los hombres y empuñaron las armas. Ocupado un lugar muy seguro, les atestiguaban que carecían de patria, de madres y de libertad y que por dicha razón a los varones les aguardaba la responsabilidad de los partos, del pecho y demás funciones femeninas. La juventud, inflamada con esta actitud,

(rechazó) las propuestas de los mayores de edad ***

93. *Cód. aurelianense*, folio 16^r, col. 12:

Dándose la palabra de honor de que si eran liberados del asedio estaban dispuestos a formar alianza; pues con anterioridad habían vacilado, dado lo incierto de la paz, entre él⁵⁰ y Pompeyo. Entonces, el ejército romano fue retirado hacia los váscones para aprovisionarse de trigo. <***> Y por la posibilidad de pasar a vado, Pompeyo se estuvo algunos días en campamento permanente, separados de él los enemigos por un valle mediano, y ni a éste ni a aquél les ayudaron con aprovisionamientos los cercanos pueblos de los mutuduros: el hambre les fatigaba a ambos. Luego, pese a todo, Pompeyo con (su ejército) en formación cuadrangular ***

98 *Vaticano latino* 3864, folio 125^{r-v}; cf. DIOMEDES, *Arte gram.* I 366, 12:

Carta de Gneo Pompeyo al senado:

«Si hubiese sido contra vosotros, la patria y los dioses penates como hubiese arrostrado yo tantas fatigas y peligros en las muchas ocasiones en que desde mi primera juventud⁵¹, bajo mi mando, fueron abatidos los más criminales enemigos y conseguida la salvación para vosotros, no hubieseis decretado contra mí, en mi ausencia, nada más grave que el trato que me dais ahora, padres conscritos, pues que, en desacuerdo, con la edad que tengo, tras arrojarme a una guerra terrible con un ejército que tantos méritos ha contraído, nos habéis destruido, en cuanto de vosotros depende, por medio del hambre, que es la más desgraciada de todas [2] las muertes. ¿Con estas expectativas ha enviado a sus hijos a la guerra el pueblo romano? ¿Estas son las recompensas de las heridas y la sangre tantas veces derramada por nuestro país? Cansado de escribir y de enviar delegados, he consumido todos mis recursos y esperanzas personales, mientras que en el ínterin apenas he recibido de vosotros durante [3] tres años el gasto de uno solo. Por los dioses inmortales, ¿os (A) creéis que yo tengo que hacer el papel del erario o que puedo mantener el ejército sin trigo ni pagas?

[4] Reconozco desde luego que he partido para esta guerra con mayor entusiasmo que reflexión, puesto que con sólo recibir de vosotros el título de mando, en cuarenta días he organizado el ejército y he alejado a los enemigos de los Alpes hacia España, cuando ya se hallaban sobre el cuello de Italia. A través de aquéllos he abierto un camino diferente [5] al de Aníbal⁵², más conveniente para nosotros. Recuperé la Galia, el Pirineo, Lacetania y los indígetes, y aguanté el primer choque con el triunfante Sertorio con soldados bisoños y en bastante menor cantidad que él, y pasé un invierno entre enemigos muy crueles en un campamento, no en una (B) ciudad fuerte, ni con posibilidades de granjearme sus simpatías. [6] ¿Para qué voy a enumerar además los combates o excursiones invernales, las plazas que he destruido o conquistado, si los hechos valen más que las palabras? La conquista del campamento de los enemigos junto al Júcar⁵³, la batalla del río Turia y el aniquilamiento del general enemigo Gayo Herennio junto a la ciudad de Valencia y su ejército es algo bien conocido por vosotros. A cambio

de ello, oh agradecidos padres, me pagáis con la miseria y el hambre.

De manera que las condiciones del ejército enemigo y [7] las mías son idénticas; pues ni a él ni a mí nos dais la paga, y uno y otro, el que sea vencedor, puede venir a Italia. De [8] modo que os pongo sobre aviso y ruego que lo tengáis en cuenta y no me obliguéis, forzado por las necesidades, a tomar [(C)] decisiones por mi cuenta y riesgo. La España citerior, [9] que no es ocupada por los enemigos, la hemos esquilado nosotros o Sertorio hasta la saciedad, excepto las ciudades marítimas, que para nosotros son, encima, motivo de gastos y de cargas. La Galia sustentó el año anterior con sus pagas y su trigo al ejército de Metelo, y ahora, por mor de sus malas cosechas, apenas se mantiene ella misma. Yo he gastado no sólo mi patrimonio familiar, sino también mi crédito. Sólo quedáis vosotros; si no me ayudáis, aunque no es mi deseo, [10] os aviso, el ejército y con él toda la guerra de España (D) pasarán de aquí a Italia.»

Esta carta fue leída en el senado a comienzos del año siguiente⁵⁴. Pero los cónsules se repartieron entre sí las provincias decretadas por los senadores. Cota se encargó de la Galia citerior, y Octavio de Cilicia. Luego, los cónsules siguientes, Lucio Luculo y Marco Cota, impresionados enormemente por la carta y noticias de Pompeyo, recabaron por todos los medios las pagas y un ejército suplementario, no sólo en razón del interés del Estado, sino también para evitar que, si aquél llevaba un ejército a Italia, se quedasen ellos sin gloria ni dignidad; esto lo hacían con el apoyo extraordinario, además, de la nobleza, la mayoría de la cual ya entonces <respaldaba> su combatividad con la lengua y sus palabras con los hechos ***

³³ Referido a Pompeyo.

³⁴ Pompeyo. Sila, durante su consulado del 80, aparentó permitir la vuelta de Pompeyo victorioso, aunque de hecho puso inconvenientes.

³⁵ Pese a los numerosos intentos de interpretar este pasaje ninguna de las soluciones propuestas (Wölfflin, Mommsen, Maurenbrecher, Perl) resulta satisfactoria.

³⁶ Lucio Octavio fue procónsul de Cilicia en el 74, donde murió. Gayo Aurelio Cota nació en el 124 a. C. dentro de una familia plebeya enriquecida; aspiró al tribunado en el 90, de cuyo cargo fue expulsado por razones de animosidad personal. Fue exiliado y regresó del destierro en el 82; pretor en el 78.

³⁷ Aún no se sabe bien si este hombre es el que se conoce como Publio Léntulo Espínter, cónsul en el 57.

³⁸ El legado tuvo lugar en el 96.

³⁹ Quinto Cecilio Metelo Crético, pretor en el 73, cónsul en el 69.

⁴⁰ El discurso tiene pinta de parecerse al que realmente diese el cónsul, aunque Cicerón dice en su *Orator* (132), escrito a finales del 46, que no quedaba ningún discurso de Cota.

⁴¹ Se trata de la *toga pulla* que se llevaba por luto público o privado y también, como aquí probablemente, por ser reo.

⁴² La segunda vez al volver del exilio; así, Cicerón (*Ad Att.* IV 1, 8) cuando regresó de su destierro.

⁴³ Quinto Cecilio Metelo Pío desde el 79 y Gneo Pompeyo desde el 77.

⁴⁴ Esta provincia de Asia comprendía el reino de Pérgamo, Frigia, Caria, Lidia y las colonias jónicas de la costa y de las islas.

⁴⁵ En la costa sureste de Asia Menor, entre Panfilia y Siria.

⁴⁶ Las guerras fronterizas contra las tribus se habían extendido mucho bajo el mando de Gayo Escribonio Curión.

⁴⁷ Hacia finales de la campaña del 75. Los sucesos aquí descritos tuvieron lugar después de la campaña del 74.

⁴⁸ Durante la época republicana un campamento quedaba rodeado por un circuito de fosos o trincheras (*fossa*); la tierra extraída se amontonaba hacia la parte interior, y mezclada con piedras constituía un parapeto (*agger*) en cuya cima se clavaban estacas (*sudes; ualli*) para formar una empalizada (*uallum*).

⁴⁹ No se ha conseguido precisar la localización de esta ciudad: ¿Dinorna, a 32 kilómetros al noreste de Zengibar Kalesi? ¿Durna, a 27 kilómetros al noreste de Zengibar Kalesi?

⁵⁰ Sertorio. La ciudad de Mutuduro (ilocalizable con exactitud) debió de ser también ciudad de los vascos.

⁵¹ En el 83, con 23 años, Pompeyo organizó personalmente un ejército, batió a Carbón en el Piceno y se unió a Sila, después de derrotar a los oficiales marianos Gayo Carrinate, Tito Cluilio y Junio Bruto Damasipo. Sila lo saludó como «imperator». En el 82 echó a Carbón de Etruria y a Perperna de Sicilia. En el 81 venció a los marianos en África cuando se hallaban al mando de Domicio Ahenobarbo, al que obligó a morir, y fue saludado «imperator» en el campo de batalla.

⁵² Si el general cartaginés cruzó los Alpes por el Pequeño San Bernardo, entonces Pompeyo pasó por el Monte Genèvre; si Aníbal pasó por el Monte Genèvre, entonces Pompeyo cruzó la cadena montañosa por el Col d'Argentièrre.

⁵³ Las operaciones o batallas citadas por Pompeyo junto al Júcar, el Turia y Valencia, como grandes hechos bélicos no fueron sino escaramuzas que en ocasiones se convirtieron en verdaderas derrotas.

⁵⁴ Año 74, cuando fueron cónsules Lucio Licinio Luculo y Marco Aurelio Cota. Los cónsules nombrados a continuación son los del año precedente (75): Gayo Aurelio Cota (hermano del anterior) y Lucio Octavio.

LIBRO III

3 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 476, 7; PSEUDO ASCONIO, *Com. a Verr. de Cic.* I 60:
Nacido para malgastar el dinero y libre de preocupaciones a no ser las inminentes.

4* ÁUDAX, *Excerpta* VII 353, 24; PROBO, *Regl gram.* IV 149, 1:
Antonio se marchó de la ciudad⁵⁵ pocos días antes.

5 *Cód. aurelianense*, folio 15^r, col. 17:

*** No pudiendo alejar fácilmente Antonio las tropas de las naves, porque se podía disparar por la angosta entrada. Y Mamerco, a la diestra de la escuadra común, no podía perseguir en mar abierto con más seguridad a los enemigos en el tranquilo verano. Y consumidos ya en medio de las dudas algunos días, comoquiera que <las guarniciones> de los lígures <se hubiesen marchado> hacia los Alpes <a requerimiento de los terentunos> <***> se planteó la cuestión <***> de navegar hacia Sertorio. Comoquiera que Antonio y los demás vieran bien darse prisa con las naves hacia España, a los cuatro días llegaron a los aresinarios con todas las naves de guerra que tenía reparadas y <las nuevas que habían llegado>***

6 *Cód. aurelianense*, folio 15^v, col. 18:

<Separados> por el río Diluno, <tomado> por los enemigos, que no se podía atravesar aunque lo impidiesen unos pocos. Fingiendo otros <cruces>, <***> pasó el ejército con un puente de balsas. Luego, mandando por delante al lugarteniente Afranio con la caballería y parte de los navios de guerra, llegó a la isla, considerando que con el terror imprevisto podía conquistar la ciudad, conveniente para las comunicaciones con Italia. <***> Confiados en el lugar, no cambiaron en absoluto de parecer; pues <ocuparon> una altura que por los lados y por detrás <caía> sobre el mar ***

46 NONIO MARCELO, *Ens. fruc.* 314, 19:

Pues, siendo estos magistrados corruptos por encima de lo común, comoquiera que las cosechas tuviesen un alto precio por toda la provincia, debido a la esterilidad del bienio anterior ***⁵⁶

47 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 476, 10:

Tras la vuelta de aquéllos a quienes el senado había amnistiado por la guerra de Lépidio.

48 *Vaticano latino* 3864, fols. 123^r-124^v:

Discurso de Macro, tribuno de la plebe, a la misma:

«Si no distinguierais, romanos, la diferencia que media entre el derecho que os han dejado vuestros mayores y esta esclavitud que ha impuesto Sila, tendría yo que esforzarme mucho en hablar y que enseñaros a vosotros por qué injusticias y cuántas veces ha hecho la plebe en armas secesión de los padres y cómo instituyó por garantes de todo derecho propio a los tribunos de la plebe; ahora sólo me resta exhortaros [2] y marchar por el camino por el que considero que se puede en primer término reconquistar la libertad. Y no se [3] me oculta cuán enormes son las fuerzas de la nobleza que me dispongo a apartar de su dominio yo solo, sin poder, con la vana apariencia del cargo, y cuán mayor es la seguridad con que actúa la facción de los criminales que los hombres honestos aislados. Pero al margen de la buena esperanza [4] que vosotros me inspiráis, y que ha vencido mi miedo, tengo la convicción de que para un hombre valiente más valen las contrariedades de una lucha por la libertad que no pelear en absoluto.

Sin embargo, todos los demás que han sido elegidos para [5] defender vuestro derecho han vuelto contra vosotros toda su fuerza y poder por granjearse un favor, por medio de promesas o de recompensas, y consideran mejor delinquir a cambio de dinero que obrar honestamente gratis. De manera que [6] todos se han echado en brazos de la tiranía oligárquica, de esos que en nombre de la guerra han tomado posesión del erario, de los ejércitos, reinos y provincias, y tienen un alcázar en vuestros despojos, mientras que vosotros, que sois multitud, a la manera de borregos, os entregáis a ellos para que cada uno os posea y haga usufructo de vosotros, privados de todo cuanto os dejaron vuestros mayores, con la diferencia de que vosotros mismos con los votos os dais ahora por amos a quienes antaño eran vuestros defensores. De modo [7] que todos se han ido al otro bando, mas tan pronto como recuperéis vuestros derechos la mayoría volverá a vosotros. Pues pocos son los que tienen el coraje de defender sus preferencias; los demás siguen a los que tienen más fuerza.

[8] ¿O es que pensáis que algo os pueda hacer daño a vosotros si marcháis unánimemente, cuando aun siendo desidiosos y faltos de energía os temieron? Como si Gayo Cota, cónsul nacido del corazón del partido aristocrático, hubiera devuelto determinados derechos a los tribunos de la plebe por otra razón que no fuese por miedo. Y aunque Lucio Sicinio⁵⁷, el primero que se atrevió a hablar del poder tribunicio, fue derribado mientras vosotros os limitabais a murmurar, no obstante aquéllos temieron su impopularidad antes de que vosotros estuvieseis hartos de sus injusticias. Actitud de la que es imposible que me maraville lo suficientemente, ciudadanos; pues comprendisteis que vuestras esperanzas resultaron [9] fallidas. Al morir Sila, que había impuesto la criminal servidumbre, creíais que se había acabado el mal: ha surgido [10] otro más cruel aún, Cátulo⁵⁸. Medió una revuelta en el consulado de Bruto y Mamerco⁵⁹, y a continuación ha reinado Gayo Curión⁶⁰ hasta provocar la perdición de un tribuno [11] inocente. Visteis el año pasado con qué enormes ánimos se lanzó Luculo contra Lucio Quinto. ¡En fin, qué revuelos tan grandes se concitan ahora contra mí! Los cuales desde luego en vano se creaban, si aquéllos hubiesen tenido la intención de poner fin a su tiranía antes que vosotros pusierais fin a vuestra esclavitud, sobre todo siendo así que en

estas guerras civiles se han dicho otras cosas, pero por un lado y otro se ha luchado para ejercer el dominio sobre vosotros. [12] Así que las demás luchas originadas por el desorden, el odio o la codicia, fueron incendios pasajeros; sólo ha pervivido una cosa que ha sido buscada por ambas partes y os ha sido arrebatada para el futuro: la fuerza tribunicia, el arma que los mayores idearon para la libertad. Por lo que os pongo [13] sobre aviso y os ruego que tengáis presente no cambiar los nombres de las cosas conforme a vuestra dejadez, y no llaméis tranquilidad a vuestra esclavitud. No hay modo de gozar de esa misma tranquilidad si la infamia sobrepasa la verdad y la honradez: habría tranquilidad si hubierais estado en completa calma. El hecho es que ellos están sobre aviso, y, como no venzáis, dado que toda injusticia se hace más segura si se carga la mano, os tendrán atados más corto.

‘¿Cuál es tu opinión, pues?’, puede que alguno de vosotros [14] me espete. En primer lugar, hay que acabar con esa costumbre que tenéis de lengua pronta y espíritu cobarde, pues fuera del espacio de la asamblea no os acordáis de la libertad. En segundo lugar (para no mencionaros aquella [15] actitud viril en virtud de la cual vuestros antepasados instituyeron a los tribunos de la plebe, luego, el acceso a las magistraturas patricias, así como votos libres de la autoridad de los patricios)⁶¹, siendo así que toda vuestra fuerza, romanos, reside en vosotros y que podéis hacer o no hacer ciertamente en favor de vosotros lo que ahora os ordenan y aguantáis en favor de otros, ¿esperáis por asesor a Júpiter o algún otro de los dioses? Vosotros, romanos, ratificáis con [16] vuestra obsequiosidad aquellas órdenes despóticas de los cónsules, aquellos decretos de los senadores, y encima os dais prisa para aumentar y coadyuvar en la permisividad contra vosotros. Y yo desde luego no os exhorto a que os [17] toméis revancha de sus iniquidades, más bien a que deseéis la paz; y queriendo, no las discordias, como ellos me echan en cara, sino su fin, reclamo lo nuestro según el derecho de gentes, y, si continúan reteniéndolo pertinazmente, no será mi propuesta empuñar las armas o practicar la secesión, sino [18] únicamente que no les entreguéis más vuestra sangre. Que tengan y desempeñen a su manera el poder, busquen los triunfos, que persigan con los retratos de los suyos a Mitridates, a Sertorio y a los restos de los exiliados; pero para quienes no hay ninguna parte del provecho que no exista [19] tampoco riesgo ni fatiga; si no es que por acaso vuestras contribuciones se compensan con esa ley frumentaria⁶² sacada de la manga. En virtud de la cual, no obstante, han justipreciado la libertad de todos en cinco moyos⁶³ por cabeza, los cuales en efecto no valen más que el alimento que se da en la cárcel. Pues de la misma manera que con una pequeña cantidad se les impide la muerte a aquéllos de la cárcel, pero se le debilitan las fuerzas, así, una cantidad tan pequeña no libera de las preocupaciones domésticas y defrauda con una [20] mínima esperanza la cobardía de cada cual. Aunque esta ayuda fuera considerable, no obstante, como se presentaría cual recompensa de la esclavitud, ¿de qué clase de majadería no sería dejarse cazar y encima deber el agradecimiento de lo que es vuestro a la afrenta de ellos? Hay que precaverse de la [21] trampa; pues de otra manera ni tienen poder contra todos juntos ni lo intentarán. Así que a un tiempo aprestan sus lenitivos y os emplazan hasta la llegada de Gneo Pompeyo, al que precisamente, después de haberlo montado a sus

espaldas por temor, al instante, cuando se les quita el miedo, lo hacen pedazos. [22] Y no les avergüenza, campeones como se dicen de la libertad y siendo tantos, no atreverse a cesar en sus injusticias [23] o no poder defender su derecho en ausencia de él solo. Yo ciertamente tengo bien asumido que Pompeyo, joven de tan gran gloria, prefiere ser vuestro jefe, si así lo queréis, a aliado de ellos en su tiranía, así como que será el principal fautor de la defensa del poder tribunicio. Mas antes, romanos, los ciudadanos [24] teníais, uno a uno, vuestra protección en la mayoría, y no todos en uno solo. Y no había nadie entre los hombres que pudiera, él solo, daros o quitaros esos derechos.

De modo que ya he hablado bastante; pues que tampoco [25] la ignorancia os vela la realidad, pero que se ha apoderado [26] de vosotros no sé qué parálisis gracias a la cual no os dejáis afectar ni por la gloria ni por la infamia y habéis cambiado todo por la presente apatía, considerando bastante libertad que se os respete las espaldas y podáis deambular de acá para allá, por concesión de señores ricos. Y los campesinos no [21] tienen siquiera esta misma situación, sino que reciben vergajazos en las querellas de los poderosos y son entregados como presente a los magistrados para que defiendan sus provincias. De modo que se lucha y se vence para unos pocos; [28] la plebe, pase lo que pase, está con los vencidos, y más lo estará día a día, si en efecto aquéllos mantienen su tiranía con mayor atención que vosotros reclamáis la libertad.»

74* *Esc. Juv. XV 115:*

Pues los más salvajes de todos hasta la fecha son los aqueos y los tauros, porque, en lo que yo entreveo, debido a la pobreza del terreno, se ven obligados a vivir del robo.

†**76** PORFIRIÓN, *Com. Hor., Odas III 24, 9*; PSEUDO ACRÓN, *Esc. Hor., ibid.:*

Lo ocupan los escitas, que son nómadas, cuya residencia son los carros.

88 NONIO MARCELO, *Ens. fruc. 239, 1* :

Mas Pompeyo, desde su primera juventud, creyéndose por las palabras de sus incondicionales que sería parecido al rey Alejandro, era claramente émulo de los hechos y proyectos de éste.

89* SERVIO, *Com, a Virg., En. XI 66:*

Levantó un trofeo de los hispanos vencidos en las cimas del Pirineo.

96 *Cód. Vaticano Reginense 1283 B, folio 92^{r-v}, cois. 1-4; fol. 93^{r-v}, cois. 5-8:*

[A] *** Quemaban al fuego estacas, con las cuales, aparte de presentar una forma apropiada para la guerra, podían hacer daño de forma no muy diferente a con el hierro. Por su parte, Varinio, mientras los desertores llevan a cabo esto, comoquiera que parte de los soldados estuviese enferma por la insalubridad del otoño y ningún hombre de la última deserción se incorporase a las banderas pese a habérseles ordenado con un severo edicto, y los que quedaban rechazasen la disciplina militar con las mayores infamias, había enviado a Roma a su cuestor Gayo Toranio para que por él en persona [B] se

conociese con la mayor facilidad la situación real. Y sin embargo, entretanto, con los voluntarios, en número de cuatro mil (levanta un campamento) fortificado con importantes obras. Luego, los rebeldes, una vez consumidos los alimentos ya, acostumbrados como estaban a ejercer rondas y centinelas y otros deberes conforme a las normas de la milicia a fin de que cuando estuviesen saqueando no se les echase encima el enemigo instalado cerca, en la segunda vela salen todos juntos en silencio, dejando en el campamento un trompeta. Y, para dar la impresión a los que mirasen de lejos de que eran centinelas, habían levantado, apoyándolos en palos clavados, los cadáveres recientes, y habían hecho [C] numerosos fuegos <***> Pero Varinio, avanzado ya el día, notando la falta de las trifulcas habituales entre los desertores y del lanzamiento de piedras contra el campamento, y, aparte de esto, del estrépito, tumulto y escándalo de quienes apretaban por todas partes, envía unos jinetes a un alcor que sobresalía por los alrededores para que explorasen <***> Unos cuantos días más tarde comenzó, contra lo habitual, a [D] aumentarles la confianza a los nuestros y comenzaron a soltarse de la lengua. Con ello, conmovido incautamente Varinio contra toda comprobación real, lleva en marcha silenciosa contra el campamento de los fugitivos a aquellos soldados bisoños, inexpertos e impresionados por las bajas de los otros, aunque guardando silencio ahora y no asumiendo con tanta arrogancia el combate que habían reclamado. Y aquéllos, discutiendo los planes, se hallaban cerca del cisma entre ellos, porque Crixo y los galos de su misma tribu, así como los germanos, anhelaban marchar adelante y presentar batalla por propia iniciativa, y por el contrario Espártaco ***

98 *Cód. Vaticano Reginense* 1283 B fol. 93^{r-v}, cois. 5-8:

*** Hasta ese momento <***> sin acordarse de la patria, [A] aunque la mayor parte <***> más allá del botín y de la rueldad <***> parecía el mejor plan. Acto seguido, les aconseja [B] que salgan a campos más abiertos y más ricos en ganado, donde podrían aumentar su número con hombres escogidos, antes de que asomase Varinio con el ejército rehecho. Y rápidamente, haciéndose con un guía adecuado de los cautivos picentinos, ocultándose por las cimas de Éboli, llega a Nares Lucanas, y desde allí, con las primeras luces, a Foranio⁶⁴, sin que se enterasen sus habitantes. Y al punto los fugitivos, [C] contra las órdenes del jefe, arrastraban y violaban a las muchachas y a las señoras, y otros <***> quedándose ahora, se burlaban también, hurgando a un tiempo en las heridas de forma horrible, y en ocasiones dejando el cuerpo desgarrado y aún palpitante. Otros arrojaban contra las casas fuego, y muchos esclavos del lugar, a los que la propia índole convertía en aliados, arrastraban de su escondite lo que sus amos habían ocultado, y a ellos mismos también. Y no había nada sagrado o sacrilego para la cólera de los bárbaros y su naturaleza servil. Espártaco, que no podía impedirlo, rogándoles con mucho encarecimiento que se previniesen [D] a base de velocidad, unos mensajeros <***> aquel día y la noche siguiente <***> duplicado el número; con las primeras luces <***> y entonces estaban maduras en los campos las mieses del otoño. <***> Sabedores por la huida de los vecinos de que se aproximaban los esclavos fugitivos ***

⁵⁵ A. LA PENNA duda de que se refiera a la salida de Roma (cf. «Per la ricostruzione delle *Historiae* di Sallustio», *Studi Ital. di Fil. Clas.* 35 [1963], 41).

⁵⁶ El sujeto aquí implícito podría ser Marco Fonteyo, cuestor de la Galia Narbonense entre 76 y 74, al que Cicerón defendió en el 69.

⁵⁷ Error de Salustio; el nombre exacto es Gneo Sicinio.

⁵⁸ Quinto Lutacio Cátulo, colega de Lépido en el 78 y líder de los *optimates*.

⁵⁹ La guerra contra Lépido tuvo lugar en el 77, durante el consulado de Décimo Junio Bruto y Mamerco Emilio Lépido.

⁶⁰ Gayo Escribonio Curión, cónsul del 76, que eliminó al tribuno Gneo Sicinio.

⁶¹ Sila fue quien sometió los plebiscitos a la *auctoritas Senatus*.

⁶² La *lex Terentia et Cassia* del año 73.

⁶³ Cada moyo (o modio) son 8'75 litros.

⁶⁴ Localidad desconocida.

LIBRO IV

1 AULO GELIO, *Noches át.* XVIII 4, 3-4:

Mas Gneo Léntulo, de familia patricia y colega de aquél, tuvo por sobrenombre Clodiano, no se sabe si por idiotez o por vanidad, promulgó una ley para reclamar el dinero que Sila había consignado a crédito a los adquirientes de los bienes confiscados entre ***.

25 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 500, 17:

Tirando hacia Sicilia, en el punto más estrecho no mide más de treinta y cinco millas.

26* SERVIO, *Com. a Virg. En.* III 414; ISIDORO, *Etim.* XIII 18, 3:

Hay constancia de que Sicilia estaba unida a Italia, pero el espacio entre ambas quedó sumergido por su poca altura o hendido por su estrechez. Que sea curvilíneo, por otra parte, lo hace la naturaleza de Italia, más friable, contra la cual obligan a chocar la marea la dureza y altura de Sicilia.

27* ISIDORO, *Etim.* XIII 18, 4; SERVIO, *Com. a Virg., En.* III 420:

Los lugareños denominan «Escila» a un peñasco que se cierne sobre el mar, porque cuando se observa de lejos se parece a esa célebre figura. Por ello, le confirieron ese aspecto monstruoso de la mitología, algo así como una figura humana con cabezas de perro, porque al estrellarse las olas allí parecen reproducir un ladrido.

28 SERVIO, *Com. a Virg., En.* I 117; III 420, 425; SÉNECA, *Cuestiones Naturales* VII 8, 2; ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* 472, 16; PLINIO, *Historia natural* III 87; ISIDORO, *Etim.* XIII 18:

Caribdis es un mar lleno de remolinos que engulle las naves que acaso pasan por allí y las arrastra en su abismo invisible a lo largo de sesenta millas hasta las costas de Taormina, donde los pecios de las naves emergen desde el fondo.

32* ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 500, 28:

Gayo Verres reforzó las costas cercanas a Italia.

42 NONIO MARCELO, *Ens. fruc.* 186, 22:

Y por muchos indicios se consideraba que haría cosas del gusto de la plebe.

43* Quintiliano, *Inst. orat.* IV 2, 2; AULO GELIO, *Noches át.* I 15, 12-13:

Marco Lolio Palicano, un picentino de baja extracción, charlatán más que elocuente.

44 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 472, 18:

El Magno comenzó su discurso.

45 PRISCIANO, *Inst. gram.* III 52, 10:

Si no se hubiese llegado a ningún acuerdo entre la plebe y los patricios antes de su llegada, haría lo posible cuando estuviese presente.

46 FESTO, *Sig. pal.* 359, 2 M:

Costumbre que, por cierto, recaló en la ciudad como una peste.

47 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 494, 7:

Mostrándoselo a la muchedumbre, a la que había resuelto halagar al máximo, para tenerla luego de colaboradora en sus designios.

48 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 461, 10:

Esperando a un colega de menos influencia, admirador suyo.

49 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 464, 26:

Licenció al ejército tan pronto como descendió de los Alpes.

51 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 496, 30:

Craso, más bien detractor de su colega que severo árbitro del bien y del mal públicos.

69 *Vaticano latino* 3864, folios 126^r-127^r:

Carta de Mitridates⁶⁵:

«El rey Mitridates al rey Ársaces, salud. Todos los que, yéndoles bien sus cosas, reciben propuestas para asociarse en la guerra deben tener en cuenta si podrán vivir en paz luego, y, en segundo término, si lo que se les pide es suficientemente justo, seguro y glorioso, o si es indecoroso. A ti, si [2] te es posible gozar de una paz perdurable, a no ser por unos enemigos tan criminales y al acecho, te está destinada, si vences a los romanos, una fama singular, y no me atrevería a solicitar una alianza y sería vano que esperase mezclar mis [3] males con tu bienestar. Y esos hechos que parece que te pueden coartar, tu rabia contra Tigranes por la reciente guerra y la escasa prosperidad de mi fortuna, si quisieras valorarlos [4] con realismo, te servirán del mayor acicate. En efecto, aquél, pues tiene dependencia tuya, aceptará la alianza en las condiciones que tú quieras ofrecérsela, y a mí la suerte, después de haberme quitado muchas cosas, me ha dado la capacidad de aconsejar bien y, aunque no me hallo muy boyante, brindo un ejemplo (cosa que es de desear para los que están en buena situación) con el objeto de que arregles mejor tus asuntos.

[5] Pues los romanos tienen uno y el mismo antiguo motivo para guerrear con todas las naciones, pueblos y reyes: el deseo insaciable de mando y de riquezas. Por él

emprendieron primero la guerra con el rey de los macedonios, Filipo, simulando amistad en tanto se veían acosados por los cartagineses. [6] Cuando Antíoco acudió en ayuda de éste, lo apartaron fraudulentamente con la promesa de concesiones en Asia, y luego, derrotado Filipo, Antíoco se vio despojado de todo el territorio a este lado del Tauro y de diez mil talentos. [7] Luego tocó el turno a Perseo, hijo de Filipo, al que después de muchos y variados combates lo aceptaron en su lealtad delante de los dioses de Samotracia⁶⁶, y ellos, astutos inventores de traiciones, como le habían concedido la vida mediante pacto, lo mataron a fuerza de no de dejarlo dormir. [8] En cuanto a Éumenes, cuya amistad airean jactanciosamente, al comienzo lo entregaron a Antíoco como precio de la paz; luego, tras tenerlo como guardián del territorio sometido, a base de exacciones y calumnias lo convirtieron de rey en el más desgraciado de los esclavos, y aprovechando un falso testamento sacrílego, al hijo suyo, Aristonico, como había reclamado el reino de su padre⁶⁷, lo llevaron en la pompa triunfal como si fuese un enemigo, y por su lado ellos se apoderaron de Asia. Por último, a la muerte de Nicomedes, [9] saquearon Bitinia, siendo así que no existían dudas de que había un hijo suyo nacido de Nisa, a la que él había llamado reina.

Pues, ¿para qué nombrarme a mí? Separado por todos [10] lados de su imperio con reinos y tetrarquías, como se corrió el rumor de que era rico y de que no aceptaría la esclavitud, me provocaron a la guerra a través de Nicomedes, pero yo estaba al tanto de la criminal actitud de ellos y predije lo que iba a pasar después a los cretenses, que eran los únicos libres en aquel tiempo⁶⁸, y al rey Ptolomeo. Y yo, en venganza de esta afrenta, eché de Bitinia a Nicomedes y recuperé el Asia, despojo del rey Antíoco, y quité a Grecia una [11] pesada servidumbre. Arquelao, el último de los esclavos, [12] impidió mis planes entregando el ejército⁶⁹. Y aquellos a los que apartó de las armas la cobardía o el cálculo equivocado de hallarse protegidos con mis esfuerzos, pagan un castigo severísimo: Ptolomeo demorando día a día la guerra a costa de dinero; los cretenses, atacados ya una vez, y no habiendo de esperar otro fin sino con su propia destrucción. Yo, por [13] mi parte, al comprender que a causa de sus males internos se habían aplazado los combates y no que me hubiesen concedido la paz, ante la negativa de Tigranes, que aprueba mis palabras tarde, y estando tú retirado bien lejos, y todos los demás en dependencia de ellos, he recommenzado pese a todo la guerra, y he batido en Calquedón al general romano Marco Cota y en el mar lo he privado de una excelente escuadra. [14] En la vecindad de Cízico me faltó trigo mientras me detenía en el asedio con un gran ejército, y nadie de los alrededores me prestó ayuda; simultáneamente, el mal tiempo me impedía recurrir al mar. De este modo, al intentar regresar al reino de mi padre sin que el enemigo me hostigara, perdí en un naufragio cerca de Pario y de Heraclea a mis mejores solda[15] dos junto con la escuadra. Reorganizado luego el ejército en Cabira, y tras algunos combates entre mí y Luculo con diverso resultado, de nuevo nos asaltó a ambos la falta de recursos. Él disponía del reino de Ariobarzanes, al que no había afectado la guerra, yo, viendo a mi alrededor todos los lugares devastados, me retiré a Armenia; y los romanos, siguiendo, no a mí, sino su hábito de destruir todos

los reinos, al haber impedido luchar por lo estrecho de los parajes a una muchedumbre, hacen gala de una victoria con lo que no es más que una imprudencia de Tigranes⁷⁰.

[16] Ahora, por favor, considera si cuando nos aplasten a nosotros crees tú que serás más fuerte para resistir, o si habrá un final para la guerra. Sé que tú tienes grandes recursos en hombres, armas y oro; y por esa razón yo te pido que entres en alianza conmigo y ellos te buscan como botín. Por lo demás, el plan, intacto el reino de Tigranes y siendo mis soldados expertos guerreros, consiste en liquidar la guerra lejos de nuestro país a base de poco esfuerzo y sólo a costa de nuestros pellejos, siendo así que no podemos vencer ni ser vencidos sin que tú corras riesgo. ¿Acaso ignoras que los romanos, [17] desde que, al avanzar hacia Occidente, les puso coto el Océano, han dirigido sus armas hacia aquí y que desde el comienzo no poseen nada que no sea robado, casa, esposas, campos, imperio? ¿Ignoras que, gente de aluvión antaño, sin patria ni padres, fundaron una ciudad para azote del mundo entero, a la que ni lo humano ni lo divino les impide devastar o destruir a aliados, amigos, vecinos o lejanos, débiles o poderosos, y que todo lo que no es esclavo suyo, y en especial los reinos, lo consideran enemigo? Pues unos pocos quieren [18] la libertad, la mayor parte de la gente prefiere amos legales: nosotros somos sospechosos, porque somos rivales, y en el futuro seremos sus vengadores. Pero tú, que posees a [19] Seleucía, la más grande de las ciudades, y el reino de Persia con sus célebres riquezas, ¿qué esperas de ellos sino el engaño por el momento y para después de la guerra? Los romanos [20] tienen armas para todo el mundo, y las más afiladas para aquéllos que al ser vencidos constituyen los mayores despojos. Se han hecho grandes a fuerza de osadía y de mentiras y de encadenar guerra tras guerra. Con este proceder, o destruirán [21] todo o sucumbirán, cosa que no es difícil, si tú en Mesopotamia y yo en Armenia copamos su ejército, que no tiene vituallas, ni cuenta con refuerzos, y que aún está en pie por azar o por nuestros fallos. Y la fama que ha de acompañarte [22] será la de que, poniéndote en camino para ayudar a grandes reyes, has aplastado a los forajidos de los pueblos. A que eso hagas te animo y reconvengo, y a que no prefieras [23] demorar tu perdición con nuestra perdición a salir vencedor con nuestra alianza.»

⁶⁵ Esta carta no es reelaboración de un documento auténtico sino creación del historiador (K. BÜCHNER, *Sallust*, 3.^a ed., 229: «der Brief ist ganz sal lustische Arbeit»). El tema antirromano en la carta expuesto debe haberse originado en el miedo a los partos que invadía a Roma hacia la época de la redacción de la carta (35 a. C.); aprovechando ese temor Salustio carga la mano en atacar a sus conciudadanos y también la rivalidad de los generales romanos. En general, parece que Salustio comparte las críticas a una expansión imperialística guiada sólo por la *cupido imperii et diuitiarum*.

⁶⁶ Después de la derrota de Pidna (168 a. C.) Perseo se refugió en el templo de los cabirios en la isla de Samotracia. Los cabirios eran los sacerdotes de aquellos altares, que

rechazaban el perjurio.

⁶⁷ Además de negar la autenticidad del testamento de Átalo III a favor del pueblo romano, Mitridates exalta a Aristonico, hijo de Éumenes II, que se atrevió a reclamar el reino de Pérgamo.

⁶⁸ En realidad, Creta fue sometida en el 67; la carta debe aludir a la reanudación de las hostilidades por parte romana en el 69.

⁶⁹ Arquelao era un general de Mitridates, al que derrotó Sila en Queronea y Orcómeno; fue acusado de traición después de la paz de Dárdano con los romanos (año 85).

⁷⁰ Mitridates atribuye el desastre de Tigranocertas a las estrecheces del lugar y a la imprudencia temeraria de Tigranes.

PSEUDO-SALUSTIO

**CARTAS A CÉSAR ANCIANO SOBRE ASUNTOS DE
ESTADO**

I

Antes se consideraba verdad que la fortuna da como regalo [1] los reinos e imperios, así como las demás cosas que los hombres ansian con codicia, no sólo porque frecuentemente esas cosas se hallaban en gente que no las merecía, otorgadas como por capricho, sino porque en ninguno habían permanecido sin corromperse. Pero la realidad ha demostrado [2] que es verdad lo que afirma Apio¹ en sus poemas, que cada cual es artífice de su suerte, y ello en ti principalmente, que has aventajado tanto a los demás que antes se cansan los hombres de elogiar tus actos que tú de hacer cosas dignas de alabanza. Por lo demás, lo que el mérito ha logrado, [3] igual que lo materialmente construido, debe conservarse con enorme diligencia, para que no se estropee por la incuria o se derrumbe falto de nervio. Pues nadie cede el poder a [4] otro voluntariamente, y aunque sea bueno y clemente, no obstante, quien más puede, como está en condiciones de ser malo, es temido. Acontece ello porque la mayoría de los [5] que tienen poder de decisión adoptan medidas equivocadas y se creen tanto más protegidos cuanto peores son aquellos [6] a los que mandan². Mas por el contrario procede que te esfuerces, siendo como eres tú bueno y pundonoroso, por mandar a los mejores, pues los que son peores aceptan a duras penas a su gobernante.

[7] Mas esto de administrar lo que has logrado por las armas es para ti más espinoso que para todos los que te precedieron, porque has llevado la guerra con más clemencia [8] que otros la paz. Amén de esto, los vencedores reclaman su lote y los vencidos son conciudadanos nuestros. En medio de estas dificultades has de salir adelante tú y apuntalar el Estado para el futuro no sólo con las armas ni frente a los enemigos, sino, lo que es mucho más difícil, con las buenas [9] mañas de la paz. En consecuencia, la situación convoca a todo el mundo, con gran sabiduría o con poca, a que manifieste lo mejor que cada uno puede. Y a mí me parece la cosa como sigue: de la manera que tú organices la victoria, así será todo después.

[2] Pero, en fin, para que tomes decisiones mejor y más fácilmente, escucha brevemente lo que mi ánimo me dicta.

[2] Hiciste una guerra, oh generalísimo, con un hombre ilustre³, de grandes riquezas, ávido de poder, con más suerte que talento, a quien siguieron unos pocos que eran enemigos tuyos sin razón de su parte, así como otros a quienes [3] arrastró el parentesco u otro lazo de unión. Pues copartícipe de su poderío ni hubo ninguno ni, si él lo hubiese podido admitir, el mundo se hubiera visto sacudido con la guerra. [4] El resto de la muchedumbre le siguió, llevada por el hábito de la masa más que por juicio, y luego uno siguió al otro [5] por considerar al anterior más espabilado. Por la misma época, unos individuos atraídos a la esperanza de dar un golpe de estado⁴, gracias a las calumnias de gente desordenada, para los cuales todo estaba manchado de oprobio y de frivolidad, salieron corriendo hacia tu campamento, amenazando abiertamente a la gente pacífica con la muerte, con el saqueo y con todo lo que gustaba a su corrupto espíritu. De [6]

ellos una gran parte, al observar que ni se les perdonaban sus deudas ni tú tratas a los ciudadanos igual que a enemigos, se esfumaron y permanecieron unos pocos para los que iba a ser mayor la tranquilidad en tu campamento que en Roma: tan gran cantidad de acreedores pesaba sobre ellos. Mas por las mismas causas cuesta trabajo decir qué importantes [7] hombres y cuán numerosos se fueron posteriormente con Pompeyo, del cual los deudores hicieron uso durante toda la duración de la guerra como si de un santuario sagrado se tratase.

En consecuencia, puesto que eres tú, el vencedor, quien [3] ha de tomar medidas sobre la guerra y la paz, a fin de liquidar aquélla con responsabilidad política y de que ésta sea lo más justa y duradera posible, en primer término somete a tu consideración qué es lo mejor que has de hacer por ti mismo, que has de poner orden en estos asuntos. Yo por mi parte [2] considero todos los mandatos crueles, más que duraderos, malvados, y que nadie inspira temor a la multitud sin que el temor desde la multitud caiga a su vez sobre él; una vida así es estar en sempiterna e incierta guerra, puesto que no estás a salvo ni por delante ni por detrás ni por los flancos, y siempre has de estar en riesgo y con miedo. Por el contrario, [3] quienes atemperan su poder con la bondad y la clemencia, éstos ven todo dichoso y refulgente, e incluso los enemigos son con ellos más justos que sus conciudadanos con otros. [4] Tal vez algunos irán proclamando que con estas palabras yo soy un destructor de tu victoria y hago uso de excesiva buena voluntad para con los vencidos. Lógicamente, porque entiendo que lo que nosotros y nuestros abuelos han otorgado a los pueblos extranjeros, que por naturaleza son enemigos nuestros, debemos otorgarlo nosotros a nuestros conciudadanos y no hacer expiar, en bárbaro rito, muerte con muerte y sangre con sangre.

[4] ¿Acaso nos ha invadido el olvido de lo que poco antes de la actual guerra se echaba en cara a Gneo Pompeyo y a la victoria de Sila, el asesinato de Domicio, Carbón, Bruto, así como otros desarmados y muertos, no en combate, según el derecho de guerra, sino posteriormente, haciendo gala del mayor de los crímenes cuando se mostraban suplicantes, y el degüello de la plebe romana en el campo de Marte a manera [2] de ovejas⁵? ¡Ay, cuán brutales y crueles eran antes de la victoria que tú has logrado aquellas muertes secretas y repentinos asesinatos de ciudadanos, aquella huida de mujeres y niños a refugiarse con padres e hijos, el saqueo de las [3] casas! A lo cual te exhortan ellos mismos: por lo visto la lucha ha sido para ver al arbitrio de cuál de los dos se hacen las canalladas, pues a su juicio tú no has recuperado el Estado sino que lo has conquistado, y por ese motivo, al terminar el servicio, tus soldados, los mejores y más antiguos de todos, atacaron con las armas a sus hermanos y a sus padres [otros, a sus hijos], para que a costa de males ajenos los peores de los mortales encontrasen dinero para su estómago y sus insaciables placeres, y fuesen la vergüenza de la victoria, manchando con sus infamias la gloria de las personas honestas. Pues tampoco creo que se te oculte con qué principios [4] y moderación se han conducido todos y cada uno de éstos cuando aún la victoria era dudosa, y de qué manera se han entregado a rameras y festines durante la administración de la guerra algunos, cuya edad ni siquiera en paz podría entregarse a tales placeres sin deshonor.

Sobre la guerra ya hemos hablado bastante. Sobre la [5] consolidación de la paz, puesto que tú y todos los tuyos andáis cavilando, te pido que consideres en primer lugar, por favor, qué es eso sobre lo que reflexionas. De ese modo, definidos el bien y el mal, te encaminarás a la verdad por un camino libre. Mi opinión es la siguiente: puesto que todo lo [2] que nace perece, en el momento en que se presente el destino de perdición para la ciudad de Roma, trabarán combate ciudadanos con ciudadanos y de ese modo, agotados y exangües, serán presa de un rey o nación extranjera⁶. Si no es así, ni el mundo entero ni todos los pueblos confabulados son capaces de conmover o abatir este imperio. Por lo tanto, [3] hay que robustecer los bienes de la concordia y expulsar los males de la discordia. Eso será así si suprimes la posibilidad [4] de gastos y rapiñas, no restableciendo las viejas costumbres, que ha tiempo, con la corrupción de la moral, son objeto de ludibrio, sino estableciendo tú como límite para sus gastos a cada uno su propio patrimonio familiar. Puesto [5] que se ha impuesto la costumbre de que la gente joven considere lo más bonito del mundo gastarse lo propio y lo ajeno y no negar nada a sus caprichos y a las demandas de los demás, y entienden que eso es la virtud y grandeza espiritual, en tanto la vergüenza y la humildad la tienen por apocamiento. Por consiguiente, ensoberbecido el ánimo, echa por [6] el camino errado, y al no encontrar lo habitual se lanza enfurecido contra los aliados o bien contra los ciudadanos, perturba el orden establecido y †trueca† lo viejo por lo nuevo. [7] Por lo tanto, hay que suprimir para el futuro al usurero, a fin de que cada cual de nosotros nos ocupemos de nuestros [8] asuntos⁷. Este es el verdadero y más sencillo camino, desempeñar el cargo en aras del pueblo, no del acreedor, y manifestar la grandeza de espíritu a fuerza de añadir a la cosa pública, no a fuerza de quitarle.

[6] Y yo sé cuán difícil ha de ser esta actitud en principio, en especial para quienes creían que con la victoria se iban a encontrar más a sus anchas y libremente que con más restricciones. Si atiendes más a su salud que a sus caprichos, a todos nos instalarás en una paz firme, a ellos, a nosotros y [2] a los aliados. Mas si la juventud sigue teniendo esos mismos afanes y comportamientos, seguro que esa fama tuya singular sucumbirá en breve junto con la ciudad de Roma. En fin, los sensatos hacen la guerra por mor de la paz y soportan la [3] fatiga con la esperanza de la tranquilidad. Si no robusteces aquella paz, ¿de qué importa vencer o ser vencido? Por ello, encárgate, te lo ruego, del Estado y remonta como sueles todas las dificultades. Porque o tú puedes poner el remedio [4] o el cuidado de todos será ocioso. Y nadie te incita a practicar crueles castigos o juicios dolorosos, con los que la ciudad es diezmada más que corregida, sino a que apartes a la juventud de las costumbres depravadas y los malos placeres. [5] Esta será la verdadera clemencia: tomar medidas para que los ciudadanos no sean exiliados con razón de la patria, mantenerlos apartados de la imbecilidad y falsos placeres, apuntalar la paz y la concordia, y no si, por seguir la corriente a sus desvergüenzas y tolerar sus delitos, les concedes un gozo presente que lleva aparejada su desgracia inmediata.

Y yo tengo un espíritu extraordinariamente confiado en [7] aquellas cosas por las que otros sienten temor: en la magnitud de la empresa y en el hecho de que tienes que encauzarlo todo a un tiempo, la tierra y el mar. Y es que un talento tan grande no sería

capaz de dedicarse a asuntos pequeños, y el precio de una gran preocupación es grande. En consecuencia, [2] procede que tomes medidas para que la plebe, corrompida por las dádivas y el trigo del Estado⁸, tenga sus propias ocupaciones con las que mantenerse apartada de hacer mal al procónsul; la juventud debe interesarse por la probidad y la actividad, no por el despilfarro ni las riquezas. Esto será así si eliminas el uso y atractivo⁹ del dinero, que [3] es la mayor de las perdiciones. Pues yo muchas veces, al dar [4] vueltas en mi cabeza a las cosas con las que los hombres esclarecidos hallaron su grandeza y las que auparon a pueblos o naciones con grandes incrementos, y después también a las causas por las que reinos e imperios poderosísimos se vinieron a tierra, siempre topaba con las mismas cosas, positivas y negativas: todos los vencedores habían despreciado las riquezas y los vencidos las habían anhelado. Y de otro modo nadie puede cobrar altura y, siendo mortal, [5] tocar lo divino, excepto dedicándose al espíritu y dejando a un lado los gozos del dinero y del cuerpo, no haciéndose concesiones o dándose gusto para hacerse un flaco favor, sino a fuerza de ejercitarse en la tarea, la resistencia, los buenos preceptos y las nobles acciones.

[8] Pues construir una casa o una villa de recreo, decorarlas con estatuas, cortinajes y otras obras de arte y hacer que todo sea más digno de ver que a uno mismo, esto no es tener las riquezas para ornato propio, sino servir uno mismo de [2] vergüenza para ellas. Asimismo, esos cuya costumbre es cargar la panza dos veces al día, no descansar una sola noche sin ramerías, así que han humillado con la servidumbre su alma, que era la que debía imperar, en vano quieren en el futuro servirse de ella bien ejercitada cuando ya está roma y [3] cojeante. Pues la imprudencia se hunde a sí misma la mayoría de las veces. Pero éstos y todos los males terminarán al mismo tiempo que la idolatría del dinero, si los cargos y demás prebendas que desea la gente dejan de estar a la venta.

[4] Aparte de esto tienes que tomar providencia para ver de qué manera estén más seguras Italia y las provincias, cosa que [5] no es tan difícil de hacer. Pues son los mismos los que destrozan todo, abandonando sus casas y ocupando injustamente [6] las ajenas. Asimismo, que no pase como ahora, que el servicio militar sea injusto y desigual, porque unos sirven treinta años y otros ni uno. Y en cuanto al trigo, que antes era la recompensa de la apatía, convendrá repartirlo por municipios y colonias a aquellos que regresan a casa después de terminar su servicio.

[7] Lo que he considerado necesario al país y glorioso para [8] ti te lo he expuesto lo más brevemente posible. No creo que [9] sea malo que ahora hable un poco sobre mi actuación. La mayoría de la gente tienen o simulan tener bastante cacumen para juzgar; mas a todo el mundo le bulle el deseo de tachar las acciones de los demás o sus palabras, pero apenas se observa una boca abierta o una lengua presta que manifieste lo que ha meditado dentro de su pecho. Yo no me arrepiento de haberme expuesto a su censura, y más me avergonzaría el haber guardado silencio. Pues si caminas por [10] ésta u otra senda mejor, lo cierto es que yo habré hablado y ayudado en la medida de mis fuerzas. Sólo resta desearte que los dioses inmortales den su visto bueno a lo que decidas, y permitan que tenga éxito.

II

Yo sé cuán difícil y espinoso resulta de hacer el dar consejo [1] a un rey o a un general en jefe, y en fin a cualquier mortal que se halla en la cima del poder, porque a ellos les atiende una buena cantidad de asesores, y sobre el futuro nadie es suficientemente sagaz y previsor. Más aún, con [2] frecuencia los malos consejos resultan bien antes que los buenos, porque la mayor parte de los acontecimientos los gobierna a su antojo el azar. Mas yo, cuando era jovencillo, [3] sentía inclinación por meterme en política y puse mucho y gran interés en trabar conocimiento con la misma, no sólo para lograr un cargo público, que muchos habían alcanzado con las malas artes, sino también por llegar a conocer a fondo al Estado de puertas adentro y en el mundo de la guerra, y la fuerza de que disponía en armas, hombres y recursos. De modo que mientras daba una y otra vez vueltas a esto en [4] mi interior tomé la decisión de considerar mi reputación y modestia por detrás de tu categoría y poner a prueba cualquier cosa que se terciara, si con ello se derivaba alguna gloria para ti. Y esta mi determinación no la tomé a lo loco, [5] ni guiándome por tu suerte, sino porque descubrí en ti una cualidad única y singularmente admirable por encima de las demás, a saber, que tu presencia de ánimo era siempre mayor en ti en medio de las circunstancias adversas que en [6] medio de las favorables. Y entre los demás hombres es harto celebrada aquella cualidad tuya: que antes se cansan ellos de alabar y de admirar tu munificencia que tú de hacer lo que resulte digno de gloria.

[2] Por mi parte, estoy plenamente convencido de que no se puede hallar nada tan profundo que no esté al alcance de ti, [2] si piensas en ello. Y estas opiniones sobre el Estado que he escrito no han sido porque haya considerado que mi capacidad de reflexión y cacumen sean más grandes que lo normal, sino que he pensado que en medio de las fatigas de la guerra, en medio de los combates, victorias y ejercicio del mando, era procedente darte unos consejos sobre los asuntos [3] de la ciudad¹⁰. Porque si los planes que albergas en tu pecho son sólo ponerte a salvo del ataque de tus enemigos y ver la manera de conservar el fervor popular frente al cónsul adversario tuyo¹¹, meditas cosas impropias de tu valor. Mas si en ti está aquel espíritu que desarboló en su mismo comienzo al partido de la nobleza, que restituyó a la libertad a la plebe romana sacándola de una grave esclavitud, que durante la pretura dispersó desarmado las armas de los enemigos, que realizó tan grandes y preclaras acciones en paz y en guerra que ni siquiera los enemigos personales tuyos se atreven a lamentarse excepto de tu grandeza, entonces escucha lo que te voy a decir sobre la política en general. Sin duda hallarás que es verdad lo que te digo, o al menos que no anda lejos de la verdad.

[3] Mas puesto que Gneo Pompeyo, bien por maldad de espíritu, bien porque no optaba por nada mejor que por aquello que te hiciese daño a ti, cayó tan bajo que puso en manos de los enemigos las armas con las que trastocó el Estado, con esas mismas has de restaurarlo tú¹². Antes que nada entregó [2] a unos pocos senadores la facultad de legislar sobre los tributos, gastos y juicios, y dejó a la plebe romana, cuyo poder era

anteriormente máximo, en la esclavitud, con leyes ni siquiera equitativas. Los tribunales, aunque como antes [3] están en manos de las tres clases¹³, no obstante, aquellos mismos intrigantes son los que dirigen, dan, quitan lo que les viene en gana, condenan a los inocentes, y a los suyos los aúpan en los honores. No hay crimen, infamia o deshonor [4] que les impida hacerse con las magistraturas; a quienes les interesa atropellan¹⁴ y saquean; en fin, como si se tratase de ciudad conquistada, usan su capricho y libertinaje como si fuesen leyes. No pasaría de mediana la rabia que me angustiase [5] a mí, si hubiesen conseguido una victoria a fuerza de valor y luego, a su estilo, la explotasen para esclavizar a los demás. Pero es que son unos individuos totalmente cobardes, [6] cuya fuerza y valor todos residen en la lengua, quienes manejan insolentemente un dominio que les ha brindado el azar y la falta de temple de otro. Pues, ¿qué sedición o disensión civil ha arrancado de cuajo a tantas y tan ilustres familias? Y también, ¿quiénes tuvieron jamás en una victoria un espíritu tan desenfrenado y tan salido de tono?

[4] Lucio Sila, a quien por ley de guerra todo le estuvo permitido en su victoria, aunque comprendía que su partido se robustecía eliminando a sus enemigos, no obstante, tras liquidar a unos pocos, prefirió retener a los demás antes por [2] las buenas que por el miedo. En cambio, voto a Hércules, Marco Catón, Lucio Domicio y los demás de ese grupo mismo, han sacrificado como a víctimas a cuarenta senadores¹⁵ y, además, a muchos jóvenes de brillante porvenir; y, mientras tanto, esa ralea indeseable de individuos no ha podido quedar satisfecha con la sangre de tantos ciudadanos desgraciados. Ni los hijos huérfanos, ni los padres de avanzada edad, ni el dolor y gemidos de hombres ni mujeres han hecho doblegar el bárbaro espíritu de esos sujetos para que dejen de hacer mal y calumniar cada día con más crueldad, y de privar a los unos de su categoría, a los otros de su ciudadanía. [3] Pues ¿qué voy a decir de ti? Con tal de hacerte daño, esos hombres tan cobardes querrían dar su propia vida, si ello fuera posible. El dominio que ejercen, aunque les ha llegado sin que lo esperasen, no les produce tanto placer como tristeza tu excelencia; como que preferirían poner en riesgo su libertad para causar tu desgracia a ver que gracias a ti el imperio del pueblo romano se hace el mayor, de [4] grande que ya era. Por ello, con tanta más razón has de considerar en tu alma de qué manera puedes apuntalar y robustecer [5] la situación. Yo por mi parte no dudaré en exponer lo que mi pensamiento me sugiere. Por lo demás, a tu manera de ser corresponde aprobar lo que consideres verdadero y útil de hacer.

[5] Yo entiendo que la ciudad, conforme a la enseñanza recibida de nuestros mayores, se dividía en dos partes, patricios y plebe. Con anterioridad, la suma autoridad residía en los patricios, pero en la plebe había una fuerza con mucho mayor. En consecuencia, se producía en la ciudad más frecuentemente [2] la secesión y siempre se veían disminuidas las fuerzas de la nobleza y ensanchado el derecho del pueblo. Mas la plebe actuaba libremente por la razón de que nadie [3] tenía un poder por encima de las leyes y el noble aventajaba al que no lo era, no por riquezas y altivez, sino por su buena reputación y sus valientes actos. Los más humildes en los campos o en el ejército no carecían de ninguna cosa honrosa, y con ello tenían suficiente para sí y para la patria. Pero [4] cuando éstos fueron echados poco a poco de los campos, y la indolencia y la

penuria los obligaron a no tener residencia estable, empezaron a apetecer los bienes de otros y a poner en venta su propia libertad junto con la república. De este [5] modo, el pueblo, que era el amo y ejercía su mando sobre todos los pueblos, se dispersó, y, en sustitución del imperio común, cada cual particularmente se forjó la esclavitud. De [6] modo que esta muchedumbre, que a lo primero se imbuyó de malas costumbres y luego se fraccionó en actitudes y vidas diferentes sin cohesión ninguna entre sí, a mí se me antoja desde luego poco adecuada para coger el timón del Estado. Por lo demás, al agregarse nuevos ciudadanos, abrigo [7] una gran esperanza de que todos despierten al grito de libertad¹⁶, puesto que en aquéllos nacerá la preocupación de conservar la libertad, en éstos, de eliminar la esclavitud. Mi [8] opinión es que debes establecer en colonias a estos nuevos, mezclándolos con los antiguos; de esa manera, la fuerza militar será más sólida, y la plebe, entretenida en menesteres honrosos, dejará de causar males al Estado.

[6] Mas no dejo de saber ni intuir qué enojo y qué tempestades se han de provocar entre los hombres nobles al emprender esta tarea, cuando digan indignados que todo se está revolviendo de arriba abajo, que a ciudadanos antiguos se les impone esta esclavitud, que, en fin, se va a crear un reino de lo que fue una ciudad libre, cuando por don de uno [2] solo alcance la ciudadanía una muchedumbre ingente. Por mi parte, yo admito en mi fuero interno lo siguiente: comete una mala acción quien se granjea el favor para sí con el perjuicio del Estado: ahora bien, cuando el bien público resulta útil también desde el punto de vista particular, ciertamente, dudar en acometer esa tarea lo considero señal de [3] desidia y cobardía. La actitud de Marco Druso¹⁷ durante su tribunado fue siempre apoyar con todas sus fuerzas a la nobleza y en principio no aspiraba a hacer nada si no contaba [4] con el visto bueno de aquéllos. Mas estos individuos intrigantes, para quienes el engaño y la mala fe eran preferibles a la lealtad, cuando comprendieron que por medio de un solo sujeto se concedía el más grande beneficio a muchas personas, conscientes como eran, lógicamente, de que cada uno de ellos tenía un alma perversa y desleal, juzgaron a [5] Marco Druso con la opinión que tenían de sí mismos. En consecuencia, por temor a que, con tan gran simpatía popular, se hiciese él solo con el poder, se esforzaron contra ella, [6] desbaratando sus planes propios y los del otro. Por esta razón, mi generalísimo, tienes que agenciarte con más cuidado amigos leales y abundantes protecciones.

[7] Neutralizar a un enemigo que da la cara no es difícil para un hombre valiente; en cambio, crear o evitar peligros secretos no está al alcance de la gente honrada. Así que, cuando [2] introduzcas a aquéllos en el derecho de ciudadanía, dado que la plebe quedará renovada, aguza el ingenio sobre todo en una cosa, en que se practiquen las buenas costumbres y se refuerce la concordia entre los antiguos y los nuevos. Pero [3] el mayor bien, con mucho, que puedes idear para la patria, los ciudadanos, padres e hijos y, en fin, para la humanidad lo obtendrás si suprimes el amor al dinero o, en la medida que la situación consienta, lo rebajas. Si no es así, es imposible gobernar ni asunto privado ni público, ni en paz o en guerra. Pues cuando entra la pasión del dinero, ni la disciplina [4] ni las buenas mañas ni talento alguno son capaces de impedir que más pronto o más

tarde, pero alguna vez sin duda, sucumba el espíritu. Más de una vez he oído de reyes, [5] ciudades y naciones que perdieron sus grandes imperios en medio de la opulencia, habiéndolos conquistado con arrojo siendo pobres. No hay por qué extrañarse en absoluto de [6] esto. Pues cuando un hombre honrado ve a otro peor que él más ilustre y más considerado gracias a las riquezas, primero se indigna y da vueltas a muchas cosas dentro de su pecho; pero cuando la gloria supera al honor y la opulencia cada día más al mérito, el espíritu desfallece, abandonando la rectitud para caer en el placer. Pues el esfuerzo se nutre [7] de la gloria y, cuando suprimes ésta, la virtud a palo seco es amarga y desagradable. Por último, cuando se considera [8] preclara la riqueza, al instante todos los bienes resultan despreciables, la lealtad, la probidad, el pudor, la vergüenza. Pues el camino a la virtud es uno solo y arduo, al dinero cada [9] cual se encamina por donde le viene en gana; el dinero se consigue por las buenas o por las malas.

De modo que suprime en primer término el prestigio del [10] dinero. Y que nadie tenga mayor o menor capacidad de decisión sobre cuestión de vida o de honor conforme a sus riquezas, y, de la misma manera, que no se elija pretor ni [11] cónsul por su opulencia sino por su categoría. Mas sobre una magistratura se emite fácilmente el juicio del pueblo: dar el visto bueno a los jueces por parte de unos pocos se llama despotismo, seleccionarlos por su dinero es deshonesto. De ahí que mi opinión sea que juzguen todos los de la primera clase, pero en número mayor que los jueces actuales¹⁸. [12] Jamás se arrepintieron los rodios ni otras ciudades de sus juicios; allí, rico y pobre, indistintamente, y según el azar los elige, disputan sobre asuntos de importancia igual que sobre asuntos nimios.

[8] Pero para la elección de magistrados no se me antoja a mí disparatada ciertamente la ley que había promulgado Gayo Graco durante su tribunado, a saber, citar a las centurias [2] por sorteo después de mezclar las cinco clases¹⁹. De este modo se igualan en dignidad y dinero, y, el uno se dará prisa en aventajar al otro en mérito.

[3] Estos son los grandes remedios que establezco yo contra las riquezas. Pues todas las cosas se elogian y se apetecen en la medida misma de la utilidad de esas cosas. La maldad se promueve con recompensas; si suprimes éstas, nadie en [4] el mundo será malo gratis. Por lo demás, la avaricia es una bestia salvaje, descomunal y que no debe permitirse; allí donde va, devasta plazas fuertes, campos, templos y casas, mezcla lo divino con lo humano, y no hay ejércitos ni murallas que le impidan penetrar con su propia fuerza; a todos los hombres despoja de su fama, su pudor, sus hijos, su patria y sus padres. Mas si sustrajeras el fulgor del dinero, con [5] las buenas costumbres fácilmente será vencida aquella gran fuerza que es la avaricia.

Y aunque todo el mundo, ecuaníme y parcial, reconoce [6] que las cosas son como he dicho, no obstante, no será chica la pelea que tendrás que reñir con el partido de la nobleza. Si te defiendes de sus trampas, todo lo demás te vendrá rodado. Pues éstos, si tuvieran suficiente mérito, serían más [7] bien émulos de la gente honrada, y no envidiosos de ellos. Como se han apoderado de ellos la desidia, la desgana, la imbecilidad y la pereza, refunfuñan, despotrican y estiman que la buena fama de los demás constituye su deshonor.

Pero, ¿para qué voy a hablar más como si lo estuviera [9] haciendo sobre personas desconocidas? ¿La fortaleza y la fuerza espiritual de Marco Bíbulo²⁰ lo han encaramado al consulado? Torpe de lengua, un carácter más perverso que astuto, ¿a qué se puede atrever ese individuo, para quien el consulado, suprema magistratura, fue la mayor de las deshonras? ¿Acaso es grande la fuerza de Lucio Domicio²¹, ningún [2] miembro del cual está libre de deshonra o crimen? Falso de lengua, sus manos están ensangrentadas, sus pies prestos a escapar, y lo que no se puede nombrar honestamente es lo más deshonesto de él. Únicamente no desprecio la personalidad [3] de Marco Catón, versátil, hábil de palabra, astuto. Estas cualidades se adquieren mediante la frecuentación de los griegos; mas entre los griegos no hay valor, tenacidad, esfuerzo; pues quienes perdieron en paz su propia libertad gracias a su indolencia, ¿crees que se puede gobernar un [4] imperio siguiendo sus preceptos? Los demás del partido son nobles que no valen nada, en los cuales, como en los epitafios, no hay nada que añadir, fuera del buen nombre. Los Lucios Postumios, los Marcos Favonios se me antojan a mí que son como la carga adicional de un gran navio: caso de llegar sin daño, se aprovecha, pero tan pronto como surge un imprevisto, es lo primero que se arroja, porque tiene escasisimo valor.

[10] Ahora, puesto que, según me parece, he hablado bastante de la renovación y corrección de la plebe, hablaré de lo [2] que me parece que tienes que hacer respecto al senado. Tan pronto como llegué a la edad adulta y maduró mi mente, no ejercité mi cuerpo precisamente en las armas y los caballos, [3] sino que apliqué mi cabeza a las letras. Lo que tenía más firme por naturaleza lo puse a la tarea. Y, leyendo y oyendo mucho en esa clase de vida, yo averigüé que todos los reinos, así como ciudades y naciones, tuvieron un imperio próspero justo mientras estuvieron en vigor entre ellos los principios auténticos. Dondequiera que el favoritismo, el temor y los placeres estropearon aquéllos, al instante disminuyeron las fuerzas, luego, se perdió el poder, y a la postre [4] se impuso la esclavitud. Yo por mi parte opino en mi fuero interno del siguiente modo: quienquiera que ocupa en su ciudad un puesto más importante y distinguido que otros [5] tiene una gran responsabilidad con el Estado. Pues los demás sólo se aseguran la libertad, si se salva la ciudad. Quienes por su mérito han logrado riquezas, honra y honores, tan pronto como la cosa pública se tambalea un milímetro y comienza a agitarse, se fatigan en su espíritu con múltiples preocupaciones y sinsabores; se pone a defender o la gloria o la libertad o el patrimonio familiar, se presenta en todas partes, se apresura; cuanto más floreciente estuvo en los buenos tiempos, tanto más desagradablemente y con mayor angustia se debate en los difíciles. Así que cuando la plebe [6] obedece al senado como el cuerpo al alma y sigue sus determinaciones, procede que los patricios muestren su superioridad en tomar medidas, y la habilidad política resulta baldía en el pueblo. De este modo, nuestros antepasados, [7] cuando se veían agobiados por guerras endiabladas y habían perdido caballos, hombres y dinero, jamás se cansaron de pelear con las armas por el imperio; ni la penuria del erario, ni la fuerza del enemigo, ni la adversa situación domeñaron los enormes ánimos de aquéllos, sino que conservaron con sus vidas lo que habían conquistado con su arrojo. Y ello lo [8] habían logrado más con valientes decisiones que con buenos combates; y es que para ellos sólo había una república y

todos velaban por ella, los grupos se creaban contra el enemigo, y cada uno ejercitaba el cuerpo y el alma en el bien de la patria, no en favor de su poder. En nuestros tiempos, [9] en cambio, contrariamente a esto, los hombres de la nobleza, a quienes han invadido la indolencia y la pereza, ignorantes del esfuerzo, del enemigo y de la guerra, armándose en casa con sus grupos de presión, imponen su dominio a todo el mundo llenos de arrogancia.

En consecuencia, los senadores, por cuyo consejo se [11] mantenía estable anteriormente la república en caso de peligro, mediatizados por el capricho ajeno, se agitan indecisos hacia aquí y hacia allá. Unas veces decretan unas cosas, otras veces, otras: según marca la inquina o el favoritismo de quienes actúan de caciques, así entienden qué es bueno o malo para el Estado. Conque si, o bien la libertad de todos [2] fuese igual, o bien el voto fuese más secreto, el Estado disfrutaría de mayores medios, y la nobleza sería menos influyente. Pero puesto que es difícil igualar la influencia de todos, [3] ya que a ellos el esfuerzo de sus abuelos les dejó en herencia la gloria, la categoría y las clientelas, y el resto de la gente es en su mayoría de reciente implantación, libra del miedo los votos de esta gente; de ese modo, cada cual mostrará en secreto preferencia por su interés y no por el poder [4] de otro. La libertad es igualmente deseable para los buenos y los malos, los valientes y los cobardes. Pero la mayoría la abandonan por miedo. ¡Valiente idiotez la de esos hombres que por apatía, aceptan contra sí mismos, dándose por vencidos, un final que en la lucha no es seguro!

[5] De modo que, a mi juicio, el senado se puede consolidar con dos medidas: si se aumenta su número y se presenta el voto en una tablilla²². La tablilla servirá de parapeto para atreverse a actuar con espíritu más libre; en medio de un gran número hay más protección, y su utilidad será mayor. [6] Pues en estos tiempos, enredados los unos en juicios públicos, los otros en los asuntos particulares propios de sus amigos, no asistieron ciertamente a los consejos de Estado; y no fueron tanto sus ocupaciones las que los entretuvieron como sus arrogantes mandatos. Individuos de la nobleza, junto a unos pocos senadores, a quienes tienen como suplemento de su grupo de presión, hicieron cuanto les vino en gana aprobar, censurar, decretar, y en la forma que les [7] vino en gana. Mas cuando se aumente el número de senadores y se presente el voto en una tablilla, seguro que aquéllos rebajarán sus humos, cuando tengan que obedecer a quienes antes mandaban con toda la crueldad del mundo.

[12] Tal vez, generalísimo, al terminar de leer la carta, echas en falta el número de senadores que me parece bien ha de haber, y de qué manera hay que distribuirlos entre los muchos y variados cometidos; puesto que pienso que los tribunales deben encomendarse a todos los de la primera clase, cuál ha de ser el reparto y qué número ha de haber en cada especie. No hubiera sido difícil para mí describir todo eso [2] en sus diferentes apartados, pero me ha parecido que primero había que tratar sobre el conjunto de la propuesta y demostrarte que es verdad. Si resuelves recurrir a este camino, el resto lo tendrás al alcance de la mano. Yo quiero que mi [3] propuesta sea prudente y de la máxima utilidad; pues en cualquier aspecto en que las cosas te salgan bien, en ese obtendré yo buena fama. Mas a mí me inquieta especialmente [4] la ambición de que se

ayude cuanto antes y del modo que sea al Estado. Tengo a la libertad por más querida que la [5] gloria, y yo te ruego y suplico que, siendo como eres el general más preclaro después de haber sometido al pueblo galo, no permitas que se desintegre por la vejez y por culpa de la dejadez más grande el vasto e invicto imperio del pueblo romano. Por supuesto, si esto ocurriese, ni la noche ni el día [6] calmarán la angustia de tu alma, antes bien, atormentado por el insomnio, acosado por el furor, y enloquecido, te verás arrastrado por tu mente enajenada. Pues yo tengo por [7] verdadero que la vida de todos los mortales es observada por la voluntad divina, y que el bien o el mal que cualquiera hace no son considerados cosas sin valor, sino que, según la ley de la naturaleza, a los buenos y a los malos aguardan recompensas bien diferentes. Entretanto, si acaso eso tarda en [8] llegar, su alma y su conciencia ofrecen a cada uno su esperanza²³.

[13] Porque si la patria y tus padres pudiesen hablar contigo, seguro que te dirían lo siguiente: «Oh, César, nosotros, los más valientes de los hombres, te hemos engendrado en la mejor de las ciudades, como honra y defensa nuestra y terror [2] para el enemigo. Lo que habíamos obtenido con muchas fatigas y peligros, eso te lo hemos dado a ti al nacer junto con la vida, una patria, la más grande de las tierras, una casa y una familia las más preclaras de la patria, y además, buenas cualidades, honrosas riquezas, y, por último, [3] todos los ornatos de la paz y los premios de la guerra. Por estos bienes tan grandes no te pedimos una infamia ni una [4] mala acción, sino que restaures la libertad destruida. Una vez que realices eso, sin duda la fama de tu hombría dará la [5] vuelta por todo el mundo. Pues en estos tiempos, aunque has llevado a cabo preclaros hechos en paz y en guerra, sin embargo tu gloria es igual que la de muchos hombres esforzados. Pero si salvas esta ciudad de nombre tan grande y de imperio tan inmenso del ocaso del que anda ya cerca, ¿quién habrá habido más ilustre que tú, quién, más grande, sobre la [6] tierra? Porque si a este imperio le pasa algo malo a causa de una enfermedad o del destino, ¿quién puede dudar de que en el redondel de la tierra nacerán la devastación, las guerras y los asesinatos? De modo que si te entrase la justa ambición de ser agradecido con tu patria y con tus padres, en el futuro, restaurada la república, vivirás en la gloria por encima de todos los hombres, y tú serás el único cuya muerte será [7] más ilustre que su vida²⁴. Pues a los vivos los lastima a veces la fortuna, y muy a menudo, la envidia: cuando el alma ha cedido a la naturaleza, desaparecidos los detractores, la virtud se eleva más y más por sí misma.»

Lo que a mí se me ha antojado que era más útil hacer y [8] lo que creí que te prestaría más servicio a ti te lo he acabado de escribir lo más brevemente que he podido. Por lo demás, ruego a los dioses inmortales que, de cualquier modo que actúes, tus medidas te den buen resultado a ti y a nuestra patria.

¹ Apio Claudio, censor en 312, cónsul en 307, había escrito un *carmen* de carácter moral con motivos pitagóricos; de las tres sentencias conservadas una es la que se recoge

en esta carta.

² Idéntico pensamiento, desde el punto de vista moral, en SÉNECA, *Sobre la ira* III 36, 4.

³ Pompeyo.

⁴ Es decir, que circulaban voces tendenciosas que atribuían a César el propósito de apoderarse del Estado.

⁵ Estos sucesos tuvieron lugar bastante antes de la guerra civil entre Pompeyo y César: Gneo Domicio Ahenobarbo fue muerto en el 81, Gneo Papirio Carbón en el 82, Marco Junio Bruto en el 77, cerca de Módena; la masacre de la plebe en el Campo de Marte tuvo lugar en el 82.

⁶ Sólo las luchas intestinas asestarán el golpe mortal a Roma, convirtiéndola en fácil presa de poderes extranjeros.

⁷ Se propone la eliminación gradual de la usura mediante medidas que moderen los gastos excesivos.

⁸ Los beneficiarios de estas ayudas estatales eran 320.000, cifra que César redujo a 150.000.

⁹ Algunas reformas de César presentan analogía con el punto de vista anticapitalista sostenido por el escritor.

¹⁰ En la referencia a los asuntos internos de Roma algunos han visto sin fundamento algún tipo de censura a la actitud de César, atento exclusivamente a los asuntos militares.

¹¹ Los que datan la carta en el 50 creen que el cónsul es Gayo Claudio Marcelo; otros piensan en el cónsul del 51, Marco Claudio Marcelo.

¹² Pompeyo llegó a armar a gente que le era hostil; César debe emprender una vasta reforma con los mismos plenos poderes que tuvo Pompeyo.

¹³ Por la *lex iudiciaria Aurelia*, aprobada en el otoño del 70, se disponía que los tribunales estuviesen constituidos con tercios extraídos de: senadores, caballeros y tribunos del erario. Pompeyo dejó su constitución en manos de la oligarquía.

¹⁴ Referencia tal vez a la muerte de Clodio y de un ciudadano de Nuevo Como, ordenada por el cónsul Marco Marcelo.

¹⁵ Sin duda, en sentido metafórico.

¹⁶ A finales de febrero del 49 César concedió el derecho de ciudadanía a los traspadanos, prosiguiendo uno de los puntos programáticos del partido popular desde la época de los Gracos.

¹⁷ Marco Livio Druso, tribuno de la plebe en el 91. Propuso un programa de reformas en el que se incluía la fundación de colonias para los ciudadanos más pobres y la extensión de la ciudadanía a los confederados itálicos.

¹⁸ El autor favorece la extensión del derecho de sentarse en los tribunales a todos los ciudadanos de la primera clase, no sólo a los más ricos, y al mismo tiempo sostiene la necesidad de ampliar los efectivos de los jurados.

¹⁹ De hecho, no se tienen conocimientos precisos sobre el alcance de las leyes de Gayo Graco: tal vez se sorteaban las 320 centurias para votar por ese orden.

²⁰ Marco Calpurnio Bibulo fue cónsul con César en el 59. Tras haber intentado oponerse vanamente a las leyes agrarias propuestas por su colega, después de sentirse amenazado por la multitud, se encerró en casa durante muchos meses y a partir de entonces sólo lanzaba edictos venenosos e ineficaces contra los triúmviros.

²¹ Lucio Domicio Ahenobarbo fue cónsul en el 54; seguidor de Pompeyo durante la guerra civil, fue derrotado en Corfinio.

²² Este escrutinio secreto le ha podido ser sugerido al escritor por la existencia de algunas *leges tabellariae* del período republicano. César no modificó nada en este terreno; por el contrario, aumentó el número de senadores de 600 a 900, con la intención de rebajar su prestigio y autoridad.

²³ Esta concepción religiosa no se corresponde con la tradicional de los romanos, sino que se remonta a la teoría teológica de Platón sobre la existencia de la divinidad protectora de los hombres.

²⁴ Pasaje oscuro. Vretska propone corregir de manera que se entienda algo como que «tu vida será más ilustre que tu muerte». Pasoli entiende que nadie, menos muerto y por ello mayormente objeto de gloria, podrá superar la gloria de César vivo, excepto el propio César después de la muerte. Szantyr traduce el texto cuya versión aparece en nuestra traducción, así: «Y el período después de tu muerte, que será incluso más glorioso que tu vida, te pertenecerá a ti solo.»

DISCURSO-INVECTIVA CONTRA MARCO TULIO CICERÓN

Toleraría mal y con ánimo enconado tus impropiedades, [1] Marco Tulio, si supiese que recurres a esa petulancia en tu sano juicio más que por debilidad mental. Mas, puesto que no percibo en ti ni mesura ni moderación alguna, te responderé, a fin de que, si has recibido algún placer con tus calumnias, lo pierdas al oír hablar mal de ti.

¿Dónde quejarme, a quiénes implorar, padres conscritos, al ver que la república es saqueada y se convierte en botín de los más osados? ¿Ante el pueblo romano? Éste se halla tan corrompido por las dádivas que se tiene a sí mismo y sus fortunas por venales. ¿O delante de vosotros, senadores? Vuestra autoridad sirve de mofa a todos los más desvergonzados y criminales. Dondequiera que (está) Marco Tulio, defiende las leyes, los juicios y el Estado, y marca la pauta en esta asamblea, como si fuese el único vástago restante de la familia de un hombre harto preclaro, Escipión Africano, y no el ciudadano recién hallado, advenedizo y poco ha injertado a la urbe que es.

¿O acaso, Marco Tulio, son desconocidos tus hechos y [2] tus palabras? ¿Es que no has vivido desde tu infancia de manera que no juzgaste nada infamante para tu cuerpo si era del agrado de alguien? ¿Cómo si no hubieras aprendido esa desmesurada elocuencia en casa de Marco Pisón¹ a cambio de perder el pudor! De manera que no hay por qué extrañarse de que la pongas en venta vergonzosamente, si indignamente la adquiriste.

[2] Mas, según creo, el esplendor de tu casa te levanta los ánimos: tu esposa sacrilega e imbuida de perjurios, tu hija, rival de la madre, para ti mismo más grata y obediente de lo que sería justo con un padre. Tu propia casa la has adquirido con extorsión y hurto, y es funesta para ti y los tuyos². Sin duda para recordarnos cómo ha cambiado la situación, cuando tú, el más desvergonzado de los hombres, habitas en [3] la casa que fue de Publio Craso³, varón tan preclaro. Y siendo esto así, no obstante, Cicerón afirma que ha estado en la asamblea de los dioses inmortales y que de allí ha sido enviado como guardián a esta ciudad y a estos ciudadanos⁴ sin nombre de verdugo, él, que convierte el perjuicio de la ciudad en gloria suya. Como si la causa de aquella conjuración no hubiese sido tu propio consulado, y la república no hubiera sido destrozada en aquella época en que te tenía por guardián.

Pero, según creo, más te ensalzan aquellas determinaciones que tomaste respecto del Estado después del consulado, con tu esposa Terencia, cuando realizabais en casa los procesos de la ley Plautia⁵ y condenabas a algunos de los conjurados al destierro y a otros a pagar una multa, cuando el uno te edificaba la villa de Túsculo, el otro la de Pompeya, y un tercero te compraba una casa. En cambio, el que nada tenía, ése era íntimo de Catilina, ése, o había venido a poner sitio a tu casa, o había montado un atentado contra el senado; en fin, sobre su persona tenías tú información y pruebas. Y si es mentira lo que te estoy reprochando, danos [4] cuenta del montante del patrimonio que recibiste, el aumento que experimentaste a base de litigios, el dinero con el que adquiriste la casa, el gasto incontable con que construiste tus villas de Túsculo y Pompeya, o si te callas, ¿quién puede dudar de que esa opulencia la conseguiste con la sangre y el sufrimiento de los ciudadanos?

Pero es que, a mi juicio, este hombre nuevo de Arpino, [3] de la familia de Lucio

Craso⁶, imita la virtud de éste, desprecia la polémica con los hombres de la nobleza, sólo ama a la república, y no se deja apartar de la verdad ni por el terror ni por el favor, y en su alma sólo hay amistad y virtud. Pues nada de eso: se trata de un hombre casquivano, suplicante [5] de los enemigos, injurioso para los amigos, ora de un bando, ora del otro, leal con nadie, senador inconstante, patrono mercenario, de cuyo cuerpo ni una sola parte está libre de infamia: su lengua es falaz, sus manos, más que ladronas, su gula, inmensa, sus pies, fugitivos, y lo que no se puede nombrar honestamente, lo más deshonesto de todo. Y siendo como es de ese jaez, osa no obstante decir: «¡Oh Roma afortunada por haber nacido cuando yo era cónsul!» ¿Roma afortunada por ser tú cónsul, Cicerón? Más bien infeliz y desgraciada, que sufrió una proscripción cruelísima cuando tú, desquiciada la república, obligabas a rendirse ante tu crueldad a todas las personas de bien paralizadas de espanto, cuando todos los procesos, todas las leyes, dependían de tu capricho, cuando tú, suprimida la ley Porcia⁷ y abolida la libertad, te habías atribuido la potestad de vida o muerte sobre [6] todos nosotros. Y no te parece bastante el haber actuado impunemente, sino que además lo recuerdas junto a tus reproches, y es imposible olvidarse de la servidumbre sufrida. Por favor, Cicerón, bien que hayas hecho lo que te vino en gana, y hayas sacado el provecho que quisiste; bastante es haberlo sufrido: ¿todavía nos vas a llenar el oído con tu odio? ¿Todavía nos vas a perseguir con las más feas de las palabras: «cedan las armas a la toga, ceda también el laurel a la lengua»? Como si eso de lo que te vanaglorias lo hubieras hecho con la toga y no con las armas, como si entre ti y el dictador Sila mediase alguna diferencia, excepto el título de mando.

[4][7] Pero, ¿para qué voy a contar más de tu insolencia, de un hombre a quien Minerva enseñó todas las artes, Júpiter Óptimo Máximo ha admitido en la asamblea de los dioses⁸, e Italia trajo del destierro a hombros suyos⁹? Ruégote, Rómulo arpinate, que por tu valor egregio superaste a todos los Paulos, Fabios y Escipiones, ¿qué lugar ocupas finalmente en esta ciudad? ¿Qué partido te gusta dentro del Estado? ¿A quién tienes por amigo, a quién por enemigo? Sirvienta eres de aquel a quien tramaste un atentado en la ciudad¹⁰; persigues a aquél a iniciativa del cual regresaste del destierro de Dirraquio; favoreces la tiranía de los que llamabas tiranos¹¹; a quienes antes te parecían optimates los llamas enloquecidos y dementes. Defiendes la causa de Vatinio, y sobre Sestio tienes mala opinión; a Bíbulo lo despellejas con palabras llenas de arrogancia, loas a César¹²; eres sumiso ante aquél al que más odiabas. Sobre el Estado, eres de un parecer si estás de pie, y de otro si estás sentado; de éstos hablas mal, a aquéllos los odias, tráfuga casquivano, y no mantienes tu lealtad ni en este bando ni en aquél.

¹ Marco Pupio Pisón Calpurniano habría sido maestro de retórica de Cicerón, según Asconio, aunque Cicerón no da testimonio de semejante hecho.

² Lo de «funesta» debe referirse a la destrucción de la casa en el Palatino por obra

de Clodio en el 58; la extorsión alude al consulado de Cicerón (año 63).

³ Publio Licinio Craso, padre de Marco Craso, que vendió la casa a Cicerón.

⁴ Cicerón imaginaba en el poema *De temporibus meis* haber participado en una asamblea de los dioses. Esa obra aún no había sido publicada en diciembre del 54. Algunos piensan que el poema al que se hace referencia aquí sea el *De consulatu meo*, publicado por Cicerón hacia el 60.

⁵ La ley judiciaria presentada en el 89 por el tribuno Marco Plaucio Silvano contra los perturbadores del orden público.

⁶ En sentido metafórico, *familia* como comunidad ideal («geistige Verwandschaft»: BÜCHNER, *Sallust*, 2.^a ed., pág. 24).

⁷ La ley propuesta por el tribuno Publio Porcio Leca en el 198 a. C., que prohibía condenar a un ciudadano sin apelar al pueblo.

⁸ Ecos de dos pasajes poéticos de Cicerón, normalmente atribuidos a su poema *De temporibus meis*. Cf. n. 4.

⁹ La parodia ahora es de una frase del *Pro reditu in senatum* 39: *me Italia cuneta paene suis umeris reportauit* («toda Italia me trajo como si dijéramos a hombros»).

¹⁰ Referencia a Pompeyo.

¹¹ Los triúnviro César, Pompeyo y Craso.

¹² En efecto, Cicerón, enemigo de los triúnviro, había defendido a Publio Sestio en el 56 en un proceso *de ui* promovido por Clodio e igualmente había atacado al tribuno Publio Vatinio, amigo de César, en el 59; sin embargo, en el 54, para congraciarse con Pompeyo y César había defendido a Vatinio de la acusación *de ambitu et de ui* (el primero se refiere a la intriga y soborno electoral, castigado por la *Lex Iulia de ambitu* del año 18 a. C. El segundo, a los crímenes cometidos con violencia—*Lex Iulia de ui publica*, del año 46 a. C, probablemente—).

PSEUDO-CICERÓN

**DISCURSO-INVECTIVA CONTRA GAYO SALUSTIO
CRISPO**

Verdad es que es un gran placer para ti, Gayo Salustio, [1] llevar una vida igual y pareja a tus palabras, y no decir nada tan obsceno que no responda a ello tu vida desde el inicio de tu infancia con toda clase de fechorías, a fin de que todo tu discurso sea consonante con tu conducta. Pues el que vive como tú no puede hablar de otra manera que tú, ni quien usa un lenguaje tan sucio puede tener una vida más honorable.

¿A dónde debo dirigirme, padres conscritos, por dónde empezar? Mayor es la carga que se me impone al hablar, por cuanto los dos somos bien conocidos, porque, si respondo a este provocador hablando de mi vida y actos, la envidia perseguirá a mi gloria, y si pongo al descubierto sus hechos, comportamientos y vida entera, recaeré en el mismo vicio de procacidad que le echo en cara a él. Si acaso os sentís ofendidos por esto, a éste más justamente que a mí debéis reprender, que es el que empezó primero. Yo me esforzaré [2] en responderle en mi defensa con la menor molestia vuestra, así como para que quede claro que no he mentido en absoluto contra él. Yo sé, padres conscritos, que al responderle no voy a hallar gran expectación, porque sabéis que no vais a oír ninguna nueva acusación contra Salustio, sino que vais a reconocer todas las antiguas, gracias a las cuales ya tenemos calientes las orejas yo, vosotros y él mismo. Pero por eso debéis odiar más al individuo que ni siquiera al comenzar su carrera hizo el aprendizaje de errar en las cosas más pequeñas, sino que la emprendió de tal suerte que ni puede ser superado por otro ni él mismo se puede aventajar en absoluto en lo que le resta de vida. Así que no anhela otra cosa sino revolcarse con quien sea como [3] un cerdo enfangado. Pero se engaña con mucho en su opinión, pues la suciedad de la vida no se lava con la procacidad de la lengua, sino que hay cierta calumnia que cada uno de nosotros eleva con el testimonio de su propia alma [sobre aquél que lanza a los buenos ciudadanos una falsa acusación]. Porque si la vida de ése escapa a vuestra memoria, padres conscritos, ésta debéis contemplarla no según las palabras, sino según su conducta. Me esforzaré acto seguido en ser lo más breve posible. Tampoco será inútil para vosotros, padres conscritos, este altercado nuestro; pues muchas veces la república se acrecienta con las enemistades particulares, cuando ningún ciudadano puede ocultar qué clase de persona es.

[2][4] Primero, pues, ya que Gayo Salustio trae a colación los antepasados de todos nosotros, según un único ejemplo y regla, quisiera que me respondiera si éstos que ha citado, Escipiones y Metelos, poseyeron alguna reputación o gloria antes de que sus grandes hechos y su vida, vivida en la máxima honradez, los hiciese recomendables. Pues si este fue el comienzo de su nombre y de su categoría, ¿por qué no juzgar lo mismo sobre mí, cuando mis hazañas han sido ilustres y he vivido la vida en forma bien honesta? ¡Como si tú, Salustio, hubieras nacido de ellos! Si así hubiera sido, [5] algunos se avergonzarían ya de tu infamia. Yo he dado brillo con mis méritos a mis antepasados, de modo que si antes no fueron conocidos, el comienzo de su recuerdo comenzará conmigo. Tú has difundido grandes tinieblas delante de los tuyos¹ con la vida que has vivido vergonzosamente, de modo que, aunque hayan sido ciudadanos singulares, por culpa tuya han sido olvidados. Por consiguiente, no me echés en cara mi falta de antepasados; para mí es mejor florecer por las empresas llevadas a cabo por mí que

apoyarme en la fama de mis antepasados, y vivir de manera que sea el comienzo de la nobleza y ejemplo de virtud para mis sucesores. Ni tampoco viene a cuento compararme con aquellos, padres conscritos, que ya han fallecido, y escapan a todo odio y envidia, sino con éstos que se han movido conmigo al mismo tiempo en el Estado. Mas supongamos que haya [6] sido yo, o demasiado intrigante al aspirar a los cargos públicos (no desde luego esa ambición popular, de la que me confieso cabeza, sino aquella perniciosa, contra las leyes, cuya vanguardia capitaneó Salustio), o en el desempeño de los cargos y en el castigo de las malas acciones tan severo, o en la defensa de la república tan vigilante, que es lo que tú llamas proscripción, porque, a mi juicio, todos tus semejantes no habrían vivido sanos y salvos en la ciudad. Mas, ¿en cuánta mejor situación estaría el país si tú, igual y semejante a los ciudadanos criminales, hubieses sido metido en el mismo saco que ellos? ¿O acaso escribí yo sin razón entonces: [7] «Cedan las armas a la toga», yo que, con mi toga, aplasté a gente armada y con la paz la guerra? ¿Acaso he mentido al afirmar que «Roma era afortunada por ser yo su cónsul», yo, que sofoqué tamaña guerra intestina y el incendio doméstico de la ciudad?

¿Y no te da nada a ti, hombre casquivano, cuando me [3] recriminas eso que en tus *Historias*² atribuyes a gloria mía? ¿Acaso es más vergonzoso mentir al escribir que al hablar públicamente delante de esta asamblea? Pues en cuanto a lo que me echaste en cara respecto a mi vida, considero que yo disto de la desvergüenza tanto como tú de la vergüenza.

[8] Pero, ¿a qué seguir quejándome de ti? Pues, ¿cómo puedes llamar vergonzoso al mentir, tú que te has atrevido a echarme en cara la elocuencia como un vicio, si siempre necesitaste de su patrocinio, culpable como eras? ¿O crees que ningún ciudadano puede hacerse ilustre, si no se instruye en estas artes y disciplinas? ¿O crees que existen otros rudimentos e inicraciones de la virtud con los que los espíritus se nutren en el deseo de gloria? Pero no hay que extrañarse en absoluto, padres conscritos, si un individuo lleno de desidia y de frivolidad, admira como nuevo e inusitado este [9] arte. Pues en cuanto al ataque que lanzaste con esa inusitada rabia y petulancia contra mi esposa y mi hija, que siendo mujeres se abstienen de los hombres más fácilmente que tú³, actuaste con asaz conocimiento y pericia. Pues no esperaste que yo te devolviera las gracias recíprocas, nombrándote a mi vez a los tuyos; pues tú solo tienes suficiente materia, y en tu casa no hay nada más indecente que tú. Pero te equivocas mucho porque creíste poder granjearme la antipatía contra mí por mi patrimonio familiar, que es mucho menor que el que merezco tener. ¡Y ojalá que no fuese tan grande como es y que mis amigos estuviesen vivos, y no verme yo más rico a base de sus testamentos!

[10] ¿Yo fugitivo, Gayo Salustio? Cedí ante la locura de un tribuno de la plebe: juzgué más útil experimentar cualquier clase de fortuna que ser causa para todo el pueblo romano de una disensión civil. Yo, una vez que aquél tuvo su año de bacante en la política y se asentaron con la paz y la tranquilidad todas las conmociones que había provocado, a instancias de este senado que me reclamaba, y de la república que me arrastraba de su mano, regresé. Ese día, puesto a compararlo con el resto de mi vida entera, en mi sentir se lleva la palma, día en el cual todos vosotros unidos y el pueblo

romano en masa me felicitaron a mi llegada. ¡En ese precio me tasaron a mí, fugitivo y abogado mercenario, éstos!

Y, voto a Hércules, nada de extraño tiene si yo siempre [11][4] he estimado justas las amistades de todos; pues ni he sido sirvienta de nadie en particular ni a nadie me he vendido, sino que en la medida en que cada cual se interesó por la república, en esa misma fue mi amigo o mi adversario. Nada deseé yo que tuviera más fuerza que la paz⁴; muchos alimentaron las audacias de particulares. Nada he temido yo sino las leyes; muchos quisieron que fuesen temidas sus armas. Yo nunca quise tener algún poder sino en pro de vosotros; muchos, fiados del poder que tenían de vosotros, han abusado de sus fuerzas contra vosotros. De este modo, no es de extrañar si no he tenido trato de amistad con nadie que no haya sido constantemente amigo del Estado. Y no me [12] arrepiento si, al solicitar el reo Vatinio mi patrocinio, le hice promesa de dárselo, ni si reprimí la insolencia de Sestio, o recriminé a Bíbulo su tolerancia, o aplaudí las buenas cualidades de César⁵. Estas son loas de un ciudadano singular, y únicas. Si tú me las echas en cara como vicios, se censurará tu temeridad, y no se culparán mis vicios. Más diría, si tuviese que hablar en presencia de otros, padres conscritos, y no en la vuestra, a quienes yo he tenido por consejeros de todas mis actuaciones. Pero, cuando están presentes los testimonios de los hechos, ¿qué necesidad hay de palabras?

[5][13] Ahora, para volver a ti, Salustio, dejaré a un lado a tu padre, el cual, si nunca cometió una falta en su vida, no obstante, mayor injusticia no pudo hacer al Estado al haberte engendrado a ti, semejante hijo. Tampoco voy a describir las faltas que tú cometiste en la niñez, para no parecer que acuso a tu padre, que en ese tiempo tenía sobre ti la suma potestad, sino la clase de adolescencia que pasaste; pues, puesta de manifiesto ésta, fácilmente se comprenderá con qué tipo tan petulante de niñez te hiciste un adolescente así de impúdico y procaz. Así que tus ganancias no pudieron bastar a la inmensa gula de tu cuerpo deshonesto, y tu edad se había marchitado para soportar cuanto le viniese en gana hacer a otro; te dejabas arrastrar por pasiones sin límite, de manera que lo que tú mismo no considerabas vergonzoso [14] para tu cuerpo lo experimentabas en otros. Así no es fácil conjeturar, padres conscritos, si ganó o perdió su fortuna con las partes más vergonzosas de su cuerpo. La casa de su padre, en vida de éste, la puso en venta de forma infamante. ¿Y alguien puede tener duda de que obligó a morir a éste, de cuyos bienes todos disponía como heredero sin estar todavía muerto? Y no le avergüenza preguntarme quién habita en la casa de Publio Craso, cuando él mismo no puede responder quién habita en su propia casa paterna. «Pero, por Hércules, aunque cometió deslices por obra de la juventud se corrigió posteriormente.» No es así, sino que se metió en la hermandad del sacrilego Nigidio⁶. Arrastrado dos veces a los bancos del juez, anduvo al filo de la navaja, y escapó de tal suerte que no se consideró que éste fuera inocente, sino que los jueces habían cometido perjurio. Tras lograr su primer [15] cargo en la cuestura, tomó a mofa este puesto y este rango, al cual tuvo acceso incluso él, el más ignominioso de los hombres. Así que temeroso de que sus crímenes os fuesen velados a vosotros, siendo como era la infamia de todos los maridos de las señoras de buena familia, confesó ante vuestra audiencia su adulterio y no sintió sonrojo de ver

vuestra cara.

Puedes vivir como te venga en gana, Salustio, y hacer [6] cuanto quieras; basta con que tú solo seas consciente de tus crímenes. No intentes objetarnos dejadez y adormilamiento excesivos; somos diligentes en proteger el pudor de nuestras esposas, pero no somos tan despiertos que podamos tomar precauciones contigo: tu osadía vence nuestro celo. ¿Es que [16] puede conmover a éste, padres conscritos, algún hecho o dicho indecente, si no le dio vergüenza confesar su adulterio públicamente ante vosotros, que le escuchasteis? Porque si no hubiese querido yo responderte nada por mí mismo, sino leer públicamente ante todos, según la ley, aquella sentencia censoria de Apio Claudio y de Lucio Pisón, individuos más que íntegros, ¿no parecería que yo te grababa a fuego manchas eternas que el resto de tu vida no podría lavar? Y después de aquella elección al senado no te vimos jamás, excepto cuando te lanzaste al campamento, adonde había confluído toda la cloaca del país. Ahora bien, este mismo Salustio, [17] que durante la paz no había permanecido ni siquiera como senador, después de que la república fue aplastada por las armas fue restituido al senado mediante la cuestura por aquel vencedor que hizo volver a los exiliados⁷. Dicho cargo lo desempeñó de tal suerte que no dejó de considerar venal nada en él, si había algún comprador; lo gestionó de tal manera que todo lo que a él le venía en gana hacer lo consideró justo y verdadero, y vejó y contrajo deudas igual que si hubiese recibido el cargo en calidad de botín. Terminada la [18] cuestura, después de haber dado grandes prendas a aquéllos a los que se había unido por similitud de vida, ya parecía uno más de aquel hato. Pues Salustio era de ese partido adonde, como a un remolino, había venido a parar la asamblea de todos los vicios. Cuantos deshonestos, prostituidos, parricidas, sacrilegos y deudores había en la ciudad⁸, en los municipios, en las colonias y en Italia toda, se habían asentado allí como en lo hondo del mar, individuos perdidos y bien conocidos, en ningún concepto adecuados para un campamento, excepto por la libertad de sus vicios y su ambición de revoluciones.

[7][19] «Pero cuando fue elegido pretor, se comportó con moderación y honradez.» ¿No esquilmo la provincia de tal forma que nuestros aliados no sufrieron ni esperaron nada más grave en una guerra que lo que pasaron durante la paz cuando éste gobernaba el África interior? De donde éste sacó tanto cuanto fue posible, o bien ser transferido con la garantía de los nombres, o bien ser almacenado en las naves. Sacó, padres conscritos, vuelvo a decir, tanto cuanto quiso. Para evitar el juicio, llega a un pacto con César de darle un millón doscientos mil sestercios. Y si algo de lo que digo es mentira, rebátelo públicamente: tú, que ha poco no pudiste siquiera desempeñar la casa de tu padre, de dónde y cómo de repente, como enriquecido por un sueño, adquiriste unos jardines carísimos, la villa de Gayo César en Tívoli y las [20] restantes posesiones. Y no tuviste empacho en preguntar por qué había comprado yo la casa de Publio Craso, siendo tú el amo de la villa que poco antes había pertenecido a César. Así, vuelvo a repetir, si ha poco tenías el patrimonio no comido, sino devorado, ¿cuáles son las operaciones por las que de repente te has hecho tan solvente y tan rico? Porque, ¿quién te iba a nombrar heredero, si nadie te tiene por amigo suyo lo bastante honorable, como no sea uno

semejante y parejo a ti?

Mas, ¡voto a Hércules!, los singulares hechos de tus antepasados [8] te ensalzan; si tú eres parecido a ellos o ellos a ti, nada se puede añadir a los crímenes y maldad de todos. Pero es que, según creo, tus cargos públicos te hacen insolente. Tú, Gayo Salustio, ¿consideras que es lo mismo ser dos [21] veces senador y dos veces cuestor que dos veces cónsul y dos veces triunfador⁹? Quien se apresta a hablar contra otro conviene que no tenga ningún vicio; habla mal, en último término, quien no puede oír la verdad de otro. Mas tú, pedigüeño de todas las mesas, mancebo en tu juventud de todas las alcobas y, asimismo, adúltero después, eres el deshonor de todas las clases sociales, y la evocación de la guerra civil. Pues, ¿qué cosa más grave hemos podido sufrir que el [22] verte sano y salvo en el círculo de los senadores? Deja de perseguir con tanta petulancia a las personas honradas, deja de recurrir a esa procacidad patológica, deja de valorar a todo el mundo por el rasero de tus principios. Con semejantes principios no puedes conseguirte un amigo: das la impresión de querer tener un enemigo.

Pondré punto final a mis palabras, padres conscritos, pues muchas veces he comprobado que ofenden más gravemente la conciencia de los oyentes quienes exponen abiertamente las infamias ajenas que quienes las han cometido. Yo por mi parte debo tener presente, no lo que Salustio debe oír con toda razón, sino lo que yo tenga que decir, si es que puedo hablar de algo con honorabilidad¹⁰.

¹ No sabemos nada de sus ancestros, ni de su padre.

² Posible alusión a la *Conjuración de Catilina*. Por lo demás, ¿en qué parte de las *Historias* pudo Salustio referirse a Cicerón?

³ Acusación de impudor que se dirige tanto a los hombres como a las mujeres. Cf. la Sempronio de la *Conjuración de Catilina*.

⁴ Cicerón expresa esta voluntad pacifista en la carta que escribe a César (*A Át.* IX 11 A): «Desesperando de la victoria, comencé primero por persuadir la paz, de la que siempre había sido promotor».

⁵ Especialmente en el *De prouinciis consularibus* (mayo-junio del 56) donde intervino para que se mantuviese a César su proconsulado de las Galias, en contra del parecer de los *optimates*.

⁶ Alusión a Publio Nigidio Fígulo, filósofo y polígrafo a la manera de Varrón. Se sospechaba que se ocupaba de la adivinación, la astrología y la magia, y también de haber formado una sociedad secreta.

⁷ En el 50 a. C., un año después de su expulsión del senado, Salustio consiguió la cuestura por segunda vez y la vuelta al senado. Por esta razón, Salustio fue dos veces cuestor y dos veces senador.

⁸ Enumeración de vagabundos y marginados, como en la *Conjuración de Catilina*

14.

⁹ No se sabe a qué personaje se refiere el autor con la expresión «dos veces cónsul y dos veces triunfador», puesto que Cicerón no puede ser, ya que éste fue cónsul sólo en el 63, y en cuanto al triunfo, no lo pudo lograr jamás ni una sola vez.

¹⁰ El final de la invectiva encierra una antítesis que es una verdadera *sententia* clásica: *debe oír... puedo hablar*.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. BIOGRAFÍA DE SALUSTIO

II. OBRAS

1. Conjuración de Catilina
2. Guerra de Jugurta
3. Historias
4. Los proemios de estas obras
5. Obras apócrifas de Salustio
6. Características de la obra de Salustio
7. Pervivencia de Salustio y su obra
8. Transmisión del texto
9. La traducción,

BIBLIOGRAFÍA

SALUSTIO

CONJURACIÓN DE CATILINA

GUERRA DE JUGURTA

SELECCIÓN DE FRAGMENTOS DE LAS «HISTORIAS»

Introducción

Libro I

Libro II

Libro III

Libro IV

PSEUDO SALUSTIO

CARTAS A CÉSAR ANCIANO SOBRE ASUNTOS DE ESTADO

DISCURSO-INVECTIVA CONTRA MARCO TULIO CICERÓN

PSEUDO CICERÓN

Índice

Portada	4
Página de derechos de autor	6
INTRODUCCIÓN GENERAL	7
I. BIOGRAFÍA DE SALUSTIO	7
II. OBRAS	11
BIBLIOGRAFÍA	41
SALUSTIO	47
CONJURACIÓN DE CATILINA	47
GUERRA DE JUGURTA	84
SELECCIÓN DE FRAGMENTOS DE LAS «HISTORIAS»	156
PSEUDO SALUSTIO	189
CARTAS A CÉSAR ANCIANO SOBRE ASUNTOS DE ESTADO	189
DISCURSO-INVECTIVA CONTRA MARCO TULIO CICERÓN	203
PSEUDO CICERÓN	207
DISCURSO-INVECTIVA CONTRA GAYO SALUSTIO CRISPO	207
ÍNDICE GENERAL	214